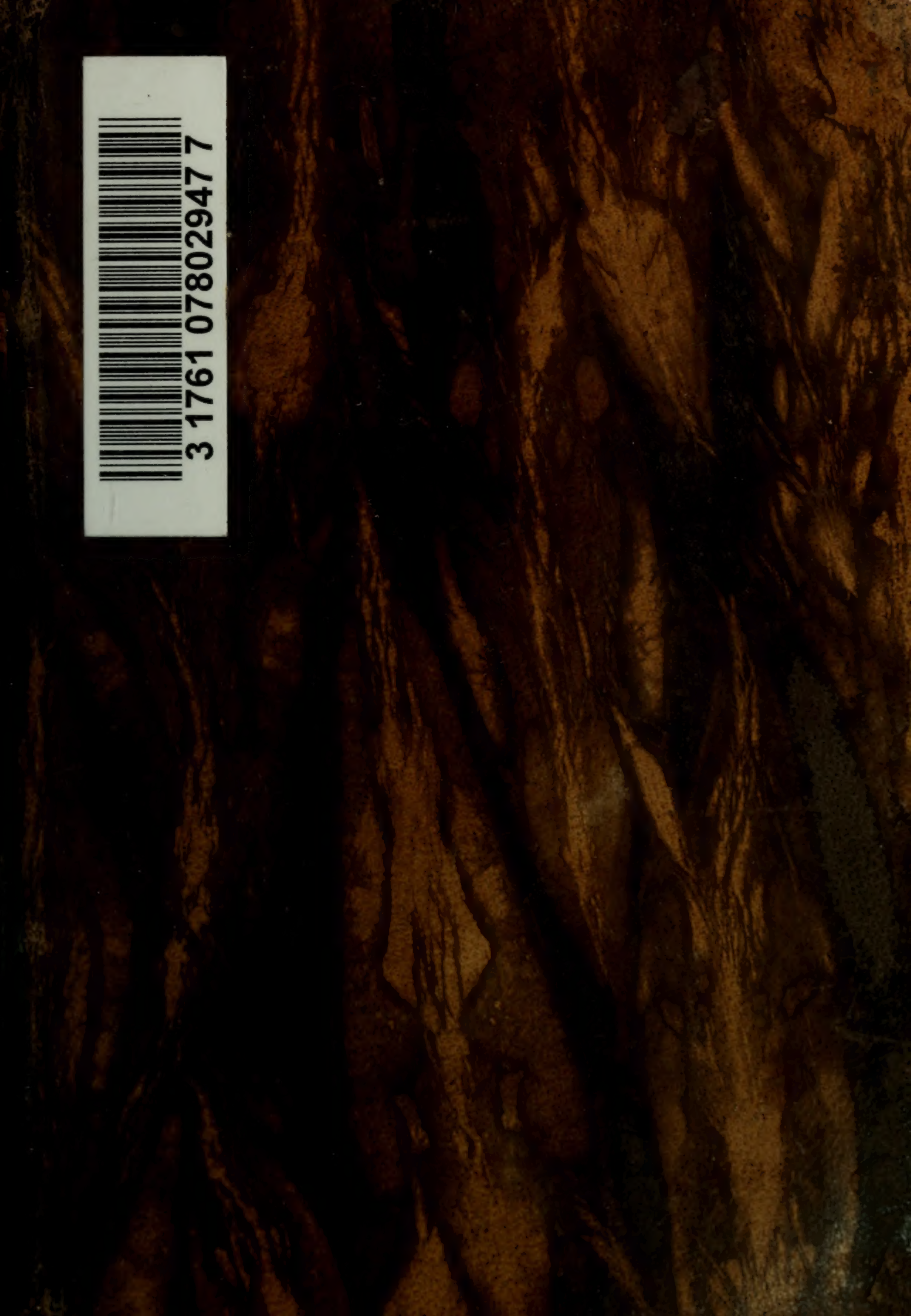
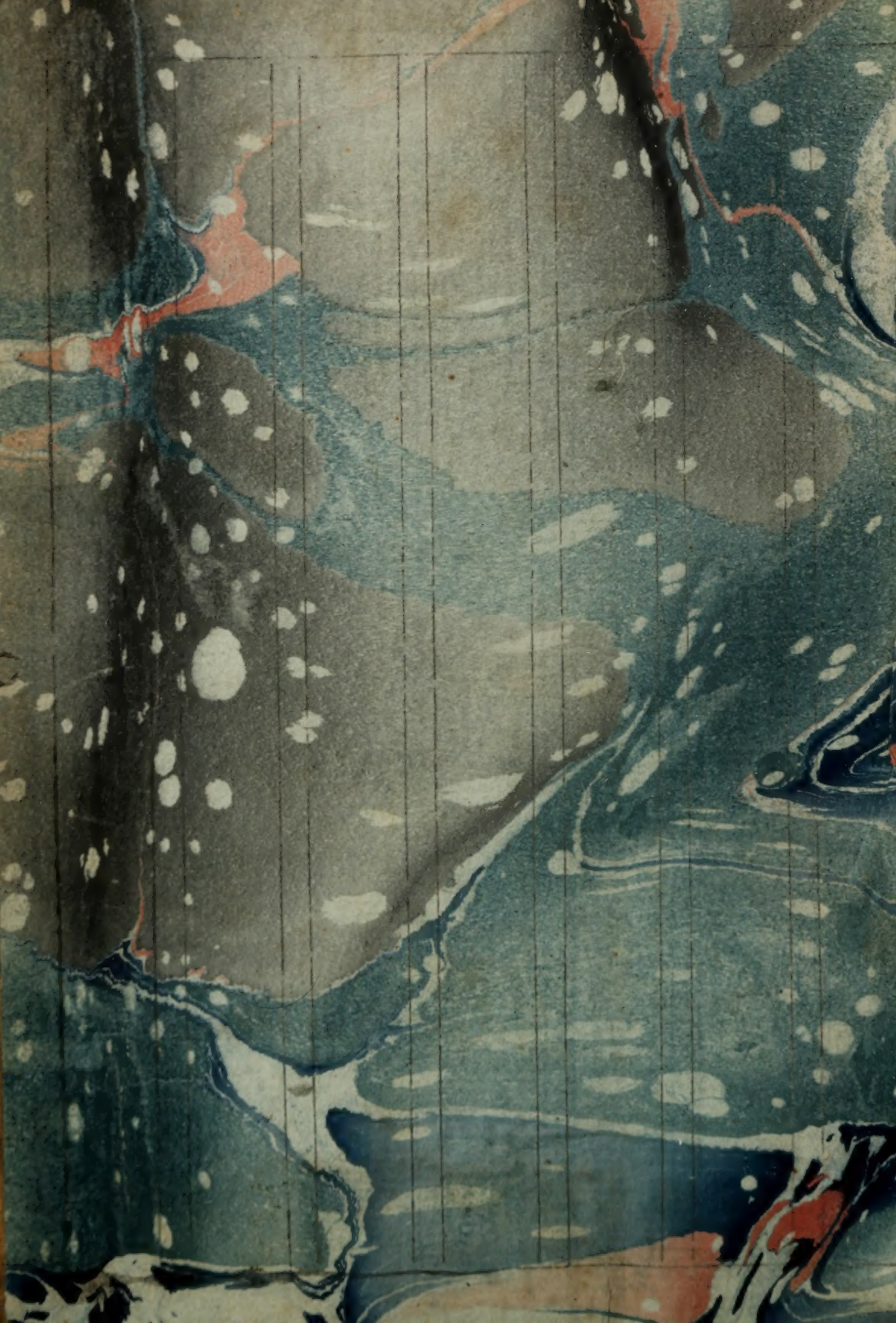

3 1761 07802947 7




LIBRERIA
Central
Tel. 23 52 55
Consejo Ciento, 257
BARCELONA
NUMERO
1476-IX
Pts. 60



COMEDIAS ESCOJIDAS

DE

DON FRANCISCO BANCES CANDAMO.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA:

Imprenta de Ortega: Madrid y Junio de 1832.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

PERSONAS.

Alfonso, Rey niño.
Don Manrique de Lara.
El Rey Don Fernando.
Nuño Almegir.
El Condestable.
Un Capitan.
Juan Prieto.
Alcalde, Vegete.
Doña Blanca.
Doña Elvira.
Casilda.
Marin, Criado.
Gil Polo.
Fortun.
Soldados.
Músicos.

La Escena es en el Campillo y en S. Esteban de Gormaz.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Monte.

Tocan cajas y clarines, y en diciendo dentro los primeros versos, sale atravesando el tablado Nuño Almegir, viejo venerable, armado, con calzas atadas, y traerá en brazos al Rey Don Alfonso niño.

Dentro Alfonso.

¡Ay de mí!

Dentro Todos.

Traicion, traicion.

Dentro Condestable.

Seguid todos al aleve
sin dejar en todo el monte
(si acaso en él se guarece)
tronco que no se examine,
rama que no se penetre.

Todos Dentro

Arma, arma.

Otros.

Traicion, traicion.

Todos

Al risco, al valle, á la fuente. (1)

Alfonso.

¡Ay infelice de mí!

(1) *Salen Alfonso y Nuño.*

Nuño

Vuestra Magestad modere
su pena, señor, que yo,
como á mi Rey, inocente,
libré de una tiranía,
no temo luego la muerte.

ESCENA II.

Sale el Condestable y Soldados, acuchillando á Manrique y á Marin, y vendrá armado, y calada la visera, y despues Don Fernando.

Condestable.

Seguidlos.

Manrique.

No es eso fácil
que hasta tanto que se aleje,
en defensa de su vida,
seré muralla viviente.

Marin

Y yo, que tengo en mi espada
mas que una mula reveses.

Condestable

Leoneses, matadlos, mueran.

Manrique

Pues ya miro, que se ausente
Nuño Almegir con el Rey,
eso ha de ser de esta suerte. *Vase.*

Marin.

Un pleito sin blanca sigue
cualquiera que me siguiere. *Vase.*

Condestable.

¡Ah cobardes! (1)

Al seguirlos, sale Don Fernando Rey de Leon. (1)

Rey.

¿Qué es esto?

Condestable.

Antes, señor, que lo cuente,
deja que mi furia vaya
en alcance de un rebelde,
que lleva al Rey de Castilla,
hurtado, de entre tu gente.

Rey

¿Qué escucho? síganle al punto
cuantos montados hubiere
del batallon de mis guardas.
¡Ah castellanos aleves!
¿estas son vuestras palabras?
¡Un volcan el pecho enciende!

Condestable

Vamos en su alcance, y nada,
voráz mi saña reserve.

Rey.

Noble Fernan Ruiz de Castro,
quedaos vos, para que quede
en vos, quien de esta traicion
me dé la noticia.

Condestable.

Atiende:
generoso Rey Fernando
de Leon, á cuya frente,
Castilla, fecunda tantas
vegetables esquiveces;
apenas hoy al Campillo
llegamos, donde tus huéstes
inundan esas campañas,
cuando del monte descienden,
en un piélago de plumas,
que espumas volantes mueve,

cuando salieron de Soria,
cuyos altos capiteles,
del cadáver de Numancia,
pirámides eminentes
son, cuyas ruinas caducas,
melancólicas, contienen
mudos, tristes epitáfios
que con los ojos se leen;
bien, que aun vence el estrago,
pues en su contraria suerte
una lástima se erige
donde un cimiento fallece.
Salieron de Soria, digo,
con ostentacion alegre,
los Concejos de Castilla,
los Prelados y Maestres
á entregarte al Rey Alfonso
(¡ah fortuna! lo que puedes)
pues quedando en tiernos años
huérfano, á tí te compete,
por pariente mas cercano
su tutela, y que gobiernes
á Castilla, en tanto que él
á edad mas adusta llegue;
y aunque antes lo rehusaron
por no sé qué inconvenientes
de política, temiendo,
que intentases vanamente
introducirte á su Reino
(porque tal vez, en fin, suele
librarse una tiranía
de una verdad aparente:)
ó de tu razon instados,
ú de el derecho que tienes;
pues como son las campañas

Tribunales de los Reyes,
no deja de ser razon,
razon que por fuerza vence;
te hicieron pleito homenage
de entregar solemnemente
á su Rey en este sitio,
mas cuando al efecto vienen,
cuando á salvas, y no á choques,
á su vista hicimos frente,
cuando en el campo formaban,
en hileras diferentes,
movibles calles de acero
las picas y los arneses
Al llegar (¡ay de mi!) ¿cómo
repetirlo el labio puede
sin ser dogal que me ahogue
cada palabra que aliente?
Al llegar con esta pompa,
donde á las hundosas sienes
del rio, que ara estos campos,
es yugo de piedra un puente,
llegó un castellano osado
(¡ó cuanto emprende el que emprende
discurrir accion que apenas
ejecutada se cree!)
llegó un Castellano en fin,
y cogiendo al inocente
Rey en sus brazos, en tanto
que otros su fuga defienden,
subió en un velóz caballo,
que en su ligereza quiere
darnos á entender que astuto
se vistio el viento de pieles;
ardiente uracán herrado,
tan velóz desaparece,

que de seguirle mirando,
cansada la vista vuelve.
Esto, en fin, es lo que pasa,
y agradecérselo debes
á Castilla, pues con eso
hallas pretesto decente
de conquistarla, abrasando
sus Castillos eminentes.
Cadáver de piedra sea
la muralla mas rebelde,
y á su esqueleto, que yace
caduco míseramente,
sea (siendo antorchas tristes
todas las luces celestes)
tumba la region del viento,
donde las cenizas vuelven.

Rey.

¡Vive Dios que estoy corrido!
¿asi Castilla se atreve
á burlarme? ¿cómo, cómo
mi ceño airado no teme?
¡Ah Castellanos! mi furia
y mi enojo experimente
vuestra traicion, pues asi
cuando mi saña se vengue,
podrá creer el estrago
quien la amenaza no cree.

Dentro Todos.

Castilla es leal, no pierda
su fama por dos rebeldes,

Rey.

¿Qué es esto?

ESCENA III.

Dichos y Fortun.

Fortun.

Señor, que todos
los Csstellanos valientes
se ván pasando á tu campo,
y aseguran, que quien tiene
la culpa de este tumulto,
que á civil desorden crece,
es Don Manrique de Lara,
que pudo hurtar imprudente
á Alfonso de entre tus tropas

Condestable.

¡Divinos Cielos, valedme!
fortuna cuando Manrique
ya capitulado viene
con mi hermana Doña Blanca,
este infortunio previenes?
¿pero cuando tu has sabido
dar sin pesares placeres?

Rey.

¿Manrique de Lara pudo
á tanta accion atreverse?
No en vano al pleito homenage
no quiso hallarse presente:
¡qué ira! ¡qué furor! ¡qué rabia!
Ea, generosos Leoneses
en su alcance divididos,
no quede senda, no quede
en todo el contorno monte,
cuya greña siempre verde,
y siempre herizada el viento,
ni aun en tempestades peine,

sin que el cabello fragoso,
ó le arranque, ó le repele.
No quede valle sombrio
en cuyas turbias corrientes
el sediento cerderillo
agua gusta, y sombras bebe,
que no examine el cuidado,
y que el furor no penetre:
y dadme un caballo á mi,
seré el primero que á ese
animado torbellino,
á ese pirata de pieles,
que á mi sobrino ha robado,
siga, que en ansias crueles
ponzoña el aliento exala,
veneno la vista vierte. *Vase.*

Condestable.

Todos le seguid, y todos
repetid confusamente
(por mas que contra Manrique
mal el aliento se esfuerce)
viva nuestro Rey Fernando
á pesar de los rebeldes. *Vanse.*

ESCENA IV.

Musicos, Doña Blanca y damas.

Todos.

Viva nuestro Rey, &c.

Musica.

Ay necia memoria mia,
que inutilmente pretendes,
que quien de olvidar se acuerda
¡ de que olvide no se acuerde !

Blanca.

Dejadme sola, que á quien
aun en las dichas padece,
le alivía el dolor, pues solo
con el dolor se divierte;
y porque la melodia,
que sonora el aire hiere,
como hace el dolor suave,
persuade mas á quien siente;
retirados proseguid
la letra, porque consuele
mis penas, y porque lejos
vuestras voces, dulcemente
suenen, como consonancia,
y no como estruendo suenen.
Ay Manrique, plegue á amor
que hoy vuelvas feliz á verme,
aunque el tiempo que apresures
de mi vida se descuente.
Hoy aguardo que mi esposo
seas, y ya me parece
que tardas; pero ó discurso,
¡ mal la disculpa, previenes!
si es dicha, y mia, qué mucho
¿ que tan perezosa llegues?
Llegue dije plegue á Dios
que el alma cobarde teme
aun la dicha, con no sé
que recelo, que imprudente
el corazon adivina,
pues dentro del pecho, á veces
siendo relox del deseo
para que el tiampo se abrevie,
las alas que ansioso late
son los volantes, que mueve,

Aun no creo mi ventura,
y no es justo que me pese
de no creerla (¡ hay infelize !)
pues cuando venga á perderse
menos tendre que sentirla
cuanto menos la creyere
á cada instante imagino
qué escucho.

Dentro Manrique.

¡ Cielos valedme!

Blanca.

¿Qué fuera, ¡ ay de mí! que el aire
verdad mi temor hiciese?
pues ya distingue la vista,
que de aquel bruto rebelde,
un jóven (hoy todo es sustos)
precipitado desciende,
diciendo.

ESCENA V.

Dichos y Manrique.

Manrique.

¡ Ay de mí infeliz! (1)
en vano, bruto, pretende
tu rigor : ¡ Cielos qué miro!

Blanca.

¡ Qué veo!

Manrique.

Hoy en este fértil
florido teatro, hasta
los pensamientos florecen,
ó es Blanca.

Blanca.

O mi fantasía

---

(1) *Cae Manrique armado como al principio.*

viste sombras aparentes,
ó es Manrique.

Manrique.

¿Blanca mia?

Blanca.

¿Manrique? ¿pues qué accidente
es este?

Manrique.

Esto es, (¡ay bien mio!)
ser anticipadamente
infeliz, pues de los ojos
hoy me está hurtando la suerte
una ventura, que aun antes
de tenerla se me pierde.
Fortuna ¿cuando las dichas
lograr un amante puede?
por no conocidas, no
se gozan cuando se tienen,
y un nuevo tormento causa
conocerlas al perderse,
con que los bienes humanos
nunca lo son, si se advierte
que llorando los pasados,
y ignorando los presentes,
al perderlos ya son males,
y al tenerlos no son bienes.

Blanca.

Cuando al Campillo he llegado
á aguardar que concluyeses
la funcion de las entregas,
porque dos almas estreche
nupcial amante coyunda,
y para que luego fuese
el Rey de Leon Padrino
de nuestras bodas alegres:

cuando aguardaba mi hermano,
que desea conocerte,
pues nunca te ha visto, á causa
de que desde mis niñeces,
él en Leon, y yo en Castilla,
habemos vivido ausentes,
llegas (¡ay Manrique mio!)
á mis ojos de esta suerte,
precipitado de un bruto?
¿Qué tienes, señor, qué tienes,
que tan absorto y confuso
te miro, que me parece,
que solamente aquel rato
que suspiras, no enmudeces?

Manrique.

Mi desdicha (¡ay Blanca mia!)
es tan grande, que no debe
admirarte que la calle;
porque si acertar no puede
á creerla el pensamiento,
que la toca y la padece,
¿qué mucho, Blanca, qué mucho,
que á repetirla no acierte?
mas ¡ay Dios, que la memoria
con nueva porfia quiere!

Música.

Que quien de olvidar se acuerda
de que olvida no se acuerde.

Manrique.

Por mí te lo ha dicho el aire;
pero tú mi mal infiere,
de ver que á Fernando, injusto
Rey de Leon, que pretende
imponer tirano yugo
á nuestras leales sienes

pues aunque el difunto Rey
en su testamento ordene
que yo sea tutor de Alfonso,
alega ambiciosamente
que á él por ser su tio solo
la tutela le compete:
estorvé una tiranía
quitando osado y prudente
al niño Rey de sus brazos,
encargando á quien le lleve
á la mas segura plaza
de cuantas Castilla tiene:
á mí me es fuerza ausentarme,
para que á saber no lleguen
por mí adonde está mi Rey,
con que te perdí: aqui cese
el aliento, y no pronuncie
la sentencia de mi muerte;
¿pero qué importa, señora,
que de repetirlo deje
mi dolor, si tu discurso,
para que mas me penetre,
aun el silencio me escusa
en los suspiros que entiende:
mi memoria llevo, con que
poco importa que me aleje;
poco remedio es la fuga,
pues si mi pena lo advierte.

Música.

Siempre la memoria ha sido
el mayor mal de un ausente.

Manrique.

Siempre, voz, á mis afectos
oráculo vago eres.

Blanca.

Mi Enrique, señor, mi esposo,
no te vayas, no me dejes
sin tí y conmigo, pues yo
me aborrezco por quererte;
que aunque con tantas desdichas
te esté mirando, no puede
el mal de verte infelice
privarme del bien de verte.
Mas ¡ay de mí! que en mis ánsias
no es fácil que me consuele
el saber que fuí dichosa,
cuando infeliz llego á verme.

Ella y Música.

Porque siempre son pesares
acordados los placeres.

Manrique.

Suplícote, Blanca mia,
que tus sentimientos temples,
porque los cariños son
mas dulces cuando se pierden;
y al oir....

Dentro Fortun.

Cercad el monte,
y nada el furor reserve.

Manrique.

Esta es gente que me busca:
Blanca, á Dios.

Blanca.

Manrique, advierte....

Música.

¡Ay nécia memoria mia,
qué inutilmente pretendes!

Manrique.

En tu peligro y el mio

estoy muriendo dos veces.

Dentro el Rey.

Todo el contorno las llamas
de vuestro corage quemen.

Blanca.

¿Me olvidarás?

Manrique.

No lo temas,
pluguiera el Cielo pudiese.

Música.

Que quien de olvidar se acuerda,
de que olvida no se acuerde.

Manrique.

No te detengas, que todos
en mi seguimiento vienen.

Dentro todos.

Al risco, á la cumbre, al valle,
á la espesura y al puente.

Manrique.

Vete, pues dicen las voces
que en ruidoso estruendo crecen: (1)

Música.

Siempre la memoria ha sido
el mayor mal de un ausente,
porque siempre son pesares
acordados los placeres.

Fortun.

Cercad el monte, soldados,
y nada el furor reserve.

Rey.

Todo el contorno las llamas
de vuestro corage quemen.

---

(1) *Música, voces y representacion á un tiemp mismo.*

*

Condestable.

Aun la mas oculta cima
vuestro denuedo penetre.

Todos

Al risco, á la cumbre, al valle,
á la espesura y al puente.

Manrique.

A Dios, Blanca mia.

Blanca.

¿Cómo
viviré yo si tú mueres?

Manrique.

Como tú vivas, señora,
no hay riesgo que me amedrente.

Blanca.

Véte, pues, ¡ay de mí triste!

Manrique.

Contigo el alma se quede.

Blanca.

El Cielo tu vida guarde. *Vase.*

Manrique

El Cielo con bien te lleve.

ESCENA VI.

Manrique y Marin.

Marin.

Señor ¿aquí estás? ¿qué haces?
que perdiéndote en la siempre
rizada espesura, donde
las zarzas y yedras verdes
para los olmos son lazos,
y para nosotros redes,
no he podido dar contigo.

Manrique.

¿Qué es esto, Marin?

Marin.

Que vienen
tras nosotros mas caballos
que tienen barajas veinte:
escapemos, Señor.

Manrique.

Vamos
entrando (¡ay ansias crueles!)
por la fragosa espesura, *Paseando.*
y las ramas nos hospeden,
que bárbaras zelosias
son de este alcazar silvestre.

Marin.

Aquí una dueña me valga
para penetrar la agreste
maraña, pues no hay maraña
que una dueña no penetre.
Asi ahora para librarte
aquí se te apareciese
un hermanillo bastardo
que tanto se te parece.
¿que candil, vista, ni oído
distinguir á los dos pueden?

Manrique

Necio intento fuera, cuando
desde sus tiernas niñeces
de él no he sabido, bien que
no hubo jamás quien nos viese,
que no nos equivocase.

Marin

La naturaleza suele
ser gran bellaca, porque
todo diz que lo hace adrede:

¿mira qué mucho es, Señor, (1)
que las comedias se encuentren
en las trazas, si la docta
naturaleza, aun á veces
se halla apurada, y no sabe
hacer trazas diferentes?

Manrique.

Eso, la filosofia
disputa; pero ¿qué tiene
que vér esto (¡ay infeliz!)
con lo que ahora nos succede?
pues dicen...

Dentro Gil.

Muere, alevoso.

Dentro Prieto

No será sin que me vengue.

Dentro un villano.

Muerto soy.

Manrique

¿Qué es esto?

Marin.

Es,
que á uno le cascan las nueces
tres hombres.

Manrique.

¿Cómo mi brio
no me lleva á socorrerle? *Vase.*

Marin

¿Hombre aguarda: eres el diablo;
¿que en otros duelos te metes,
cuando tu vida y la mia
están de un hilo pendientes?

---

(1) *Andando apresurados.*

ESCENA VII.

Sale Gil Polo y otro Villano acuchillando á Juan Prieto, que vendrá con la cara ensangrentada, cae en tierra, y sale Manrique.

Gil.

Muere, traidor.

Marin

Linda danza.

Juan.

Caro os costará mi ofensa.

Manrique.

Pues no llegué á la defensa
lleguémos á la venganza. *Acuchillalos.*

Gil.

Es un rayo de la esfera.

Villano.

Huyamos.

Gil.

Huyamos digo.

Marin.

Ah gallinas, que no os sigo,
porque me ha dado cogera.

Manrique

Aquí se está desangrando
un infeliz, y estoy viendo,
que las rosas vá encendiendo
la sangre que se vá elando.

Juan.

Caballero (¡ay de mi triste!)
á quien (¡fáltame la voz!)
confieso (¡desdicha atroz!)
el favor, que mal resisto
mi pena tanto sentir;

pues en mi (¡ fiero pesar!)
cuanto me quiero esforzar
me ayuda mas á morir:
¡ay Dios! alguna nobleza
tengo, aunque en tan bajo estado
me puso el verme incliuado
á una rustica belleza,
por ella (¡ ay, Castilla mia!)
ejercicio profesé;
pero un villano furioso,
celoso (¡ah fiero tirano!)
que es ser dos veces villano;
ser villano, y ser celoso,
me ha muerto, pero á traicion
con otros, y yo tambien
á uno dejo muerto, á quien
patente hice el corazon:
tú, caminante, repara
por un amor tan liviano
en lo que se vé un hermano
de Don Manrique de Lara;
mas ya muero de la herida,
que aun el aliento velóz
que estoy gastando en la voz,
me falta para la vida. *Muere.*

Manrique.

Hermano, amigo (¡ay de mi!)
¿pero yo hermano llamé
á hombre que confiesa que
tuvo humilde oficio?

Marin.

Si,

pues cuando fuera bajeza,
aun la ignorancia mayor
trae, en siendo por amor,

cierto viso de nobleza.

Manrique.

Dices bien, y puesto que
por otra parte emboscados
andan todos los soldados,
sus vestidos me pondré,
pues es á mi parecido,
aunque de sangre bañado
está tan desfigurado.

Marin

Bueno, que hayas acudido
á salvar esa objecion;
porque alguno que repara,
al vér á los dos la cara
está con tanta atencion;
pues siquiera su capricho,
que ya pintado, ya esculto
saliese un hombre de bulto
á decir lo que está dicho.

Manrique.

Mí peto y espaldar quiero (1)
que le ponga, no te asombre.

Marin

Ya con dos conchas el hombre
es galapago de acero.

Dentro.

Por aqui.

Marin

Que vienen, vaya.

Manrique.

¡Que esto mi suerte disponga!

Marin.

Señor Sastre, usted se ponga

---

(1) *Vale armando, y Manrique se pone sus vestidos.*

este jubon de Vizcaya.

Manrique.

¡Que riguroso desastre!

Marin.

Su persona armada está,
y el primero soy, que yá
se la pudo armar á un sastre.

Dentro.

Hácia allí el ruido siento.

Manrique.

Ponle mi espada.

Marin.

Yá fiera
la tiene en cinta, Dios quiera
darle buen alumbramiento

Dentro Condestable.

Llegad todos.

Manrique.

Suerte avara,
que fuera feliz no dudo,
si como el trage me mudo,
la ventura me mudara.

Marin.

¿Cuanto ahora, Manrique, á mi
me estimáras, si supieses,
que poco mas de seis meses
aprendiz de sastre fui?

ESCENA VIII.

El Condestable, el Rey, Fortun y Soldados.

Rey.

Sin duda en esta maleza,
de zarzas entretegidas,
que duplicando la noche
es parentesis del dia.

se oculta Manrique fiero.

Condestable.

Mal valerse determina
de su fuga, aunque en su alcance
no cuesta menos fatigas
que seguirle con la planta,
alcanzarle con la vista

Fortun

Aguardad, Señor, que él es,
si el sentido no delira,
el que con sangre las flores
infaustamente matiza.

Condestable.

Yo cómo nunca le vi,
no le conozco

Rey.

Esa misma
es mi duda.

Fortun.

Mal podrán
engañarme las insignias
del escudo, y de las armas,
y del rostro, aunque se mira
todo bañado de sangre.

Rey.

A su juventud florida
lastima tengo

Dentro voces.

Manrique
es muerto.

Condestable.

Buena noticia
será para Blanca ¡Cielos!
y mas cuando ya estendida
pasa la palabra, que es

¡ muy velóz una desdicha !

Rey

Sin duda le mató alguno
de los que en su alcance iban:
pesame por Dios, mas puesto
que despues de sucedida
una desgracia, no tiene
mas remedio que sentirla;
á su cadáver se hagan
todas las honras debidas
que á difuntos generales
acostumbra la milicia;
ronco destemplado estruendo
de cajas y de sordinas *sordinas*
en tristes acentos forme
lamento de la armonía.

Condestable.

Vueltas al revés las armas,
y arrastrándose las picas,
en fúnebre luto, el viento,
negras banderas se vista. *Clarines.*

Dentro Elvira.

Aguardad leoneses.

Rey.

¿ Qué
nuevo rumor se anticipa,
á las sordinas, que el eco
todo el monte escandaliza?

Condestable

Un jóven, que con denuedo
el campo veloz corria,
en un bruto tan ligero,
que aun no huella lo que pisa,
para llegar á tus plantas
deja el estrivo y la brida.

ESCENA IX.

Dichos, y sale Doña Elvira de corto, con botas, espuelas, plumas, espada y vengala.

Elvira.

Rey Fernando de Leon,
cuya hermosa bizarría
tiembla en Córdoba Almanzor,
y Abenjuzeph en Sevilla;
Doña Elvira soy de Lara,
de prosapia esclarecida,
y hermana de Don Manrique,
cuya heróica gallardía
á vuestros rigores yace
muerta, pero no vencida;
con él vine á las entregas
de Alfonso Rey de Castilla,
para asistir á sus bodas
despues; pero no seria
una desdicha tan fiera,
y de tanto dolor digna,
(¡ay de mí!) si no viniera,
cuando se espera una dicha.
Por una gloriosa accion
sabiendo que le seguian
tus soldados, un caballo
tomé, procurando altiva
hallarme á su lado; pero
cuando en su alcance venia,
cuanto mas el bruto corre,
y en mi cólera se anima,
pues los batidos hijares
las espuelas me salpican,
la noticia de su muerte

hallé en el campo esparcida,
que si es desdichada, es
muy velóz una noticia.
No te admire el vér, que cuando
tengo infelice, á mi vista,
ese espectáculo triste
de quien es el monte pira,
pues vá dejando las rosas
sangrientamente floridas,
muestre el corazon rebelde
al llanto, pues si lo miras,
pasó la pena de susto
á osadía, de osadía
á dolor, y este dolor
se convirtió tanto en ira,
que aun no quiero á lo irritada
hurtarle lo compasiva.
Si á Alfonso ocultó Manrique,
es razon que le persiga
tu enojo, porque á tu enojo
estorbó una tiranía.
El es tutor de su Rey,
y como tutor aspira
á librarle de un peligro,
pues cauteloso querias,
con el trage de piedad
disimular tu avaricia.
Pero esto aparte; infelice
Manrique, que al pecho dictas
la mas generosa hazaña,
pues tu sangre, aun no muy fria,
heróicas venganzas late
en cuantas iras palpita,
en tus manos, (pese á mí,
que ahora estoy enternecida)

homenage (¡qué dolor!)
hago (¡ay de mí!) de que altiva
(¡qué ánsia!) procure, (¡qué pena!)
en vano el valor porfia,
volver (¡aquí de mi rabia!)
¿que mis lágrimas reprima,
pues en líquidos arroyos
la cólera se destila?
Y á tí, infelice Manrique,
homenage y pleitesía
hago, puesta la una mano
en el pomo, de esta limpia
espada, y la otra en las tuyas,
que ya son yerta ceniza,
de defender tu opinion,
ya que no puedo tu vida.
Y á vosotros, ó leoneses,
con la reverencia digna
al Rey, pues es la atencion
á la Magestad debida,
desmiento, de la sospecha,
que esparció vuestra malicia
contra Manrique, diciendo:
que fué traicion conocida
ocultar al Rey, dictada
de impulsos de su codicia.
A cualquiera, que villano
esta sospecha conciba,
del Rey abajo, desmiento,
y á sustentarlo, se obliga
mi arrogancia, cuerpo á cuerpo,
si alguno hay que lo resista,
ó con armas, ó sin ellas,
en los campos de Castilla,
al choque de dos caballos,

ó al encuentro de tres picas,
en el arnés, ó el escudo
donde suban las astillas
tan altas, que del Sol puedan
ser volantes celosias;
y quien piense que me mueve,
la hermosa prerogativa
de dama, pues á las damas
no hay valor que no se rinda,
queriendo, que rendimiento
se llame la cobardia,
sígame, si valor tiene,
que sin desmontar la brida
de ese bruto, de ese rayo,
aborto de Andalucía
le espero en esas campañas,
de noble sangre teñidas,
desde el alva hasta la noche,
y desde la noche al dia.

Condestable.

¡Gallarda resolucion!

Elvira.

¿Qué respondeis?

Rey.

Doña Elvira,
que sois dama, y con las damas
mis caballeros no lidian:
venid, y las funerales
ceremonias se prosigan.

ESCENA X.

Dichos menos el Rey.

Elvira.

¡Ah, pese á la preeminencia!

¿que mis venganzas impida
el rendirse todos, cuando
mas el rendimiento irrita?
Leoneses, cualquiera que
este reto contradiga
tome ese guante, pues es
ceremonia que se estila
en los duelos.

Condestable

Yo le tomo,
gallarda Pálas divina,
no como señal del duelo;
¿pues quien habrá que compita
con vos, si desde que os ví,
en dos acciones distintas,
no me quiere á mí la muerte,
porque no quiere la vida?

Elvira.

¿Pues por qué le tomais?

Condestable.

Solo
por prenda vuestra, y no aspira
mi rendimiento á tenerla
por favor; á mas aspira.

Elvira.

Eso es ya de otra materia
y no es fácil que permita
que prenda mia posea
nadie, porque vengativa
sabrá cobrarla mi espada,
castigando la osadía. *Empuña.*

Condestable.

Tened, que ese es otro caso:
yo tambien sabré rendirla
á vuestros pies, que no quiero

que os dé disgusto la dicha
de un acaso, pues guardarla
al ver que se desperdicia,
fué atencion; pero negarla
fuera ya descortesía. (1)

Elvira.

Ahora no la quiero; pues
aunque cobrarla queria,
tomarla de vuestra mano
fuera mostrarse benigna
mi atencion: y asi no quiero,
por no verme compelida
á tomarla, cuando es vuestra,
acordarme que fué mia. *Vase.*

Condestable.

Aguarda, detente, espera:
no, hermosa deidad esquiva,
ausentándote á mis ojos
con tan dulce tiranía,
para una esperanza muerta,
dejes la memoria viva.

ESCENA XI.

Marin y Manrique en trage de villanos.

Manrique.

Parece que con mi astúcia
los Leoneses se engañaron,
pues ya la voz de mi muerte
ha corrido por el campo.

Marin.

Para quien creyese agüeros
era á propósito el caso

---

(1) *Vá á dar el guante.*

de estar mirando su entierro;
pero tu bastardo hermano
honrado se ve en la muerte,
pues si de aquí lo reparo,
el ejército lo lleva
con grandeza y aparato,
que para un pobre difunto
es grandismo descanso.

Manrique.

Con melancólico acento,
al ronco estruendo bastardo,
gime el viento en las sordinas.

Marin

Si, pero una cosa hallo
de conveniencia en tu entierro,
y es que no te van chillando
los niños de la Doctrina,
un colegio de bellacos,
que en entierros ostentosos
son sufragios alquilados.

Manrique

Ya Don Nuño con el Rey
habrá sin duda llegado
adonde en salvo le ponga;
y en cuanto los Castellanos
á su defensa se junten,
mas fieles ó mas osados,
San Estevan de Gormáz
será su alcázar y claustro.
La órden que llevó Don Nuño
es de que esté disfrazado
el Rey como un hijo suyo,
porque dejen de buscarlo
allí los Leoneses, pues
en Nuño no han sospechado;

y pues tal disfráz hallé,
siempre á vista del contrario
he de andar, Marin amigo,
sus intentos observando.

Marin.

Una cosa solo resta.

Manrique.

¿Cuál es?

Marin.

Que ya transformado
en sastre, en el lugar puedas
ir prosiguiendo el engaño:
cuanto á ser Sastre, señor,
ya yo tengo mucho andado,
pues fui aprendiz seis meses;
con que si á hacer nos juntamos
cualquier vestido, echaremos
á perder cualquiera paño.

Manrique.

Nécio, ¿yo habia de venir
á ese ejercicio!

Marin.

No es malo
el puntillo; ¿pues sin eso
podrás estar reputado
por Sastre?

Manrique.

Podré algun tiempo,
y esto no ha de durar tanto,
que falten escusas para
no llegar á ejercitarlo.
Aun mas cuidado me dá
ir al Campillo ignorando
con quien tenia amistad
este hombre, y los ordinarios

ejercicios suyos.

Marin.

Pues

si ese es solo el embarazo,
de lo mismo que te hablaren
puedes ir congeturando
las respuestas, y si no,
apelar á que estás falto.

Manrique.

Eso es mejor.

ESCENA XII.

Dichos y Casilda.

Casilda.

¡Ay, Juan mio,
que yo te estaba aguardando
con grande temor!

Manrique.

¿Qué es esto?

Marin

Esta muger es el diablo.

Casilda.

Dijéronnos en la villa
que te habia desafiado
Gil olo; pues yo, Juan mió,
digo que me parta un rayo
si le puedo ver

Marin.

Ya es esto
del cuento, responde algo.

Manrique

Sin duda esta es la villana
bella por quien le mataron.

Casilda.

¿No me respondes? ¿estás
conmigo muy enojado?
yo te quiero.

Manrique

Bien pudieras,
(bueno es hallarme obligado *ap.*
á mezclar tratos groseros
entre tan nobles cuidados)
bien pudieras escusar
andarme dando embarazos,
pues sabes mi condicion:
(yo no sé lo que la hablo)

Casilda

Ya veo que eres dimoño,
y que no hay mozo en el barrio
á quien no dés para peras.

Marin

Oyes, tú hermano era guapo.

Manrique

¿Qué habia de ser quien tuvo
de mi sangre algunos rasgos?

Casilda.

¿Juan, quién es este mozo?

Manrique

Es un grande oficialazo,
y le traigo á casa.

Marin.

A ser
de usted el menor criado:
¿cómo se llama nuestra ama?

Casilda

Díle tú como me llamo.

Manrique.

Yo vengo hecho un lucifer,

zeloso y desesperado,
y no me acuerdo de nada.

Casilda

Casilda soy de Polanco,
que este en el Campillo es
apellido muy honrado.

Marin.

Nadie por su boca pierda.

Casilda.

Oyes ¿cuándo nos casamos?

Manrique

¿Esto mas? cuando Dios quiera,
que ahora estoy muy alcanzado.

ESCENA XIII.

Dichos Gil Polo y otro Villano.

Gil

En fin, él queda herido;
pero en el Campo dejamos
muerto á Suero

Villano

Él lo mató,
que el Sastre es desesperado.

Gil.

Por aquel hombre, de hierro
vestido, no le matamos:
veamos ahora á Casilda.

Villano.

Está con un hombre hablando.

Gil

Y es el Sastre, vive Dios,
amigo, que allá en el campo
nos hizo la mortecina. *Embistenle.*
¡Aun vives, traidor!

Manrique.

Villanos,
vuestro error castigaré.

Marin

Dales su carta de pago.

Casilda.

Ay, que á mi marido matan:
Josticia de Dios

Gil.

Huyamos.

ESCENA XIV.

Salen por un lado el Rey y el Condestable, Fortun y soldados, y por otro Blanca y damas, y el Vegete de Alcalde.

Rey.

¿Qué ruido es este?

Blanca

¿Qué es esto?

Manrique.

En grande peligro estamos.

Blanca.

Con e Rey encontré ¡Cielos!
¿qué habiéndome ya informado
de la muerte de Manrique
sea un dolor tan estraño,
tan infelice, que aun no
tenga lugar para el llanto?

Rey.

¿Espadas aqui? ¡en mi vida
ví tan hermoso milágro!

Casilda.

Señor dos hombres, que huyeron,
á mi marido intentaron

matar: josticia de Dios.

Vejete.

Señor, es un gran bellaco
el Sastre, y ha dias que tengo
gana de echarle la mano.

Marin.

Cuchilladas, y muger,
buena hacienda te ha dejado
el difunto.

Blanca.

De Manrique
es un viviente retrato *ap.*
este hombre: ¡Cielos! ¿si es el?

Manrique.

En mí, Blanca ha reparado, *ap*
y en ella el Rey; ¡ya supieras
ciego Dios, amor tirano,
dar un consuelo, sin dar
con él algun sobresalto!

Casilda.

Josticia contra estos hombres.

Rey.

Haced, alcalde, buscarlos,
y castigarlos.

Vejete.

Si haré. *Vase.*

Condestable.

Hermana, llega, y la mano
besa al Rey.

Rey.

¿Su hermana es esta?

Blanca.

A vuestros pies, Soberano
Monarca.

Rey.

Señora, alzad,
que no está bien, (yo me abraso)
puesto á mis plantas el Cielo:
¡qué beldad!

Manrique.

Cielos, á espacio.

Condestable.

En la Quinta, donde Blanca
estaba agora aguardando,
con otro intento, á Manrique,
podeis, señor, alojaros

Rey.

Si haré; pues en tanto que
mas diligencias hagamos
de Alfonso, puesto que vienen
mis soldados fatigados,
aquí harán alto; venid
que yo he de ir á acompañaros;
ahora conozco, que fué
Don Manrique desgraciado. *Vase.*

Blanca

Hombre, ilusion, ó fantasma,
de Manrique eres retrato,
y aunque sé que es muerto (¡ay triste!)
me consuelo con dudarlo. *Vase.*

Condestable.

¡Ay Elvira, qué de penas
con tu ausencia me has dejado,
pues tu memoria es al alma
un gustoso sobresalto! *Vase.*

Casilda.

En casa te aguardo, Juan. *Vase.*

Marin

Lo que yo de todo saco

es, que porque no te cojan
en mentira, pues los cabos
que tu hermano dejó sueltos,
son tan diversos y tantos,
es fuerza que te hagas loco,
aunque segun son tus cascos,
yo espero que el fingimiento
te cueste poco trabajo.

Manrique.

Ay, Marin, mas loco fuera
en ser cuerdo, cuando hallo
un disfraz tan indecente,
en que mal asegurado
estoy; una muger que
me persigue, unos villanos
que intentan matarme, un Rey
que tan á mi costa amparo,
y sobre todo, unos celos,
al corazon enroscados,
que de la memoria son
áspides imaginarios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de una Quinta con Jardin.

Manrique y Marin de villanos, huyendo de Casilda.

Manrique.
Muger, ya estás enfadosa.
Casilda
¿Pues, Juan, en qué te he ofendido?
Manrique.
En quererme.
Casilda
¿Y eso es malo?
Marin.
Malo es, porque un hombre he visto
de un amor abochornado
que le ha dado un tabardillo.
Casilda.
¡Válgame Dios! ¿tanto mal,
se le hace, Marin amigo,
en quererle? pues acaso
le doy yo algunos pellizcos:
¿mas qué es esto, que sospira
tan confuso y pensativo?
aquí de Dios, que me han muerto.
Marin
No alces, Casilda el chillido,
que en el jardin de esta Quinta
de Blanca, está retraido

mi amo, por aquella muerte,
y podrán, sin duda oirlo,
con que al tiempo de las voces
darán con él y conmigo,
y de inflamacion de esparto
tendremos un garrotillo.

Casilda

Mira, yo sentí, Marin,
al oir estos sospiros,
que no son por mí, una rabia,
de manera, que imagino,
que le aborrezco, y denpues,
si mas de espacio lo miro,
pienso que le quiero mas
por haberle aborrecido;
y aquel sospiro, en efecto,
en el corazon me hizo
unas cosquillas de fuego
con que el alma me dá brincos.

Manrique.

Celos tiene la villana.

Marin.

Ya no puedo yo sufrirlo:
ven acá: ¿ cuándo el Maeso
ha llegado á hacer vestido,
que á tu beldad no rindiese
primicias del peudoncillo?

Casilda

Desde el dia que aquel hombre
tendiste como un cochino,
porque en el campo los tres
te quisieron matar vivo,
aun mas que de la Josticia
huyes de los ojos mios,
estás tan otro, que pienso

que no puedes ser el mismo;
y esto de suerte, que no
piensas casarte conmigo:
¿tan fea soy? pues yo sé
que el otro dia me dijo
un requebrazo el barbero.

Marin.

¿Y qué fué?

Casilda.

Porligio esquivo,
¿porqué á tus pobres amantes
matas, cuando con desvios
han hecho pelar mas barbas
tus ojos que mis cochillos?

Manrique

Ay Blanca, cuando á memorias
tuyas la idea dedico,
¡qué estrangera se halla el alma
oyendo agenos cariños!

Casilda.

Pues abrázame, y me iré.

Manrique.

Si á que te vayas te obligo
á tan poca costa, llega. *Abrazale.*

ESCENA II.

Dichos, y sale Blanca.

Blanca.

Al jardin: ¡Cielos qué miro!

Manrique.

Blanca lo ha visto ¡ay mas penas!

Marin.

¿Qué importa, si conocido

de ella no eres por Manrique?

Blanca.

Viendo que es tan parecido
á Manrique este villano,
mal el enojo resisto
de que á los brazos de aquella
muger llegue. (¡Ah, cielo impio,
cual estoy, cuando tomára
unos zelos por partido!)
¿Cómo, bárbara villana,
á intentar te has atrevído
tal indecencia á mis ojos?

Casilda.

¿Pues que su merced ha visto
en mí, mas que el abrazar
de esta suerte á mi marido?

Marin.

¿Otra vez?

Blanca.

Aparta, quita,
no mi enojo vengativo
irrites: vete, villana.

Casilda.

¿Qué diablos tiene conmigo?
¿mas qué le ha dado dentera?
pues no importa: á Dios, Juan mio. *Vase.*

Marin.

Yo voy á ver si hallo algo
con que untarme los hocicos,
porque ya de estar hambriento,
vive Dios, que estoy ahito.

ESCENA III.

Manrique y Blanca.

Manrique.

Ocasion de declararme
se me ofrece. mal me animo, *ap.*
que en ardor elado, el pecho
vá encendiendo un sudor frio.

Blanca.

¡No he visto tal semejanza!
pero; ¡ó imprudente delirio!
¿para qué memoria, intentas
persuadirme, á que está vivo?
¿Quieres que vuelva á creerlo
para volver á sentirlo?

Manrique.

Yo me declaro: ¿no basta,
aleve, traidor Cupido,
que sufra lo que padezco
sino tambien lo que finjo?

Blanca.

No sé qué me dice el alma,
que el corazon á latidos
me dá, en pulsados presagios,
palpitantes vaticinios,
cuando, ¡ay Manrique!

Manrique.

Señora.

Blanca.

¿Qué quereis,

Manrique

Habiendo oido
que me llamais.

Blanca

No he llamado:
y cuando eso hubiese sido,
no es á vos.

Manrique

Sonó en el alma
el eco de ese suspiro:
Blanca, yo soy Don Manrique,
á tus pies estoy rendido,
tan amante como siempre.

Blanca

Hombre, ¿qué dices?

Manrique.

¿Qué digo?
que soy Manrique de Lara.

Blanca.

¿Cómo viendo que estás vivo
al susto, no es una vida
el precio de un regocijo?
¿tú vivo? ¡pero hay de mí!
que presto que lo he creido
para llorarlo mas presto,
pues sin poder resistirlo,
mágico mi pensamiento,
representa á mi delirio
muchas glorias, que poseo
en las fantasmas que finjo.

Manrique.

¿Qué dudas, pues?

Blanca.

Si lo crea.

Manrique.

¿Y qué recuelves?

Blanca.

Elijo

creerlo, que aquel instante
que durare el desvarío
de alguua ilusion, no deja
de ser bien, el bien fingido;
pues en perdiendo la dicha
un venturoso, es lo mismo,
que el haberla imaginado,
el haberla poseido

Manrique.

Murió en ese monte, un
hermano bastardo mio,
que de casa de mis padres
se ausentó, siendo muy niño
por ser inquieto; su madre
era humilde, y por motivos
ocultos, quizá mi padre
no le declaró por hijo:
varias fortunas corrió
hasta dar en ejercicio
de hombre pobre, ¿pues qué importa,
que fuese tan bien nacido,
si nació mal inclinado;
que si forzar no han podido
el alvedrío los astros,
los planetas y los signos,
¿como es fácil, que la sangre
forzar pueda el alvedrio?
Y de esto se ha visto tanto,
que ejemplares infinitos
pudiera traer, si hubiera
quien lo dudase remiso.
El parecerse á mi tanto,
no es tampoco lo que admiro,
porque la naturaleza
no hace acaso sus prodigios,

y para tan grande mal
tan gran remedio previno.
Nuño Almegir, un anciano,
de los nobles deudos mios,
llevó al Rey á San Esteban
de Gormáz, pues su castillo
se conserva por nosotros,
aunque el Rey de Leon hizo,
para rendir sus murallas
Plaza de Armas el Campillo.
Nuño, como es, aunque noble,
hombre poco introducido
(de la Corte siempre ausente)
seguro está en el recinto
de San Esteban, pues no
le buscan los enemigos.
Yo era, Blanca, quien estaba
espuesto al mayor peligro
si me hallasen, pues por mí
supieran de Alfonso Invicto,
que anda tan bien encubierto;
mas piadoso el Cielo quiso,
que este disfraz ocultase
con mi vida los designios.
Por loco me tienen todos,
que ha sido fuerza fingirlo,
por ignorar de mi hermano
los sucesos y motivos.
A tus ojos vuelvo, Blanca,
pobre, humilde y abatido,
no me olvides, que entre tantos
tormentos como examino,
será el mas intolerable,
y asi en tus dulces desvios,
lo que no hiciese lo amante

ha de hacer lo compasivo.

Blanca

De suerte, Manrique ingrato,
¿que sufrimiento has tenido
para ocultarme quien eres?
¡ay cuán poco es tu cariño!

Manrique.

¡Ay Blanca! ¿si bien supieras
que tu amor agradecido
debe estar á lo que culpa,
porque en un amante fino
no hay pena, no hay sentimiento
no hay tormento, no hay martirio,
no hay rabia, no hay ánsia, como
amar, sin poder decirlo?

Blanca.

¡Ah ingrato! cuan bien hallado
estabas en tu retiro
con esta villana, á quien
le diste á los ojos mios,
lo brazos; ¿ pero qué mucho,
falso, aleve y fementido,
que en el disfraz de villano
tan hallado estés, si miro,
que el propio trage del alma
el exterior se ha vestido?

Manrique

Si tan presto como yo
dejáre desvanecido
ese indicio, tú pudieras
disuadirme los indicios
de que el Rey.

Blanca.

Sella la voz;
no pronuncie inadvertido

tu labio, ofensa que viene
disfrazada en un suspiro:
¿celos me pides, villano?
¿vés que te culpo lo omiso,
y pretendes de lo ingrato
librarte con lo atrevido?

Manrique

Calla ingrata; ¿vés que vengo
á espresarte el dolor mio,
y aun no dejas á mis ánsias
el consuelo de decirlo?

Blanca.

Eres aleve.

Manrique.

Eres falsa.

Blanca.

Eres ingrato.

Manrique.

Soy fino.

Los dos.

Eres....

ESCENA IV.

Dichos y el Rey.

Rey.

¿Blanca?

Blanca

¡Ay mas pesares!

Manrique.

A que mal tiempo el Rey vino;
celos, no querais hacer
evidencias los indicios.

Rey.

¿Qué es esto?

Blanca.

Qué le diré?

Manrique.

Disimular determino.
Yo soy el Sastre, señor,
que aquí á la Quinta he venido
á hacer un vestido á Blanca.

Rey.

Por ahora podeis iros.

Manrique.

Ya obedezco: ¡Santos Cielos, *ap.*
qué dolor iguala al mio!
¿yo he de dejar á mi dama
oyendo agenos cariños?
¿para qué hay ¡suerte tirana,
cruel fortuna, hado impio!
amantes humildes, si hay
poderosos enemigos?

Rey.

¿No os vaís?

Manrique.

Si señor,

Blanca.

¡Qué ansia! *ap.*
ya con el alma le sigo,
que me acuerdo de su pena,
y de mi enojo me olvido.

Manrique

De vér que a vista de Blanca *ap.*
disimular es preciso
esta injuria, este desaire,
¡vive Dios que estoy corrido!

Rey.

Andad.

Manrique.

Yá se irán: ¡ hay tal!
vaya sumercé aspacito,
que tiempo hay de enamorar
mientras se corta el vestido.

Rey.

Malicioso es el Villano.

Manrique.

Esconderme determino
á escuchar, lo que despues
quisiera no haber oido. *Escóndese.*

ESCENA V.

El Rey, y Blanca.

Rey.

Sabiendo, Blanca, que estabas
en este frondoso sitio,
esfera verde de tantos
caducos astros floridos,
y sabiendo que tu hermano
ausente está, no he podido,
con la licencia que el campo
permite á lo mas exquivo,
dejar de cegar, mirando
tus dos luceros divinos,
bien que con temor; pues cuanto
á tanta ventura aspiro,
me están diciendo sus rayos
que se vieron convertidos,
atrevimientos de cera
en escarmientos de vidrio.

Blanca.

Vuestra Magestad, Señor,
se acuerde que le ha servido,

mi hermano, y que no se premia
con agravios sus servicios;
ó acuérdese de quien soy,
porque mi espiritu altivo,
es tan vano, tan sobervio...

Manrique

¡Cielos, sin alma respiro!

Blanca.

Que imagino, que no hay hombre
que me merezca un desvio,
y si alguno mis rigores
esperimenta, habrá sido
costumbre en mi, mas no intento,
porque no hay alguno digno
de que aun para mis desdenes
pudiese ser elegido.

Rey.

Si son las iras tan dulces,
querer ostentar lo esquivo,
mas que castigar la culpa,
es coronar el delito;
y asi esta mano...

Blanca.

¡Ay de mi!

Sale Manrique

Ya no he de poder sufrirlo; *ap.*
la medida de esta manga,
con la prisa se ha perdido,
y asi la vuelvo á tomar.

Rey

¡Qué villano tan prolijo!

Blanca

Dejadlo ahora; ¡ay infeliz!
mucho temo su peligro.

Manrique.

¡Ah ingrata! ¡vive Dios, que
el que lo estorve ha sentido! *Escóndese.*

Rey

No me impidan tus rigores,
con desdén tan atractivo,
examinar en tus manos
un incendio cristalino

Blanca

Vuestra Magestad (¡ ay triste!)
considere.

Rey.

Estoy perdido.

Manrique.

Y aun yo.

Blanca.

Muerta estoy, ¡ah Cielos!

Manrique.

¡Podrá buscar el destino
mas riguroso desaire
á un amante bien nacido!

Rey.

Esto ha de ser

Blanca.

No ha de ser.

Sale Manrique

Hernan Ruiz ha venido:
que se apea ya, que llega.

Rey

A nadie en el jardin miro:
este es loco

Manrique

Si, que tengo
una locura, que es juicio.

Rey.

Vete, villano, y aquí
no vuelvas con otro aviso.

Blanca.

Esto se vá declarando. *ap.*

Manrique

¿Pues qué agravio se le hizo
á su merced en avisarle?
¡rayos, y incendios respiro! *Escóndese.*

Rey.

¿Qué importa dí, que tus iras
me recaten lo benigno,
si al pronunciar los rigores,
á que dulcemente aspiro,
nace otro nuevo deseo
de ese modo de decirlos?
¡ay Blanca! templa estas ánsias,
este ardor, este delirio
con una mano

Blanca.

Advertid,
señor, que está el honor mio
corrido, de ver que haya
quien á eso se haya atrevido.

Manrique

Ya me falta la paciencia,
y á morir me determino,
porque donde están mis celos,
¿qué importa mi precipicio?

Rey.

¿Quién podrá estorvarlo?

ESCENA IV.

Dichos y Manrique.

Sale Manrique.

Yo.

Blanca.

¡Toda soy un mármol frio!

Rey

Hombre, ¿quien eres?

Manrique.

Aquí
mi ser me desconoció,
y aun yo no sé si soy yo,
porque estoy fuera de mí.

Rey

Vive Dios.

Blanca

Señor, advierte
que es loco: ¡ay vanos recelos!

Manrique.

¡Que quien ha hallado unos celos
no pueda hallar una muerte!

Rey

Loco, ó no, fuiste atrevido,
y porque los pareceres
del vulgo afirman, que eres
á Manrique parecido,
delante de ti, su esquiva
mano mi suerte publique,
para que en tí de Manrique
castigue una sombra viva,
que en fin no ha de darme enfado,
un loco.

Blanca.

¡Qué esto suceda!

Manrique.

¡Que resistirle no pueda ap.
habiéndome ya empeñado!

Rey

Neciamente me desdeña
tu rigor.

Blanca.

¡Terrible trance!

Manrique

¡Mal haya el que antes de un lance ap.
no mira como se empeña!
sino puedo resistir
no era mejor no saber,
¿Cielos que quisiese vér
lo que no puedo sufrir?

Blanca.

Por estorvar sus rigores, ap.
hasta asegurarle, á fin
de ausentarme del jardin
esfuercen fingir favores,
Señor, Vuestra Magestad:
¡ay Dios! no ha de pretender
riguroso, que el poder
se pase á ser voluntad;
despacio mirar intento
vuestras prendas, porque amor
no sea hijo de un rigor
sino de un conocimiento,

Manrique

Al Rey, Blanca, favorece, ap.
y yo no puedo vengarme
(¡ay de mi!) que el irritarme,
tanto en mi la rabia crece,

la ira, el corage, el brio,
el frenesi, la ansia (yá
lo dije) que el alma vá
esalando un sudor frío:
¡qué locura, qué pasion!
el sentido deja en calma,
que en el incendio del alma
se me apaga el corazon.

Rey.

Pues tan benigna te ví.

Manrique.

Yo muero.

Rey.

Dame una mano.

Manrique.

Ah de la guarda.

Rey.

¡Ah, villano!

Manrique.

¡Ay infelice de mi! *Cae.*

Rey.

¡Mas qué es lo que ha sucedido?

ESCENA VII.

Dichos, y salen Soldados y el Condestable

Todos.

¿Señor?

Blanca.

Lance riguroso.

Rey.

Dísimular es forzoso, *ap.*
que el Condestable ha venido.

Condestable.

¿Qué es esto?

Blanca.

Nécia pasion ;
disimulad, y en el centro
queden las lágrimas dentro
á anegar el corazon :
ese hombre que ves aquí,
que loco dicen que ha estado,
entró en el Jardin llevado
de un furioso frenesí :
yo que en su velocidad
ví señas de enfurecido,
dí voces, á cuyo ruido
acudió su Magestad,
que iba á su cuarto: ventura
fué que al verle, una caida,
suspendiéndole la vida,
le interrumpió la locura ;
y es verdad, que en quien sufrir
celos debe, y padecer
por fuerza, no puede haber
mas locura que el vivir ;
esto es, en fin.

Rey.

Ya es forzoso
disimular.

Marin.

Ya yo entiendo
que es esto, y que está mordiendo
el desmayo algun curioso;
pero el Doctor que esto apura,
tómele el pulso cual rayo,
por ver si al paso el desmayo
ha llegado á coyuntura.
Señor, siempre que imprudeute
ocupa algun frenesí,

al Sastre, le deja así,
cual veis, con un accidente;
cualquier locura acomoda
para sí, si bien se apura,
y en el alma no hay locura
que él no se vista á su moda.

Rey.

Prendedle, pues

Condestable.

No hagais tal,
señor, que el delito es poco,
bástale á un loco el ser loco,
no le acrecenteis el mal.

Rey.

Pues retiradle

Manrique.

Esa ha sido *ap.*
la mejor resolucion:
mas pesa que la razon
de un discreto presumido. *Llévanla.*

Blanca

Voyme á llorar su rigor, *ap.*
porque en tanto padecer,
no hay dolor como tener
paciencia para un dolor. *Vase.*

Rey.

Mucho mi sospecha crece, *ap.*
accion ejecuta ufano
tan despechada un villano,
que á Manrique se parece.
Pierde cobarde el sentido
de un noble; ¡ dolor infiel!
el Condestable por él
vuelve? Mucho he discurrido.

Condestable.

Ya, señor, la gente queda
en el monte repartida,
y dispuesta la batida
por la fragosa arboleda,
con multitud de soldados
tal, que no se escaparán
los corzos, pues morirán
en el número anegados.

Rey.

Por saber que Blanca está
con la caza divertida,
he dispuesto esta batida,
y por si intentaren ya
los Castellanos alguna
salida, quiero llevar
tropas, que no hay que fiar
en la guerra y la fortuna;
y así mi cariño trata
que Blanca la venga á ver.

Condestable.

¿Cómo Blanca puede ser
á tantas honras ingrata?

Rey.

Pues otra mayor intento
haceros, entre los dos,
se quede, que solo á vos
fiara mi pensamiento:
muchos hay que no han creido,
que Don Manrique es el muerto,
y entre si es cierto, ó no es cierto
está el vulgo dividido:
fio de vuestro valor,
Velasco, que le reteis,
y que en cartél le llameis

públicamente traidor;
pues asi saber procuro
si se oculta, ó no, con arte,
y del campo, de mi parte
le ofrecereis el seguro;
porque si él vive, es forzoso,
siendo noble, aunque es infiel,
que parezca, y al cartél
os responda valeroso;
y si él que á Blanca sirvió,
os hace dificultad,
Velasco, considerad
que soy quien lo manda yo *Vase.*

Condestable.

Oíd, esperad, señor:
¡fiera pena, grave mal!
el alma se halla neutral
entre el amor y el honor:
no temo (¡ah suerte tirana!)
cuando el cartél se públique,
el agravío de Manrique,
sino el ceño de su hermana.
En vano obligarla piensa
mi desesperado amor;
¿no bastaba su rigor,
sin añadirla una ofensa?
Mas si es fuerza, y arrestado
voy, nadie impedirlo intente,
pues se añade á lo valiente
tambien lo desesperado.

ESCENA VIII.

DECORACION DE BOSQUE.

Tocan cajas y clarines, y salen **Soldados**, **Nuño**, *y* *Doña Elvira.*

Elvira.

En esta verde espesura,
en cuyo denso boscaje,
músico el céfiro blando
pulsa en susurros suaves,
verdes sonorosas hojas
de los álamos y sauces,
queden ocultas mis tropas,
que pues Castilla me hace,
por hermana de Manrique,
en cuyas hazañas grandes,
inflamado alienta el bronce,
elocuente vive el jaspe,
cabeza de sus milicias,
contra la saña arrogante
de Fernando de Leon;
y tanta máquina grave
sobre mis hombros, no sé
si se sustenta, ó si yace,
hasta tanto que al Campillo
numeroso un comboi pase,
que he de cortar valerosa,
aquí mi gente descanse,
sirviendo de dosel, ese
obelisco vegetable,
cuyo peso, el suelo oprime,
cuyo vuelo estrecha el aire.

Nuño

Gallarda Pálas, hermana
de nuestro difunto Marte,
que de los mayores héroes
eres bellísimo ultrage,
perdoname, que no ha sido
mucha cordura arriesgarte,
para romper un comboi
tu en persona, pues si sabes
que á San Esteban gobiernas
con esfuerzo vigilante,
que está en su poder el Rey,
á quien no conoce nadie,
sino por un hijo mio,
porque dejen de buscarle,
los leoneses, ¿cómo intentas
tan resuelta aventurarte?
para funciones como esta
tienes aquí Capitanes,
que aunque viejos, aun sabrán
hacer lo que se les mande.

Elvira.

Nuño Almegir, mi valor
no me consiente quedarme
en San Estéban: es bien,
decid que los homenages
que escogí para defensa
¿me hayan de servir de cárcel?

Nuño.

Ruido en el monte se escucha.

Elvira

Pues, soldados, á emboscarse,
y los rudos troncos sírvan
de bárbaros baluartes.

ESCENA IX.

Manrique y Marin.

Marin.

¿Dónde vas?

Manrique.

Voy á morir.

Marin.

Bellísimo disparate:
¡qué haya hombre tan majadero,
que se muera por matarse!

Manrique.

Ay, Marin, es tan terrible,
es tan furioso, es tan grande
el tormento que me aflige,
el dolor que me combate,
que el ver que tengo paciencia
me obliga á desesperarme;
porque no hay mal mas terrible
que el sufrimiento en los males;
pensarás que fué tibieza
que los sentidos faltasen,
que caducase la vida
en un hombre de mi sangre
y de mi valor, al ver
mis celos; pues no te espantes,
Marin, que yo diré á voces,
que si alguno lo culpare,
no ha sabido tener celos:
¡mas qué ignorancia tan grande!
harto sabe (¡ay infelice!)
quien tener celos no sabe.
Casos hay en que es valor
no tener valor, pues nadie

habrá que viendo sus celos,
cuando á impedirlos no baste,
no muera, no desfallezca,
no caduque, no desmaye,
no zozobre, no fluctue,
no desespere, no rabie;
y si á alguno le sucede,
no á mí, pues para esforzarme
no tengo aliento ni brio,
que un sufrimiento cobarde,
es valor en la paciencia;
pero es un valor infame:
mal hubiese, mal hubiese
el tosco, el mísero trage
de un vil hermano, que pudo
tan humilde disfrazarme,
pues si mudarme no supo
en tan riguroso lance
el sentimiento: ¿qué importa
que el adorno me mudase?
ahora conozco á cuanta
desdicha nace el que nace
á inferior fortuna, cuando
tiene espíritu arrogante
y altivo, porque no puede,
en estremos desiguales,
sufrirse á sí, si á otro sufre,
vivir si no sufre á nadíe.

Marin

Déjate de esas locuras,
que el Rey, que á caza esta tarde
salió, ya las avenidas
vá ocupando, y ya los ayres
puebla el sonoroso estruendo,
en la trabilla y el guante:

de cascabeles que suenan,
y de sabuesos que laten.

Dentro.

Herido vá el javalí.

Uno

A la fuente.

Otro.

Al cerro.

Todos.

Al valle.

ESCENA X.

Dichos y Blanca.

Blanca.

Como que sigo á esta fiera,
aquí pretendo ocultarme,
donde el alma se retire
á interiores soledades,
cuando Manrique ¿qué es esto?

Manrique.

Esto es, ingrata, pasarme
á Castilla huyendo (¡ay triste!)
mi desdicha, tus crueldades,
tus traiciones, tus rigores,
mis tormentos, mis pesares,
y mis celos, (ya lo dije)
pues la fortuna inconstante,
la fuerza de un poderoso,
y tu condicion mudable,
(¡ah ingrata muger!) podrán
hacer que me desengañe,
mas no que sufra, que uno es,
si llega á considerarse,
desaire de la fortuna,

y otro es del valor desaire.

Blanca.

Mi bien, mi Señor, mi dueño.

Manrique.

No tiranamente afable
líquidas estrellas lluevan
de dos soles de azabache:
traidora ofendes y lloras;
¿qué resistencia hay que baste
con este líquido encanto?
¿qué intentan tus impiedades?
¿quiéres que te desenoje
de lo que tú me agraviaste?
Si ofreciste al Rey que habias
(vanos rezelos, dejadme)
de considerar sus prendas
para persuadirte á amarle.

Blanca

Ay mi bien, si bien supieses
de mi proceder constante,
que tienes que agradecerme,
lo que llegas á culparme.

Manrique

¿Esto mas? cuánto vá que
consigues en mi dictamen
(segun eres) que yo mismo
te agradezca que me mates?

Blanca.

¿A un poderoso ofendido,
porque tú no peligrases,
fué delito procurar
con un engaño templarle?

Manrique

Calla, alevosa: ¿no era
mejor, dí, que lo negases?

¿el repetirme la culpa
es modo de disculparte?

Blanca.

Tú no te has de ir.

Manrique.

Suelta.

ESCENA XI.

Dichos y Casilda.

Casilda.

Suelte.

Marin

Muger, el diablo te trae
siempre á enredarnos, pues eres
siguiéndole en cualquier parte
muger á latere, y él
marido á nativitate.

Casilda

Agarrar á mi marido,
es indecencia muy grande:
¿y á mis ojos? á mis ojos?

Blanca

¡Esto falta á mis pesares!
quita villana

Casilda

No quiero,
ella es quien ha de apartarse,
que mi marido futuro,
aunque pretende inquietarle,
es muy mio, que á estas horas
me costó mas de cien reales.

Marin

No es muy barato el marido
para haber sido de lance.

Manrique.

Dice bien, que es mi muger,
y yo no puedo negarle,
que la quiero y que la adoro.

Casilda.

Y vos, pues esto escuchasteis,
no inquieteis hombres casados,
que en el Campillo hay galanes.

Blanca

¡Cielos! ¿por una villana
este desprecio me hace,
ofendiendo mis cariños,
y ajando mis vanidades?
¡qué ira!

Casilda

Porque lo vea,
vuelve, mi Juan, á abrazarme.

Manrique

Bárbara, villana, quita,
no me obligues á arrojarte,
donde ese rio te ofrezca
monumentos de cristales.

Casilda.

¿Qué te ofende?

Manrique.

Ser muger,
que si todas son iguales,
á todas las aborrezco
por falsas, y por mudables.

Casilda.

¡A mí este respingo, Cielos!

Blanca.

¡Cielos á mí este desaire!

Casilda.

De él se ha de vengar mi furia.

Blanca.
De él mi enojo á de vengarse.
Casilda.
¡Ah ministros!
Blanca.
¡Ah soldados!
Marin
Por Dios, señores que callen,
que al espartillo podrán
coger entrambos gaznates.
Blanca.
¡Ah soldados de Leon!
Casilda.
Guadamaciles, y Alcalde.
Manrique.
Casilda oye, Blanca advierte.
Marin.
¡Ah si ahora se acatarrasen!
Blanca.
Venid, que aquí está Manrique.
Casilda
Venid á prender el Sastre.

ESCENA XII.

Dichos, y sale por un lado el Alcalde con Villanos, y por el otro Fortun y Soldados.

Fortun.
¿Dónde Manrique estará?
Vejete.
¿Dónde el Sastre se ocultó?
Casilda.
Válgamos Dios, ¡quice yo?
Blanca.
¿Ay Dios, en qué riesgo está?

Manrique.

¡ Ah mugeres, ofendidas !
¿ quien hay que sufriros pueda ?

Marin

No diera en una almoneda
dos blancas por vuestras vidas.

Blanca.

Que es el Sastre les diré.

Casilda

Que es Manrique diré yá.

Vejete.

¿ Adónde este Sastre está ?

Fortun

¿ Por dónde Manrique fue ?

Blanca.

Ese Sastre.

Manrique.

Y muy honrado.

Blanca.

Lo dirá, pues lo vió yá. *Vase.*

Casilda.

Don Manrique os lo dirá,
que es el que está disfrazado. *Vase.*

Marin

Entre cuero y carne estoy,
como la espina, metido.

Vejete

Este es el Sastre atrevido:
¿ piensa que tan tonto soy ?
Venid preso.

Fortun

Vuecelencia
venga preso.

Vejete.

Ea llevadle.

Manrique.

Al capitan, ú alcalde
es fuerza hacer resistendia: *ap.*
como humilde, la justicia
me busca por homicida,
y tanta gente lucida
por Manrique me codicia:
el alcalde es un villano,
que poca gente acaudilla,
mas de mi Rey de Castilla
vibra la vara en la mano:
el capitan, trae con brio,
muchos soldados armados;
pero de un Rey son soldados,
que es enemigo del mio:
resistirle solicito;
pues mas á buscar convida,
un riesgo contra mi vida,
que contra el Rey un delito:
esto ha de ser en efecto:
señor capitan.

Fortun.

? Que manda
Vuecelencia ?

Manrique.

Oid aparte.

Marin.

Mucho el temor me embaraza,
que pienso que con el Sastre
tenemos obra cortada.

Manrique.

Manrique de Lara soy,
y porque yá que se añada
una desgracia, no venga
con desaire la desgracia,

os suplica, que ausenteis
esos villanos, que infaman
mi nombre, pues yo estoy pronto
á rendirme á vuestras armas.

Fortun

Si llevo á Manrique preso,
¡ qué grandes premios me aguardan!

Manrique.

Auséntese la justicia, *ap.*
que el riesgo no me acobarda.

Fortun.

Idos, villanos de aquí,
que á nosotros reservada
está esta prision.

Vejete.

Par Dios,
si su merced mos dejara
le habia yo de ahorcar,
sin escocharle palabra,
que yá el escrebiano tiene
muy sustanciada la causa.

ESCENA XIII.

Fortun Manrique y Marin.

Fortun.

Vuecelencia, señor, venga;
que yo, y estos camaradas
le iremos sirviendo humildes,
mas de escolta, que de guarda.

Manrique.

¿ Luego ustedes han creido,
que soy Manrique de Lara?

Fortun.

¿ Pues no?

Manrique.

Caballeros mios,
no andemos en pataratas,
yo soy sastre en el Campillo,
sucedióme una desgracia,
persígueme la justicia,
valíme de esta maraña
para escapar de sus manos;
lo que resta, es que se vayan
por ahí vuesas mercedes,
yo por aquí, y Santas Pascuas.

Fortun.

Eso no, que yá el llevaros,
seais quien fuereis, á las plantas
del Rey, mi persona aquí,
sin que otro recurso haya
se empeñó.

Manrique.

Vuestra persona
muy buena es para empeñada,
que vale cualquier dinero;
pero yo no he de sacarla
del empeño, y si lo intenta,
no os ariendo la ganancia.

Fortun.

En fin habeis de ir.

Manrique.

No he de ir.

Fortun.

¿Cómo si mi gente es tanta,
y vos sois solo, podreis
resistirlo?

Manrique.

A cuchilladas. *Embiste.*

Marin.

A ellos, Sastre que cortas
con tigera, y con espada.

Dentro todos.

Acudid, acudid todos.

Fortun.

Un rayo es, que se desata.

ESCENA XIV.

Manrique y Marin, y salen el Rey, el Condestable, Blanca, Casilda y Soldados, y con venablo la Dama.

Rey.

¿Qué es esto?

Condestable.

Tened soldados,
suspended todos la saña.

Manrique.

En grande peligro estoy.

Casilda.

¡Ay Juan mio de mi alma!

Blanca.

¡Cielos yá se ha convertido
en compasion mi venganza!

Rey.

¿Qué es esto, digo otra vez?

Marin.

Yo lo diré, pues que callan
todos: Señor, esto es,
que á este loco, á este paparra
de este Sastre (qué gran gusto
es decir muchas infamias,
de cuando en cuando un criado,
de su amo cara á cara.)
le dió un frenesí, de aquellos

que siempre sugetos andan
á crecientes de la luna;
aunque si bien se repara,
tambien se queda á la luna
cualquier locura menguada.
El que algunas veces dice,
que es Rey, algunas, que es Papa:
como ha oido decir siempre,
que á Don Manrique de Lara
se parece, dió en que era él;
viendo que lo declara,
esos soldados que veis,
y vendiendo muchas fanfarrias,
valientes áncoras vivas,
fueron á echarle la garra;
pero mi amo entonces, viendo
que hacen del peligro gala,
á fuer de sastre pretende
acuchillarles las calzas.

Condestable.

Loco en fin.

Rey.

Recelos, mucho
mis sospechas se declaran;
hacedle colgar de un árbol.

Manrique.

¡Ay suerte mas desdichada!
fuerza es fingir mi locura, *ap.*
vamos, pues el Rey lo manda,
donde en la primera encina
he de ser bellota humana:
mas yo resocitaré,
é volveré de fantasma
á asombrarle en cualquier parte,

Casilda

Señor Rey, por las entrañas,
de la Vírgen no me dejen
doncella y desmaridada.

Blanca

Señor, ved que inutilmente
se ejercita vuestra saña,
porque en un loco, el castigo,
ni es castigo, ni es venganza.

Rey

Dejadle, que ya no habrá
sentencia tan temeraria
que le condene, si él tiene
tal indulto, que le valga:
si es Manrique, viva y viva
siempre á mi vista, pues clara
cosa es, que si muere ahora,
y como noble lo calla,
de saber donde está Alfonso
perderé las esperanzas.

Manrique.

¡Que aun la dicha de vivir
ha de venir disfrazada
á no conocer si es dicha
en unos celos! ¡ó ingrata!
¿por mí pides? ¡no es mejor
una muerte, que una rabia!

Rey.

Ahora falta otra esperiencia:
supuesto que ella es la causa
de la muerte y la pendencia,
dad la mano á esa villana.

Casilda.

Eso, si señor.

Manrique.

¡Ay triste!

Blanca.

¡Qué dolor!

Casilda.

¡Qué gusto!

Manrique.

¡Qué ánsia!

Marin.

¿Pues para qué dicen, que
le perdonan si le casan?

Blanca.

¡Ay infeliz! de sus labios
pendiente está toda el alma.

Manrique.

¡Ay de mí! que al ver que cortan
los buelos á mi esperanza,
el corazon en el pecho *ap.*
tiene abatidas las alas:
sin Blanca, vivir no puedo.

Marin.

Hombre, dame aquesa mano:
¿qué te yelas? ¿qué te pasmas? *ap.*

Manrique

Yo, sí, ¡ay Blanca!

Marin.

¿Quánto vá
que otra vez se nos desmaya?

Rey.

¡Cielos, este es otro indicio.

Blanca.

Aun con la duda me agravia.

Condestable.

¿A qué aguardais?

Rey.

¿Qué esperais?

Manrique.

Espero.

Dentro.

Guerra, guerra, arma. *Clarines.*

Rey.

¿Qué es esto?

Condestable.

A lo que parece,
entre las ásperas ramas,
los castellanos, nos ván
cortando en una emboscada.

Manrique.

Para estorvar la mía, vino
á buen tiempo su desgracia.

Dentro Elvira.

Mueran todos, y pegando
fuego à los troncos y jaras,
á nuestros incendios, sea
verde Troya esa campaña.

Rey.

Esto es lo primero: todos,
en defensa de estas damas,
hagamos frente.

Condestable.

Antes que
nos corten la retirada,
ocupemos las surtidas.

Blanca.

Nosotras, en confianza
de su defensa, podremos
escapar.

Casilda.

¡Ay desdichada!

Rey.
A ellos, leoneses.
Dentro Nuño.
A ellos, castellanos.
Todos.
Arma, arma.

ESCENA XV.

Manrique y Marin.

Marin.
¿ Qué haremos ahora nosotros,
señor, cuando ya trabada
la escaramuza, unos y otros,
por cascarnos, nos atacan?
Manrique.
No es poca dificultad,
pues de una parte mi dama
y de otra mi Rey, no sé,
que resuelva; aquí me llama
mi amor, y mi honor aquí,
y á vista de la batalla,
mientras está ociosa, está
mi persona desairada.
Dentro Blanca.
¡ Ay infelice de mí!
Manrique.
Pero estas voces aclaran
mi duda.
Dentro Elvira.
¿ Así, castellanos,
mi valor se desampara?
Manrique.
Ya es otro el empeño, ¡ Cielos!
que esta voz es de mi hermana.

Dentro.

¿No hay quien me socorra?

Manrique.

Sí.

Dentro.

¿No hay quien me socorra?

Manrique.

Sí,
ya mi valor te acompaña,
que antes que todo es mi amor.

Dentro Elvira

Soldados, ¿no hay quien me valga?

Manrique.

¡Cielos! ¿qué haré en tantas dudas?
¡ó quien acudiera á entrambas!
á mi dama por mi amor,
y á mi hermana porque en tantas
desdichas, es el escudo
de mi Rey y de mi Patria.

Marin

Tú has hallado linda duda
para no sacar la espada.

Manrique

¿Eso sospechas, villano?
pero supuesto que estaba
debajo de este disfraz
con adornos y con galas *desnúdase.*
para pasarme á Castilla;
disimuleme esta banda,
que la ocasion me dirá
lo que he de hacer.

ESCENA XVI.

Blanca con el venablo, y Elvira con la espada desnuda, y despues Manrique.

Elvira.

Ya que pude, acompañada
de mi gente, de un peligro
salir, viéndote, bizarra
leonesa, de ese venablo
blandir arrogante el asta,
siguiéndote vengo.

Blanca.

Pues
suspende veloz la planta,
castellana, sino quieres
que su cuchilla acerada
te detenga

Elvira.

Tu escarmiento
castigará tu arrogancia.

Blanca.

Tu soberbia. (1)

Manrique.

Suspended
bellas deidades la saña.

Las dos

¿Quién eres, hombre?

Manrique

Quien solo
pretende, que no combatan
dos soles, dos firmamentos,

---

(1) *Al ir á embestirse, sale Manrique, con la banda en el rostro, y se pone en medio.*

dos prodigios.

Blanca.

Quita.

Elvira.

Aparta.

Dentro Fortun.

Acudid todos, que está
en grande peligro Blanca,
y es Doña Elvira la que
ya de su gente apartada
se mira; llevadla presa.

Manrique.

No es fácil, mientras mi espada
sabe estorvarlo.

Elvira.

Y la mia.

Blanca.

Y yo, que es accion hidalga,
amparar al enemigo. (1)

ESCENA XVII.

Dichos, y el Condestable con vanda en el rostro.

Condestable.

Viendo el riesgo en que se halla
Elvira, á favorecerla
mis lealtades se disfrazan.

Elvira

¿Quién sois vosotros, á quien
hoy debo finezas tantas? (2)

Manrique.

Yo no sé quien soy.

---

(1) *Los tres á una parte.*
(2) *Se pone á su lado.*

Condestable.

Yo si,
Elvira, que quien te ampara
es quien este guante tiene. *Dásele.*

Elvira

Para conoceros, basta.

Fortun.

Daos á prision.

Todos

De esta suerte
vereis la empresa lograda. *Embisten.*

Elvira.

Yo os agradezco el socorro,
y me ausento, porque airada
en mi defensa, mi gente
viene, diciendo *Vase.*

Dentro

Arma, arma.

Blanca

¿Quién serán estos soldados?
mas supuesto que se abanzan
al monte, y á mí me dejan
segura la retirada,
yo me ausento.

ESCENA XVIII.

Manrique, el Condestable, y luego el Rey.

Manrique

¿Pensareis
que queda muy obligada
mi persona del socorro?
pues antes es tan contraria
la accion, que he de saber quien
tan á costa de mis ánsias

pudo hasta ahora guardar prenda
que volviese á aquella dama.

Condestable.

Solo el acero responde *riñen.*
á pregunta tan osada.

Sale el Rey

¿Qué es esto? ¿quién son los que
para reñir se disfrazan?

Manrique.

Un enigma es.

Condestable.

Un portento.

Manrique.

De desdichas

Condestable.

De desgracias.

Los dos

De rábias, iras y males,
que al veros á vos la cara.

Manrique.

Aunque se ausenta, no huye.

Condestable.

Se ausenta, y no se acobarda.

Rey.

Puesto que los castellanos
van dejando la campaña,
á ellos, Leoneses mios,
pues importa poco, ó nada
que sean portentos ó enigmas
de iras, de males, de rabias,
cuando dice el ronco estruendo
de las trompas y las cajas.

El y todos

Arma,, arma, guerra,
guerra, guerra, arma, arma.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo frente á los muros de San Estéban.

Salen Manrique y Marin disfrazados como denoche.

Manrique.

Cuando piso del prado las alfombras,
se me anegan los ojos en las sombras.

Marin.

La noche es tal, señor, que á lo que creo;
tiento la obscuridad, mas no la veo.

Manrique.

En la tiniebla fria,
la noche luce, y se obscurece el dia.

Marin.

Tanto, que al ir andando,
aun con el pensamiento voy tentando.

Manrique.

Ya al valor tuyo y mio,
de puente, y no de vaya, sirvió el rio.

Marin.

Y como ya nadando me aviaste,
el vado, aun las palabras te mojaste,
qus eres el primer sastre que procura
remojar la palabra en agua pura.

Manrique.

Este de San Estéban es el muro,
y á su centro llegué ya tan seguro,
á emprender la mas notable hazaña
que á la posteridad vincula España.

Marin.

¿Señor, no me dirás á que venimos?
Del Campillo salimos,
y este rio esguazamos,
y en San Esteban de Gormáz estamos.
Declárate, que ya venir me apura
con amo obscuro en noche tan obscura.

Manrique.

Ya sabes tú que osados,
algunos castellanos emboscados,
siendo su verde noche la montaña,
que en sombras vegetales nos engaña,
ocultarse pudieron

Marin.

Ya sé que á los leoneses embistieron,
y que al comun arresto,
la noche fue paréntesis funesto.

Manrique.

Pues sabe que despues (aquí es preciso
que te suspendas, Blanca me dió aviso,
de que supo Fernando por muy cierto
donde mi Rey Alfonso está encubierto,
y que un traidor de un Castellano ufano,
que es mucho ser traidor y castellano)
al Rey de Leon escribe que él se atreve
(cuando el Sol en pirámides de nieve
se sepulte ó se embarque en urna fria
para llevar al Occidente el dia,
á entregarle esta plaza) ¡traicion fiera!
como á la empresa un capitan viniera
con seiscientos soldados,
mas que de acero de valor armados,
que la seña seria estar cantando,
como para impedir el sueño blando,
pues en el muro está de centinela,

que siempre en no dormirse se desvela:
todo esto supo Blanca, porque tiene,
viendo cuanto á mi vida le conviene;
quien le investigue atento
del Rey cualquier motivo ó pensamiento;
yo (aunque tan presto) espero ver cumplido,
osado y atrevído,
el plazo señalado,
en que públicamente me ha retado
el Condestable (¡ay penas mas crueles!)
fijando en todo el Reino los carteles:
avisado del nombre y de la seña
con mi valor altivo, que me empeña
en la defensa de mi Rey valiente,
llegó á su muro anticipadamente
á hurtar la seña y nombre,
y á defender la plaza; no te asombre,
que en cosas temerarias, el pensarlas,
mas es el emprenderlas que el lograrlas.
Vengan, pues los Leoneses, que á su brio,
sepulcro hondoso le construye el rio,
llevando en vez de espumas,
rotos arneses y mojadas plumas.

Marin.

Y á eso solo venimos dos barbados,
solos, de noche, á escuras y mojados
de haber pasado el rio, hados esquivos,
sirviéndonos de tino
el tener tan sabido este camino,
que entre la escuridad, sin vanagloria,
nos pudo servir de ojos la memoria?

Manrique.

Hácia aquí siento ruido,
tentar podemos yá con el oido.

Marin.

¿Tentar con el oido? guarda Pablo,
que por ahí mil veces tienta el diablo;
jamás he resistido
la tentacion dulcísima de oido.

Canta un soldado.

Con la sangre de Manrique,
cuando del susto se quedan
descoloridas las rosas,
se encienden las azucenas,
¡ay qué dolor, qué rigor, qué pena!
traiciones vivas, y lealtades muertas.

Manrique.

Esta es la seña.

Marin.

Tu tragedia canta.

Manrique.

Es de una dulce voz la fuerza tanta,
de su dulzura tanto es el hechizo,
que suspender la cólera me hizo;
porque una habilidad tanto entretiene,
que aunque en fin se aborrezca á quien la tiene,
el rato lisongero que se atiende,
sino borra el enojo, le suspende;
y aunque ahora cantar mi muerte intente,
¿qué importa, si la canta dulcemente?

Marin.

Disculpa tiene, el que á querer se emplea
á dama que cantare, aunque sea fea,
y aunque diga, al mirarla con enojos,
¡ó si para la voz hubiese ojos!
¡ó si á la voz le diese cara el viento!
¡ó si la voz se viese por el tiento!

Canta un Soldado.

Dióle la muerte un traidor

cuando en un caballo vuela ;
pues à una muerte alevosa
quien mas huye mas se acerca :
¡ Ay que dolor ! ect

Marin.

Siempre al muerto le alaban mentecatos :
¡ quien pudiera morirse algunos ratos !
¡ ó siglo ! esto no puede yá sufrirse :
¿ para ser bueno es menester morirse ?

Manrique.

Calla,

Marin

Que he de callar , si hay majaderos
críticos y severos ,
que con juicio profundo ,
á otro no alaban porque está en el mundo ,
y aplausos dán eternos ,
al que estará quizás en los infiernos.

Canta un Soldado.

De Leon el Condestable ,
pûblicamente le reta ,
para matarle la fama
ya que la vida zstá muerta :
¡ Ay que dolor ! ect.

Manrique.

Como anda mi tragedia tan valido ,
ya se canta en Castilla.

Marin.

Nunca olvida

la poesia celebrar las glorias
de los que solicitan las victorias :
no hay hazaña ó tragedia que no alabe
los que no estiman á quien esto sabe.
no es posible que intenten
hacer jamás hazaña que les cuenten.

Manrique.
Este el traidor, en fin, y esta la seña
es, ya el valor me empeña;
y viendo el corazon, á que se atreve,
para encenderse mas sus alas mueve
llamar: ¿ quíen creerá,
que este con las voces mesmas
que canta mi muerte, está
celebrando sus exequias?

Marin.
Quíen te conozca.

Manrique.
Ah del muro: ah del muro.

ESCENA II.

Dichos y un Soldado.

Arriba Soldado.
¿Quien se acerca?

Manrique.
Leon, Leon.

Soldado.
Ya os conozco,
y bajo á abriros la puerta.

Manrique.
Engañóse con el nombre:
¡es imposible que sea,
ni noble, ni castellano,
quien tal vil traicion emprenda! (1)

Soldado.
¿Vos, segun el nombre dijo,
que os escuchó mi advertencia,
de esta faccion sois el cabo?

(1) *Abren un postigo, y sale á él el Soldado.*

Manrique.

Sí soy.

Soldado.

Pues haced que venga
vuestra gente, en sorda marcha,
acercándose á la puerta,
que yo en ella estoy de posta.

Marin

Y aun á posta ha estado en ella.

Manrique.

¿Pues qué han de hacer?

Soldado.

Ocupar
torreones y fortalezas,
y despierten los vecinos
á la muerte, si despiertan.

Manrique

Primero os quiero premiar.

Soldado.

¿Cómo?

Manrique.

De aquesta manera *Dale.*
te pago: muere traidor.

Soldado.

Muerto soy.

Marin.

Requiem eternam;
buena paga.

Manrique.

¡Qué traicion,
de esta suerte no se premia!

ESCENA III.

Dichos, el Condestable y Soldados.

Condestable

Supuesto que el Rey me envia
á egecutar la interpresa,
y ya escuchamos la voz
que ha de servirnos de seña,
lleguemos á la muralla.

Soldado

Las puertas están abiertas,
y en ellas hay dos soldados.

Marin

Por Dios, señor, que se acercan
muchos, imagino que
anda la noche funesta
con el dia á coscorrones.

Manrique.

No sé yo de qué lo infieras.

Marin.

¿De qué? de que ahora les nacen
mil bultos á las tinieblas

Condestable.

Veamos si es el confidente:
Leon.

Manrique.

Ya su voz me altera:
¿sois capitan leonés?

Condestable.

Yo soy.

Manrique.

Llegad, que la puerta
abierta está, entrad tomando
sus baluartes y almenas,

antes que los ciudadanos
despierten, y se defiendan.

Condestable.

Animo, soldados mios:
¡Ay Elvira, qué de penas
me ocasionan, que me obliguen
á hacerte tantas ofensas!
entrad.

ESCENA IV.

Manrique y Marin.

Marin.

¿Qué intentas?

Manrique.

Ahora
toca esa caja de guerra,
que está en el cuerpo de guardia.

Marin.

Yo tocaré de manera,
que la haré bramar á palos. (1)

Manrique.

Asi haremos que lo sientan
los vecinos, porque quede
castigada la soberbia
de los Leoneses.

Dentro todos

Traicion.

Unos.

A la muralla.

Otros.

A la puerta.

---

(1) *Toca á rebato.*

Manrique.

Ahora vamos al Campillo,
á asegurar las sospechas
de Blanca, y el Rey, y á dar
el orden en la defensa
de mi honor, pues que mañana
cumplido el término queda
del reto, en que he de salir
á defender la inocencia
de mis lealtades; ¡ fortuna,
pues tantas ánsias me dejas,
en duelos de honor y celos,
no te me muestres adversa! *Vase.*

Marin.

Vamos, pues dentro dejamos,
travada en esta contienda,
batalla mogigangal,
que hay vecino que pelea,
resistiendo á los leoneses,
en camisa y en calcetas.

Unos.

Arma, arma.

Otros.

Traicion, traicion.

Todos.

A la muralla, á la puerta.

ESCENA V.

Doña Elvira, Don Nuño, y el Rey Don Alfonso.

Alfonso.

No me detengais.

Elvira.

Señor,
advertir cuanto se arriesga

en vuestro peligro.

Nuño.

Aquí
teneis soldados, que pierdan
por vos la vida, no hagais
la victoria contingencia.

Alfonso.

¿Cómo he de sufrir, que cuando
valido de mi edad tierna,
disfraza su tiranía,
con pretesto de clemencia,
el Rey Fernando mi tio,
obligándome á que sea,
huyendo de sus piedades,
prófugo, y vago en mi tierra,
aun nó me deje seguro
en este retiro? vengan
mis armas, que yo el primero,
opuesto á tanta fiereza,
he de salir al rebato;
á mis propios filos mueran,
leoneses, que su arrogancia
fabrican de mi paciencia.

Nuño

No le dejeis vos, señora,
salir, mientras vá mi diestra
á rechazar su intencion. ***Vase.***

Todos

Arma, arma, guerra, guerra.

Alfonso.

Yo he de castigar

Elvira.

Señor,
humilde mi afecto os ruega,
que os retireis; no en tan corto

débil trofeo se emplea
la magestad de un Monarca.

Dentro

Mueran todos, todos mueran.

Elvira

Esto, señor, os suplico.

Alfonso

Si haré, porque á lo que ordenas
tú, Elvira, aunque lo repugne,
no acierto á hacer resistencia,
mas con una condicion.

Elvira

¿Cuál es?

Alfonso

Que pues tan opresa
del leonés, toda Castilla
en mi favor hace levas
de tropas, que á largas marchas
mañana á estos campos llegan,
me dejeis acaudillarlas,
volviendo á cobrar con ellas
mi usurpado reino; pues
el corazon que me esfuerza,
cada latido que pulsa
es una hazaña, que alienta. *Vase.*

Elvira

¡O Magestad! como luces,
aun en las sombras envuelta
de la infancia: qué bien dijo
aquella antigua sentencia,
que la ciencia del reinar
nace al nacer los que reinan,
pues como de sí la aprenden,
solo ellos á sí se enseñan;
mas yá que se retiró,

¿á qué aguarda mi soberbia,
que del leonés no castiga
la osadia? y ...

Dentro.

Muera, muera.

ESCENA VI.

Salen los Soldados acuchillando al Condestable, que cae á los pies de Elvira.

Elvira.

¿Qué es esto?

Condestable.

Dar á tus plantas,
rendido un hombre, á la inmensa
muchedumbre que le acosa:
¿mas, qué veo? Elvira es esta;
muera matando, pues yá
no hay otro medio en contienda,
que á los ojos de su dama
desairado un noble llega. *Embistelos.*

Soldados.

Muera.

Elvira.

Deteneos, soldados.

Condestable

Morid.

Elvira

Vuestra ira suspenda
mi persona

Condestable.

Antes, señora,
me irrita vuestra presencia.

Elvira

El Condestable es, ya esté

empeño es de otra materia :
dejadle.

Soldados

¿ Tú le defiendes ?
¿ siendo de aquellos , que intentan
sorprendernos , y quien viendo
frustada su estratagema ,
ha hecho en los castellanos ,
con valiente resistencia
tal destrozo ?

Elvira.

Sí , que yá
por mi prisionero queda ,
y de algo le ha de servir
dar á mis plantas.

Soldados

Pues vuelva
nuestra ira á castigar ,
furiosa , osada y sangrienta
á los demas , repitiendo.

Todos.

Arma , arma , guerra , guerra. *Vanse.*

Condestable

Si supiera yo , que habia
de ser hoy , Elvira hermosa ,
de puro infeliz , dichosa
la feliz desgracia mia :
yo propio la buscaria ,
sin hacerla resistencia ;
porque fuera en mi dolencia ,
el llegar á tí rendido
eleccion , á no haber sido ,
en el destino , violencia.

Elvira.

Mas propicio á mi alvedrio

hoy el acaso se muestra ;
pues á ser fineza vuestra ,
no fuera trofeo mio.

Condestable.

¿ Conocéisme ?

Elvira.

Vuestro brio
me advirtió en una ocasion
esta prenda.

Condestable.

Con razon
vuestra es.

Elvira.

Mia no ha sido.

Condestable.

Para estar desvanecido
me basta la presumpcion.

Elvira.

Vuestra generosidad
no estimo.

Condestable.

¿ Por qué ocasion ?

Elvira.

Porque hay hoy mayor razon
para daros libertad ,
no por aquella piedad ,
con que mi vida , propicio
defendisteis , doy indicio,
de que en mí halleis recompensa ,
que he de hacer por una ofensa ,
mas que por un beneficio.

Condestable.

¿ Cómo ?

Elvira.

Vos habeis retado

á mi hermano de traidor,
por vos hoy se halla su honor
públicamente infamado:
yo en sus manos he jurado
defender (¡ah dura suerte!)
su opinion; con que al que fuerte
hoy á lidiar me convida,
he de guardarle la vida,
para darle luego muerte
Quien á mi hermano retó
solo reta, solo infama
á quien defender su fama
en su cadáver juró:
á mí, puesto que él murió,
toca lidiar, pues no impida
el duelo vuestra venida,
que daros libertad osa
mi atencion, de valerosa
mejor que de agradecida.
Idos, pues, que en la estacada
mañana pareceré
donde la muerte os daré.
Tal es mi fortuna airada,
que contra mí declarada,
sin que mi afecto lo impida,
me hace tener ofendida
á quien deseo obligada.

Elvira.

¿Y el ofender es querer?

Condestable.

No; pero es en tal pesar
remedio el idolatrar
á la que llegué á ofender.

Elvira.

¿Eso como puede ser?

Condestable.

¿Cómo, si á una dama bella
quiso mi cruel estrella
que ofenda mi sinrazon,
parece satisfacion
morirme luego por ella.

Elvira.

Muy dura cosa es querer
el odio á efecto pasar,
demas que eso es buscar
nuevo modo de ofender.

Condestable.

Mas fineza viene á ser;
pues si un imposible sigo,
al ver que ha de usar conmigo
su desdén y su razon,
ya me pongo en la ocasion
de que ella me dé el castigo;
pero esto aparte, mirad,
que si en el duelo os meteis,
á un desaire me esponeis
en una publicidad:
de espacio lo reparad,
pues rendido y cortesano,
que no he de reñir es llano;
y si me muestro rendido,
mi crédito está perdido.

Elvira

Primero es el de mi hermano,
yo por él he de lidiar.

Condestable

Ved que el rendirme me infama,
pues no saben que sois dama.

Elvira.

¿Pues hay mas que pelear?

Condestable.

Como, si es fuerza quedar
muerto de cualquiera suerte,
si me matais, ya se advierte,
si os mato, pierdo mi vida,
y muero si á vuestra herida
no logro una dulce muerte.

Elvira.

Podeis hacer: ¿mas qué es esto?
¿conmigo os aconsejais?
¿no os he dicho ya que os vais?
libre os mirais, idos presto.

Condestable.

A obedeceros dispuesto
estoy.

Elvira.

Oid. *Quiere irse.*

Condestable.

¿Qué mandais?

Elvira.

Que á esos jardines salgais,
por donde está bajo el muro,
y saltando dél, seguro
fuera de la Plaza estais;
y tomad, que yo... *Dále el guante.*

Condestable.

Mi amor,
que estima tanto, advertid,
el favor.

Elvira.

Tened, oid;
¿quién os dijo que es favor?
el presumirlo es error,
que al defenderme atrevido,
fuiste por él conocido,

y quiero con vana gloria,
quedarme aun sin la memoria
de que algo os haya debido.

Condestable.

Mi fina cortesania,
que estima, señora, muestra
llevarse memoria vuestra,
aunque os quite alguna mia.
Loca, vana fantasia,
dale á mi industria favor,
para que pueda el valor
que mi heróico pecho inflama,
sín pelear con mi dama
dejar bien puesto mi honor.

ESCENA VII.

Dichos y Nuño.

Nuño

Ya cuantos Leoneses fieros
dentro de la Plaza entraron,
á nuestro valor quedaron,
ó muertos, ó prisioneros. *Clarines:*

Elvira.

¿Qué es esto?

Nuño.

Que lisongeros
clarines con dulce acento,
rompen el nombre

Elvira.

Ya intento
saber si son de contrarios
esos tafetanes varios
de que ahora se viste el viento.

Nuño.

Yo, señora, las banderas
que ya claras divisamos,
las tropas son que esperamos
de Castilla; sus hileras
van poblando estas riberas.]

Elvira.

Pues prevenid, que mañana,
cuando risueña y ufana
la Aurora empieza á rayar,
al Campillo han de marchar,
(¡ ay nécia memoria vana!) *ap.*
no me acuerdes que ha de ser
hoy cuando salga á lidiar,
pues causas un recelar,
que parece que es temer:
que importa que tu poder
se ostente contra el que aquí
se mostró rendido así;
pero en el choque cruel,
no espero vencerle á él,
si antes no me venzo á mí.

ESCENA VIII.

Decoracion de una Quinta con Jardin.

Sale Blanca.

Loco pensamiento mio,
ya que una vez mi tirana
fortuna quiere que á solas
hable contigo, á batalla
te llamo; y bien digo, pues
siendo tú quien siempre habla
conmigo poco cortés,

aun no me adulas mis ansias,
pues no permites que yo
crea las imaginadas
dichas que fabrico en ti:
¿quién te mete, nécio én tantas
advertencias, pues severo
mis delirios y fantasmas,
al creer yo que son dichas,
me acuerdas tú que son vanas?
y cuando contigo mi afecto descansa
con el alma hablando no me hablas al alma.
Dejo aparte que ya el Rey
con vivas sospechas anda
de que Manrique es Manrique:
dejo aparte que su hermana,
convocando de Castilla
propias y auxiliares armas,
en poner en libertad
á su Rey está empeñada:
dejo que Fernando altivo
en el Campillo se acampa
todo este tiempo, no tanto
(como él dice) por mi rara
hermosura, de quien teme
hacer ausencia; que vanas
quedamos todas, oyendo
las finezas cortesanas
de los hombres, que á ninguna
pesa jamás de escucharlas,
sin que haya alguna que piense
que en sus afectos la engañan,
pues todas les creen sus penas y ansias,
porque todas juzgan qué pueden causarlas.
No tanto por esto digo
permanece en esta estancia,

cuanto porque desde aquí
tienen sus tropas bloqueada,
desde sus alojamientos,
la fuerte, importante Plaza
de San Esteban, en donde
el Rey Alfonso se guarda,
hasta que á poner Real sitío
dé mas lugar la templada
primavera, que florida,
dando al campo nuevas galas,
cuando los arroyos del yelo desata
al nevado monte liquidé las canas.
Todo esto en efecto dejo,
y voy á las dos mas agrias
penas, que hoy van á mis penas
añadiendo circunstancias;
la primera es que avisé
á Manrique que intentaba
sosprender á San Esteban
Fernando, bien que ignoraba
yo, que mi hermano seria
de faccion tan arriesgada
cabo y director que entonces
de ningun modo avisara;
pues menos importa, que
logre tan indigna hazaña,
que no que su vista corra amenazada,
en golfos de acero, sangrienta borrasca.
Demás de eso, mas me aflige,
vér que el dia que señala
el cartel al reto, es hoy
con que es fuerza declarada,
de Manrique la persona,
que en la sangrienta batalla,
hermano ó esposo pierda,

sin saber de dos infaustas
tragedias, cual es menor;
¡ ó quien algun modo hallára
de impedirlo! que aunque sé,
que Elvira vive engañada
con la muerte de Manrique,
y segun es su arrogancia,
por el homenage que hizo,
no dudo que al duelo salga,
no hallo yo pretesto alguno,
con que quedando salvada
la objeccion de mi decoro,
entre yo en esta batalla,
no tanto para vencerla,
cuanto para embarazarla:
mas ay que si penas á mi pecho asaltan,
mal descansa quien, en un mal descansa.
Hoy, pues....

ESCENA IX.

Blanca, y sale Manrique.

Feliz yo, si acaso
la suspension, que embargadas
al parecer, tiene todas
tus acciones, y palabras
me concede Blanca hermosa,
ocupar entre tus vagas
especies una memoria,
que es señal de que me amas,
si te escuchas, puesto que aun así se engaña
oye lo que quiere quien consigo habla.

Blanca.

No poca parte, Manrique
tiene siempre en las fantasmas,

que mi idea asombran, pues
siempre mi idea ocupada
tiene tu memoria, aunque hoy
dos imanes, con dos causas,
la están violentando

Manrique.

Dos.

Blanca.

Sí.

Manrique

Declárate, Blanca,
pues aunque un amante tenga confianza
¿ á quien oir dos, no le sobresalta ?

Blanca

El uno son tus fortunas,
y el otro dos temerarias
empresas, en que hoy mi hermano
tiene la vida arriesgada :
vuestro duelo (¡ ay de mí triste !)
si acaso con bien escapa
de San Esteban.

Manrique.

¿ Luego él
era quien acaudillaba
la interpresa ?

Blanca.

El era.

Manrique.

¡ Ah Cielos !
¡quíen sabiendolo, estorvára
su muerte, ó su prision !

Blanca

¿ Cómo ?

Manrique.

como á mi industria, fustrada

su cautela, y avisados
los vecinos, dieron arma
en los leoneses, á quien
dentro yá de las murallas
no quedó defensa alguna.

Blanca.

¡ O, una y mil veces mal haya
mi noticia¡

Manrique.

¡ Oh, una y mil veces
mal hubiese mi ignorancia!
pues si él queda preso, ó muerto,
me quedo yo con la infamia
de retado, él sin castigo,
y mi enojo sin venganza.

Blanca.

¿ Y eso solo sientes?

Manrique.

Si;
porque cuando un noble guarda
á su enemigo la vida,
es solo para quitarla;
y esta atencion noble y cortesana,
piedad cruel es, pero muy hidalga.

Blanca.

¡ Ah, traidor Manrique!

Al paño el Rey.

¡Cielos!
cuando á divertir bajaba
á estos jardines comunes
á mi cuarto y al de Blanca
mis penas, miro, no solo
que con el villano habla,
sino que á solas los dos
ella Manrique le llama:

el secreto he de apurar
retirado en estas ramas.

Blanca.

Traidor Manrique, de suerte
que contra mi sangre airada
tu saña se muestra.

Manrique.

Si,
cuando tu sangre me agravia.

Rey

¿Qué mas desengaño espero?
¡el pecho en celos se abrasa!

ESCENA X.

Dichos, y sale el Alcalde y Villanos.

Vejete

¿Aquí decís que entró?

Gil.

Si:
mas mira, Alcalde, no hagas
una mala fechoria
en Palacio.

Vejete.

Pues en casa
del Rey, decidme ¿no tiene
jurisdiccion esta vara?
¿No es suya? Vive Dios, que hoy
he de hacer una Alcaldada.

Manrique.

Tu hermano.

Todos

Daos á prision.

Manrique.

Como traidora canalla.

ESCENA XI.

Dichos , y sale Casilda , y despues Manrique y el Rey.

Casilda.

Aqui diz que entró mi Juan:
¿ mas qué es esto ? ay que le agarran ;
ay que no puedo casarme.

Sale Marin.

¿ De qué dá gritos muesama?
¿ pero qué es esto ?

Manrique.

¡ Ay traidores!

Blanca.

¿ Cómo vuestra fúria osada
profana asi me decoro ?

Vejete.

¿ Pues qué coro le profanan
si le prendo en un jardin?

Blanca.

¿ Quién lo manda ?

Sale el Rey.

El Rey lo manda.

Vejete.

Manda el Rey y mando yo.

Marin.

Como quien no dice nada.

Casilda.

¡ Ay, Juan mio ! si te ahorcan ,
¿ con quien casaré coitada ?

Blanca.

¿ Vos , Señor , lo mandais?

Rey.

Sí,
que con poner su garganta
á un cuchillo....

Blanca.

¡Ay de mí triste!

Manrique.

La suerte está declarada.

Rey.

Quiero yo satisfaceros
á las quejas que le dabais.

Marin

O que bien entrára aqui
el hacer la patarata
del desmayo y la locura;
pero ya hay á quién le enfada.

Rey

¿Qué aguardais, llevadle presto.

ESCENA XII

Dichos, y sale el Condestable.

Condestable.

Dadme, señor, vuestras plantas.

Rey

¿Pues qué es esto?

Blanca.

Como pudo....

Manrique.

¿Si dentro del muro estaba,
ya librarse?

Condestable.

Esto es, Señor,
que la empresa malograda,
porque el traidor confidente
no cumplió bien su palabra,
tus soldados...

Rey.

Bien está,

ya se conoce en qué paran
cautelas que no se logran,
y no quiero que se añada
á la pena de perderla
el enfado de escucharla:
hoy todo es penas; mas ya
que llegais, haced que vaya
á una torre Don Manrique.

Condestable.

¿Don Manrique? ¡pena estraña!
¿Cielos, no es este el villano
á quien delirios le daban?

Casilda.

¿Que dén en esa locura?
vé aquí como se dilata
mi casamiento.

Manrique.

Primero
advertid que está retada
mi persona, y que para hoy
señalasteis la estacada,
concedisteis el seguro,
siendo árbitro en esta causa;
y que hoy he de lidiar, pues
para asegurar mi fama,
y estar hoy en este sitio
tengo vuestra salvaguardia.

Vejete.

Yo no he ahorcado ninguno
desde que tengo la vara,
y he de saber á que sabe.

Marin

No haga tal, que en tal baraja,
no tiene un preso buen juego,
cuando una muerte le fallan.

Condestable.

Pues, señor, en vuestro nombre
le tengo ya asegurada
la campaña, y si rompemos
la fé pública, se falta
al derecho de las gentes:
demas, de que aventurada
queda mi opinion, á que
motege alguna ignorancia,
ó alguna malicia diga:
que cuando él sacó la cara,
no escusé yo su prision,
por escusar su batalla.

Rey.

Aunque pudiera á todo eso
responder, que antes estaba
él aquí oculto, y no vino
con fé de la salvaguardia,
he de conceder el campo,
porque mas justificada
mi ira proceda, despues,
veamos como se descarga
de la acusacion impuesta.

Morin

Vé, pues, á ocupar la valla.

Manrique.

Voy, adonde si una vez
me presento en la campaña
á pie; porque de los brutos
la ligereza no valga,
vestido el cuerpo de acero,
con la pica y con la espada,
que son armas que señalo,
sabrán, Castilla y España,
sabrá el mundo, y verá el Cielo,

que Don Manrique de Lara
es buen caballero, y que
cuando al Rey Alfonso guarda,
ha sabido ser leal,
á Dios, al Rey y á la Patria. *Vase.*

Rey.

Yo á ser el árbitro voy.

Blanca.

Señor.

Rey.

No me digais nada,
que cuanto por él pidiereis,
fomentareis mas mi saña. *Vase.*

Condestable.

Aunque esta, Blanca, es gran pena,
en albricias puedo darla,
pues me escusa otra mayor.

Blanca.

¿Mayor?

Condestable.

Sí, pues me obligaba,
si no saliese Manrique
á lidiar con una dama,
y dama que; pero ahora
esto que te digo basta,
que á esperar voy en el sitio
con las armas que señala. *Vase.*

Blanca.

¿Lidiar con dama? esto es hecho;
Elvira sale restada
al duelo, y pues otra vez
habemos sido contrarias,
yo tambien saldré, no piense
Elvira que es mas bizarra;
pues con esto, aunque otra vez

lo diga, veré si halla
modo mi discurso allí,
de embarazar que combatan:
á espacio pesares, á espacio desgracias,
que aun no me dais tiempo
para sentir tantas. *Vase.*

Vejete.

Vamos de aquí, que he quedado
muy fresco con mis bravatas:
bravo Alcalde soy, no en vano nos llaman,
alcaldes de aldea, josticia ordinaria.

ESCENA XIII.

Casilda y Marin.

Casilda

¿Dí Marin, esto es de véras?

Marin.

Pues dime, Casílda, boba,
¿no has entendido la trova?
¿es posible que creyeras
que era sastre?

Casilda.

¡Ay que tormento!

Marin.

¿Que tienes, necia, importuna?

Casilda.

Ay: que me alegro con una
retencion de casamiento,
¿que yo no ascienda á casada,
cuando ha tanto que servia
de doncella que podia
ser doncella reformada,
por doncella me persigan?

Marin.

Ya el alabarte es esceso

de doncella: amiga eso
mejor es que otros lo digan;
y pues vés que te he querido,
y ha tres meses, que diciendo
ando, que me estás queriendo.

Casilda.

Pues di, picaro: atrevido,
¿tú me confiesas amor?

Marin.

¿Seré yo el primer criado,
boba, que haya galanteado
la dama de su señor?
¿y mas, cuando ya no espera
en el mio tu hermosura
ver lograda una locura?

Casilda.

Ni yo seré la primera,
que los traiga entretenidos,
y que á veces alternados,
quiera amo, á ratos ganados,
criado, á ratos perdidos.

Marin

¿Luego me quieres, muger?
dilo, para que te abrace.

Casilda.

Mira, mucha fuerza me hace
no haber otro á quien querer;
que la dama mas severa,
y de desdén mas tirano,
á un zurdo querrá, si á mano
no tiene otro que la quiera.

Marin.

Quiereme, Casilda mia,
que yo solamente aquí
te suplico, que por mi

te mueras en cortesia.

Casilda

Mira, el que tiene caudal,
de querido, ha de preciarse;
que el pobre ha de contentarse,
con que no le quieran mal.

Marin.

Tú, que estás hecha á tener
á Manrique por cuidado,
¿has deadmitir á un criado?
quita, que no puede ser?
yo lo dudo, y yo lo niego.

Casilda

Muchas hay muy entonadas,
á Príncipes enseñadas,
que ván á picaros luego. *Clarines.*

Marin.

Detente, que los clarines
fin á la platica han puesto,
pues nos avisan, que ya
á la valla ván viniendo
los del duelo.

Casilda.

A verlos vamos,
puesto que son los torneos,
desafios, que no importa,
que antes lleguen á saberlos.

ESCENA XIV.

El Rey sentado en un trono, y abajo Fortun, y Soldados, como guardas, y valla puesta en el tablado; y salen Casilda y Marin.

Fortun.

Ya los del duelo, señor,
la licencia están pidiendo

para entrar en la estacada
á combatir.

Rey.

Entren luego.

Fortun

Hagales señal la marcha,
y vayan entrando dentro. (1)

ESCENA XV.

Van entrando por un palenque los padrinos, el Condestable armado de todas armas; despues Elvira del mismo modo, y despues Manrique con varas torneando, toman puestos, y luego entra Blanca con su padrino

Rey.

Cuatro vienen, ¿quién serán?

Condestable.

Tres vienen, cuando uno espero:
¿Qué fuera (¡ay de mí!) que Elvira,
fuese acaso el uno dellos?
que nada de su arrogancia
dudo.

Fortun.

¿Cuál es, caballeros,
Manrique de Lara?

Los Padrinos.

Este es.

Marin

Duplicados, como pliego.

Fortun

¿Pues hay dos Manriques?

---

(1) *Tocan cajas y clarines.*

Rey.

Todos
alcen para conocerlos
las viseras.

Elvira.

Yá la mia
lo está, y si á decir me atrevo
que soy Manrique, es verdad,
pues yo juré defenderlo
en sus ya difuntas manos,
y yo solamente puedo
por él lidiar, contra quien
le reta despues de muerto.
A cuyo efecto, fiada
de este leal escudero,
de San Esteban salí,
y traigo el rostro cubierto,
porque al vér mi aliento heróico,
al choque cruel resuelto,
que no lidia con las damas
no dé alguno por pretesto.

Condestable.

¡Qué gallarda bizarria!

Marin.

Aun no conocen sus fieros.

Manrique.

Tu resolucion heroica,
bella Elvira, te agradezco;
pero aquí á Manrique tienes,
que sabrá escuchár tu empeño.

Elvira.

¿Qué miro? ¿tu eres Manrique?
¿como puede ser, sí muerto
te toqué yo mesma?

Manrique.

Cómo
era un cadaver supuesto;
y porque esto no es de aqui,
que no me estorves, te ruego,
volver por mi.

Elvira.

No haré,
que fuera dejar mal puesto
tu valor, viviendo tu,
emprender otro tu duelo,
y mas cuando en tu favor
yá competidora tengo.

Blanca.

Y yo, sabiendo que Elvira
se introduce en el torneo
asi, para que no piense
que me escede en lo resuelto
y bizarro, como porque
dejamos pendiente un duelo
en otra ocasion, á hallarme
de mi hermano al lado vengo.

Condestable.

Aunque tu fineza estimo,
de tus arrojos me ofendo;
¿ pues cómo?

Blanca.

Aqui, ni aun
sufrir los enojos quiero (1)

Condestable.

Las lanzas quebradas yá
lleguémos á los aceros.

---

(1) *Empiezan á batallar, y en quebrando las lanzas representan.*

Dentro.

Arma, arma.

Rey.

Suspended, parad: ¿qué es esto?

Fortun.

¿Qué ha de ser? sino que llega
ejercito tan inmenso
de Castilla, que ocupando
todo el vecino terreno,
el aire viene estrechando,
los montes viene cubriendo.

Elvira.

Sin duda, que con las tropas,
yá juntas, marchó resuelto
el Rey, no habiéndome hallado.

Rey.

¿Qué haré? pues aunque tenemos
todo un ejercito, parte
fué á rendir diversos pueblos,
parte está en las guarniciones,
y parte en alojamientos.

Manrique

Lo que me toca, es reñir
hasta quedar satisfecho
de quien me llamó traidor.

Elvira.

Y á mi á tu lado.

Blanca.

Teneos,
que yo estoy al de mi hermano.

ESCENA XVI.

Dichos, y salen el Rey Don Alfonso, Don Nuño y Soldados.

Rey.

Yo al oposito saliendo,
á todos.

Alfonso

No hay para qué,
que aunque hoy tomando á este
grueso ejercito muestra, supe
que Elvira faltaba, habiendo
quien la viese en el camino,
y adivinando su intento,
en su busca vengo, y cuanto
ella defiende, defiendo.
A vos, por tio y amigo,
solo suplicaros quiero
que os volvais luego á Leon,
dejando libres mis Reinos.

Rey.

No solo eso haré por vos,
sobrino, mas prosiguiendo
la causa que arbitro juzgo,
declaro buen caballero
á Don Manrique de Lara,
y sobre mí tomo el duelo.

Nuño.

¿Qué escucho? ¿vivo es Manrique?

Alfonso.

Don Manrique vive ¡Cielos!

Manrique.

Vivo está, y á vuestras plantas,
donde os pido, pues absuelto

estoy del duelo, que honreis
con Blanca mi casamiento.

Condestable.

Y yo que, en saisfaccion
de los cartéles y el reto,
me deis á Elvira.

Las dos.

Yo soy felice.

Alfonso.

Yo lo concedo,
y aun más he de honraros, pues
á vuestra tutela vuelvo.

Rey.

Venzámonos, desengaños.

Casilda.

Pues yo, entre tantos enredos,
no he de quedar sin casarme.

Marin.

Puesto que tema lo has hecho,
dáca acá esa mano.

Casilda.

Toma.

Todos.

Porque tenga fin con esto,
en el Sastre del Campillo,
duelos de honor y de celos.

El Sastre del Campillo.

El Rey Don Fernando de Leon retenia injustamente en su poder al Rey niño Alfonso, no obstante haber declarado su padre por testamento que fuese tutor del Infante Don Manrique de Lara, alegando su cualidad de tio Manrique acompañado de Nuño Almegir, consigue robar al niño, y perseguido por el Rey, el Condestable y su gente, huye al Campillo, y encuentra en su marcha á Blanca, hermana del Condestable, y prometida esposa suya, á la que refiere la situacion apurada en que se encuentra, y despidiéndose de ella, prosigue internándose por la espesura Verificase en su fragosidad la muerte de un villano, á cuya defensa habia acudido Manrique con su criado, retirando á sus enemigos, y por lo que puede esplicarse el moribundo, reconoce en él á un hermano bastardo suyo, que apasionado de una villana se habia casado con ella, y ejercia en el Campillo el oficio de sastre. Apretado por las circunstancias se pone los vestidos del difunto, y viste al cadáver con sus arneses y espada. El Rey y el Condestable, que seguian el alcance á Don Manrique, le juzgan muerto, y disponen se le hagan honrosas exequias, cuando sobreviene Doña Elvira, hermana de Don Manrique, defendiendo la accion del robo del Infante, y retand. á los Leoneses que la habian graduado de traicion El Condestable, prendado en aquel mismo momento de su gentiileza, recoge el guante, pero conocida por Elvira su intencion, no quiere volverle á tomar de su mano. Entretanto Manrique pasa en el Campillo por su difunto hermano, casado con la villana Casilda, lo que produce escenas de celos de Blanca, que ignora los anteceden-

tes de Manrique respecto á esta, por notar que el Rey la mira con aficion; y pasos muy cómicos entre Manrique, que tiene que fingirse sastre, y ademas loco, y su supuesta muger, y el Monarca. Trata Manrique de huir á Castilla: es descubierto; pero el Rey no quiere que por depronto se le castigue, en atencion á Blanca, y á la esperanza de saber de él el paradero de Alfonso Rey niño, mandando al Condestable que rete públicamente de traidor á Manrique, seguro de que si existia no dejaria afrentado su nombre; con lo que el Condestable se vé en el compromiso de ofender al hermano de la que ama. Dispone el Rey una batida, sabiendo que es cosa de que gusta Blanca. Elvira se embosca con Núño y los Castellanos en el mismo sitio. Manrique es preso por la Justicia ordinaria, como asesino del Villano encontrado en el bosque, y por Fortun y la tropa, á la que primero se entrega, y despues acuchilla. Trábase la lid entre Castellanos y Leoneses, y Manrique despues de haber impedido la lucha entre Elvira y Blanca, se ausenta. Avisado Manrique por Blanca de que el Rey sabe por un Castellano que se oculta al Infante Don Alfonso en San Esteban de Gormaz, y que se ha ofrecido entregarle la Plaza en la noche siguiente, roba la seña, mata al traidor y descompone el proyecto del Rey de Leon, volviendo inmediatamente al Campillo á satisfacer el reto del Condestable. Entran en el palenque cuatro combatientes en lugar de dos que se aguardaban: manda el Rey que se levanten las viseras para ser conocidos, y se descubren ser Elvira, Manrique, Blanca y el Condestable. En esto sorprende el ejército Castellano con el Infante Alfonso á su frente, á los Leoneses, declarando á su tio que habiendo notado la ausencia de Elvira, venia en su ayuda, y á defender cuanto ella defendiese, y que le suplicaba se volviese

á Leon y dejase libres sus reinos. El Rey Don Fernando accede, y como árbitro del duelo declara *buen caballero* á Don Manrique de Lara, casándose este con Blanca, y el Condestable con Elvira.

Esta comedia pertenece al género histórico, y no es de las que mas quebrantan, entre las antiguas, los preceptos dramáticos: hay bastante dibujo en los caracteres, y los personages episódicos salen del fondo de la accion. Parecerá quizá á algunos que es fácil la invencion de la fábula con el ardid de un trueque de vestidos, ó el fingimiento de demencia; pero estos resortes en manos maestras saben alucinar y hacer olvidarse de ellos al mas sutil observador, que en el acto de la representacion ya no *repara en mesa ni en castañas*, sino en el camino del desenlace á que le conducen. Véase sino que afectos no producen las escenas en que Manrique se mira mas y mas espuesto por su mismo disfráz. Los celos de la amable Blanca en oposicion de las sandeces de la villana Casilda, y otros incidentes que dimanan sin notable violencia de la semejanza en semblante de Manrique y su hermano. El autor supo realzar mucho el interés que inspira el protagonista con la escena de la toma de la seña en el muro de San Esteban. Lo arriesgado de la empresa, el silencio de la noche, interpolado con la música triste que lamenta la muerte del héroe, redobla la espectativa del resultado de la accion, y estos cuadros bien trazados son siempre patéticos y (perdóneseme el término) conmovedores.

La mayor parte de la versificacion de esta Pieza, es un romance octosilabo y el que constituye la contraseña el siguiente:

> Con la sangre de Manrique,
> cuando del susto se quedan

descoloridas las rosas,
se encienden las azucenas.
¡Ay qué dolor, qué rigor, qué pena!
traiciones vivas, y lealtades muertas.
Dióle la muerte un traidor,
cuando en un caballo vuela;
pues á una muerte alevosa,
quien mas huye mas se acerca,
¡ay qué dolor! qué rigor, qué pena,
traiciones vivas, y lealtades muertas,



POR SU REY
Y POR SU DAMA.

PERSONAS.

Hernan Tello Portocarrero.
El Conde de San Pol.
Cárlos Dumelino, Francés.
Francisco del Arco, Español.
Renolt, Francés.
Madama de San Pol.
Madama Serafina, Francesa.
Flora, Criada.
Nise, Criada.
Ernesto Pleysi, Barba.
Carrasco, Gracioso.
Ricarte, Criado.
Ortiz, Vejete.
Soldados.
Acompañamiento.

La Escena es en Dorlan y Amiens.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

Sale Portocarrero á la española, con baston, Francisco del Arco, con gineta, todos con banda roja, y Carrasco, Soldado.

Portocarrero.

Necia es tu curiosidad,
y me cansa tu porfia.

Carrasco.

Es á la honradez mia,
á mi fé y á mi lealtad
traicion, que no he de sufrir.

Portocarrero.

Pues no sufras, ¿que has de hacer?

Carrasco.

O he de empezar á saber,
ó he de acabar de servir.

Francisco

Hágame Vueseñoria
juez árbitro entre los dos,
que es novedad, vive Dios,
despedirse con porfia
Carrasco, habiendo servido
tantos años en su casa.

Portocarrero.

Su locura á tanto pasa,
que se ha dado por sentido
de advertir, que de él recato,

con algun recelo justo,
una albaja de mi gusto.

Carrasco

Diga usted, que es un retrato.

Francisco

¿Pues eso os causa disgustos?

Carrasco.

Y que he de ahorcarme creo.
Diez años ha que poseo
la intervencion de los gustos
de Hernan Tello, mi señor,
gobernador de Dorlan,
á quien en Flandes le dan
tanta fama de valor,
como de amante rendido;
pues entre una y otra dama,
tiene al mismo paso fama
de hombre el mas derretido,
y mas ciego de pasion,
que hay en el mundo entero,
que tiene el buen caballero
de azúcar el corazon
Porque entre otros caballeros,
una dama, en un festin,
le dijo con retintín:
cierto, que me cansa el veros,
de Bruselas se ausentó,
y no ha vuelto mas allá,
diciendo: ¿qué se dirá
de que un hombre como yo,
la vez que á servir me ajusto
á alguna dama galante,
no le quite de delante
cosa que le dé disgusto?
Un dia, con harto frio,

en Ambéres abordó
á un coche, que pasar vió
por la márgen de aquel rio:
se pintó tan abrasado
de sus rayos y sus llamas,
que dijo una de las damas:
si estais tan abochornado,
templad con esa agua el fuego:
y es su locura tan fiera,
que sin decir ropa fuera,
se zampó en la esquelda luego;
y mojándose bien, hasta
que se iba ya sumergiendo,
salió muy fresco, diciendo:
hice el remedio y no basta,
y supuesto, que el ardor
empezasteis á curar,
obligada estais á dar
otro remedio mejor.
Siendo estos sus desvaríos,
que á pagar de mi dinero,
puede ser el caballero
de los tristes amoríos:
sin mí no supo tenerlos,
sufriendo yo al endilgarlos
la fatiga de pasearlos,
por el gusto de saberlos;
hasta que ha dado unos dias,
con terneza y con recato,
en mirar cierto retrato,
con graves melancolías,
sin permitírmele ver,
y eso no he de consentir,
¿pues de qué sirve el servir,
si no sirve de saber?

Portocarrero.

Ven acá, no es sin razon,
¿qué un tan valiente soldado,
y en el ejército honrado,
haya dado en ser bufon?
Con lástima considero
de tu genio lo estragado,
cuando á Flándes no ha pasado
mejor caballo ligero.

Carrasco.

No puedes asegurar,
que soy, aunque sea así,
bufon; pues fuera de tí
nadie me lo ha de llamar.
Bufon es aquel, á quien
otros bufon le llamaron;
si á espaldas lo murmuraron,
yo lo murmuro tambien.
Digo á todos cuanto siento,
del general al soldado;
si por esto no he medrado,
por eso vivo contento
Y la hacienda mas crecida,
solo porque mas te asombre,
le puede servir á un hombre
de pasar alegre vida.
Yo la paso, con decir
cuanto siento, y sin hablar;
mas de lo que he de medrar
es lo que me he de podrir.
Que aquel que afectado vés,
es, haciéndose á si mal,
verdugo del natural,
y mártir del interés.
De lo que digo, tal cual,

todos de risa se quiebran,
y yo, de ver que celebran
el que de ellos digo mal.

Francisco

Carrasco se queja bien,
y á mí tambien perdonad;
vuestro amor y mi lealtad
la confianza me den,
de que sepa mi atencion,
¿quién es la beldad, que pura
calificar su hermosura
pudo con vuestra eleccion?
y de camino sepamos,
puesto que á saber venimos,
en la Quinta que asistimos,
¿qué huéspedes aguardamos?

Portocarrero.

El príncipe de Condé,
que de valiente y honrado
está en Flándes retirado
de su Rey Enrique, que
arde en loco frenesí,
que con su belleza incita
la princesa Margarita
de Condé y Montmorensí;
como tan mi afecto es,
hoy me á escrito, que aquí hospede,
cuanto la tregua concede,
á un caballero francés,
que con su familia y casa,
habiendo el puesto acabado,
á los cantones de enviado,
á ser gran potestad pasa
de Amiens, y aunque es condicion
que ninguno ha de intentar

en pais del otro entrar
durante esta suspension
de armas, y de hostilidad
que hay por dos meses, á fin
de conferir en Berlin
ciertos acuerdos de paz,
por no romper el concierto,
del príncipe se valió
que pasaporte sacó
del gran archiduque Alberto
para entrar en sus paises,
en tránsitos y mansiones,
hasta donde los Leones
tremolan sobre las Lises.
Y siendo Amiens, en la fria
márgen del Soma, elevada
cabeza en la dilatada
provincia de Picardia;
y en fin de Dorlan frontera,
cuando él pasa destinado
á mandar su Magistrado,
quizá dañarnos pudiera:
que con cautela ó con traza,
si es que dentro le hospedase,
por menor examinase
las defensas de la plaza.
Y asi, su estancia ha de ser,
porque el cansancio repare
lo que el tránsito durare,
esta casa de placer.
Y pues tu curiosidad
saber quiere mis estremos,
oye, que asi engañaremos
del tiempo la ociosidad.

Carrasco.

Esos efectos rendidos,
que el retrato te debió,
cuenta al capitan, que yo
meteré gorra de oidos

Portocarrero

Cuando España conoció
en sus fuerzas (no te espante
que desde aqui el curso empieze,
porque divierta y enlace
el suceso; pues queriendo
divertir ociosidades,
no es superfluo lo superfluo,
que esplica mas lo importante,
y no embaraza otra cosa;
y si á saberlo aspirares,
para saber lo que ignoras,
has de sufrir lo que sabes)
Cuando España conoció,
en sus fuerzas desiguales,
la laxitud con que mueven
sus miembros los cuerpos grandes:
y cuando advirtió que el suyo,
por monstruoso y formidable,
inundaba en sus confines
del Orbe las cuatro partes,
tan dilatados sus nervios,
sus estremos tan distantes,
que está precisada á hacer
pasadizo los dos mares,
de naciones tan diversas,
de fueros tan disonantes
que en la variedad de humores,
tiene escondidos mil males:
y dando á esta monarquía

la providencia inefable,
no provincias que se aunen,
sí imperios que se derramen,
¡ cayó en cuán tarde, y qué mal
espíritus se reparten
desde un corazon pequeño
á inmensas estremidades!
Y viendo tambien que fueron
en tantas guerras fatales,
monumentos de españoles
estos paises de Flándes,
se ordenó, que el archiduque
Alberto de Austria casase
con Isabel Clara Eugenia
de España gloriosa infante,
y hermana del Gran Felipe
Tercero, que el Cielo guarde,
llevándose estos estados
en dote, con que formase
de casa de Austria tercera
otra línea memorable,
esperando que con esto
al dominio incorporase
otra vez los holandeses,
cuyo pretesto mas grave,
para querer eximirse
del antiguo vasallage,
fué, que príncipe de real
familia les gobernase,
y formar otra potencia,
que ante muro inespugnable
entre Francia y el imperio
sus ímpetus rechazase,
quedándose unos paises
tan fértiles, y tan grandes,

que por si resistir pueden
de todos sus confinantes
las mas armadas potencias,
ó terrestres, ó navales
Y en fin, que España, eximida
del consumo intolerable
de gentes y de tesoros,
sería imposible enmendarse
su despoblacion, de quien
sus mayores ruinas nacen;
siendo en el reino la gente
lo que en el cuerpo la sangre,
que con ella toda vive
y todo sin ella yace.
Esta de España fué entonces
la maxima, bien que tarde,
quizá por quitar, que algunos
néciamente murmurasen,
que en Saboya, y en Lorena
pudo casar sus infantes
con herederas de aquellos
estados, donde lograsen
las austriacas familias
tan gloriosos apanages.
No esta digresion te admire,
que quizás será importante,
no obscureciéndole al mundo
la luz de los ejemplares;
que es la política una
astrología tan fácil,
que por lo que fué adivina
lo que será; y las edades
futuras en las pasadas
ciertas reflexiones hacen,
con que dejan traslucirse

ya que no sea penetrarse;
y si sábiamente docta
los sucesos mas notables,
si como despues los mira,
los previene como antes.
No hay perspectiva en el mundo,
que en sus léjos no se engañe,
que en la propia conveniencia,
cuyos ideados realces
la imaginacion los finge,
pero el tacto los deshace
Como el Sol, que en la pintura
promete á fuerza del arte,
en la plana superficie
lejanas profundidades,
por cuya distancia todas
las especies visuales
dilatadas, se reducen
y dentro espaciosas caben,
y al alma á creer su engaño
los ojos la persuaden.
Si la mano le consulta,
conoce que al lino fragil
distancias le dió una sombra,
y un borron concavidades:
y asi, el deseo del hombre
le pinta felicidades,
llenándole de grandezas
los orizontes del aire,
y en los léjos de las dichas
esconde mentiras tales,
que imaginadas son bultos,
y halladas obscuridades.
Digolo, porque el suceso
no correspondió al dictamen:

y Enrique Cuarto, que á Francia
de Príncipe de Bearne
heredó (y á quien la liga
de activas parcialidades
obligó á que el reyno propio
como ageno conquistase)
conoció de sus franceses
en la bulliciosa sangre
los espíritus violentos
de aquel humor dominante
con que la inquietud pretende
acreditar de corage :
y quiso, echando á la guerra
fuera del reino, quitarles
la ocasion de que en el ócio
internamente mirasen
su pólvora revoltosa,
que á leves centellas arde,
y que empleándose el fuego
en paises confinantes,
sobre estrangeras regiones
el aborto reventase.
Porque un Monarca francés
toda la viveza instable
de los suyos necesita
divertir con novedades ;
y su abundancia de gente,
es tal, que en algunos lances,
como plenitud nociba,
solo busca que le maten
algun número en que pueda
de humores desahogarse.
Para lograr esta idea
tropas concedió auxiliares
á holandeses que resistan

á sus propios naturales.
Señores: ¡oh, en algun tiempo
no llegue á esperimentarse,
que la libertad que ahora
defiende, quiera quitarles!
Rompió con España, en fin,
y fué fuerza que pasasen
las Católicas Banderas
desde Lombardía á Flandes
con el gran Conde de Fuentes,
á quien tanto el bronce aplaude
de la fama, que á sus voces
ecos serán los anales,
y queriendo por sus hilos
herirles, con arrojarles
á sus paises la guerra,
asi porque retirasen
su ejército de los nuestros,
como porque el suyo pase
á ser de marcial escena
el teatro lamentable,
manteniendo de sus frutos
al vencido y al triunfante.
Pusimos sitio á Dorlan,
plaza casi inexpugnable,
por sus muros, que de nubes
pudieran bien coronarse,
cuando de rocas unidas
son portentosos gigantes,
uniendo nervios de plomo,
miembros de piedra tenaces.
Apenas tiró la cuerda
las líneas de los ataques,
cuando el Duque de Bullon,
con muchos Duques y Pares,

llegó al socorro, mandando
su caballería arrogante
el Conde de San Pol, joven
de prendas tan relevantes,
que honra con ser enemigo;
pues comunmente se sabe
que el grande enemigo siempre
hizo la victoria grande
Todas las cosas del mundo
es menester que se guarden
para tenerlas, y solo
esta prevencion no vale
en el honor; porque siendo
la prenda mas estimable,
el que quisiere tenerle,
es fuerza que haya de darle.
Yo que Maestre de Campo
pude con mi tercio hallarme
en el Sitio, en tanto que
salieron los generales
á estorbarles el socorro,
logré la accion de quedarme
en guarda de los cuarteles,
porque durante el combate,
mi gente las avenidas
de la Plaza refrenasen.
Apenas pues esta marcha
comenzaba á egecutarse,
cuando el pavoroso estruendo
llegué á percibir, que hace
en los bridones franceses
aquel rumor disonante
de las corazas que crujen
y de las bridas que tasquen,
y ví la caballería

del enemigo avanzarse.
Desmentida esta sospecha,
de una contramarcha, antes
á la Plaza á toda brida,
creyendo que por la parte
que yo aguardaba su choque
nuestra linea penetrase
de nuestros retenes, luego
empiezan á destacarse
tropas de caballería
á embarazar su pasage.
En cuanto allí se entretienen
los dos Tercios principales
entre su frente y mi línea
se interponen: pero en valde,
porque el Conde de San Pol,
que coronaba constante
la frente á sus batallones,
con tan bizarro corage
la rompió en el primer choque,
que en retirada cobarde,
cargadas apenas pueden
de nosotros abrigarse.
Espada en mano venia
siguiendo el Conde el alcance,
para romper con furor
nuestros cuarteles, y entrarse
en Dorlan, cuando saliendo
yo á su opósito con tales
mangas de mosquetería
rocié, que fueron bastantes,
granizando en plomo lluvias
y en humo densos volcanes,
á que sus cóleras quiten
y sus ímpetus rechacen;

y á este abrigo pues pudieran
prontas volver á formarse
nuestras tropas, que feroces
renovaron el combate
Dejo aparte que fué nuestra
la victoria: dejo aparte
que se tomó por asalto
la Plaza, que incontrastable
pareció; y callo que fui,
pues todo el orbe lo sabe,
el primer español que hizo
ver sobre sus homenages,
con las armas de Borgoña,
cruzados sus tafetanes.
Que por premio de esta accion
el Conde quisiese honrarme
con el gobierno, pues esto
de vuestras curiosidades
no hace al caso, solo al caso
de nuestros discursos hace
saber, que preso y herido
en aquel pasado lance
quedó un bizarro francés,
cuyo denuedo galante
le obligó á que en las filas
primeras se adelantase,
cuando hizo que á sus bridones
rebatiesen mis infantes
Entre otras albajas, señas
de no vulgar personage,
que de un soldado á su pecho
quitó la codicia infame,
de una madama francesa
fué un retrato, que elegante
el pincel en lo sensible,

lo esquivo pudo copiarle:
fuese en fin por la preciosa
guarnicion, que de diamantes
la cercaba, dando al sol
luceros por piedra engaste;
ó porque el soldado quiso
con su beldad lisonjearme,
llevó el retrato á mis manos,
donde pasó de admirarme
á divertirme, y de allí
á suspenderme: ¡qué fácil
es de los ojos al pecho
tanto un afecto trocarse,
que lo que allí fué descuido,
aquí á ser cuidado pase,
y lo que empezó en un ócio,
en una fatiga acabe!
No lo digo porque pude
del retrato enamorarme,
que eso, aun en las farsas, tiene
una dureza intratable:
que me arrebató, os diré
con verdad, por una parte
lo valiente del pincel,
pues dijera yo, si hallase
el original hermoso,
que hacer otra semejante
no pudo naturaleza,
y ví que ha sabido el arte:
por otra, lo peregrino
del rostro con tal donaire,
tal travesura en la vista,
y tal halago en lo grave,
que en la risa que rebosa,
está vertiendo lo afable;

tan trasparente la tez,
que en el cándido semblante
está el tacto de los ojos
distinguiendo lo suave
Y en fin, amigos, si miro
que es viva, pues lo persuade
lo moderno del suceso,
oculto impulso me late
de buscarla por la Francia;
porque es tan estravagante
mi humor, y tan inclinado
á emprender cosas notables,
que solo juzga por dignos
asuntos, temeridades,
que ilustren el casamiento,
si el valor no coronasen.
Tuvo, en fin, á breves dias
el prisionero rescate,
sin que de esto cosa alguna
me atreviese á preguntarle,
por no obligarme á volverle,
de cortesano ó galante,
su retrato, aunque le dí
por muestra del hospedage,
con color de despedida,
una joya, que fué el cange
de los diamantes, con que
en dos estremos iguales,
pagándole lo precioso
le usurpe lo inapreciable.
Mirar, de admirado, suelo
el retrato, no de amante;
bien que considero en él,
que si el portento encontrase
del original, serian

influjos tan eficaces
los de sus ojos, que no
solamente me inclinasen;
sino arrastrasen, quitando
con imperiosas crueldades,
sin dejar en lo preciso
accion, que deliberasen
la gloria de la eleccion
al mérito, y al dictamen.

Francisco

Estraña la historia ha sido,
y solo debe admirarme ..

Dentro voces.

Para, para.

Sale un Soldado.

Ya han llegado
los huéspedes, y aquí traen
el pasaporte, que entregan
á la guarda.

Carrasco.

Que llegasen
sentí, cuando iba á decirte
mi humor algunas verdades,
que por verdades, y mias,
pudiera ser que amargasen.

ESCENA II.

Dichos, y salen Soldados y Ernesto, viejo venerable francés, Serafina y Nise francesas.

Portocarrero

Seais bien venido, señor,
hoy á esta plaza (¡qué veo!)
donde quede á mi deseo
vuestro afecto tan deudor,

como á lo poco acreedor,
que os podrá servir mi fé.
Ella es ¡Cielos!

Ernesto.

Que me dé
la mano Vueseñoría,
es la mayor dicha mia,
para decir, que logré
con tacto de tal soldado,
en Francia tan aplaudido,
de enemigos tan temido,
de amigos tan envidiado.

Portocarrero.

Mi mayor dicha he logrado
de vos, y de esta madama
siendo esclavo. Activa llama, *ap.*
lo que ilumina, perdona.

Serafina.

Nise, en nada á su persona
ha desmentido su fama.

Ernesto.

Es Serafina mi hija;
porque como ella á ser viene
el solo alivio que tiene,
mi larga vejez prolija,
aunque de verla me aflija
en caminos fatigada,
llevarla siempre me agrada,
que al estremo de quererla,
en fin, es alivio el verla
aun viéndola incomodada.

Serafina

Guardeos Dios que mi atencion
estima vuestra fineza.

Portocarrero.

¡Ay, soberana belleza, *ap.*
cuánto ilustras mi eleccion!

Ernesto.

Vereis la satisfaccion
con que á vuestra plaza llego,
en entrar pidiéndoos luego:
licencia me habeis de dar
de escribir, por despachar
á Amiens esta tarde un pliego,
avisando mi llegada.

Portocarrero.

A esa pieza os retirad,
donde escribais, y mandad,
señor, en esta posada,
aunque esfera limitada
es á vuestra bizarría,
porque pierda esta alquería,
de mis afectos en muestra,
mandándola como vuestra,
la indignidad de ser mia.
Id vosotros, y asistid
al señor Gran Potestad.

ESCENA III.

Portocarrero, Carrasco, Nise y Serafina.

Carrasco.

Damisela, perdonad,
y una pregunta admitid
por curiosidad

Nise.

Decid.

Carrasco.

¿Usase en Francia el dejar

á las madamas lugar
de que osados y rendidos
podamos en sus oidos
nuestra fineza engastar?

Nise.

No es esta la austeridad
de la española nacion,
que todo es recoleccion
allá, y todo libertad
aquí.

Carrasco.

Me alegro en verdad
de que advirtais, que eso pasa
en todo el Norte sin tasa,
porque si nunca faltó
quien muerda, mas valgo yo,
que en efecto soy de casa.

Portocarrero.

Si yo, madama, pudiera
suplicar que descansarais
de algo en el humilde albergue,
que de esfera soberana
presume, desde que pudo
coronarle vuestra planta,
no fuera de las fatigas
de los tránsitos y marchas.

Serafina.

¿Pues de qué?

Portocarrero.

De quitar vidas,
sin resistirlo las almas.

Serafina.

Como no me canso de eso,
no me hace el descanso falta.

Portocarrero.

¿Tan poco cuidado os cuesta?

Serafina.

¿No veis que el descuido basta?

Portocarrero

Sí veo, si en mi lo advierto.

Serafina.

No me tengais por tan vana,
que crea encarecimientos,
que mi perfeccion ensalzan;
y mucho menos con vos,
con quien mi cuidado trata
el no cometer la hermosa
necedad de confiada.

Portocarrero.

¿Por qué ——

Serafina.

Señor Hernan Tello
Portocarrero, á quien llama
Flándes el Galan por ser
gran cortejador de damas:
el ingenio y el capricho,
de no vulgar os alaban
todas, y de ánimo altivo,
capaz de emprender tan árduas
cosas, que á acabar heróicas
empiezan en temerarias.
No os admire, no, que venga
tan por menor informada
de vos, sabiendo que en Flándes
son árbitros las madamas
del honor de los soldados,
siendo en iguales balanzas,
bien visto en las asambleas,
el que lo fué en las campañas.

Que si en todas las naciones
las mugeres estimáran,
como aquí, solo al soldado,
solamente profesára
la nobleza la milicia,
por la ambicion de agradarlas,
siendo un premio, que no cuesta
á la República nada
Mas valientes aquí han hecho
las licencias cortesanas
del público galanteo,
paseos, bailetes, danzas
y asambleas, que las muchas
verdes circulares ramas,
qué Cívicas y Murales
ciñeron frentes romanas.
No digo esto por mostrarme
bachilleramente sábia,
si por mostrar que os conozco,
viendo que en París se habla
de quien en Bruselas sirve
con mas aire, y á contraria
razon, tambien á Bruselas
llegan las noticias vagas
del que en nuestras asambleas
el mayor aplauso alcanza,
sin ser lisongero: viendo
el vuestro, ya viene errada
la direccion hácia mí,
porque yo me ausento á Francia;
y tengo tanta conciencia,
que cuando os pinta la fama
rendido de todas, yo,
cierto escrupulizara
el poder de solo un tiro

hurtarles un triunfo á tantas.

Portocarrero

Vos habeis discretamente
motejado de voltaria
mi inclinacion; y no sé
si os diga cuanta ventaja
en esto nos lleva aquella
ligereza celebrada
de vuestra Nacion, pues yo....

Serafina

No digais mas: Por la Francia
á Flándes en ocasion
pasó el señor Don Juan de Austriia,
que una noche en un sarao,
danzando con él bizarra
la duquesa de Estampes,
entre las dos manos blancas
dos eslabones de nieve
un nudo de fuego enlazan.
Viendo la hermosa francesa
la gentileza gallarda
del Real Jóven Español,
de mil triunfos coronada,
Marciales del grande eclipse
de las Lunas Otomanas,
quedó con tanto decoro
de su garbo aficionada,
aunque en su vida le vió
ni fió á noticia humana,
su afecto, en cuantos vestidos,
trages. disfraces ó galas
sacó el resto de su vida,
no dejó la roja banda
de Borgoña, que á su Alteza
por timbre español cruzaba.

Dadme un afecto tan noble,
una pasion tan hidalga,
y un silencio tan heróico
en las memorias de España.

Portocarrero.

Aunque muchas os pudiera
decir, con la mia basta,
que siendo por vos, escede
con mayor ventaja á cuantas
pudierais decirme, todo
cuanto vá de causa á causa.

Serafina

Yo he vuelto por mi Nacion,
y no por mi, pues es clara
cosa que con vos no quiero
perder el blason de ingrata;
pero tampoco creeros,
porque si nunca la cara
me habeis visto, y si conozco
que caminando á mi Patria,
á nunca mas ver, habemos
de dividirnos mañana;
¿porque no he de conocer
que el fingir vos esas ansias,
mas es costumbre que os mueve,
que inclinacion que os arrastra?

Portocarrero.

Cuanto á no volver á vernos
estad bien asegurada,
que no es estorbo á mi brio
la guerra ni la distancia;
cuanto á ser costumbre, y no
inclinacion mi espresada
ansia, bien presto pudiera
hacer que lo asegurarais

vos contra vos.

Serafina.

¿Cómo?

Portocarrero.

Como
el pecho un testigo guarda
de mi verdad, que atrevido
os desmiente y no os agravia.

Serafina.

¿Y cuál es?

Portocarrero.

Este. *Muestra el retrato.*

Serafina.

¡Qué veo!

Carrasco.

La de la historia pasada
es esta sin duda.

Serafina.

¿Cómo
mi retrato?

Portocarrero.

¿Qué os espanta?
Ved cual tiene mas noticia
del otro.

Carrasco.

En tanto que acaban
su plática los dos ¿qué
diremos nosotros?

Nise.

Nada,
que á quien oye lo que importa,
todo lo superfluo cansa.

Serafina.

Soltad pues.

Portocarrero.

¿Qué hacéis?

Serafina.

Cobrarme *Quitasele.*
á mí.

Portocarrero.

Conmigo no estabais
perdida.

Serafina.

Contra mi gusto
ninguno tiene esta alhaja.

Portocarrero.

Ved que el alma me llevais
en él.

Serafina.

Por la misma causa
le quito yo: bueno fuera
que un español se alabara
de que mi retrato pudo
ver y quedarse con alma.

Portocarrero.

Pues confiesas que la llevas,
hermosisima tirana,
yo en demanda suya iré
siguiéndote hasta cobrarla,
aunque sea en Francia.

Serafina.

Veremos
si cumplís esa arrogancia
de español.

Nise.

¿Qué has hecho?

Serafina.

¡Ay, Nise!
nunca en este hombre intentara

de verdades ó mentiras
averiguarle la fama.

ESCENA IV.

Portocarrero, Carrasco y despues Francisco.

Carrasco.
Bueno quedas.
Portocarrero.
Nada digas,
que vive Dios, si me cansas,
te dé muerte.
Carrasco.
Eso conmigo
fuera dádiva escusada.
Sale Francisco.
¿Señor?
Portocarrero.
Francisco del Arco,
á un Comisario me llama
para darle orden de que
haga que al romper del Alba
las mejores tropas monten,
con que yo en persona vaya
comboyando á estos señores.
Francisco.
Una de las circunstancias
con que por estos dos meses
está la tregua otorgada,
es que ninguna persona,
ó con armas ó sin armas,
en los paises del otro
sin pasaporte entre ó salga;
y asi reparo en que lleves

tropas, Señor.

Portocarrero.

¿Qué reparas?
¿en mis límites no puedo
con ellas ir á la raya?
Y si he de salir con ellas,
¿conmigo no han de ir armadas,
asi por decoro, como
por casos que la campaña
puede ofrecer ¡Ay amor!
la causa hallé de mis ansias:
¡ó, no permitas que sea
para perderla el hallarla!

ESCENA V.

Decoracion de una Quinta.

Tocan cajas y clarines, y salen por un lado el Conde de San Pol, frances, con botas y espuelas, plumas y baston, Madama y Flora, y otras criadas, todas de camino, y por otro Carlos Dumelino y Soldados.

Carlos.

Generoso ilustre Conde
de San Pol, rama que escelsa
de la Real Casa de Francia
los esplendores conserva
hoy la línea de Vandoma;
y vos, ilustre Condesa,
Real generosa reliquia
de Francisco de Angulema,
dad á Carlos Dumelino
vuestras plantas, donde llega
de parte del Magístrado

de Amiens á dar la obediencia
(como quíen Gobernador
viene á ser) á vuestra Alteza,
á quien suplíca por mí
que en esta Quinta detenga
por hoy su jornada, en tanto
que perficionadas quedan
de vuestro triunfo el adorno,
de vuestra entrada las fiestas,
puesto que á Ernesto Pleysi
hoy tambien Amiens espera
á ejercer la dignidad
de Gran Potestad en ella.

Conde.

Llegad, Carlos, á mis brazos,
y decidme ¿quién creyera,
cuando os dejé prisionero
en la pasada refriega
del socorro de Dorlan,
que aquí otra vez nos volviera
á juntar nuestra fortuna?

Cárlos

Quien conoce que ella sea
gran artífice de estrañas
enlazadas contingencias.

Madama

Decidme: ¿Ernesto Pleysi
llega tambien hoy?

Cárlos.

Hoy llega,
que ayer tuvimos aviso.

Conde.

Su amigo fuí, cuando él era
pretendiente cortesano.

Cárlos.

Siendo Amiens su patria mesma,
dicha es volver á mandarla.

Madama

Estremo de la belleza
me aseguran que es su hija.

Conde.

Díganlo mis mudas penas. *ap.*

Cárlos

¡Ay de quien perdió en su copia *ap.*
el alivio de su ausencia!

Conde.

Cárlos, aunque yo en Perona,
como gobernador de esta
provincia de Picardía,
tengo mi actual residencia,
siendo ella la Plaza de Armas
capital de esta frontera;
con órdenes del Rey vengo
á Amiens, donde se prevengan
para esta primer campaña,
que entrar en Flándes intenta
su Magestad en persona,
las provisiones de guerra
y boca, y todas las armas,
pues goza la conveniencia
del Soma, que dá motivo
á que aquí mejor parezca
hacer nuestra Plaza de Armas;
y siendo carnestolendas,
que aquí se celebran tanto,
quise que á verlas viniera
conmigo Madama; pero
hablando aquí sin reserva,
no vengo gustoso.

Cárlos.

¿Cómo?

Conde

Como siempre Amiens ostenta
ciertos privilegios, que
los ciudadanos conservan,
y el capitan general
no es tan absoluto en ella,
como en la provincia.

Cárlos.

Eso,
señor, es conforme sea *clarin.*
el Gobernador.

Conde.

¿Mas qué
clarin es este que suena?

Cárlos

Tropas católicas son,
segun en visos campean
las rojas bandas.

Conde.

Y haciendo
alto en la breve eminencia,
que los términos divide,
se doblan: que se prevenga
el batallon de mis guardas
es bien.

Madama.

Desde aquí se deja
ver, que de su raya solo
á nuestro pais penetran
coches y acemilas, con que
escolta sin duda es esta,
que Ernesto trae.

Conde.

Bien decis.

Dentro Serafina.

¡Ay infeliz!

Dentro Ernesto.

Tente, espera,
cochero.

Todos.

Acudid, que el coche
del Potestad se despeña.

Conde

Damas hay en el, ¿qué aguardo,
que no voy á socorrerlas? *Vase.*

Cárlos

Y yo, que llevo la vida
pendiente de aquella queja. *Vase.*

Flora.

¡Qué lástima!

Madama

¡Qué desdicha!

Flora.

Con una dama aquí llegan
el Conde y Cárlos

Dentro Portocarrero.

Aunque el
coto de la raya esceda,
me arriesgaré en su socorro.

ESCENA VI.

Dichos, y salen el Conde y Cárlos con Serafina.

Conde

Hermoso prodigio, alienta.

Cárlos

Deidad hermosa, respira.

Serafina.

¡Ay de mí!

Los dos.

¿Cielos, no es ella?

ESCENA VII.

Dichos, y sale Portocarrero con botas, espuelas, coraza y borgoñota, y cogiendo á los dos de espaldas, los aparta con alguna violencia.

Portocarrero.

Tarde he llegado; apartad,
franceses. *Empuñan.*

Los dos.

Quién con groseras
voces....

Portocarrero.

¡Qué miro!

Conde.

¡Qué veo!

Cárlos.

Hernan Tello es; ¡quién pudiera
pagar lo que en mi prision
debí!

ESCENA VIII.

Dichos, Ernesto y Criados.

Ernesto.

Serafina bella,
¿cómo te hallas? que mi edad
no dió lugar á que fuera
yo el primero en tu socorro.

Serafina

No fué nada: la violencia

del vuelco quedó en la altura
de aquel ribazo suspensa.

Ernesto

El amor me arrebató
de la obligacion primera
de ponerme á vuestras plantas,

Portocarrero.

Viven los Cielos que entran
en su término mis tropas,
llevadas de la apariencia
de haber visto empuñar armas.
Soldados, volved las riendas
sin que paseis de la raya;
vuestro furor se detenga,
y todos alzad las armas,
pues estais en la presencia
de un príncipe de la sangre,
general de esta frontera;
y es esa la ceremonia
con que al general respeta
la milicia.

Conde.

Mal conviene
ahora la atencion vuestra
con aquel poco reparo

Portocarrero.

De ese delito me absuelva;
que á enemigos como vos,
que nunca la espada dejan
ver al contrario, mal puede
conocérseles por ellas

Madama

Airosa fué la disculpa.

Conde

Cortesana es la respuesta:

pero pésame, señor,
que asi hayais roto la tregua,
entrándoos en mi pais
armado.

Portocarrero

No fué romperla
entrar solo un hombre á dar
la vida á quien tambien era
de vuestra nacion

Conde.

Si fué:
empiece aquí mi cautela, *ap.*
pues para romperla traigo
del Rey instruccion secreta.
Sí fué, pues fué entrar armado,
no solo vos sin licencia,
pero tambien vuestras tropas.

Portocarrero

Lo que toca á mi nobleza
es asegurar que no,
porque mi nacion no sea
quien rompa la suspension;
mas si lo juzga la vuestra,
soy escrupuloso; y porque
satisfaccion no parezca,
en mi vida desmentí
á quien pensó que le ofenda.

Conde

Pues si prenda como vos
no fuera justo perderla,
vos os quedareis.

Portocarrero.

No haré.
Y por esta accion me pesa,
que hayais venido con damas,

pues bizarría grosera
fuera á desmanes del plomo
esponer tanta belleza.
No han de disparar los mios
(y no temor os parezca)
la pistola ; y pues la espada
tiene menos contingencia , (1)
débanme estas hermosuras ,
lo que por Francia no hiciera
toda , que es el retirarme ,
haciendo esta reverencia
á las madamas , y á vos ,
á fuer de general , esta :
pues con las armas se hace
á generales la vénia ,
que sin la espada en la mano
retirarse no supiera
Hernan Tello ; y yo no rompo
paz que mi nacion observa ;
pero el que á mí se acercare ,
solo á su muerte se acerca.
Frente os haré con mis tropas ,
si algo tiene vuestra Alteza
que ordenarme con las suyas ,
allí sabrá mi obediencia. *Vase.*

Conde.

Mas envidia , vive el Cielo ,
su retirada me deja ,
que sus triunfos.

Madama.

¡ Cortés brio !

---

(1) *Hace una cortesia á las Damas , saca la espada , y besando la guarnicion hace otra al Conde , y sin volver la espalda , se vá retirando.*

Serafina.

¡ Generosa gentileza !

Ernesto.

Bien se ha dispuesto, señor,
que injustamente rompiera
la tregua vuestro ardimiento.

Conde

Por esto mi valor cesa
en cargarle ahora: vamos
donde Serafina tenga
reparo.

Madama.

Eso es lo mejor.

Ernesto

Honra es de vuestra grandeza.

Serafina.

Amor, en el Conde y Cárlos, *ap.*
si de sus ansias se acuerda
mi olvido, lo que me ofende
me has dejado: cosa es cierta,
que aquello que cansa sobra,
y huye lo que se desea. *Vase.*

Conde.

Ven, Cárlos, que mi amistad
despues toda el alma intenta
de Serafina fiarte. *Vase.*

Carlos.

Esto faltaba á mis penas:
¿ qué te debo amor tirano,
si tu variedad adversa
hace que empiecen los celos
adonde acabó la ausencia ?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Campo.

Portocarrero y Carrasco, vestidos á la francesa y con mascarillas.

Carrasco.
Si habemos de hablar verdades,
á toda mi valentía
asusta el riesgo en que estamos.

Portocarrero.
No es posible, que eso digas
de veras, cuando tus prendas
á fiar de tí me obligan
el secreto.

Carrasco.
No es merced
esa para agradecida,
que hoy solo son los secretos
los que sin prendas se fian.
No lo digo yo porque
á nuestro valor admira
el entrar dentro de Amiens,
teniendo tan á la vista
de tres nobles españoles
el caso, pues con activa
fiereza, entrando en París,
dieron en medio del dia
de palos á un gran soldado,
que de esta nacion las iras

aun pueden mezclar en todas
la admiracion con la envidia.
Serian de los romanos
mejores los coronistas,
pero los soldados no;
pues hubo en tu compañía
mosquetero, que á una bomba
llegó á encender una pipa.
Y no es el peligro tanto,
cuando en pública alegría
de máscaras y disfraces
se pueblan estas orillas
del Soma; porque no solo
su carnabal solemnizan,
sino la entrada del Conde,
y en góndolas y barquillas
salen las damas, poblando
con músicas tan festivas,
las aguas de perfecciones,
y los vientos de armonías;
temo, que si nos conocen,
muramos á sangre fria;
que á matar muriendo, fuera
mucho menos mi mohina,
pues recibe un hombre, y dá
y queda entre las cenizas
su fama humeando, si acaso
á un pobre le despavilan.

Portocarrero.

Carrasco, yo estoy perdido,
que esta dama peregrina
imaginada aun no fué
tan hermosa como vista.
Yo la ví á la copia impresa
en el alma parecida,

tanto, que imaginé al verla
copiada aquí, y allí viva,
que hermoso bulto de nieve
se vistió mi fantasía.
Ella me dejó picado
con aquella falsa risa,
con que me dijo, al decirle
que por el retrato iria,
veamos como lo cumplis;
y así es obligacion mia
el venir por él, aunque
toda Francia me lo impida.
Reirse y dudar, que yo
por el retrato vendria,
fué ponerme en el empeño;
pues no haya de mi quien diga,
que en este antojo de gusto
dejó el valor de servirla.
Con los caballos espera
mi gente en esta vecina
espesura, pues les dije,
que á reconocer venia
la plaza en cierta interpresa.
Si es temeraria conquista,
¿qué estrañeza es, que cometa
un hombre, á quien amor priva
de la razon, un arrojo?

Carrasco.

Esa disculpa fué linda:
tú echaste por el atajo;
dí que te tire una china
quien enamorado no
haya hecho otra boberia.
Dícese, que Enrique IV,
probibe con pena escesiva

disfraces y carnavales,
dejando las mascarillas
para los bailetes solo:
si despues hay quien escriba,
que en Amiens los dos entramos
cubierto el rostro, ¿quién quita
que alguno diga que en Francia
por las calles no se estilan
disfraces?

Portocarrero.

Eso qué importa,
si será cosa sabida
que se usaron

Carrasco.

Bueno es
prevenir esas noticias,
que hay necios, que para oir
traen los oidos con pinzas,
y ahorcados de las orejas
tienen el cuerpo en puntillas.

Portocarrero.

Aquí una cuadrilla viene
de máscaras

Carrasco.

Infinitas
hay vamos reconociendo
en cual mejor nos reciba. *Retiranse.*

ESCENA II

Salen Serafina, Madama, Nise y Flora, y los hombres que pudieren con mascarillas y disfraces: á un lado se quedan el Conde y Renolt á otro Cárlos y Ricarte de máscaras tambien.

Música

Hoy adornan del Soma

las ondas cristalinas,
en góndolas doradas,
nadantes galerias

Madama.

¿No vengo bien disfrazada?

Serafina.

Vuestra Alteza me permita,
que diga que no

Madama.

¿Por qué?

Serafina.

Porque si su gallardía
no puede ser mas ni menos
en ningun trage que vista,
ni hay con quien equivocarle,
por mas que á venir aspira
su belleza disfrazada,
no vendrá desconocida.

Conde.

¿Es la de lo verde?

Renolt.

Sí,
que yo la ví á la salida.

Conde.

¿Con quién viene?

Renolt.

No sé.

Conde.

Amor, *ap.*
dá á mi atrevimiento dicha.

Cárlos.

¿La de lo verde me dices
que es?

Ricarte.

Sí,

*

Cárlos.

Amor, mis pasos guia.

Conde y Cárlos.

¿ Máscara, quereis danzar ?

Serafina.

¿ Con cuál ?

Conde.

No hay quien me compita

á mí: conmigo, señora,
danzad.

Cárlos.

¿ Muy bueno seria,

que habiendo llegado yo,
dejándome á mí os elija ?

Madama.

Aquella voz es del Conde,
¡ ó cómo el alma imagina
lo que no desea !

Conde.

Conmigo

no suponeis.

Cárlos.

Quien lo diga....

Madama

Tened. *Empuñan las espadas.*

ESCENA III.

Dichos, y sale Ernesto con baston, y Ministros,

Ernesto.

¿ Qué es esto ? ¿ pues cómo

profana vuestra osadía
de máscaras el seguro ?

Madama

Ahora mi industria finja *ap.*

un acaso por si es él.

Ernesto

Teneos pues á la justicia.

Madama

¡Ay! *Cáesele la mascarilla.*

Flora.

¿Qué es eso?

Madama.

Que del rostro
se cayó la mascarilla.

Ernesto

Madama está descubierta;
y así nadie esté á su vista
oculto el rostro, pues es
grosería.

Conde.

Ya es precisa
mi retirada: si es Cárlos,
escarmentará á mis iras. (1)

Ernesto

Máscaras fuera

Serafina

Ya todas
en fé de esa cortesía,
las quitamos (2)

Cárlos.

Yo tambien
porque su rostro ilumina;
y sin advertencia vuestra,
tambien fuera atencion mia.

Madama.

Sospechas, sin duda el Conde *ap.*

---

(1) *Vase y Renolt.*
(2) *Quitanse las mascarillas*

es aquel que se retira.

Serafina.

¡Oh que cansados estremos *ap.*
son los de estas dos porfias,
cuando está del español
la memoria en mí tan viva!

Cárlos

Sin duda fué aquel el Conde; *ap.*
y pues se ausentó, no insista
en que quede por mí el puesto,
pues es atencion debida,
que aunque compita su amór,
su grandeza no compita. *Vase.*

ESCENA IV.

Serafina, Madama, Ernesto, y salen Portocarrero y Carrasco.

Portocarrero.

Por aquí. ¡pero qué veo!
Carrasco, ¿no es Serafina
la que estoy viendo?

Carrasco.

La propia.

Portocarrero.

¿Y no es Madama?

Carrasco.

La misma.

Portocarrero

¿Qué será estar destapada?

Ernesto.

Mirad si quereis que os sirva,
señora, que dando vuelta
voy á toda la marina,
para estorbar inquietudes.

Madama.

Guárdeos Dios, que antes queria,
que os retiraseis, porque
podemos ser conocidas
por vos: volved á taparos. (1)

Portocarrero

Amor, mi esperanza anima:
Máscara, ¿ quereis danzar?

Madama

Danza con él, no resistas,
que este nos vió destapadas.

Serafina.

Si haré: la letra prosiga. *Danzan.*

Música

Hoy adornan del Soma, &c.

Portocarrero.

¿No me conoceis?

Serafina

Yo no.

Portocarrero.

¿Qué tan presto se os olvida
el hurto que me habeis hecho?

Serafina.

¡Española bizarría!

Música

De esquifes y javeques,
los remos y las quillas,
el céfiro las borda
de espumas, que las riza.

Portocarrero.

Mi prenda habeis de volverme,
pues dudasteis que vendria
por ella.

---

(1) *Vase Ernesto y los suyos.*

Serafina.

A mis dudas deben
hoy vuestras galanterías
eso, pues fué el olvidarlas
mas ocasion de lucirlas.

Música

A tanto rumbo incierto,
que las espumas gira,
escollos son de nieve,
beldades de la orilla.

Serafina.

En mi casa hay esta noche (1)
bailete, en él determina
mi afecto hablar mas de espacio.

Portocarrero.

Yo obedecer mas aprisa.

Música.

Confunden agua y aire,
en dulce melodía,
clarines, que gorgean
en los remos que gimen.

Serafina

Para obedeceros basta.

Portocarrero

¡Qué breves que son las dichas!

Madama

¿Te hablaba el máscara?

Serafina.

Sí,
lisonjas, que acaso dicta
la ociosidad.

Madama

¿Le conoces?

---

(1) *Dadas las manos.*

Serafina.

No, señora.

Madama.

¡Qué fatiga
de una sospecha! Yo quiero,
pues de tantos fuimos vistas
aquí, que cuando al bailete
vamos, á que me convidas,
las dos troquemos disfraces,
para burlar la malicia
de los que nos vieron. Veamos *ap.*
si de ésta suerte averigua
mi amor sus recelos.

Serafina.

¡Cielos,
si esta novedad no avisa *ap.*
mi cuidado al español,
y se engaña, soy perdida!

Carrasco.

Señor, sin saber la casa,
¿que habemos de hacer?

Portocarrero.

Seguirlas
hasta ella.

Carrasco.

El mismo diablo
nos metió en caballerías.

Música.

Hoy adornan del Soma, &c.

ESCENA V.

Salen Cárlos y Ricarte.

Cárlos.

Perdido vengo.

Ricarte.

Señor,
¿qué tienes?

Carlos.

¿Qué he de tener,
si de un príncipe el poder
se muestra competidor
mio, y de príncipe tal,
por quien perdiera mil vidas?

Ricarte

Si no tienes prevenidas
las mil, señor, harás mal
en empezar por la una.

Cárlos.

¡Ay, Ricarte! que yo ví
conjurados contra mí,
amor, poder y fortuna.
De mí el Conde se fió,
yo mi pasion le espresé,
servirle en esto pensé,
y de esto se disgustó.
La alta poderosa mano,
que esta máquina dispuso
en los príncipes, nos puso
un carácter soberano,
con rasgos de su deidad,
que quiere que respetemos,
y en ellos consideremos
su mas alta Magestad.
Al Conde, que tan ufano
ostenta sangre real,
cierto esplendor celestial
le brilla en lo Soberano.
El alma tambien lo es
de cualquier mortal; y asi

aunque le ceda por mí,
en tocando al interés
del alma, que es el honor,
no hay respeto que mirar,
que yo le debo guardar
contra el poder y rigor,
por mas dificiles modos;
porque del honor, por ley,
solamente es dueño el Rey,
por quien lo tenemos todos.
Cuatro años ha que pedí
á Ernesto la mano bella
de Serafina, y aunque á ella
rigores solo debi;
di, ¿á qué amante corazon
no supo mas atraer
desden propio de muger,
que nos suena á perfeccion?
Ernesto me lo ofreció
cuando del cargo volviese,
á que entonces iba; ó fuese,
porque tan niña la vió,
que de eleccion su edad
no estaba, ó por presumir
en el caudal añadir
quilates á su beldad,
á esperarme resolví,
y su ausencia consolé
con aquel retrato, que
en la batalla perdí.
Viene ahora; y cuando creo,
que en el plazo concedido,
el tiempo voló, vestido
de plumas de mi deseo,
el Conde, en París pudo

verla, se empeña en amarla,
y á mí me manda esplicarla
su tierno afecto: no dudo
que ociosa galanteria
es, por ser toda belleza
ambicion de la grandeza:
injusta cosa sería,
que por su gusto, que ayer
empezó, y acabará
mañana, yo ceda ya
la que elegí por muger.
Esto inquieta mi valor,
pues tenemos, segun siento,
el Conde mucho ardimiento,
y yo tambien mucho honor.

Ricarte

¿Y en fin, qué quieres hacer?

Cárlos.

Hoy el Conde fué ofendido,
y para que en el vestido
no me llegue á conocer,
que fuí quien le disgustó,
si al bailete he de asistir,
otro me has de prevenir.

Ricarte.

¿Mudaráste en casa?

Carlos.

No,
que sigo el confuso estruendo.
En el pórtico que pasa
á otra calle, de su casa
enfrente, en anocheciendo,
podrás con él esperar

Ricarte

Hora fiera es para mi, *ap.*

que tengo un convite: aquí
me importa disimular;
pues cuando llegue á deshora,
y alce su cólera el bramo,
¿qué criado no hace á un amo
una falta cada hora?

Cárlos.

¡Qué cobarde está conmigo
el despecho del honor!
porque temo á mi valor
aun mas que el de mi enemigo.

ESCENA VI.

El Conde y Renolt.

Renolt.

Sabes tú, señor, de cierto,
que sea Carlos?

Conde.

Si lo sé;
porque quien tan atrevido
se me arroja á responder
que la adora, cuando yo
toda el alma le fié,
¿qué no hará? ¡Ah, Cielos, que mal
hice entonces de no hacer
demostracion de mis iras!
si en su atrevimiento fué
consecuencia para este
la tolerancia de aquel.

Renolt.

Los Príncipes tan escelsos
como Vuestra Alteza es,
mas nacieron para honrar,
Señor, que para ofender.

A esto los grandes Señores
nacen; ¿ pues porqué quereis
contradecir al vivir
la obligacion de nacer ?
Competír con el menor
es igualársele ; pues
preciso es en vos bajar,
ó hacer al otro crecer.
Carlos solo es Caballero,
y vos Príncipe ; ¿ pues quién
se persuadirá que vos
(aun siendo por justa ley
su Capitan General,
con quien no puede tener
duelo ni accion su valor)
os dejais, Señor vencer,
de él, sino de su razon,
cuando en los Principes sé,
que en competencia inferior,
el mundo pasa cortés
por ayre del perdonar,
la precision del ceder ?
El la quiere honrar, y vos
quereis injuriarle ; ved
cual de aquestas dos empresas
digna de un Príncipe es,
que el que la hiciere será
el Príncipe, al parecer,
y no vos, si egecutando
acciones que no debeis,
no nos mostrais lo que sois,
sí lo que dejais de ser.
Mi celo doy por disculpa
del recuerdo, que esto fué
no advertir lo que ignorais,

si acordar lo que sabeis.

Conde

De tus lealtades, Renolt,
advertencias escuché,
de quien solo el pudo
disuadir la pesadéz.
Delitos contra lo grande
no los perdona el poder,
porque la Soberanía
con ambiciosa altivéz,
donde llega su pasion
su imperio sabe estender.
Sabemos acá nosotros
ciertas circunstancias, que
los hombres particulares
no llegan á comprender,
ni pueden aconsejar,
por mas que algunas les den
políticas el aplauso,
facultades el laurel.
Ciertas materias de estado
que nacen con el dosel,
no las conoce el estudio,
que en distribucion mas fiel
naturaleza las puso
donde las ha menester.
La casa de Erneseo es esta,
y bien que me disfracé,
ahora en público vengo
al festin, por suspender
las sospechas de Madama,
ya que hoy tan ciego ignoré
que iba ella con Serafina.

Renolt

Pues desde aqui, señor, veis

la asamblea de galanes
y damas.

Conde.

Entremos, pues,
en cuanto el festin se empieza
á conversacion tambien.

ESCENA VII.

Salon de Estrado, y en él las Damas con mascarillas, y los Galanes junto á ellas; Hernan Tello junto á Madama con el vestido de Serafina, y Carlos junto á Serafina con el de Madama, y Ernesto en silla: dosel con silla para el Conde, y al entrar este se levantan todos.

Carlos.

Ya está aquí el Conde: ¡qué mal
hice en venirme á poner *ap.*
delante con el disfráz!
¿mas qué he de hacer, sino hallé
á Ricarte con el otro?

Conde.

Señores, no os inquieteis,
proseguid. (1)

Serafina.

El Español *ap.*
se ha engañado con aquel
disfráz mio: ¡Cielos! ¿cómo,
avisarselo podré?
que por mas que he hablado de esto,
no ha sabido conocer
la voz él, y Carlos sí.

---

(1) *Siéntanse todos, y habla el Conde con Ernesto aparte.*

Carlos.

A Serafina escuché, *ap.*
y fué dicha no engañarme
el disfráz.

Portocarrero.

¿Qué no quereis
pagar ni restituir?

Madama.

Si ignoro lo que robé,
¿quien el hurto no conoce,
cómo le podrá volver?
Ni el Conde es este, ni Carlos;
pero aquí forzoso es *ap.*
hablar con alguno, porque
reparo pueden hacer
en verme sola.

Portocarrero.

¿Qué un alma
que robais no conoceis?

Madama.

Sin saber lo que me híce,
si eso es cierto, os la quité,
y aun no me debió el estrago
el que reparase en él.

Conde.

Carlos está allí, segun
en el disfráz observé;
y pues ha de estar Madama
disfrazada aquí, no es bien
hacer hácia Serafina
demostracion: mas pondré
á Carlos en un desaire,
si hay motivo para él.

Portocarrero.

¿Dudareis de la osadía

de un español otra vez?

Madama.

¿Español dijo? á esto mas *ap.*
me conviene ya atender:
¿qué es lo que no he de dudar?

Portocarrero

Que á Hernan Tello nada el ser
le estorva español su brio,
y vuestro garbo francés.

Madama.

¿Hernan Tello, qué es lo que oigo? *ap.*
bien le supo agradecer
Serafina el hospedage.

Carlos.

¿Que aun no respondes, cruel?

Serafina.

¡De susto no estoy en mí! *ap.*

Portocarrero

¿Cómo ahora enmudeceis?

Madama.

Fácil fuera hacer en vos
el mismo efecto

Portocarrero.

¿Con qué?

Madama.

Con esto solo (1)

Portocarrero.

¡Qué veo! *ap.*
estatua muda quedé

Madama.

¿Enmudecisteis ya?

Portocarrero.

Si,

(1) *Descúbrese con recato de los otros.*

que la dicha que en mí veis,
por ser en vuestra grandeza
incapáz de suceder,
no os la acerté á desear;
y error de la suerte fué
darme la dicha de hallar
sin culpa de pretender;
pero una vez sucedida,
tarde me arrepentiré,
pues no me atreví á esperar,
pero me atrevo á tener,
y no me he de desdecir
por mucho que os enojeis.

Madama.

Galante sois, español,
y esponer no mereceis
vuestra persona á estos casos.

Portocarrero.

Decid pues quien sois.

Madama.

No haré,
que no habeis de tener vos
mas garbo que mi altivéz.
Esta fué una travesura
de airoso chiste, por ver
turbado de vuestro brio
el desenfado cortés:
enfrente de mí, mirad,
está la que pretendeis;
id con Dios, porque á las damas
siempre nos parece bien
que en sus arrojos los hombres
ensalcen nuestro poder;
y no quiero que por mí
de ser fino escarmenteis.

Portocarrero.

Gallarda accion, vive Dios.

Carrasco.

¿Quéreis, Madama, creer,
que me ha parecido en vos
pegadiza la esquivéz?

Nise.

Y quereis creer, Monsieur,
que á hombre ordinario me oleis;
y están en vos tan mal puestas
gala y voces, que traeis
la discrecion de alquilar
y la gala de alquiler.

Carrasco.

Pues no es porque estoy delante,
pero soy buen mozo á fé.

Conde.

Hora es me parece ya
de que empiecen.

Ernesto.

Tomen pues
sus puestos, y de instrumentos
empiece el dulce tropel. (1)

Serafina.

Salid del festin, Monsieur,
y á una reja esperaréis,
donde á daros un aviso
que importa mucho saldré.

Portocarrero.

Desde ahora á obedeceros
me ausento: Carrasco, ven.

Carrasco.

¿Donde?

---

(1) *Levántanse todos.*

Portocarrero.

A dejar el lucir,
por acercarme al arder. (1)

Música.

Amor lisongero,
veneno inmortal,
tu rigor severo,
que ya es dulce y ya fiero,
siempre fatal,
solo contra mi
hace el penar
dulce morir:
déjame quejar
de tu infeliz rigor,
pues haces durar
de todo mi dolor
el fiero ardor,
y á un infeliz
solo á penar
dejas vivir:
tu piedad cruel
disfraza el matar
con dulzura infiel,
porque sabe juntar
en su pesar,
blando y sutil,
un halagar,
que solo es herir.

---

(1) *Vanse los dos, y se empieza el baile francés entre Damas y Galanes.*

Serafina.

¡Ay de mí! (1)

Carlos

Tened.

Conde

¿Qué haceis?

Carlos

No os ví, señor, perdonad,
que me cegó la piedad.

Conde.

Mi cólera no iriteis,
villano.

Carlos.

Bien temí yo.

Conde.

Atrevido.

Carlos.

¡Que con el
no pueda reñir!

Conde.

Infiel.

Ernesto

¿Señor, en que os ofendió?

Carlos.

Mas pues allí está un criado
suyo, si llega á apretar,
en él le pienso dejar
advertido y castigado,

Conde

¿Os dais por desentendido?

---

(1) *Al pasar Serafina por junto al Conde, se va á caer, llegan á un tiempo el Conde y Cárlos á detenerla, y encontrándose con violencia, caesele al Conde el sombrero.*

vive Dios, que mi pasion
castigue aqueste baston
en un villano atrévido. (1)

Carlos.

Renolt, ¿ qué es lo que decis ?
¿ vuestra razon no responde
á esto que os ha dicho el Conde ?

Renolt.

A vos dice.

Carlos.

Vos mentis,
y asi deja castigados
vuestros errores mi filo,
que el Conde solo ese estilo
tuviera con sus criados. *Dale y cae.*

Renolt.

¡ Ay infeliz !

Conde.

¡ Ah traidor!

Carlos

Deteneos, que mi fé
castigó á un criado, que
puso mal á su señor.
Y pues con vos, por ser fiel,
no riño, hice lo que visteis,
no porque vos lo dijisteis,
sino por decirlo el.
Con vos no se me permite,
de él mi honor se satisface,
porque la injuria me hace
aquel que me la repite.
Y porque yo soy testigo,
que á honrarme mi fé os obliga

(1) *Alza el baston, y le detiene Ernesto.*

miente cualquiera que diga,
que en esto bablasteis conmigo
de vos abajo, que estais
en lugar del Rey, y asi
me retiraré de aqui,
para que no lo digais.

Conde

Prendedle, matadle, muera.

Ernesto

Este atrevimiento es ya
contra todos.

Conde.

El tendrá
el castigo. *Entran siguiendole.*

Serafina.

Suerte fiera!
dentro, señores, os entrad,
no ese cadaver asombre.

Madama.

¡Absorta he quedado! á ese hombre,
si vive, á curar llevad,
que del Conde la arrogancia
con cualquiera militar
recelo que ha de costar
algun mal suceso á Francia.

ESCENA VIII.

Decoracion de Calle.

Portocarrero y Carrasco.

Portocarrero.

Nadie á la reja salió.

Carrasco.

Dentro suena bravo estruendo,

y un hombre sale corriendo.

Sale Carlos

La fortuna el resto echó:
Caballero, vuestra espada
á quien me siguiera impida,
que me importa honor y vida. *Vase.*

Sale Ernesto y Soldados.

Carrasco.

Eso es para una tapada.

Ernesto.

Este es, prendedle

Portocarrero.

Yo estoy
á la defensa obligado.

Carrasco.

Y yo, Señor, á tu lado *Riñen.*
como dogo.

Ernesto.

Muerto soy. *Cae.*

ESCENA IX.

Dichos y sale el Conde con luces.

Conde.

Sin luz Ernesto salió,
sigámosle.

Portocarrero.

Pues lúz ví,
Carrasco, ven por aquí. *Vanse los dos.*

Soldado.

El que se retira hirió
á Ernesto.

Conde.

¿Qué es lo que he oido?
mas tambien le seguiré,

pues á la luz observé
las señales del vestido. *Vase.*

Ernesto.

Dejadme al traidor seguir,
que esto no es nada.

Soldado

A curaros
venid, que no he de dejaros
de ese modo proseguir;
nosotros le seguiremos. *Llévanle.*

ESCENA X.

Portocarrero y Carrasco.

Carrasco.

¡Ah, Señor, este portal
obscuro está, mal por mal,
pues las calles no sabemos,
ocultémonos en él,
que por otra parte ya
el ruido dice que vá
siguiéndonos el tropel.

Portocarrero.

Enfrente está de la casa
de Serafina, y asi,
bien podemos desde aquí,
no solo oir lo que pasa,
sino mirar si á la reja
salen, ó ruido escuchamos;
pues aunque el riesgo en que estamos
este espacio no aconseja;
¿adónde habemos de ir,
si hasta que la noche fria
rompa el nombre con el dia,
no hemos de poder salir

de la Plaza? ¿qué furor
les moveria contra mí,
que me obligaron allí
á usar de todo el valor?

Carrasco

No lo sé, ni qué accidente
la fiesta turbado habrá.

Portocarrero

No te muevas, que hácia acá
parece que viene gente

ESCENA XI.

Dichos, Riearte y despues Carlos.

Ricarte

Mas vale nunca que tarde,
aquel refrán nos responde:
este es el portal adonde
mi amo me mandó que aguarde.
Larga ha sido la funcion,
culpa los brindis tuvieron,
donde me desvanecieron
á razones la razon.
¡Qué obscuro está! aqui tropieza
la planta, este un poyo es,
y supuesto que los pies
no pueden con la cabeza,
siéntome.

Carrasco

¡Qué mal andar
tiene!

Portocarrero

Calla, que otro allí
viene.

Sale Carlos.

Pues á todos ví

la calle desamparar
buscándome, y nunca pueden
en juicio probar que yo
fuí quien á Renolt mató,
aunque sospechosos queden,
este trage he mudar:
si Ricarte espera aquí
con el que mandé; y así
entre ellos me he de mezclar,
desvaneciendo atrevido
cualquier indicio que he dado,
porque en fin lo bien negado
no fué jamás bien creido.
¿Ricarte?

Ricarte.

¿Quién llama?

Cárlos.

Yo:
¿dónde estás?

Ricarte.

Aquí rabiando,
como aquel que tiritando
toda la noche esperó.

Cárlos.

Toma presto este vestido,
y dame el que te he mandado.

Portocarrero.

Para volver disfrazado
buena ocasion se ha ofrecido;
toma ese, y yo le daré
el mio. (1)

---

(1) *Desnúdanse, y dale Portocarrero su casaca á Cárlos, y dá la suya Carrasco á Ricarte, y él le dá la que traia prevenida.*

Carrasco.

Y el mio yo,
que por malo que sea, no
pienso que empeoraré.

Cárlos.

Toma.

Ricarte.

Venga, que ahí va
el otro.

Cárlos.

Vete al momento,
no te vean aquí.

Ricarte.

Eso intento,
que me llama el sueño ya. *Vase.*

Carrasco.

Muy buena maula se ha hallado
en mi vestido.

Cárlos.

Fortuna, *ap.*
débate esta vez alguna
piedad, quien vuelve fiado
en la esterior espericncia
de este trage que previno,
no hallando contra el destino
otra humana resistencia. *Vase.*

Portocarrero.

¡Raro caso!

Carrasco.

Y dicha rara:
y aunque á mí me ha sucedido
otro caso parecido,
muchas veces no faltára,
si en comedia se escribiese,
alguno que lo dudase,

por natural que se hallase
y fácil que se supiese

Portocarrero.

En la casa entrando gente
va otra vez: y pues estoy
ya en otro trage, yo voy
á averiguar, que accidente
fué el que pudo alborotar
la fiesta, y si ha de salir
Serafina.

Carrasco.

¿Y quieres ir
donde vuelvan á chocar
contigo?

Portocarrero.

Ven, que ya así
va el temor desvanecido,
pues solamente el vestido
resultaba contra mí.

ESCENA XII.

Decoracion de Salon

El Conde, Ernesto y Soldados con luces, y todas las Damas.

Conde.

¿Que no os querais recoger?

Madama.

Esto habeis de hacer por mí.

Serafina.

Señor, no salgais así.

Ernesto.

Yo me he empeñado en prender
á quien cometió el delito

en mi casa de una muerte,
que á su Alteza de esta suerte
empeño mayor evito.
Intercutánea es la herida
del piquete, y la violencia
del golpe y mi resistencia
ocasionó la caida.
Y esto se ha de castigar,
que si el primero permito,
la cólera hace un delito,
y muchos un ejemplar.

Conde.

Toda la plaza he rondado,
sin hallar el delincuente,
y el susto del accidente
vuestro, aquí me ha retirado,
hasta poder con el dia
hacer la averiguacion:
esto es quitar la ocasion
de que á la cólera mia
la justicia anticipada
llegue, y lleve á Cárlos preso,
que en los filos del proceso
se embotan los de la espada.

ESCENA XIII.

Dichos, y salen por diferentes puertas Cárlos, Portocarrero y Carrasco.

Portocarrero.

Con mi industria disfrazado,
á ver el tumulto vuelvo.

Cárlos.

A entrar aquí me resuelvo,
del nuevo trage fiado.

Conde.

Allí diviso al que hirió
á Ernesto, aquel el vestido
es. *Mirando á Cárlos.*

Ernesto

Vive Dios, que atrevido
aquí el máscara volvió
que hirió á Renolt: ya es esceso (1)
contra mí y el general;
y pues él buscó su mal,
ha de ir al castillo preso.

Conde.

Prendiéndole, de él sabré
si Cárlos fué el atrevído.

Carrasco

A la luz miro el vestido;
por Dios, que no me engañé.

Madama.

Otra vez se vuelve aquí
el español.

Serafina.

Ya ha venido
Hernan Tello; por el ruido
á la reja no salí.

Conde.

Ola.

Ernesto.

Ola.

Unos.

Señor.

Otros.

Señor. (2)

---

(1) *Mirando á Portocarrero.*

(2) *Señala cada uno el suyo, y se arrojan unos y otros á cogerlos por detras.*

Los dos

Prendedme aquese atrevido.

Todos.

Daos á prision

Los dos

¡ Ah traidores!

Madama y Serafina

Cielos, ¿qué es esto que miro?

Carrasco

Llegó nuestro fin, ya tengo
calentura en el gallillo.

Serafina.

¿ Cómo podré yo estorbarlo ?

Madama

¿Cómo pudiera impedirlo ?

Serafina.

¿ En qué, señor, te ha injuriado?

Madama

¿ En qué, esposo, te ha ofendido?

Ernesto

En su trage se conoce,
que es el que osado y altivo
perdió el respeto á su Alteza.

Conde

En su trage he conocido,
que es este el que á Ernesto hirió.

Portocarrero

¡Por cuánto, Cielos divinos, *ap.*
donde juzgué hallar remedio,
no hallára nuevo peligro!

Cárlos.

¡Por cuánto no hallára un riesgo *ap.*
donde buscaba un alivio!

Carrasco.

¡Y por cuánto, segun anda

confuso este laberinto,
quizá estará condenado
á ahorcar este vestido!

Ernesto.

Destapadle el rostro.

Conde.

Veamos.
quien es. *Descubren á los dos.*

Carrasco

Esto va perdido.

Ernesto.

¡Válgame el Cielo! ¿qué veo?

Conde

¡Valedme, Cielos! ¿qué miro?

Ernesto.

¡Hernan Tello pudo ser,
con quien un lance ha tenido
tan pesado el Conde!

Conde.

¿Quien
me ofendió, no es Domelino?

Madama.

¿Qué equivocacion de trages
ha sido esta?

Serafina

¿Qué habrá sido
esta mudanza en los dos?

Conde.

Cuando acercarnos podimos,
yo escuché la voz de Cárlos

Ernesto

¡En qué empeño estoy metido,
cuando le debo agasajos!

Conde.

¿Ernesto? ¡pero qué es esto! (1)

Ernesto.

Señor, ¡pero qué he mirado! (2)

Conde.

¿Hernan Tello aquí escondido
con el trage que tenia
mi ofensor?

Ernesto.

¿El que me ha herido
fué Cárlos?

Serafina.

La admiracion
me vistió de mármol frio.

Conde.

En buen empeño se halla
la autoridad con el brio.

Ernesto.

En fuerte lance me veo
con mi yerno y con mi amigo.

Portacarrero.

¡Cielos, variando el acaso,
firme se quedó el peligro!

Cárlos.

¡Cielos, mi fortuna ha dado
de un abismo en otro abismo!

Portocarrero.

¿Para cuándo son las ánsias?

Cárlos.

¿Para cuándo los gemidos?

Carrasco.

¿Para cuándo, para cuando

---

(1) *Vuelve y vé á Portocarrero.*
(2) *Vuelve y vé á Cárlos.*

aguardan falsos testigos?

Conde.

Villanos, soltad, ¿qué haceis?
habiendo ya conocido
la persona del señor
Hernan Tello, ¿asi atrevidos
le oprimis, viniendo á honrar
sus servidores antiguos?

Carrasco

Luego dirá mi amo, que
no somos bien recibidos.

Conde.

Habiéndoos visto, señor,
aunque me pesa infinito
no hayais de vuestra jornada
anticipado el aviso,
y que para el hospedage
no nos halleis prevenidos,
bien veis, que escusar no puedo;
que aquí os detengais, pediros
es fuerza, hasta dar cuenta
á mi Rey de vuestro arrivo,
y asi á ser mi huésped solo
habeis de venir conmigo.

Ernesto

A vuestra Alteza, señor,
que considere suplico:
que es eso desaforar
al pais de sus prescritos
privilegios.

Conde.

¿Cómo?

Ernesto.

Como
aunque vuestra Alteza vino

á gobernar la provincia,
cuando Amiens no ha recibido,
por sus fueros, de soldados
guarniciones ni presidios,
toda la jurisdiccion
le toca en ella á mi oficio,
y en el ejército á vos:
luego si está en mi dominio,
claro se vé, que á mí solo
toca hospedarlo, y servirlo.

Conde.

No digais eso, que yo
en lugar del Rey asisto
aquí.

Ernesto.

Y yo, señor con su
jurisdiccion me autorizo.

Conde

Lugar-Teniente del Rey
al general es estilo
llamar.

Ernesto.

No aquí, donde tienen
privilegios los vecinos
de no admitir soldadescas,
pues profesan ellos mismos
la milicia, y ellos tienen
sus gefes.

Conde.

No persuadirnos
querais eso, que vos solo
juez ordinario habeis sido,
y este es fuero militar,
cuyo imperio privativo
reside en mí.

Ernesto

Tambien yo,
por las milicias que alisto,
capitan de guerra soy.

Conde.

¿ Pues á los órdenes mios
no estais por esa razon ?

Ernesto

En caso de guerra ó sitio,
si, en lo que toca al manejo
de las armas; mas no al juicio,
en que aquí el Potestad tiene
absoluto señorio:
y asi debeis entregarle.

Conde.

Soldado soy, no ministro,
y prisioneros de guerra
á justicias no permito
rendir, pues nunca ser puede
delincuente el enemigo;
y no se porfie en esto,
pues se vé que es desatino,
que quien manda armas de España,
á menos se haya rendido,
que á quien manda armas de Francia.

Ernesto

Segunda vez ós repito,
que yo mando estas milicias
tambien

Conde.

No me hagais deciros,
que un caudillo militar
no ha de rendirse á un caudillo
de los mecánicos gremios,
que es bajeza el discurrirlo,

y aun el sufrirlo yo,
sin dar á ese error castigo.

Ernesto

Yo cederé, protestando;
mas no sé si consentirlo
querrán los burgeses.

Unos.

No,
que nuestros fueros antiguos
defenderemos

Otros.

Nosotros
sobramos á reducirlos.

Portocarrero.

Bien vino la competencia
para no darme á partido.

Carrasco.

Valido de este alboroto,
escaparme determino.

Portocarrero.

En tumultos populares
á mi valor permitido
será sacando la espada,
estorbar que hagan conmigo
indecorosa violencia. *Saca la espada.*

Carrasco

Eso si, cuerpo de Cristo,
que ha rato que está en el pecho
la sangre dando pellizcos.

Unos

Del Conde es.

Otros

Del Potestad es.

Carrasco.

Yo aqueste medio elijo,

para huir de sus rigores. (1)

Unos.

A ellos.

Otros

A ellos, amigos.

Conde

Ninguno aquí riña, pues
que corran riesgo es preciso
las damas

Ernesto.

Nadie use armas
hasta que hayan traido
luces: ola, luces presto.

Serafina

¡Muerta estoy!

Madama

¡Sin alma animo!

Flora.

¡Qué miedo!

Unos

Salgamos fuera.

Portocarrero.

¿Carrasco?

Carrasco.

¿Qué hay, señor mio?

Portocarrero.

Sígueme.

Carrasco.

Ya voy, mas voy
tentando con los hocicos.

Portocarrero

Cielos, la puerta no encuentro.

Serafina.

¿Español?

---

(1) *Apaga las luces.*

Portocarrero.

Quién es ?

Serafina.

Venios conmigo

Portocarrero

Esa dulce voz

imperio tiene atractivo.

ESCENA XIV.

Dichos, menos Serafina, Portocarrero, Carrasco, y sale Nise con luces.

Nise.

Ya están las luces aquí.

Conde

¿ Qué es esto ? ¿dónde se ha ido

Hernan Tello ?

Ernesto.

Esa es mi duda.

Conde

Pues buscarle determino

por la casa.

Ernesto.

Y yo tambien. *Vase.*

Conde.

Vaya Cárlos al Castillo,

que ha de pagar su osadía,

por vida del Rey Enrico. *Vase.*

Cárlos

Cielos, ved que en tantas ansias

me da muerte el ver que vivo. (1)

Madama

Aunque puede ser que le haya

de todos desparecido *ap.*

---

(1) *Llevanle los soldados.*

Serafina, he de callar;
pues con ocultarle, evito
al Conde y al Magistrado
empeño tan conocido.

Sale Ernesto.

Toda la casa he mirado,
y solo falta este sitio
del cuarto de Serafina.

Sale Serafina.

Yo cerrado le he tenido
con la llave.

Un s.

Viva el Conde.

Otros.

Viva el Magistrado.

Sale el Conde.

A gritos
se abanderiza la plebe;
entre ellos habrá salido
á la calle, y lo primero
es Ernesto, dividirlos,
y dar órden en las puertas,
que no abran, hasta otro aviso;
yo le cercaré la casa,
por si ocultarle ha querido.

Ernesto.

Estorbemos el tumulto,
que el no saldrá del recinto
de los muros, y podremos
buscarle mas advertidos. *Vase.*

Madama.

De tanto acaso asustada
á palacio me retiro.

Serafina.

Señora.

Madama

Quedad con Dios,
que en efecto habeis cumplido
como quien sois.

Serafina.

No os entiendo.

Madama.

Yo os diré porque lo digo. *Vase.*

Serafina.

Este enigma me faltaba;
pero entre tanto que el ruido
se sosiega, esto es primero:
salid.

ESCENA XV.

Serafina, y salen Portocarrero y Carrasco.

Portocarrero.

A tus pies rendido,
Madama.

Serafina.

Escusad razones,
porque no es tiempo de oiros.
Vos, hidalgo en ese paso,
á este corredor vecino,
mirad si vuelven

Carrasco.

Sí haré,
y ninguno, si yo miro,
irá tan descaminado,
que se escape de registro. *Vase.*

Serafina.

No mas sustos, español
que el pecho me babeis tenido
estremeciendo á presagios,

y palpitando á latidos.
¿ Estos son vuestros arrojos ?
¡ mal hubiese mi delirio
en deciros lo que nunca
juzgué que hubiese traido
tal séquito de accidentes,
tal concurso de peligros!
Lo que no es amor, no sea
cuidado, que es desvarío
tener la pension del riesgo,
sin propension del cariño.
De la casa de mi padre
caen los jardines floridos
al muro, y en él, yo y una
criada, de quien me fio,
una cuerda os ataremos,
en estando recogidos
todos, bajareis por ella,
que yo á quitarla me obligo,
por no dejar contra mí,
cuando amanezca ese indicio.
Y pues la plaza no pueden
abrir, hasta que en los visos
encienda el alba los montes
de aquel albor matutino,
tiempo teneis de escaparos,
antes que puedan seguiros.
Tomad, tomad el retrato,
pues por él habeis venido,
porque no volvais por él,
que un miedo os he concebido,
tal, que sin serlo yo os tiemblo
mas que vuestros enemigos,
y en lo que tuvo de vuestro,
le desconozco por mio.

Id con Dios, que ya me cuestan
vuestros arrojos martirios,
y me anda acá lo piadoso
desmesurando lo esquivo.
No volvais á verme mas,
ni quiero que un desvario
me asuste, sin ser amor,
y hallando hecha el alvedrio
la costa á lo cuidadoso,
se domestique en lo fino.

Portocarrero.

Yo tomo el retrato; pero
no viniendo en el partido
de no veros.

Serafina.

¿Pues de mí,
qué es lo que intentais?

Portocarrero

Serviros
tan á todo trance, que
no solo aqueste conflicto
no me haga escarmentar; pero
juro á los Cielos Divinos,
que ningun francés consiga
lograros mientras yo vivo.

Serafina.

¿Pues podeis vos aspirar,
siendo de opuestos dominios,
á ser mio?

Portocarrero.

¿Porque no?

Serafina.

Si vuestro espiritu altivo
no encuentra dificultades,
mal dejará persuadirnos

la razon á error tan grande;
no querais hacer impio
que me halle bien con creerlo,
si el tiempo ha de disuadirlo.

Portocarrero.

¿Pues qué dificultad tiene
ser vasallos de un Rey mismo
los dos?

Serofina.

Bien está, pues yo,
si eso salvais vos, me obligo
á ser vuestra.

Portocarrero.

¿Cuándo?

Serafina.

Cuando,
puesto que los dos vivimos
hoy á dos Reyes sujetos,
hagais vos en mi servicio,
ó que Amiens sea del vuestro,
ó que Dorlan sea del mio.

Portocarrero.

En bodas como las nuestras
es mas cortesano estilo
que no salga de su casa
la Dama; y asi yo elijo
que sea Amiens del Rey de España;
pues casi imposible miro
que sea Dorlan de Francia,
en tanto que yo la rijo.

Serafina.

¡O que arrogancia española,
tan propia de aquel nativo
soberbio espíritu que
os hace á todos malquistos!

Bien juzgué que mereciese
mas el darme yo á partído,
que un engaño, porque engaño
es ofrecer presumido
temeridades adonde
no puede llegar el brio.
Voy á allanaros el paso,
porque luego podais iros
donde aun de mis quejas no
percibais un desperdicio;
y un imposible tan grande,
id, español, advertido
que fué bajeza ofrecerlo,
no pudiendo vos cumplirlo. *Vase.*

Portocarrero.

¿Qué es lo que pasa por mí?
yo, Cielos, desvanecido
dije una proposicion
á una dama, cuyo juicio
motejando de arrogancia
mi amoroso desvarío,
aun le graduó por desprecio
mas allá de desatino.
No cumplirle la palabra
fuera en mí valor indigno;
cumplirla, entregando á Francia
á Dorlan, fuera delito
contra mi Rey y mi honor:
y en los estremos distintos
de amor y honor, Rey y Dama,
es en leales Caudillos
antes el Rey que el amor,
y el honor que no el cariño.
Ea, discurso, al empeño,
que si ahora de aquí salimos,

Amiens ha de ser de España,
para cuyo gran motivo,
valga la industria por armas,
por ejército el capricho,
la astúcia por batería,
y por poder el arbitrio:
pues doy á España esta Plaza,
venzo aquel rigor esquivo,
me corono de laureles,
hago halagos los desvios;
puesto que cumplo (escusando
en fin discursos prolijos)
á mi Dama una palabra,
y hago á mi Rey un servicío;
porque sepan las edades
venideras lo que hizo
por su Rey y por su Dama
un español de este siglo.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Bosque.

Portocarrero y Soldados.

Portocarrero

Altos verdes y antiguos ciudadanos,
de estas riberas vividores olmos,
que tejiendo cortinas enredadas,
sois de este valle pabellon frondoso.
¡O vosotros, que fuisteis á mis ansias
florecientes testigos! ¡O vosotros,
cómplices de suspiros tan callados,
que aun yo mismo los siento y no los oigo!
Troncos en quien el céfiro suave,
pulsando vuestras hojas sonoroso,
al ardiente compás de mis suspiros,
de acompañar mis penas suena ronco:
pues me dais el consuelo de atenderme,
y el secreto ofreceis á mis sollozos,
siendo para escucharlos siempre atentos,
estando para oirlos siempre sordos.
Grabad el nombre en vos de Serafina,
y haced que vuelvan á escuchar mis ojos
el dulcísimo nombre de quien fueron
láminas vegetables vuestros troncos.
A Amiens he de rendir (¡terrible empresa!)
pues me asusto en lo mismo que dispongo,
y de tener tan alto pensamiento
aun se halla el pensamiento temeroso;

No lidio, no, con bárbaros caribes,
de aquellos que en el clima mas remoto
habitan breve mundo en isla breve,
verde lunar de cristalino rostro.
No con aquellos que juzgaban eran
de condensada nuve ardiente aborto
esas bocas de bronce, que oprimidas
bostezan humo, cuando escupen plomo.
Con los franceses lidio: ¡ó amor noble!
¿quién habrá que se esmere en tus oprobios,
cuando tú las acciones generosas
enseñas á los pechos generosos?

ESCENA II.

Dichos y sale Ortiz con un Mundi Novo.

Ortiz.

Gracias á Dios que el camino
me has ahorrado, y que dichoso,
hallando á tu gente haciendo
forrages en este soto,
llego á tus plantas.

Portocarrero.

Ortiz,
bien venido: cuidadoso
me has tenido

Ortiz.

Señor mio,
yo estoy viejo, y aunque mozo
fuera, aun nó pudiera andar
una águila de retorno,
al paso que vá el deseo
de cualquier amante bobo.
Yo entré en Amiens disfrazado,
con todo este promontorio

del Mundi Noví, que trajo
un estrangero famoso,
invencion estraña para
sacar de la risa el oro.
Grité por aquellas calles
soltando á mi voz el chorro:
Quién chieri ver cosi estrañí,
cosi lindi, el Mundi Novo:
li sastri, li zapateri,
trompetieri; y sobre todo,
li siñor Catalinichi:
é hize tan grande alboroto,
que mas de seis mil muchachos
me acompañaban el tono.
Entré en muchísimas casas,
donde llamaron gustosos
á ver la novedad; cuyos
embelecos á mi bolso
iban atrayendo ochavos,
tropezando unos en otros.
Una la de Serafina
fué, de que sé que envidíoso
quedarias, y teniendo
yo una cara de demonio
entonces, toda tu gala
trocáras tú por mis ojos.
Ella salió: ¡ó que ocasion
me ofrecia el episodio
de pintártela, si acaso
permitiera el auditorio
á romances de vegetes
ambages y circunloquios!
Saqué yo mi Mundi Novi,
sacudiendo de los hombros
tantas mentiras de bulto.

que sobre un bufete pongo.
Habia en él una danza
de máscaras en el corro,
y yo dije entonces: Esti
es en Amiens un vistoso
festín, en donde Hernan Tello
entró tambien de rebozo.
Ella se asustó: yo dije
que mil secretos curiosos
llevaba, y que le feriaba
en una caja unos polvos
de grandísimas virtudes,
naturales para el rostro;
que en un papel dentro (aquí
di una guiñada) iba el modo
de usarlos, y la receta
para hacerlos. Entendiólo,
que es demonio la muchacha;
y con un chiste gracioso
que descomponer pudiera
mi recato mas devoto,
cuando allá en mis mocedades
era yo mas cosquilloso,
me dijo: yo lo veré,
dándome un doblon de á ocho;
que no quiso el asonante
que fuese mas el socorro.
Volví á pasar por la calle
despues, y del mismo modo
me llamaron, y me dijo,
como fingiendo un enojo
de un almivarado ceño,
cuyo dejo es pegajoso:
Tomad allá la receta,
que grande escrúpulo formo,

y no quiero yo quedarme
con cosa que á mi decoro
esté mal, pues es hechizo
con pacto supersticioso.
Entregóme este papel *Sácale.*
con esta industria, y yo tomo
la caja, y piano piano,
con todo el mundo me torno
acuestas, y con dinero,
que pesa mas por ser poco.

Portocarrero.

Tú has hecho la diligencia
recatado y cauteloso,
como tan gran partidario.
Muestra ese papel, que el gozo
en el corazon no cabe,
y va rebosando al rostro.
Lee: *Monsieur, vos habeis buscado*
á mi recato un tan propio
modo de favoreceros,
que en él tambien me conformo.
Que sea vuestra me volveis
á pedir, cuando brioso
conquisteis á Amiens; yo digo
que al partido me acomodo,
no pudiendo hallar mejor
camino, ni mas airoso
de despediros, supuesto
que otorgando á vuestro antojo
una esperanza con un
imposible, nada otorgo,
que es lo que yo deseaba,
no quedando vos quejoso;
que esto de quedar con quejas,
es esponerse al apodo

de tirana, cruel y fiera,
que sabeis decir vosotros,
pretendiendo que admitamos
por finezas los oprobios.
Esto es empeñar de nuevo
mi valor, al mas heróico
asunto que celebraron
los Anales prodigiosos.
¡Ah si Francisco de Arco
viniera, á quien presuroso,
desde que de Amiens salí,
despaché á pedir socorro
al Archiduque!

ESCENA III.

Dichos, Francisco del Arco y Carrasco.

Francisco

Las plantas
me dá.

Portocarrero

Aragones famoso,
llega á mis brazos, pues ellos
te coronan.

Carrasco

Y á mí, y todo,
señor, pues desde Bruselas
envuelto en sudor y en polvo
me viene una posta dando
puñaladas en los lomos,
ensartando en su espinazo
como si fuera valorio.

Portocarrero

¿Cómo dejais á su Alteza?

Francisco.

Cuando llegué, en alborozos
públicos la villa ardía,
pavon de fuego vistoso,
con pompa de luminarias,
que coronándola én torno,
párpados de luz palpitan
en tantos trémulos ojos.
La causa de esta alegria
era volver victorioso,
despues que de los dos meses
franceses la tregua han roto
de Cales, el Archiduque
Alberto, cuyos gloriosos
hechos, si en su pecho caben,
no caben en sus elogios.
Díle tu pliego á su Alteza,
que le recibió gustoso,
preguntándome por tí,
y examinando curioso
cómo estás, en qué discurres,
y como te hallas; de modo,
que al ver que un Príncipe grande
admite entre sus ahogos
tan por menor los cuidados
de su gente, reconozco
que en su servicio los riesgos
se alivian; porque es notorio,
que quien de tí no se olvida,
no se olvidará tampoco
de tus servicios, pudiendo
con beneficio tan corto,
al ser de lo agradecido,
divertir lo deseoso.
Díjome que le pedias

licencia, gente y socorro
para una oculta interpresa:
preguntó si noticioso
de ella yo me hallaba: dije
que tus designios ignoro,
porque el secreto tenias,
y aun se aventuraba el logro
dando cuenta, á que me dijo:
Hecho será prodigioso,
siendo suyo; y le direis,
que remitirle dispongo
la gente que aquí me pide,
por ser el número poco;
que si antes puede dar cuenta
del designio cauteloso,
se verá acá en el Consejo;
pero si halla algun estorvo
en la dilacion del tiempo,
que él emprenda por sí solo,
fiando de él el suceso,
pues sus esperiencias toco.
Este despacho te envia, *Dáselo.*
con órden de que estén prontos
á remitirte esa gente
cuantos cabos valerosos
las guarniciones y plazas
habitan de este contorno.
Y por si venir maestros
de campo fuere forzoso
para mandarles, te envia
tambien grado decoroso
de general de batalla,
de que el parabien nosotros
recibimos, y el viage
dichosamente corono.

Portocarrero.

Una y mil veces los brazos
me da, porque sus prisiones,
de dos almas eslabones
sean en eternos lazos.
Su Alteza me escribe aquí
que á todos órden envia
que me obedezcan, y fia
tan grande empresa de mí,
aunque cuenta no le he dado,
de mi valor persuadido,
á que ya está conseguido,
con haberlo yo intentado.

Carrasco

¿Y de eso tan triste estás?

Portocarrero.

Entre temor y esperanza,
Carrasco, esta confianza
es la que me empeña mas.
Siempre se esperimentó
ser enemigo violento
la palabra ó pensamiento,
que del pecho libertó
un hombre, que su impiedad
el afecto mas cruel
suele volver contra aquel,
que le dió la libertad.
Empresas, que á ser creidas
no nacieron destinadas,
no deben ser rebeladas
ántes de estar conseguidas:
que como dificil es
el persuadirlas constantes,
solo las desprecia ántes
quien las admira despues.

Y la censura importuna
opone dificultades,
solo las temeridades
las sentencia la fortuna;
pues con juicio desigual,
hace que el nombre les den
de hazaña, si sale bien,
y de locura, si mal

Carrasco.

No en fantásticos vaivenes,
te quieras desvanecer,
y lo que esperas tener,
no juzgues que ya lo tienes;
porque al verlo disnadido,
harás, segun de esto arguyo,
que lo que nunca fué tuyo,
lo llores como perdido. *Disparan.*

Dentro Cárlos.

¡ Ay de mí !

Dentro Renolt.

Matadle, muera.

Cárlos.

Desesperado sabré
morir ó matar.

Portocarrero

¿ Mas qué
confuso lamento altera
este campo ?

Carrasco.

Entre espesuras,
que son fragosos canceles,
un torbellino de pieles,
y un viento con herraduras;
corre el monte desvocado;
y segun fogoso viene,

de la pólvora que tiene,
pienso que se ha disparado.

Francisco.

Y en un tronco choca allí,
y el aire, y tierra midiendo
despeña á un jóven, diciendo....

ESCENA IV.

Dichos, y Sale Cárlos.

¡Ay infelice de mí! *Cae.*

Portocarrero.

Carrasco, acúdele, y vos,
que salga á la oposicion
de esa tropa un batallon,
haced *Vanse los soldados.*

Ortiz.

Yo me voy, por Dios,
á descansar, que no miras,
que rendido estoy aqui,
y ha rato que sobre mí
tengo un mundo de mentiras. *Vase.*

ESCENA V.

Dichos menos Ortiz.

Cárlos.

¡Ay triste!

Francisco.

Parece, que
cobrando el perdido aliento,
vuelve ya en sí.

Carrasco.

Muy bien hace

en volver en sí, supuesto,
que hasta ahora ha estado en mí,
que en mis costillas le tengo.

Portocarrero.

Infeliz jóven, cobraos.

Carrasco.

Y yo, si soy quien le debo,
te le daré adelantado,
porque se cobre mas presto.

Cárlos.

Ya que de aquel parasismo,
que con mortal desaliento,
entre mi muerte y mi vida
fué paréntesis funesto,
cobrado estoy; á tus plantas,
ilustre Portocarrero,
cuyas gloriosas hazañas
padrones serán del tiempo,
yace Cárlos Dumelino.

Portocarrero.

Levantad, Cárlos, del suelo,
que ya me acuerdo que fuisteis
en Dorlan mi prisionero.
¡Cielos este es el frances *ap.*
del retrato, á quien prendieron
no sé, por qué aquella noche,
que me ví en peligro dentro
de Amiens! ya podré saber
el motivo de mis celos.
Cárlos ¿ qué es esto?

Cárlos.

Un agravio
tan rigoroso, tan fiero,
que su dolor ... ¿ pero cómo
su dolor esplicar quiero,

si su inmensidad no cabe
aun en la del sentimiento?
ofendióme un poderoso
en el honor: ya con esto
de una vez lo dije todo;
que hay linage de tormentos,
que aun no se atreve á esplicarlos
quien ha menester saberlos.
Ya pues con esto te he dicho
mi intencion; porque naciendo
noble, á nadie rebelára,
que el honor perdido tengo,
á no ser para cobrarle:
porque aun de este modo quiero,
no fiándome de mí,
ponerme á mí en el empeño.
Lo que aquella noche viste
ejecutar no lo cuento;
el motivo sí, pues fué
querer el Conde severo,
faltándose á sí y á mí,
hacer con entrambos ciego,
blason de lo soberano,
el furor de lo violento.
Ernesto Pleysi dejó
tratado mi casamiento,
cuando pasó á los Cantones
con una hija suya.

Portocarrero.

¡Cielos, *ap.*
muerto he quedado!

Carlos.

Y aunque á ella
rigores solo y desprecios
debo, pues los precio tanto

que imagino que los debo....

Portocarrero

Alentemos, corazon.

Carrasco

Hombre, detén el resuello,
que le habias dado en la nuca

Carlos

Con tan reverente afecto
la idolatré, que á un pintor
llevando, porque cogiendo
sus perfecciones á hurto
aquel simulacro bello
hiciese, que por los ojos
bebiese mi entendimiento.
Con solo un retrato suyo
me quedé, que supo diestro
al ruido de la esperanza
embelesar mis deseos.
Este es aquel que en Dorlan
perdí; ya sabes que fueron
tales entonces mis ánsias,
y tan raros mis estremos,
que ofrecí por su rescate,
no tan sólo cuantos medios
tuviese, mas tambien cuantos
esperase, reduciendo
lo adquirido, lo esperado
y lo posible á su precio;
siendo tanto lo que cabe
del hombre en el pensamiento,
que el poder de la fortuna
mas derramado en los premios,
podia tal vez agotarlos,
mas nunca satisfacerlos.
Volvió Ernesto, y cuando yo

esperaba del concierto:
la conclusion, quiso el Conde,
por gala ó por devaneo,
servirla, de mí fiando
su cuidado; mas yo atento
le respondí, en el estado
que se hallaba de mi empleo
la esperanza Desde entonces
se opuso á mi vida fiero.
¿Qué empresa de gran señor,
digna de un alto concepto,
fué quitarme á mí el honor?
¿ni qué vanidad, supuesto,
que cuanto es mas gran señor,
se descubre mas; pues vemos,
que el que no hace lo que debe,
es acreedor de sí mesmo,
que jamás cobra de sí
lo que á sí se está debiendo?
Por el suceso de aquella
noche, me llevaron preso
á una torre, donde en fin
al rigor del hado adverso
me ví á muerte condenado,
sobre un fingido pretesto
de política, intentando
apasionado el Consejo,
que el vengar mi ofensa fuese
perderle al Rey el respeto.
Mas se le pierde el ministro,
que ajando el poder supremo,
la autoridad Real humana
á sus pasiones, sirviendo
como él quiere, y quizá solo
para los casos mal hechos.

Mas yo, limando con oro
los guardas, en un ligero
bruto escapé, cuando de un
riesgo salí á mayor riesgo;
pues Renolt y sus parciales
en venganza me siguieron
de su injuria, y al caballo
alcanzando el uno de ellos,
le dió un balazo; de suerte,
que desbocado, corriendo
chocó en un tronco, quedando
del golpe y la herida muerto,
y yo á tus plantas rendido.
Ea, generoso Tello,
mi cólera y tu valor
á la faccion aunemos
de vengarme: vive Dios,
que ha de ver el Conde fiero
cuánto pierde de su fama,
quien pierde un hombre de esfuerzo.
En el honor me ha ofendido;
y si en su honor no me vengo,
no siendo igual el agravio,
no es igual el desempeño.
El crédito ha de perder
el Conde en Francia, si puedo;
pues yo para Francia ya
eternamente le pierdo.
No mas Francia: patria ingrata,
tú conocerás el yerro
que cometes, en dejar
que me pierda, no oponiendo
contra las iras del Conde
todo el poder de mis deudos.
Aliéntense pues tus iras,

consuma voraz el fuego
á Amiens, y sea á su opulencia
tumba la region del viento.
Para esta Campaña hay
tantas municiones dentro,
que hoy es la plaza un tesoro
militar de todo el reino.
El Rey en persona quiere
con sus victorias soberbio
entrar en Flándes, á cuyo
motivo va disponiendo
el mariscal de Viron
dos ejércitos tan gruesos,
que anegar puede el tumulto,
antes que mate el acero.
España no tiene fuerzas
para estorbar los progresos
de esta campaña, en que Francia
de su poder echa el resto:
pues tú solo has de librar
á Flándes, que sorprendiendo
á Amiens, con las municiones
de guerra y boca, que han hecho
allí almacenar, les quitas
de la campaña los medios.
Por este camino solo,
todo el poder destruyendo
de los ejércitos grandes,
que si les falta el sustento,
tantos son los enemigos,
cuantos soldados en ellos
hubiere; y mas, asentado
que para formarse el cuerpo
de un ejército, es el vientre
el que se forma primero.

No hay guarnicion de soldados,
que nunca la consintieron
los burgueses, alegando
heredados privilegios:
y asi, ellos mismos defienden
esta plaza; á cuyo efecto
se alistan veinte mil hombres,
repartidos en sus gremios,
y toda gente adiestrada
en el militar manejo.
Pero en la puerta, que llaman
de Monte-Curue, hay un puesto
donde está el cuerpo de guardia,
y estando ahora tan lejos
de sospechar enemigos
en la campaña, no habiendo
ejército, los soldados
se suelen entrar al fuego
de una casilla vecina,
donde las iras del cierzo
reparan, por ser aquí
tan rigoroso el invierno,
que siempre agua condensada
en copos inunda el viento:
por esta puedes entrar,
que yo á llevarte me ofrezco
seguro al muro; y asi
conseguiremos á un tiempo,
yo venganzas, tú blasones;
porque si ofendido veo
perdido mi honor, cuánto es
mejor perder el esfuerzo,
que la paciencia, y mas bien
vengando, que no sufriendo.

Portocarrero.

A descansar le llevad
vosotros ahora, que luego,
que yo á Dorlan con la gente
vuelva, de espacio hablaremos.

Sale un Soldado.

Hasta Amiens hemos seguido
esa tropa; pero puestos
en fuga, ninguno pudo
llegar á reconocerlos

Portocarrero.

Bien está: Cárlos, á Dios.

Cárlos

El quiera, que este veneno
del alma, infestando á Francia,
deje sin ofensa el pecho. *Vase.*

Francisco.

¿Por qué, señor, respondiste
al francés con tal despego,
sin darte por entendido
en nada, de cuan á tiempo
su ausilio viene?

Carrasco.

Estuviste
oyéndole circunspecto,
sin moverte á nada, ¿no
fias de él?

Portocarrero.

Pluguiese al Cielo
no nos creyésemos nunca,
Carrasco, de mal contentos
de Francia.

Carrasco.

¿Por qué?

Portocarrero.

Porque
se reconcilian tan presto
como se enojaron ; pues
siendo tan fácil su genio
en perdonar y ofender,
lo que conseguido habemos,
es perder en sus socorros
tiempo, ocasion y dinero,
y luego ellos ajustarse,
dejándonos descubiertos.
y van allá á revelar
todo lo que acá supieron.
Yo no he de fiarme de él,
pues si él hace este despecho,
enojado de que el Conde
dirigiese sus obsequios
á Serafina, ¿ qué hará
despues conmigo, que pienso
quitársela á el, al Conde,
á Francia y al mundo entero?

Carrasco.

Eso me concluye.

Francisco.

Una
por una, lo cierto es cierto;
pues desde la noche, que
de Amiens volviste, primero
que me enviases á Bruselas,
me mandaste ir encubierto
á examinar de la plaza
la situacion, el terreno,
fortificacion, defensas,
municiones y pertrechos;
y lo mismo que él te ha dicho

de la puerta, el indefenso
cuerpo de guardia, y las otras
cosas que ha contado, fueron
las mismas que conté yo,
y Ortiz, las veces que ha vuelto,
ha convenido en lo mismo.

Portocarrero

Francisco, en lances como estos,
se ha de usar del enemigo,
como los médicos diestros
usan del veneno, para
que lleve el medicamento
al corazon, donde siempre
se va el tósigo derecho,
echando el veneno en poca
cantidad, que á no saberlo
usar con recato, fuera
mayor peligro el remedio.
Del enemigo se fie,
pero poco y con recelo;
porque no hay destreza, como
alambicando á un sugeto,
saber separar lo malo,
y valerse de lo bueno.
Hoy con la órden de su Alteza,
despachar propios pretendo
á Condé, Cales, Bapama
y la Capela; y ordeno,
que de aquellas guarniciones,
ramos y destacamentos,
hasta el número que pido,
marchen aquí de secreto.
Quien piensa temeridades,
ha de perder todo el miedo
á la razon y al discurso,

huir del entendimiento.
Si á Fernan Cortés hubiera
salido mal el intento
de prender á Motezuma,
dijéramos que era necio,
loco, temerario y hombre
de toda razon ageno;
salióle bien, la fama
le ha colocado en su templo;
que empresas grandes no caben,
sino es en los grandes pechos,
y son las temeridades
su mas terrible argumento;
porque no las califica
la razon, sino el suceso.
Atended ahora la órden,
que en mi empresa doy; pues creo,
si el intento se consigue,
dejar al mundo un ejemplo
de hasta donde llega el garbo
de no estar en un empeño,
á los ojos de una dama
desairado un caballero.
Francisco del Arco, tú
y otros doce compañeros,
los hombres de mas valor,
que se hallan entre los nuestros,
en el trage de paisanos
habeis de ir á Amiens, vendiendo
frutas para su consumo,
como villanos groseros,
que andan en este pais,
con unos sacos de lienzo
hasta los pies, con que pueden
debajo de él ir cubiertos

los puñales y pistolas,
que den á la accion aliento.
Fabricaremos un carro
de los mas robustos leños,
donde á la madera fuerte
vistan cortezas de hierro,
que resistan el rastrillo.
Tú, Carrasco, has de ir rigiendo
los caballos.

Carrasco.

Vive Dios.

Portocarrero

¿Cómo replicas, soberbio,
asi á mis preceptos?

Carrasco.

Antes
desde ahora los obedezco,
que en empezando á votar,
empiezo á ser carretero.

Portocarrero.

Tú has de llevar este carro
á entrar en la plaza lleno
de paja para su abasto,
porque no solo con esto
las planchas de hierro cubra
pero pueda llevar dentro
mosquetes y partesanas
y espadas que tomen presto
Francisco y los suyos, cuando
los pidiere el caso

Carrasco.

¿Y luego?

Portocarrero.

Este es el órden que os doy,
que lo demas no revelo

hasta su ocasion.

Carrasco.

Pues ea,
señor, vengamos al cuento,
que si en la ocasion me miro,
y si del carro me apeo,
han de saber, que nacidos
me vinieron los reniegos.

Francisco.

Si han de ser doce los mios,
yo voy, señor, á escogerlos
en todos los reformados.

Carrasco.

Vive Dios, que hay mosquetero,
que sabrá...

Portocarrero.

No, no, Francisco,
á reformados me atengo;
que en estos casos la honra
es otra parte de esfuerzo.

Francisco

Pues marchemos á Dorlan.

Portocarrero

Pues á la plaza marchemos.

Carrasco

Pues á hacer el carro vamos,
donde verás lo que ruedo.

Francisco.

A disfrazarme.

Portocarrero.

A vencer.

Francisco.

A dar triunfos

Carrasco.

A echar ternos.

Portocarrero.
Y yo á ofrecerla á las plantas
de mi monarca supremo,
para que la fama diga,
que consiguió este trofeo
por su Rey y por su Dama
Hernando Portocarrero.

ESCENA VI.

Decoracion de Sala.

Madama, Serafina y las Criadas con luces.

Serafina
Yo quedo bien advertida,
señora, ó desengañada,
de no dar jamás entrada
á las dichas de esta vida,
donde tengan acogida
tan dentro del pensamiento,
que con proceder violento,
nos traigan en cambio injusto,
si al adquirirlas un gusto,
al perderlas un tormento.
Ricas copas, que adquirió
Cotis de cristal, con fiera
saña, antes que las rompiera
otro, él mismo las rompió;
porque tanto se agradó
de ellas, que antes que el contento
hiciese en el alma asiento,
pedazos las hizo injusto,
para no poner su gusto
donde se le rompa el viento.
Yo asi, señora, debí

hacerme esta tiranía,
cuando para dicha mia
os trajo la suerte aquí:
el alma toda os rendí,
y mi fortuna severa
os ausenta de manera,
que en la pena que resisto,
diera por no haberos visto,
cuanto antes por veros diera.

Madama

Guárdete Dios, Serafina,
que yo tan gustosa voy
de haber visto junta hoy
con tu hermosura divina
tu discrecion peregrina,
que aunque el dolor no resisto
de ausentarme, pues conquisto
esto, daré de esta suerte
todo el pesar de no verte,
de albricias de haberte visto.
El Conde se ha de volver
á Perona, á gobernar
la provincia allí, y á estar
mas quieto á mi parecer;
que su humor no puede ser
para estar ni residir
donde intenten resistir
su imperio, si llega á ver,
que aun no saca en el vencer
la costa de competir.
No te he dado el parabien,
por las cosas que pasaron,
de lo bien que se emplearon
descuidos de tu desden.

Serafina.

¿Pues en quien señora?

Madama

¿En quién?

Serafina

¿Si por el Conde diria? *ap.*

Madama.

En alguna bizarría,
que en la gala que llevaba
yo como tuya buscaba,
y la encontré como mia.

Serafina.

Por quién lo decís no sé.

Madama.

Tu secreto hacer codicia
un agravio á mi malicia;
y si entonces lo callé,
no fué porque lo ignoré,
pues yo le hable, y yo le ví,
y solo te pido aquí,
por nuestra amistad estrecha,
que no desmientas sospecha,
que me está tan bien á mi.

Serafina

No alcanzo yo en duda igual,
sino es lo que presumí,
que haya sospechas de mí,
que á vos esten bien, mi mal;
y si la sospecha es tal,
como pensamos las dos,
creed, señora por Dios,
de mi altivez y desden,
que lo que á mí me esté bien,
no os estará mal á vos.

Flora.

Su Alteza y el Potestad
llegan.

ESCENA VII.

Dichos, el Conde, y Ernesto.

Ernesto.

Si os he merecido
favor, á vuestro rendido
las plantas, señora dad:
bien que de mi voluntad
estareis reconocida,
que siente con alma y vida,
que sea mi veneracion
de este obsequio la ocasion,
el de vuestra despedida.

Conde.

Yo, señor Ernesto, intento
mañana volver mi casa
á Perona, así porque
la prevencion acabada
tengo aquí de cuantas cosas
prevenir el Rey me manda,
como porque á Amiens muy presto
en ejecucion la marcha
pondrá el duque mariscal
de Viron, á cuya causa,
estorbar la concurrencia
intento, por circunstancias
del mando y las regalías,
que entre nosotros se guardan.
Muy agasajado voy
de vos; mas siento en el alma,
que hubiese dado ocasion

aquella tema pasada,
para escaparse Hernan Tello
de en medio de nuestras armas;
accion, que será imposible
sin nuestra ofensa acordarla:
solo quiero preveniros,
que pues dentro de esta plaza
presidio no recibis,
viva con mas vigilancia
vuestro recato; pues tengo
alguna luz de que traza
Hernan Tello, convocando
de todas estas comarcas
las guarniciones, alguna
correría, pues no halla
mi congetura, qué empresa
puede moverle á juntarlas,
si no es esta: y advertid,
que teneis muy mal guardadas
las espaldas con traidores.

Ernesto.

¿Pues quién son?

Conde.

Si yo alcanzára
á saber eso, antes fuera
el furor que la amenaza:
dígolo, porque imposible
es que Carlos se escapára
de la prision, sin que aquí
le alentasen.

Ernesto.

Por si habla *ap.*
con le sospecha, de que
por estar capitulada
con él mi hija, yo pude

darle á su fuga las alas,
le responderé Creed,
que el oro lima las guardas,
y á intereses de soldados
persuade con eficacia,
y que á no ser esto, en Carlos
un escarmiento quedára,
aunque Renolt mejoró

Conde

Yo me he de partir mañana;
mas permitid, que una cosa
diga, que quizás por clara
no os gustará

Ernesto.

Vuestra Alteza
disgustar no puede en nada
á quien nunca de su gusto
saldrá.

Conde.

Si fuera Monarca,
vive Dios, que no tuviera
de mi imperio en la distancia
vasallos con privilegios,
y que antes los conquistára.

Ernesto.

¡Ah, señor, y cómo creo,
que la altivez os engaña!

Conde.

¿Yo habia de tener vasallos,
que al poder Real embarazan
la Magestad absoluta?

Ernesto.

Los vasallos no le atajan
al Rey el poder, sino
la razon que tienen, para

que el poder se ajuste á ella;
y asi, advertir que se llama
imperfeccion del poder,
poder hacer cosas malas;
y ha de obedecerse á sí
primero aquel, que á otros manda,
para que asi con su ejemplo
consecuencia á todos haga.

Conde

Del político problema
dejemos aquí doblada
la hoja, que yo espero en Dios,
en la Corona de Francia,
ver á Amiens sin privilegios.

Ernesto.

De lo futuro no alcanza
la astrologia sino
unas vislumbres lejanas;
y asi la cuestion dejemos,
que pues ya la noche baja,
seña, contraseña y nombre
repartireis en las guardias,
pues aun estais esta noche
dentro de Amiens: hija, á casa
vamos. *Vase.*

Madama

Serafina, á Dios. *Vase.*

Conde.

¡Ay, hermosura tirana! *ap.*
solo siento que en la ausencia
que mi amor emprender trata,
yo mismo de mis ofensas
doy á tu rigor venganza. *Vase.*

Serafina.

¡Ay, español, que me tiene

tan neutral esta esperanza,
que sin pensar en creerla,
me consuelo con dudarla.

ESCENA VIII.

CAMPO FRENTE DE LAS MURALLAS DE AMIENS.

Salen al son de cajas y clarines Portocarrero, armado, con su peto y espaldar, botas y espuelas, detrás Francisco del Arco y otros soldados de villanos, como han pintado los versos, con unos sacos de nueces y manzanas, y Carrasco de Carretero, con su látigo, Carlos y Ortiz vestidos de soldados, y Soldados.

Portocarrero.

¿Habeis ya entendido el órden?

Carrasco.

Sin discreparle palabra.

Francisco.

Fia de nuestro denuedo,
que yo y estos camaradas,
con la industria prevenida,
apenas la puerta abran,
cuando se la ganaremos.

Ortiz.

Si á nuestro esfuerzo se encarga,
verá el sol antes que dore
las cumbres de las montañas,
ó nuestras vidas perdidas,
ó sus defensas ganadas.

Portocarrero.

Pues ya estamos á la mira,
cese el rumor de las cajas,
y el ruido de los clarines,
que con dulces consonancias

son pájaros de metal,
que hacen á la aurora salva;
y puesto que nos hallamos
á vista de las murallas,
quede la caballería
oculta en la enmarañada
espesura, que á la vista
es padrastro de esmeralda,
que yo con ducientos hombres
(que españoles estos bastan)
me emboscaré en esa Hermita,
que está á la puerta cercana;
porque en poniendo de frente
los hombres que solo alcanzan
á cubrir su vuelo, unas
filas á otras filas tapan,
y en línea recta bien puede,
aun despues que Apolo salga,
la Hermita ocultar á todos;
porque en estando ganada
la puerta acuda con ellos
á mantenerla y guardarla.

Carrasco.

Yo vengo tan disfrazado,
que al verme con esta traza,
no dirán sino que soy
carretero de la Mancha:
ya en esa emboscada tengo
el carro lleno de paja:
¿qué habemos de hacer con él?

Portocarrero.

Tú á tiempo que rompa el Alba
tantas azules cortinas
á transportines de nacar,
al ir á entrar por la puerta

los caballos desenlaza
del tiro, con aquel muelle
que artificioso los ata;
y fingiendo entonces que ellos
desbocados se disparan,
has de procurar que quede
parado el carro en la entrada
de la puerta; de tal modo,
que cuando el rastrillo caiga,
quede suspenso en lo fuerte
de las ruedas y las tablas:
que no habiendo allí caballos
que tiren de él, cosa es clara
que no es fácil apartarle;
y mas si entonces las armas
juegan Francisco y los suyos;
pues acudiendo mi saña
con la poca infantería
que allí se queda abocada
en la Hermita, entrar podremos
sin que inconveniente haya
por debajo de las ruedas;
y si la puerta se gana
en cuanto yo la defiendo,
tú, Francisco, con tu escuadra
has de subir al torreon
que corona la muralla,
y levantar el rastrillo;
porque pueda entrar formada
la caballería que
detrás de este bosque aguarda,
y de allí la artillería
volvereis contra la Plaza;
porque si esta no se toma,
segura la retirada

tengamos allí al abrigo
de sus bombas y sus balas.
Estos seiscientos caballos
desde el bosque en grupo traigan
otros seiscientos infantes,
que en dos cuerpos se repartan,
echando pie á tierra, en tanto
que estos con esfuerzo hagan
tiempo hasta que llegue el grueso
que tiene por retaguardia;
pues cogiéndolos dormidos,
y entrando por calles varias
gruesos cuerpos de mi gente
aclamando Viva España,
el susto y la turbacion
tengo por cosa asentada,
que ni les dará lugar
á defensa ni á ventaja,
ni á ver los pocos que somos
para una empresa tan alta.
Pero por vida del Rey,
que si alguno se desmanda
á pillage ó saco, en tanto
que no esté ya asegurada
la Plaza, y cruzado el viento
con las Católicas Aspas,
le he de quitar yo la vida;
porque otro alivio no hallan
empresas como estas, cuando
por acaso ó por desgracia
no pueden ser conseguidas,
que haber sido bien pensadas.
Y Dios nos dé esta victoria,
que en empresas temerarias,
el modo de conseguirlas,

es el no considerarlas.

Francisco.

Si hará, confianza en Dios,
supuesto que te acompañan
mas de seiscientos caballos
entre bridas y corazas,
y dos mil infantes.

Ortiz.

¿Y es
como quiera la distancia
á veinte mil hombres que
dentro pueden tomar armas?

Francisco.

¿Qué importa, si son Burgeses?

Carrasco.

No andemos en pataratas,
los muchos siempre son muchos,
aunque sean unos mandrias;
¿pero usted qué lleva?

Francisco.

Nueces,
que les han de salir caras.

Carrasco.

El Capitan de las Nueces
me parece que te llaman
ya en Flandes, y que por eso
dirá en adagios la fama
que el ruido es mas que las nueces.

Portocarrero.

Amigos, ya el dia raya:
á su puesto cada uno,
que de mirar tan cercana
la dicha ó desdicha, todo
el pecho se sobresalta.

Carlos.

Con mi espada y mi persona
te sirvo contra mi Patria;
y si he callado, es porque
en ocasion tan bizarra,
donde están prontas las obras,
ociosas son las palabras.

Portocarrero.

Amigos, nuestro es el dia.

Francisco.

A egecutar lo que mandas
voy: ea, amigos, valor.

Todos.

Verás tu empresa lograda,
ó hemos de morir contigo.

Cárlos.

Hoy se logró mi venganza

Carrasco.

Hoy el carro me ha cogido,
si sale la industria mala.

Portocarrero.

Hoy es el dia en que ciño
de laurel mis esperanzas.

ESCENA IX.

Sale un sargento francés. Ricarte y soldados franceses, y van poniendo en el cuerpo de guardia alabardas y mosquetes, y toca un clarin.

Sargento.

Puesto que á romper el nombre
hace seña la alboreada,
venga, que al abrir la puerta
he de entregarle la guardia.

Ricarte.

Mala vida es ser soldado,
yo mejor sirviendo estaba
á Carlos

Sargento.

¿Qué es lo que dice?

Ricarte.

Que no le replico nada,
Seo Sargento, que á ser posta
vengo yo como una bala.

Sargento

En el cuerpo de guardia ahora
vaya poniendo las armas:
ah centinela del muro,
ah del muro.

Sale un Soldado en lo alto.

¿Quién me llama?

Sargento

Ved si para abrir la puerta
segura está la campaña.

Soldado.

Solo en ella se divisan
unos villanos que aguardan
para entrar con bastimento.

Ricarte.

Yo cobraré mi pitanza. *Vase.*

Sargento.

Pues yo voy á abrir las puertas.

Ricarte.

El señor Sargento vaya,
que yo hago aquí centinela.

ESCENA X.

Descúbrese la puerta, y salen el Sargento, Francisco y su gente.

Sargento

Buenos dias, gente honrada.

Francisco

Su merced los tenga buenos.

Ortiz

Y Dios le dé buena Pascua.

Todos

Loado sea Dios

Sargento.

¿Qué traen
aquí?

Francisco

Nueces y manzanas
á vender.

Sargento

¿Serán muy buenas?

Francisco

Sí, como no salgan vanas.

Ortiz.

Tome su merced con tiento,
que con su trabajo gana
de comer un pobre hombre
dando gritos por las plazas.

Ricarte.

Podrida es esta

Francisco.

Carrasco *ap.*
mucho con el carro tarda.

Sargento

Buena fortuna han tenido

en entrar su hacienda salva
hasta aquí, porque españoles
dicen que en la tierra andan.

Francisco

¡Ay, señor, si nos cogieran!

Ortiz.

¡Qué gente tan desalmada!

Dentro Carrasco.

Só, caballos del demonio.

Sargento.

¿Qué es esto?

Ricarte.

Un carro de paja que
entra por la prerta.

Carrasco.

¡Oh, todos
los demonios os lleváran!
Só, caballos de un ladron.

Ricarte

Si son vuestros, camarada.

Francisco.

Bueno va, pues debajo
del rastrillo el carro para.

Sargento

Hombre, anda con ese carro,
que la puerta embarazada
tienes.

Carrasco

¿Cómo quiere usted
que ande, si se me disparan
con mas de seis mil demonios
los caballos ó las hacas?

Sargento.

Ande, y sea como fuere.

Carrasco.

Seo Sargento, brava, brava,
¿sin caballos ha de andar?

Sargento

Ande, ó vive Dios, que haga
con esta alabarda puerta
todo su pecho.

Carrasco.

Fanfarria.

Sargento.

¿De dónde eres, ó quién eres?

Carrasco.

Pues, hombre, ¿acaso te casas
conmigo, que eso preguntas?

Sargento

Vive Dios, si no mirára....

Carrasco

Vés aquí, que ya no miras. (1)

Sargento.

Muerto soy.

Francisco.

Ea, camaradas:
á ellos.

Unos.

Traicion, traicion.

Otros.

Al rastrillo, á la muralla.

Francisco.

Ya cayó el rastrillo, pero
detenido con las tablas

---

(1) *Dispara* Carrasco *una pistola, cae el Sargento, y los españoles echan mano á las armas del carro y del cuerpo de guardia, cae el rastrillo, y quédase sobre el carro.*

del carro, á los españoles
entrada dejan

Todos.

Arma, arma. *Cajas.*

Portocarrero

Pues ya se empezó el ataque, (1)
y la puerta está ganada,
á defenderla, españoles:
ese rastrillo levanta,
Francisco, entrarán por ella
los caballos que se avanzan.

Soldado

Ya se levantó el rastrillo.

Portocarrero

La accion mas desesperada
es defender esta puerta.

Soldado.

Ya entran todos.

Todas.

Arma, arma. *Cajas.*

Conde.

¿Qué es esto, Ernesto? (2)

Ernesto

Señor,
que la ciudad ocupada
de españoles está.

Conde.

¿Cómo?
yo sabré recuperarla,
muriendo.

---

(1) *Salen por debajo del carro Portocarrero y los suyos.*

(1) *Entránse acuchillando, y salen el Conde y Ernesto.*

Ernesto.

Ya es imposible,
pues de las calles y plazas
son dueños; mejor será
que vuestra Alteza se vaya.

Conde.

¿Cómo es posible que yo,
dejando dentro á Madama,
me ausente?

Ernesto.

Como es mejor
salir, para rescatarla
vos, que el quedar los dos presos.

Conde

Si eso aconsejan las canas,
no el valor; y vive Dios,
pues el caso os desengaña,
de que vuestros fueron son
de vuestra pérdida causa;
pues si soldados hubiera,
nunca la empresa lográran:
que yo me retiraré,
mas sera mi retirada,
saliendo con los que pueda
del batallon de mis guardias,
espada en mano, y á ellos,
que en fin lidiando se salva,
aunque sin provecho lidie,
el provecho y la desgracia;
y si á Madama me dejo,
es por volver á cobrarla
juntamente con Amiens,
con todo el poder de Francia.

ESCENA XI.

Salen por un lado los españoles, y por otro las dam

Nise

Pidámosle buen cuartel.

Todos.

Vuestra clemencia nos valga.

Portocarrero

Nadie ofenderos procura,
que nunca contra las damas
los españoles aceros
cortan

Sale Francisco del Arco.

Ya toda está llana
la ciudad á tu obediencia;
pues que de ella el Conde falta,
que espada en mano rompiendo
cuantos batallones halla,
salió de la plaza.

Sale Carlos.

Donde
se malogró mi venganza,
no pudiéndole alcanzar.

Portocarrero

Antes de pasar á nada,
lo primero es, que una escolta
sirviendo vaya á Madama
hasta dejarla en Perona,
que no quiero disgustaala,
en que esté del señor Conde
solo un instante apartada.

Madama

Aunque estimo, como es justo,
hidalguía tan bizarra,
no me he de partir tan presto,

que no deje ejecutadas
vuestras bodas, siendo yo
madrina; y pues ignorancia
fuera, viendo esta fineza,
estrañar por quien se haga,
yo haré con Ernesto, que
tenga por bien empleada
la mano de Serafina
en vos.

Carlos.

Cielos, ya sin alma
vivo. *ap.*

Portocarrero.

Yo solo procuro,
pues que vos sabeis mis ánsias,
y mi palabra he cumplido,
que me cumpla su palabra.

Serafina.

Sí haré, si mi padre gusta.

Ernesto.

Y yo estoy á vuestras plantas
en albricias.

Portocarrero.

Carlos, vuelve
á Dorlan, de aquí te aparta,
que no quiero que conmigo
lo que con el Conde hagas,
ni que tu retrato busques,
pues en mi poder se halla.

Carlos.

Armas dí contra mí mismo.

Todos.

Y aquí tiene fin la hazaña,
que hizo el famoso Hernan Tello
por su Rey y por su Dama.

Por su Rey y por su Dama.

Hernan Tello Portocarrero en la accion del sitio de Dorlan, adquirió de manos de un soldado un retrato de una señora francesa, de tanta hermosura, que esto y su caracter tan valiente como amartelado le sugieren la idea de buscarla por Francia. A la sazon se habia convenido una tregua entre españoles y franceses, y aguardaba Tello en una quinta á Ernesto, caballero francés que iba á ser gran potestad de Amiens, con toda su familia; y al ver á su hija Serafina, reconoce en ella el original del retrato que tanto le habia prendado, á lo que se sigue el obsequiarla galante, y enseñarla el retrato que no puede recabar de Serafina se lo deje, diciéndole como de fisga, que si tanto le interesa, vaya á conquistarlo á Francia, lo que él promete, dando órden de que al romper el Alba monten las mejores tropas para ir convoyando á sus huéspedes hasta la raya. Llega el Conde de San Pol, nombrado Gobernador de Amiens, con su esposa y familia, á quien sale á recibir de parte del Magistrado de dicha ciudad Carlos Dumelin, rogándole descanse en la quinta mientras se hacen los preparativos para su entrada. En esto se siente ruido originado de haberse volcado el carro de Ernesto, en que iba Serafina, á quien traen desmayada, y á cuyo socorro acuden el Conde de San Pol, oculto amante de ella, Carlos Dumelin, que era el dueño del retrato que adquirió Hernan Tello, á quien trató tambien este en su cautividad, y el mismo Tello que se arrostra á pasar la raya, y que cogiendo á sus dos desconocidos rivales por la espalda, los aparta con alguna violencia, y se presenta para dar socorros á Serafina. De aquí nace una contienda

entre los dichos y Hernan Tello, sobre haberse violado por este la tregua invadiendo el territorio frances, de la que se prevale el Conde de San Pol, que traia instrucciones secretas de su Gobierno para rompeila, de cuyo compromiso se evade noblemente Tello, retirándose con la espada desnuda, pero sin volver la espalda.

Celebrándose máscaras en Amiens, entran en ellas Hernan Tello y Carrasco disfrazados con mascarilla y á la francesa, á cuya funcion acuden tambien el Conde de San Pol, su esposa Serafina, Nise, Flora, Carlos Dumelin, Renolt y Ricarte En esta funcion baila Hernan con Serafina, se apasiona esta decididamente de él, se escitan los celos de la Condesa de Saint Pol, los de este contra Carlos, y la herida causada á Ernesto y muerte de Renolt, mientras Tello y su criado habian salido fuera á estar en acecho á la ventana á donde le habia citado Serafina. El trocar de los disfraces de Carlos y Ricarte, á quienes venian persiguiendo con Hernan y Carrasco, les facilita con seguridad volver al baile, en el que se le equivoca con el que hirió á Renolt. Descúbrese quien es, y se suscita una discordia entre el Conde de San Pol y entre el Potestad Ernesto sobre sus respectivas facultades respecto á aprisionar á Hernan, el cual á favor de la obscuridad se salva en el cuarto de Serafina, cuyo asilo se lo proporciona ella misma, rogándole no la comprometa mas con sus arrojos, y se lleve el retrato; pero no vuelva á verla mas. Hernan no accede á la segunda proposicion, sino á serviria á todo trance, á lo que accede Serafina con tal que consiga que sea Amiens de España, ó Dorlan de Francia, eligiendo el amante la primera de estas proposiciones.

Cabíloso Hernan sobre la gran empresa que meditaba, noticioso por Ortiz, que habia entrado en Amiens

distrazado, de las disposiciones de Serafina y de Francisco del Arco, de las del Archiduque Alberto en cuanto á enviar gente, sobreviene Carlos Dumenil, que resentido del Conde de San Pol, se acoge á su patrocinio, habiendose escapado de la torre en donde habia sido condenado á muerte bajo un pretesto politico. El deseo de vengarse del Conde le induce á sugerir á Hernan un medio de tomar á Amiens, con cuyas noticias dispone el héroe un ingenioso ardid de guerra con el que alcanza la toma de la plaza y la mano de Serafina.

Este es el tegido de una comedia, cada uno de cuyos Actos es una proeza del protagonista, y su conjunto un asunto digno de ser imitado por nuestros poétas modernos con respecto á los héroes de nuestra nacion, pues en tal caso sería el teatro un estímulo poderoso de valor y heroicidad, en que serian disimulables muchos defectos literarios en gracia del objeto que el autor se propusiese. Bajo este aspecto no debe estrañarse lo difuso de la relacion de Hernan Tello Portocarrero en la primera jornada; asi porque el arte no habia llegado á la perfeccion de envolver en un diálogo ingenioso el prólogo secreto ó antecedentes de la accion, sino que el objeto de los autores era el del que luciesen los primeros papeles con una pomposa y larga relacion, cuanto por las exactas descripciones que hace del caracter español y francés, y máximas políticas que encierra. Es muy galante y discreto, ó como se dice en el dia, muy espiritual el primer coloquio de Hernan Tello y Serafina, muy interesante la Escena de las máscaras, por el peligro de los dos amantes, divertidos los personages episódicos, y satisfatoria la últíma jornada, que llena los deseos del espectador ó lector, que necesariamente se siente conmovido de sensaciones patrióticas, y un secreto pero noble orgullo de ser compatriota del héroe.

EL DUELO
CONTRA SU DAMA.

PERSONAS.

Enrique de Lorena.
Fernando, Infante de Portug
Gaston, *Principe de Bearne.*
Matilde, Condesa de Flandes.
Fadrique de Aragon.
Lotario, Galan.
Adolfo, Barba.
Roberto, Criado.
Fabio, Criado.
Floro, Criado.
Celio, Criado.
Ricardo, Criado.
Margarita, Dama.
Lisarda, Dama.
Porcia, Dama.
Laureta, Criada.

La Escena principal pasa en Bruselas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Campo en las inmediaciones del Jardin de un Castillo, y de Denoche.

Lotario y Celio.

Lotario.

¿Tragiste la escala?

Celio.

Si

y en las almenas mas bajas
de ese jardin, que al castillo
le sirven de barbacana,
queda ya puesta.

Lotario.

Fortuna,
si atrevimientos amparas,
ninguno es mayor que el mio,
muestre esta vez tu inconstancia,
que de las temeridades,
aun los riesgos se acobardan.

Celio.

Terrible resolucion
es la tuya, y temo....

Lotario.

Nada
me aconsejes, que aunque veá
mil dificultades, anda
huyendo de mi discurso
mi pasion por ignorarlas.

Celio

Con una muger, señor,
de tan altiva arrogancia,
que toda es ira y furor,
y es tal que aun no sé si basta
lo dulce de su hermosura
á confitarle las rabias,
¿te espones á tal peligro
como entrar por una escala,
sin mas amparo que el vil
interés de una criada,
á quien retórico el oro
persuadió con eficacia?...
Plegue á Dios que tu locura
no pare en tragedia, y....

Lotario.

Calla,
que en tan terribles empresas
que tocan en temerárias,
acobardan los discursos;
porque es esperiencia clara
que de un temerario intento
aun la fortuna se espanta,
y de lo que no esperó
súbitamente turbada,
no distingue si echa mano
de la dicha ó la desgracia,
y ella es tan opuesta mia,
que les negará á mis ánsias
cualquiera dicha, si yo
le doy tiempo de pensarla.
Dirás tú que Margarita
fiera me aborrece, y pasa
su severa condicion
de desdeñosa á inhumana:

dirás que tiene su ceño
una altivéz tan estraña,
que en ella el ser tan hermosa,
aun no es lo mas de ser vana.
Dirás que siendo su padre
gran general de las armas
de los duques de Lorena,
en guerras tan frecuentadas,
como mantiene un dominio
que es en iguales balanzas
árbitro entre las potencias
del Imperio y de la Francia.
Con aquella natural
ferocidad alemana,
la crió solo al arrullo
de las trompas y las cajas,
hasta llevarla consigo
yendo embajador á España:
dirás que en aquellos bandos
que estas desiertas campañas
poblaron solo de horrores,
entre mi casa y su casa,
muerto su padre, ella sola
defendió altiva y bizara
este soberbio castillo,
adonde la ilustre anciana
memoria de su ascendencia,
le coronó de murallas;
hasta que muriendo el mio,
y advirtiendo que quedaban
cabezas de estas facciones,
si yo joven, ella dama,
en cuya ofensa estuvieran
nobles iras desairadas,
dejó las hostilidades,

y á este bosque retirada;
se ejercita en el heroico
ocioso afan de la caza:
dirás que apenas del viento
en la diafana campaña
pájaro estrangero cruza,
ave peregrina pasa,
ó ya en los tornos ginete,
ó ya en los bordos pirata,
que esté en el cielo segura
de sus iras, si dispara
un rayo, á cuyas centellas
cadáver de pluma baja.
Todo esto dirás, y todo
sirve solo de que añadas
entre nécias advertencias,
por mas materia á mi llama;
si un pesar al discurrirlas,
un mérito al despreciarlas
No hay delito que una hermosa
perdone de mala gana
si nace de amor, porque
si ella ocasiona sus ánsias,
cuanto es mayor el efecto,
se acredita mas la causa,
y á ninguna le ha pesado
al mirar las mas estrañas
locuras, saber en ellas
cuanto su poder alcanza;
pues ninguna hay que no crea
que ha podido ocasionarlas.
Lo que en tres años no pudo
conseguir la continuada
porfia de mis afectos,
consiga el despecho, y haga

la desesperacion mas
que ha cabido en la esperanza?
Vén conmigo siempre atento
á oir si Laureta canta,
que es la seña de que ya
Margarita sola baja
al jardin.

Celio.

Aunque venimos
á guardarte las espaldas,
segun es tu condicion,
yo diré á los camaradas
que si por la escala subes,
te aguarden por la ventana

Lotario.

Ven dando vuelta al Castillo.

ESCENA II.

Decoracion de Jardin.

Salen Margarita y Laureta de francesas, Margarita leyendo un papel, y Laureta alumbrando.

Margarita.

Llega esa luz, que aunque tantas
veces le he leido, vuelva
á leerle, porque halla
mi afecto que estas caricias,
y estas ternísimas ánsias
nuevamente las repite
cuantas veces las repara.

Laureta.

¡Ay bolsillo, en qué peligro
me he de ver hoy por tu causa

Lee Margarita

Mi bien, mi dueño, mi

¡ay, Laureta, esta palabra
vierte en el alma dulzuras,
de que aun no es capaz el alma;
y el corazon en el pecho,
batiendo intrépidas alas,
hecho á tres años de penas,
del gusto se sobresalta!

Lee.

La eternidad de tres años,
que duró ausencia tan larga:
¿Viste eternidad, Laureta,
tan fielmente ponderada?

Lee.

Tendrá término esta noche.

Laureta.

Bueno es esto, cuando aguarda
Lotario la seña mia:
¡ay muger mas desgraciada!

Lee Margarita.

Pidiendo licencia en esta
retirada de campaña,
para componer algunas
dependencias de mi casa,
por ti, á Nanci, por la posta;
donde llegué esta mañana,
para volar esta noche
á tu quinta Alma descansa,
y no de una vez se apuren
dichas que de gusto matan.

Laureta.

Acaba por Dios, señora,
no vayas leyendo á pausas,
que curiosos mis oidos
tienen una sed que rabian.

Margarita.

¿Visie enfermo a cuyo ardor,
dán la bebida tasada,
que pareciéndole poca
al incendio de su llama,
antes que el lábio humedezca,
los ojos en ella baña?
¿y porque dure el recreo
tan poco á poco la gasta,
que entreteniendo la sed,
el alivio se dilata?
pues yo asi, viendo que es breve
el papel, voy con templanza
entreteniendo el deseo;
y aunque le empiece con ánsias,
me detiene con temor
el susto de que se acaba.

Laureta.

Señores, de los oidos
la vida tengo colgada,
y al aire de lo que lee
se me bambolea el alma.

Lee Margarita.

*De secreto voy, porque un
criado que me acompaña
no te conoce, que yo
le recibi en Alemania,
donde mataron á Floro.*

Laureta.

Perdióse muy buena alhaja:
veamos el criado nuevo
que talle tiene y que traza:
¿no prosigues?

Margarita.

Queda poco;

y temo apurar el agua.

Laureta

Muriéndome estoy de miedo.

Margarita.

Leo: *Por la puerta falsa*
del jardin, como solias
me puedes abrir.

Laureta.

Ya escampá:

Lee Margarita.

Y la seña de que está
la familia sosegada,
será el oir que Laureta
como que es acaso canta:

Laureta.

Cayóse la casa acuestas,
tiemblo como una azogada;
que la misma seña tiene
tambien Lotario; ¡ó mal haya
mi memoria, que no pudo
acordarse de que usaba
Enrique esta mesma seña!

Margarita.

Poco te debo, pues callas,
y no me pides albricias.

Laureta.

Yo no soy interesada:
las que me aguardan despues *ap.*
diera yo de buena gana:
¡ay bolsillo, en qué me has puesto!

Margarita.

¿Por qué suspiras?

Laureta.

No es nada.

Margarita.

La venida de mi primo
te disgusta.

Laureta.

Si se habla
verdad, yo no me he alegrado.

Margarita.

Cómo, atrevida, villana....

Laureta.

Tente, señora, que temo
segun eres manilarga,
que me derrames las muelas,
ó me siembres las quijadas;
y no te admires, porque
nosotras, si lo reparas,
nunca gustamos de pobre
que sea tan señor de casa:
es Enrique desabrido
y altivo, y ...

Margarita.

Ea, basta, basta,
y á su venida agradece,
que te concede mi saña
el indulto de la vida.

Laureta.

Por tomarle la palabra
estoy; si desto se ofende,
¿qué será de lo que falta?

Margarita.

Ya está la casa en silencio;
y pues á la verde estancia,
adonde la noche tantos
astros de púrpura apaga,
hasta que en tibios albores
los vaya encendiendo en alba,

como que es á divertirme,
de tí bajé acompañada:
deja, Laureta, las luces
en el nicho de esa estatua,
que será en nuestras firmezas
entre materias contrarias,
de cera, pues las escucha,
y de mármol, pues las calla.

Laureta.

¿De qué sirve aquí la luz?
mira si alguna palabra
yendo tentando el oido
por los ojos se te ensarta.

Margarita.

Necia, ¿quieres que una noche
esté sin verle la cara,
sobre tres años de ausencia?

Laureta.

¡Que al lance no le quedára,
ni aun el antiguo recurso
de ser á escuras!

Margarita.

Acaba;
y dando la voz al aire,
llama á Enrique.

Laureta.

¿Eso me mandas?
¿no me has visto en la voz ronca,
perdida de acatarrada?

Margarita.

¿Qué importará que lo estés?

Laureta.

Yo no puedo echar el habla;

¡Jesus qué tos! ¡que me ahogo! (1)

Margarita

Siempre con tu voz nos causas,
y ahora que lo mando yo
me buscas escusas vanas.

Laureta.

¿Qué músico no es asi?
no hay cosa tan mal mandada
como el gusto; ¡ah quién supiera ap.
hacer bien la pataleta
de algun mal de corazon,
gran socorredor de damas,
porque no anda bien ninguna
si no dán lumbre las trazas,
sin pataletas de muelle,
y estasis de filigrana! ¡ay, ay!

Margarita.

¿Qué te ha dado?

Laureta.

Un flato;
¡ay Dios, ay, ay, que me tapa
toda la respiracion!

Margarita.

¿Flatos tienes?

Laureta.

¿Qué te espantas?
si anda este mal tan valido,
que todas las damas rabian
por entrar en esta moda:
¡ay, ay!

Margarita.

De burlas tratas;
por vida de Enrique.

---

(1) *Vuelve á toser.*

Lauretta.

Tente,
que cantaré, aunque exalára
la vida en la voz: sospechas,
no nos hagamos culpada,
aunque camine mi muerte,
en mis pasos de garganta.
¡Oh si Lotario entendiese
la letra y se retirára!

Canta.

Fuentecilla bulliciosa,
que con travesuras incauta,
avejuela de cristal,
livando las flores pasas;
pára risueña, pára,
que bulles, que saltas,
y vandido sediento un arroyo
te debe la vida, y te roba la plata.

ESCENA III.

Dichas, y sale Lotario.

Lotario.

A la seña de la voz,
por esas vecinas tápias
me arrojé.

Margarita.

Ya de la llave
prevenida estoy; ¿no llama?
¿si habrá ya llegado al sitio? (1)

Lotario.

Si mi suerte.

---

(1) *Llega á ella*

Laureta.

Ya está echada
la mia.

Margarita.

¡Cielos, qué miro!
De mis delirios fantasia,
cuerpo de mi fantasma,
pues á ser hombre no entraras
en claustro, cuyo retiro
el aire apenas profana:
¿quién eres? que yo (¡ay de mí!)
¿quién creerá que estoy turbada,
y con todo mi valor,
aun la sombra me acobarda
del delito, cuando á Enrique
espero?

Lotario.

Yo soy, tirana;

Margarita.

¿En mi casa mi enemigo?

Lotario.

¿Qué lo admiras, qué lo estrañas,
si solo en este despecho
mi vida tengo librada?
Yo te adoro, y....

Margarita.

Tente, tente,
y retírate á esa sala,
en tanto que registramos
si está ya quieta la casa:
(válgame la industria aquí)
que yo te doy la palabra
de escucharte muy despacio
en viendome asegurada.

Lotario.

¿Eso me prometes?

Margarita.

Sí.

Lotario.

Ya tienen fin mis desgracias:
valor de muger en fin;
miren ahora en qué páran *ap.*
sus iras.

Margarita.

Entrate presto. *Entra.*

Laureta.

¿Qué intentas, señora?

Margarita.

Aparta;
y déjame echar la llave,
para que de aquí no salga.

Laureta.

¿No adviertes que siendo esta
una galeria baja
con vidrieras al jardin,
y abriendose las ventanas
por adentro, los cristales
á salir no le embarazan
si los rompe.

Margarita.

¿A eso se habia
de resolver en mi casa?
demas, de que yo otro medio
no encuentro en tan apretada
ocasion, y si no es bueno,
es en fin el que se halla:
yo de aquí retiraré
á Enrique, y cuando él se vaya,
sabré por su atrevimiento

quitarle el amor y el alma.
Prosigue otra vez la letra,
que juzgo que Enrique tarda:
¡ah, fortuna, quien creyera
que con brevedades tantas,
espero con susto ahora
lo que deseé con ánsia!

Canta Laureta.

Pues en liquida armonia,
al múrmureo de tus aguas,
sirven de trastes hundosos
guijas que en tus ondas lavas,
para etc. *Llaman dentro.*

Margarita.

Mira que llaman

Laureta.

Pues voy
á abrir la puerta; en las plantas
llevo por suelas dos montes, *ap.*
que mi movimiento atajan.

Margarita.

Corazon disimulemos,
que el susto que me acobarda
no cabe dentro del pecho,
y me rebota á la cara.

Laureta.

Abierto está

Enrique.

Roberto, (1)
con los caballos aguarda
en esa umbrosa espesura,
donde esos hombres que andaban
paseándose aquí, y por quien

(1) *Al paño Enrique y Roberto.*

no llegué á la puerta falsa
hasta ahora, no te vean.

Roberto.

A mi miedo se lo encarga,
que sabrá esconderse de ellos;
las postas ya están atadas,
aunque temo que la mia
por mas velóz que me traiga,
no podrá volverme.

Enrique.

¿Cómo?

Roberto.

Como afuer de puñaladas
de hüeso con que me ha herido,
para aumentar la carga,
llevo ahora de retorno
muchos bollos á las ancas.

Enrique.

Vete y calla.

Roberto.

¿Y he de irme
sin ver aquesta madama,
siquiera por conocerla?

Enrique.

Tiempo habrá.

Roberto.

Pues hasta el alba,
á Dios, que está Micer sueño
llamándome con guiñadas.

ESCENA IV.

Margarita, Enrique y Laureta.

Enrique.

¡Ay, amor, con cuanto gusto

este antiguo umbral pisára,
si un nuevo afecto no hiciera
en mi ausencia dilatada,
que estuviese Margarita
tan estrangera en el alma!

Margarita.

¿Era hora, mi bien, mi esposo,
era hora de que llegáras
de la noche de la ausencía
á amanecer mi esperanza?
¡qué mal encuentro el cariño *ap.*
entre amante y asustada!

Enrique.

¡Qué tibiamente me suenan, *ap.*
sobre mi olvido sus ánsias!
Yo pudiera decir eso,
pues para que apresurára
mi amor este instante, al tiempo
quisiera asirle las alas.

Al paño, Lotario.

Mucho tarda Margarita,
y entre abriendo esta ventana,
por estos cristales quiero
ver si viene

Margarita.

Han sido tantas,
mi bien, mi señor.

Lotario.

¿Qué escucho?

Enrique.

¿Qué es lo que tienes, que hablas
con susto?

Margarita.

¿Es poco el de verte?

Enrique.

¿Susto es verme?

Margarita.

Sí, pues halla
mi amor hecho á los disgustos
y á tantas penas pasadas,
que dichas que no se esperan,
aun mas asustan que agradan.

Lotario

Esto es ya de otra materia,
y vive Dios que es infamia,
que cómplices de mis celos
mis ojos y oidos haga,
y esconderme para esto,
es desprecio.

Margarita.

Aquí te aparta;
(no veo la hora de llevarle
de aquí) que en esa cercana
fuente sentarnos podemos.

Lotario

¿A qué mis iras aguardan?
rompa este diáfano estorbo. (1)

Laureta.

Descubrióse la maraña.

Enrique.

¿Qué es aquello?

Margarita.

¡Muerta estoy!

Laureta.

¿Vidrios? ¡miren que muralla
le fué á poner á un celoso!

---

(1) *Ruido de vidrios.*

ESCENA V.

Dichos, y sale Lotario.

Lotario.

¿Para esto, dime tirana,
aquí engañado me escondes?
¿y para esto, la palabra
diste de oirme, en estando
la familia sosegada?

Enrique.

¿Era esta la turbacion
con que la dicha asustaba?

Lotario.

Vive Dios que no soy hombre
á quien dá lugar la saña
á ser testigo de celos.

Enrique.

Si impaciencia tan bizarra
aun oculto no los sufre,
¿qué haré yo á quien cara á cara
se dán, sino trasladar
toda la voz á la espada. *Riñen.*

Margarita.

¡Ay infeliz! ¿quién creyera
que á un acaso, tan postrada
esté toda mi altivez?
tente, Enrique.

Enrique.

¿Tú le amparas?

Margarita.

Espera, Lotario

Lotario.

¿Tú
le defiendes?

Laureta.

Que se matan.

Dentro.

Acudid, acudid todos,
que allí se oye ruido de armas.

Lotario.

¡Ay infeliz! muerto soy. *Cae.*

Laureta.

Miren si yo no cobrára
primero el bolsillo

Margarita.

¿Qué has hecho?

Enrique.

Traidora falsa,
vengar lo que en tí no puedo,
en él.

Margarita.

¿En mí, pues qué causa
he dado á tu atrevimiento?

Enrique.

Bueno fuera que negaras
lo que tan claro te ha dicho
ese amante, cuya rara
impaciencia generosa
su pena y su vida acaba.
Escóndido le tenias
hasta que yo me ausentara,
para oirle muy despacio;
¿y añades á ofensa tanta,
sobre el delito de hacerla
la osadia de negarla?
Vive Dios, ¡mas para qué
intenta sentir mi saña
lo que debe agradecerte!
quedate, quédate, ingrata,

á nunca mas ver, y porque
no puedas quedar tan vana
del despecho que me lleva,
has de morir como matas.
Por cumplimiento aqui vine,
quizá solo á ver si hallaba
ocasion para honestar
tu desprecio y mi mudanza.
Ciego estoy, no sé qué digo,
y si mi despecho pasa
la línea de tu decoro,
mas admiracion causara
que en pecho noble pudiesen
caber celos y templanza.
Quédate, digo otra vez,
que vuelvo donde me llama
la hermosura de Matilde;
(¡ó, que mal hice en nombrarla!
mas cuando una pasion tuvo
el dominio en sus palabras):
la hermosura de Matilde,
que nuevo imán de mis ánsias
con dulcísima violencia
mucho mas que inclina arrastra. *Vase.*

Margarita.

Aguarda.

Dentro Celio.

Hácia aquí fué el ruido.

Laureta.

Señora.

Margarita.

Dame la espada
de ese cadaver.

Laureta.

¿Quién, yo?

que llegue el diablo á tomarla.

Margarita.

Pues apártate.

Laureta.

¿Qué intentas?

Margarita.

Dejar bien puesta mi fama.

ESCENA VI.

Margarita, Laureta, y salen Celio y Criados.

Celio.

Pues está abierta esta puerta,
entrad á ver.

Margarita.

¿Qué os espanta?
á cualquiera que atrevido
este sagrado profana,
sabe castigar asi
mi ira, mi ceño y mí rábia:
si venís á socorrerle,
llevadle donde lograda
vean mi venganza todos,
pues no era bien se contara
que entró aquí con osadía
y salió de aquí con alma.

Criado 1.

Una espada sola miro,
y el ruido de cuchilladas
da á entender dos por lo menos:
miremos toda la casa.

Celio.

No es tiempo, ni á mí me toca,
si advertimos que nos traiga
al socorro y no al castigo;

pues su persona me encarga,
llevémosla donde vea
si el poco aliento restaura. *Vase.*

Laureta.

¿Señora, qué es lo que has hecho?

Margarita.

Es cuando Enrique me agravia
borrar contra él el indicio,
dejando mi altivéz vana
en mi honor, y en mi decoro
airosamente culpada;
y si esto te escandaliza,
qué hará (¡ay de mí)! lo que falta
que añadir al siempre infausto
volumen de mis desgracias.
Escándalo á la fortuna
he de ser, pues si cesaran
los acasos peregrinos
y las novelas estrañas
en el mundo ¿de qué habia
de alimentarse la fama?
Las mugeres como yo
solamente una vez aman,
yo amé á Enrique y perdí á Enrique,
este suceso mañana
se sabrá, viendo por él
las iras resucitadas,
y entre los bandos antiguos
alborotarse la patria.
Aquí no hay mas que perder;
y supuesto que criada
en militares manejos
y entre el horror de las armas,
está el séxo en mí violento,
vén conmigo á la mas rara

empresa de amor, que dió
nobles triunfos á su aljaba.
Sea locura, sea capricho,
sea ira y sean cuantas
cosas fueren, como no
sea el quedarme burlada
de un traidor, que con mi culpa
quiere encubrir su mudanza.
Y pues yá sé su designio,
y que es Matilde la causa
de su fuga y mi desprecio,
veamos iras, penas, ánsias,
riesgos, fortunas, desdichas,
si en tan desecha borrasca,
perdiéndose lo que queda,
lo que se perdió se gana.

ESCENA VII.

Decoracion de Sala.

Salen Músicos, Porcia, Lisarda y Matilde, francesas, y Adolfo de barba por un lado, Gaston, Principe de Bearne, Libio y Criados por otro, don Fernando de Portugal, Fabio, y Criados de portugueses.

Música.

Astro purpúreo de nacar,
Reina de todo el vergél,
enciende el aire la rosa
en aguas de rosicler.

Gaston.

A vuestras heroicas plantas.

Fernando.

A vuestros invictos piés.

Gaston.

Teneis humilde y postrado.

Fernando.

Mas elevado teneis

Gaston.

A un Príncipe de Bearne.

Fernando.

A un Infante Portugues.

Matilde

Príncipes, vuestras Altezas,
no asi á mis plantas esten.

Gaston.

¿Dónde, señora, mejor
pudiera nuestra altivéz
de la humíldad coronarse,
sino adonde mas se ven,
al vacio de las plantas,
tantas flores suceder,
pues en el contacto hermoso
su nieve encendió tal vez?

Música

Astro purpúreo de nacar,
Reina de todo el vergél.

Fernando.

¿Adonde mejor podia
que á tus plantas, por tener
tal vasa, tal simulacro,
colocarnos nuestra fé,
pues en el templo de amor
el ídolo sois á quien
mil votivos corazones
ansiosos saben arder?
Dígalo el mirar, señora,
que en un partido clavel,
mil primaveras hablais

en las voces que verteis;
pues cuando el carmin del lábio
vuestra voz llega á romper,

Música.

enciende el aire la rosa
en ascuas de rosicler.

Gaston.

De los montes de Gascuña,
pardos gigantes, á quien
de negada ancianidad
vió el invierno encanecer,
y aun supo mal el verano
en lo mas ardiente de él,
ó sus canas destilar,
ó su edad desvanecer.
En vuestro obsequio, señora,
á solo no merecer
vengo, que es mayor fineza
el negarme yo cortés
aun la dicha del acaso,
que aguardar á que me dé
su sentencia la fortuna,
árbitro del mal y el bien;
pues no solo el conseguir,
pero aun me privó el creer,
que es el fantástico alivio
de algun infeliz tal vez.

Fernando.

A las playas de Lisboa,
donde al océano ven,
tal vez lamer sus arenas,
y tal sus rocas morder,
llegó la fama, señora,
de que venciendo tambien
en mas floridas auroras

vuestra perfeccion, aquel
siempre tierno, siempre dulce
defecto de la niñez:
de la corte de Alemania,
donde os criasteis, volveis
á Flandes á gobernar
estos paises, por ser
hija al fin de Balduino,
varon glorioso, que fué
ceñido en Constantinopla
con el Cesareo Laurel;
heredando, pues, su estado,
á daros el parabien
el Rey Don Dionis, mi hermano,
en muestra de su poder,
me envia á la corte; mas;
señora, que á pretender,
entre los muchos que aspiran
en toda la Europa á ser
asunto á vuestra eleccion,
que quien como yo se vé
tan indigno de ella, solo
venir pudiera tambien
á daros que desechar,
no á ofreceros que escoger.

Matilde

Príncipes, con bien vengais:
esto es cuanto á agradecer
vuestras jornadas; y cuanto
al intento que traeis,
el menor rigor que puedo
usar, es no responder,
aunque de esas pretensiones
no negará mi esquivéz,
que ignorándolas así mucho,

puesto que ignorarlas sé:
id á descansar; á Adolfo,
á los Principes haced
prevenir sus hospedages.

Adolfo

Voy, señora, á obedecer. ***Vanse.***

Fernando

En agravio de mis ojos
con vuestra licencia iré,
á descansar de cegar,
para tolerar el ver.

Gaston.

A hurto de mi pasion,
señora, procuraré
de la ausencia en mi memoria,
vuestra beldad esconder.

Fernando.

¡Ay, Fabio!

Fabio.

¿De qué suspiras?

Fernando.

De ver que vino mi fé,
adonde no es el morir
camino de merecer. (1)

Gaston.

¡Ay, Libio!

Libio.

¿De qué te quejas?

Gaston.

De que ya esperimenté
en Matilde los rigores,
que hurtar no supo el pincel. (2)

---

(1) *Vase con los suyos.*
(1) *Vase con los suyos.*

Lisarda.

Parece que disgustada
te dejan.

Matilde.

No sé de qué;
y porque lo veas, Porcia,
haras que manden poner
las carrozas, que hoy al bosque
tengo de salir, á ver
en la diáfana region
tanto animado bajel,
á los piratas de pluma,
con que el viento infestaré,
ó apresados irse á pique,
ó heridos dar al traves.

Porcia.

Voy, señora, á dar el orden.

ESCENA VIII.

Lisarda y Matilde.

Lisarda.

¿Qué hay, señora, que te dé
disgusto en los rendimientos,
de uno y otro amante fiel,
que anhelando al adorar,
no aspiran al pretender,
y mas cuando aun no ha venido
el infante aragones?

Matilde.

Para descansar contigo,
no en vano á solas quedé.
Ausentóse Balduino,
mi padre y señor, á ser
Cesar de Constantinopla,

en el mismo tiempo que
fué mi tio por Monarca
jurado en Jerusalen:
quedando yo niña en Flandes
en la Corte me crié
del gran Cesar de Alemania;
Enrique que tambien es
mi tio, porque mi casa
á un mismo tiempo se ve
ceñida del oriental
y el occidental Laurel.
Una tarde en su Palacio,
por divertirme bajé
á sus hermosos jardines
en la estacion fria, en que
á mariposas de nieve
helados copos se ven
cuajar por ojas del sauce,
por agallas del ciprés
Estaba un copioso estanque
cuajado en el parque, á quien
por quitarle el murmurar,
le quitó el alba el correr,
y á lágrimas del Aurora
mordaza el rocío fué
Yo, que acompañada de otras
de mi mesma edad, vi en él
un trineo ó carro, donde
suelen sentadas tal vez
en las hondas resvalar,
su breve trono ocupé.
La llaneza del pais
pudo dar licencia á que
por allí anduviese Enrique
de Lorena, que cortés,

á no estorbar mis solaces
se supo cerca esconder
Apenas un breve espacio
por el nevado vergel,
cuanto en los aires corrí,
en las ondas resvalé
Cuando del peso oprimida
se empezó luego á romper,
de aquel rostro de Neptuno,
la mal congelada tez.
¿Quién vió crujir los cristales,
y en uno y otro baiben,
las tablas de agua á pedazos
rechinar y estremecer?
Yo en fin me iba á pique, cuando
al clamor de aquel tropel
de mis meninas, Enrique,
entre dudar y temer,
de la verde celosía
dejó el frondoso cancel.
A las losas de cristal
apenas ofrece el pie,
cuando empezó á caducar
el pavimento, y á ser
piélago lo que fué marmol,
cristal lo que roca fué.
A nado Enrique llegó
á mí, y asiéndome de él,
porque no dió lo piadoso
mas lugar á lo cortés
A tierra salí en sus brazos,
y no fué la intrepidez
de su arrojo y mi ofensa
lo que le llegué á deber,
que un rústico que llegára

lo mismo hiciera tambien.
Él no blasonarlo sí,
porque llegando á temer
el enojo de mi tio,
que callase le mandé;
y estando tan desvalido
del Cesar supo tan fiel
este secreto guardar,
que no se valió su fé
de acordarle á la fortuna
lo que supo merecer.
Esta bizarra hidalguia
primero consideré,
poco á poco encarecí,
y en fin la estimé despues.
Aunque es de casa tan grande,
como es pobre no se vé
en parage de aspirar
á conquistar mi desdén;
bien que no me debe mas
que el llegar á conocer
que no le iguala ninguno
de cuantos al parecer
de aquel cristal de mi mano
tienen la hidrópica sed.

Lisarda.

Si yo....

Sale Porcia.

Ya estan las carrozas
prevenidas.

Matilde.

Vamos, pues;
¿pero qué ibas á decir?

Lisarda

Iba á decir que está bien

Enrique en el imposible
que sigue amante, pues dél,
si no se acuerda tu agrado,
ya se olvida tu esquivéz.

ESCENA IX.

Decoracion de Bosque.

Salen Enrique y Roberto de camino.

Enrique.

Quien huye de una muger
y quien se acerca á su amor,
mucho corre:

Roberto.

Si señor,
mas corrè que un alquiler.

Enrique.

En Bruselas no he de entrar
con el dia, y determino
en este bosque vecino
de la posta descansar.

Roberto.

Yo de la mia mal trato
descansar, porque sospecho
que todo un cordon me han hecho
los nudos de su espinazo.
Esta mi posta importuna
inutilmente la alabas,
porque ella es soga de tabas
y no hace carne ninguna.
¿Pero que fuese tan fiera
tu saña, señor, que no
me permitieses que yo
esta dama conociera?

Enrique.

Si en nombrarla tu me opones ¿
allá en lo mas escondido
procurarás de mi oido
ocultar bien tus razones:
que solo el pecho procura
que mis afectos rendidos,
beban siempre en los sentidos
de Matilde la hermosura;
que en amorosos desvelos
á nueva pasion rendído,
el primer amante he sido
que ha agradecido sus celos.

Roberto

Yo solo, señor, procuro
el que salgamos de aquí,
porque en el camino oí
que no está el bosque seguro.

Enrique.

¿Qué temes?

Roberto.

Unos ladrones
que á un par de troncos de aquestos
nos dejen atados, puestos
por cogotes los talones.

Enrique.

Esa vil gente bandida
tiene cobardes aceros.

ESCENA X

Dichos y salen cuatro enmascarados.

Roberto.

Yo los temo y....

Los cuatro.

Caballeros,
venga el dinero ó la vida.

Enrique.

¿Quién creyera (¡dura estrella!)
ladrones en los caminos,
á la Corte tan vecinos?

Roberto.

¿Pues no los hay dentro de ella?

Enrique.

Ea, hidalgos, partiremos,
aunque es bolsa de soldado,
por no llegar desairado
adonde voy.

Los cuatro.

No queremos.

Enrique.

A tan grande grosería
solo esta respuesta hallo. *Embistelos.*

Roberto.

Si no me apretara un callo,
hoy vierais mi valentia.

Dentro Martin.

Para, para, y pues llegamos
hoy al número inferior,
socorrerá mi valor.

Los cuatro.

Pues acude gente, huyamos.

ESCENA XI.

Enrique, Roberto, y salen Margarita y Laureta de galanes flamencos.

Margarita.

No los sigais.

Enrique.

Solo á vos
debo en desigual batalla:
¿mas qué miro?

Margarita.

Enrique, calla,
dejadnos solos los dos.

Roberto.

Venid, que cuando yo riño
iras este brazo ofrece.

Laureta.

Gran gallina me parece.

Roberto.

Astrólogo es el lampiño. *Vase.*

Margarita.

Enrique, ya me conoces,
ya sabes que mi soberbio
espíritu siempre altivo,
aun no se vence á sí mismo.
Del acaso de una nache
amor sabe que no tengo
culpa, y aunque amor lo sabe,
no se lo ha dicho á tus celos.
Dejo aparte si anduviste
ó no como caballero,
en dejarme allí un cadáver
y venirte de mi huyendo;
y aun paso á que sea el furor
disculpa del desacierto.
El indicio que tú hallaste
que fue terrible confieso,
y no hay mas disculpa que es
que soy quien soy y te quiero.
Yo te he de seguir, Enrique,
pues siendo quien soy, no puedo

contra mí mesma olvidar
lo que una vez llamé afecto.

Enrique

No prosigas, Margarita,
que un tan indecente esceso,
tiene en mis obligaciones
muy mal padrino, supuesto
que está á vista de la ofensa,
infamandome el deseo:
esta fineza te estimo;
pero no estoy satisfecho,
y pues no puedo casarme
contigo, saben los Cielos
(cortesanías de amor, *ap.*
el noble engaño esforcemos)
con cuanto pesar lo digo,
con cuanto dolor lo siento.
¿Qué quieres que haga por tí?
que cuanto intentes prometo
fuera de esto, pues no dudo
que me querrás, como creo
que muchas veces dijiste,
mas que desairado, muerto.

Margarita.

Ea, astúcias de muger, *ap.*
finjamos, disimulemos,
y escondamos el valor
con la máscara del miedo.
Enrique, ya que mi amor
tan desgraciada me ha hecho
contigo, viven mis iras. *ap.*
que aunque á fingir me resuelvo,
de fingir tanta humildad
aun entre mí me averguenzo,
desde aqui por no cansarte

á nunca mas ver me vuelvo.

Enrique.

¿A nunca mas ver? ¿qué dices?
(¡qué hiciera, Divinos Cielos, *ap.*
esta vez en la que amo,
si asusta en la que aborrezco!)
no llores.

Margarita.

¿Yo lloro?

Enrique.

Si.

Margarita.

Te engañas, porque no es esto
sino sudar por los ojos
el rabioso ardor del pecho:
¿mas no harás por mí una cosa?

Enrique.

Por la fé de caballero
que esceptuando lo que he dicho,
cuanto me pidas prometo.

Margarita.

¿No has de esceptuar otra?

Enrique.

No,
y solo el oirla espero:
¡quién pudiera, Cielos Santos, *ap.*
echarla de sí mas presto!

Margarita.

No solo mano y palabra
me has de dar.

Enrique.

Asi lo ofrezco.

Margarita.

¿Antes de oirme?

Enrique.

Ahí verás
lo que servirte deseo:
y ahí verás con cuanta priesa, *ap.*
echarte de mí apetezco.

Margarita.

No solo mano y palabra
me has de dar, sino hacer luego
pleito homenage, de que
(porque cerrar no podemos
á la fortuna aquel vario
eslabon de sus sucesos,
mientras no mudo de trage,
por mi honor y mi respeto)
no has de revelar á alguno,
en público ni en secreto,
claro ni oculto, que soy
muger.

Enrique.

¿Pues di, para eso
no fias de mi palabra?

Margarita.

Sí, Enrique, mas como vuelvo
á mi patria despechada,
para consolarme, quiero
ocultar mi deshonor
al conjuro del silencio:
esto, señor, te suplico.

Enrique.

Notables son tus intentos:
pero como ahora yo *ap.*
de mí la arrojé, no acierto
á discurrir que esto tenga
fin contra mí: yo lo ofrezco;
y una mano entre las tuyas,

y otra en la cruz de mi acero,
con todas las ceremonias,
lo afirmo juro y prometo.

Margarita.

¿Lo has jurado?

Enrique.

Sí.

Margarita.

¡Ay de tí,
que no sabes lo que has hecho!

Enrique.

Sí sé, pues sé que de tí
jurándolo, libre quedo.

Margarita.

No tanto que...

Dentro Matilde.

¡Ay infelice!

Dentro Todos.

Acudid, acudid presto,
porque á Matilde el caballo
despeña

Dentro Matilde.

¡Valedme, Cielos!

Margarita.

¿Matilde dijo? esta es
la causa de mi desprecio.

ESCENA XII.

Dichos, y salen Laureta y Roberto.

Laureta.

Señor.

Roberto.

Señor.

Laureta.

Á una dama,
desbocado un bruto fiero,
á despeñarla volando
la trae hácia aquí corriendo.

Roberto.

Y asi, á todas las princesas
de comedia pedir quiero,
borren del mundo estas cazas,
que páran en sus despeños.

Enrique.

¿Qué aguardo que á socorrerla
no me arrojo? *Vase.*

Margarita.

¿Y yo, qué espero
que no voy á que él no logre
de la fineza el efecto? *Vase.*

Laureta.

Vamos á nuestros caballos,
porque no intenten lo mesmo.

Roberto.

Honra eres de los lacayos.

ESCENA XIII.

Laureta, Roberto, y sale Enrique con Matilde en los brazos, y Margarita.

Enrique.

Alentad, prodigio bello,
que en mis brazos... ¡mas qué miro!

Margarita.

Eso fuera á no estar viendo
yo mi ofensa.

Enrique.

Quita.

Margarita.

¿Tú
en tus brazos otro dueño?
vive Dios; ya me conoces,
no obligues á que este acero
borre lo que le ha quedado
á mi imagen en tu pecho.

Enrique.

Nada le ha quedado.

Margarita.

Aparta,
que yo usurparte pretendo
de los brazos tanta gloria. (1)

Margarita.

¡Ay de mí!

Enrique.

Calla, que ha vuelto.

Dentro Todos.

Hàcia aquí corrió el caballo.

Matilde

¿Qué voces son? ¿mas qué veo?

ESCENA XIV.

Dichos, y salen Todos.

Todos.

Señora.

Otro.

Señora.

Fabio.

¡Oh cuanto
ha estado torpe el deseo
en su alcance!

(1) ·ázase con ella.

Gaston.

¡Oh cuanto mas
corrió el bruto que mi anhelo!

Matilde.

En brazos de dos me miro;
¿A cuál la vida le debo?

Margarita.

A mí; (empiece aquí mi rábia ap.
á ir sembrando su veneno,
valida de una noticia
que se ha ofrecido á mi ingenio)
y ninguno habrá, señora,
tan vano ó tan desatento,
que de fino á costa mia
quiero vestir sus obsequios;
que aunque estrangero á esta patria,
apenas la planta ofrezco,
hombres como yo, no son
en patria alguna estrangeros.
Don Fadrique de Aragon,
soy Infante de aquel Reino,
y Maestre de Santiago
en Castilla, donde oyendo
á la Fama, que de vos
aun no nos dijo lo menos,
vengo á desmentir la Fama
con los ojos, pues solo ellos
de soberanas deidades
son el encarecimiento.
En las dunas dí á la costa
con naufragio tan deshecho,
que solo á mí y á un criado
reservó, con que no puedo
hasta tanto que de España
venga, señora, el correo,

carta de creencia daros
de mi hermano el Rey don Pedro.
De mi religion la insignia,
porque aun esto no dejemos
al reparo de curiosos,
oculta traigo en el pecho;
pues llegando derrotado,
no juzgué que fuera acierto
ser conocido, hasta estar
con pompa y con lucimiento.
A tiempo llegué á este bosque
que en el precipicio vuestro,
ya que no de la amenaza,
os pude librar del riesgo.
Fuera de él estabais, cuando
llegando ese caballero,
á quien pudo disculpar
su poco conocimiento;
claro está: ¿ pues cómo habia
de atreverse á no ser esto?
me dijo: esos brazos, yo
solamente los merezco:
respondile lo que habia
menester, que ahora no quiero,
pues ya puse bien mi honor,
blasonar de su ajamiento.

Enrique

¿Mi ajamiento? ¿cuándo?

Matilde.

Enrique,
mucho me admira el suceso,
pues no habeis menester vos,
si es que os acordais, teniendo
tantos lucimientos propios
serviros de los agenos.

Enrique.

¿Yo, señora?

Matilde

Bien está:
¡ó cuánto, Lisarda, siento,
que á mi peligro llegase
otro socorro primero.

Fernando

Luego al Infante veré, *ap.*
que aunque es tanto el parentesco,
jamás nos vimos los dos.

Enrique

¡Que el no meditar con tiempo *ap.*
lo que jaraba, me ponga
en tan desairado estremo!
señora, mi adoracion ...

Margarita.

¡Oh, pesar, qué esto esté oyendo! *a.*

Matilde.

Basta, Enrique, que vos seais.

Enrique

¡Ni á hablar ni á callar acierto!

Matilde

Bien venido á estos paises,
donde ha dias que os espero.
por cartas de vuestro hermano
el invicto Rey don Pedro,
que dice que os enviaria;
que yo, porque no me siento
del susto bien reparada
volver á Palacio quiero.

Adolfo.

Lleguen las carrozas.

Gaston.

con nuevo contrario temo;
que sea esta fineza mas
en mí otro mérito menos.

Fernando.

Amor, ya hay otro contrario;
deme, Fortuna, algun medio
de que pueda en mí la industria
suplir el merecimiento.

ESCENA XV.

Margarita y Enrique.

Enrique.

Díme, aleve, díme, ingrata,
¿la palabra para esto
me pediste, de que habia
de callar yo en mi desprecio?
vive Dios.

Margarita.

Traidor, villano,
¿quejas me dás, cuando muero
de que delante de mí
con amantes rendimientos
á otra dama? ¿mas porqué
apela mi sufrimiento
á la queja, cuando el trage
me puso á mano este acero
con quien me deje llevar
de la rábia de mis celos? (1)
muere.

Enrique.

Tente, ó vive Dios

---

(1) *Embiste con él, y salen los criados.*

Roberto.

¿Qué es esto, señor?

Laureta.

¿Qué es esto?

Roberto.

Vive Dios, que con mi amo
es muy grande atrevimiento.

Margarita.

Quita, pícaro

Roberto.

Eso no:
señor, ¿qué le tienes miedo?

Margarita

Pues tú pagarás mis iras.

Dentro Adolfo.

Volver á ver que es aquello.

Roberto.

Señor, no me dejes solo,
que aprietan.

Enrique

De tí me ausento,
porque mi furor quizá
no me obligue á algun despecho.

ESCENA XVI.

Al irse á entrar Enrique salen todos.

Matilde

¿Qué es esto, Enrique? ¡pues cómo
así retiraros veo,
cuando aun en vuestro criado
no cupo esa accion! teneos.

Roberto

Jamás me he templado yo
cuando hay quien se ponga en medio.

Enrique.

¿Yo retirarme, señora

Margarita

Que me perdoneis os ruego,
y á vuestra presencia pude
agradecer, que resuelto
no diese á un tiempo mi enojo
el castigo y escarmiento,
á quien de vuestro decoro
habla con poco respeto.

ESCENA XVII.

Matilde, Enrique, Gaston, Fernando, Lisarda, Roberto.

Matilde.

¿Vos, de mi decoro?

Enrique.

¿Yo?

Gaston.

Muy mal hicierais, sabiendo
que hay en mí quien os castigue.

Fernando.

Y hay en mí, quien ponga freno
á tan libres osadías.

Enrique.

Si á otro responder no puedo,
á vosotros esta espada.

Matilde.

¿Pues cómo, decid grosero,
en mi presencia pasais
de lo tibio á lo resuelto?

Enrique.

Yo, si...

Matilde.

Príncipes, venid.

Los dos.

Ya os seguimos, advirtiendo....

Gaston

Que no dicen bien, Enrique,
aquel temor y ese esfuerzo.

Fernando.

Que el hablar mal, es muy mala
inscripcion de un caballero.

Enrique.

Yo responderé á los dos.

Matilde.

¡Ay, Lisarda, voy muriendo! *ap.*
¡quién creyera que podia
andar Enrique tan necio!

Lisarda.

Yo, que le he visto dichoso,
y es camino para serlo. *Vanse.*

Roberto

¿Dejarme á mí reñir solo?
¿saben ustedes que pienso,
en que ó mi amo es gallina,
ó mal me han de andar los dedos.

Enrique

¡Ah tirana, Margarita,
en que desaire me has puesto!
¡ó hermosura, si en la varia
república de tu Imperio,
hidras produce el amor,
qué produeieran los celos!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salen Laureta y Roberto por una calle al campo.

Laureta.

Oye, no se escape, amigo,
echemos por esta calle.

Roberto.

¿Pues dónde vamos?

Laureta.

Al campo.

Roberto.

¿Y á qué me lleva?

Laureta.

A matarle.

Roberto.

¿Y á eso me convida usted,
siquiera sin preguntarme
si estoy de humor de morir?

Laureta.

Es un pícaro cobarde.

Roberto.

Yo lo concedo: usted riña
allá con quien lo negáre.

Laureta.

Con los hombres como yo,
¿dónde se estila negarles
todo aquello que preguntan?

Roberto.

Adonde no hay quien aguarde;

si no es tinto en señoría
á un lacayo preguntarlo?

Laureta.

¿Pues yo le pregunto mas
de todo aquello que sabe?

Roberto.

Lo que no sé te dijera,
solo porque me dejases,
hombre, y si á matar me llevas;
no sea con armas tales,
ó matarme y no preguntes,
ó si preguntas no mates.
Yo de mi amo no sé nada,
y en sabiéndolo es constante;
que cuando no por chismoso,
por criado lo declare;
y así....

Laureta.

Oye el muy mequetrefe,
cuanto aquí supiere parle,
porque ya en el campo uno
de los dos ha de quedarse.

Roberto

¿Uno ha de quedarse?

Laureta.

Sí.

Roberto.

¿No hay remedio?

Laureta.

No.

Roberto.

Pues jaque;
si uno es fuerza que se quede
y ya no hay salida al lance,
usted será el que se quede,

y yo seré el que me escape. (1)

Criado.

El Infante de Aragon
en la galeria que cae
al campo se está vistiendo,
y viendo por sus cristales
á los dos, de parte suya
me ha dado orden de que os llame.

Roberto.

¿A mí el Infante? esto es hecho:
él viendo con el corage
con que á mi amo defendí,
me ha llamado para honrarme.
El es gran señor; en fin,
máteme Dios con Infantes:
vive Dios que soy valiente,
que el valor por sus señales,
es un duende revoltoso
que anda bullendo en la sangre,
y si ellos se lo han creido,
yo con poner de mi parte
el contar cuatro pendencias,
hecho tengo lo bastante.
Mi amo huyó, yo resistí;
¿pues qué mas para graduarme?
y si el Infante lo cree,
máteme Dios con Infantes.
Vamos, y agradeced vos
que á este tiempo me estorvasen. *Vase.*

Laureta.

Robertillo es gran gallina,
y pues no pude sacarle
de cuanto mi ama encargó

---

(1) *Al ir á huir le detiene un criado.*

cosa que sea importante,
vamos á hacer la desbecha,
vistiéndola entre reales
aparatos á merced
de las joyas y diamantes,
que á esta jornada trujimos,
que aunque mi ama se vale
de noticias que en España
adquirió cuando su padre
fué embajadór de los Duques,
y aunque á todos los engañe
con ser Infante y Maestre,
es imposible que tarde
en haber quien la conozca,
ó en estar muy presto en Flandes
el Infante de Aragon,
que de Matilde és amante;
y ay de tí Laureta, cuando
todo se desenmarañe:
pero entre tanto campemos.

ESCENA II.

Decoracion de Salon.

Salen Músicos y el mayor acompañamiento de criados que pudiere, trayendo en fuentes de plata adornos y vestidos, detras Margarita en cuerpo con el pelo atado, vistiendose á la española, y la capa con hábito de Santiago.

Margarita.

Decid que otra letra canten
mas triste, porque en mis penas
sus cláusulas acompañen.

Voz sola.

Infelice aumenta Dido
á su fugitivo amante
las hondas, con lo que llora
y con lo que gime el aire.

A cuatro.

Diciendo entre quiebros
de dulces compases,
ráfagas te sepulten,
hondas te traguen.

Voz 2.

Vuela la nave y las voces,
revocan en lo distante
de los vientos los bramidos,
de las hondas los embates.

A cuatro.

Diciendo entre quiebros, ect.

Voz 1

La bellisima africana
con mil angustias mortales,
anega en el mar los ojos
por ir siguiendo la nave.

A cuatro

Diciendo entre quiebros, ect.

Margarita

Callad, callad, que no quiero
oir quejas lamentables
de despreciada hermosura.

Criado 1.

¿Qué furor pudo obligarte?

Margarita.

¡Ay, amor! ¿cuándo hallaré
un alivio en que me falten
memorias de mis desdichas,
recuerdos de mis pesares?

No quiero saber, que hay hombres
de tan bárbaro dictamen
que desprecian hermosuras;
y débanme las beldades
esta atencion, pues no quiero
que aun en letras las desairen é
no canteis mas

ESCENA III.

Dichos, sale Laureta y despues Roberto.

Laureta.

Ahí está
el criado que llamaste.

Margarita.

¿Supiste de él algo?

Laureta.

No;
porque el hombre ó no lo sabe,
ó es el criado primero
de pobre que sirva y calle.

Margarita.

Entre.

Laureta.

Entrad

Sale Roberto.

Dios sea conmigo:
ahora quiero encapotarme, *ap.*
por solapar de valiente
el coleto del semblante.
Deme, señor, vuestra Alteza
á besar los pies.

Margarita.

¡Notable
treza de pícaro tiene!

Roberto.

¡Oh, lo que hace de mirarme!
yo apostaré que entre sí,
al ver mis ojos mortales
de rufianes, y los hombros
desplomándose al talle,
dice, de aqueste zoquete
se cortaron los Roldanes.

Margarita.

Alzad: ¿no servís á Enrique?

Roberto.

Como él, señor, es un angel,
yo le sirvo cada dia
de estorvar que me le maten.

Margarita.

¿Quién le quiere matar?

Roberto.

Muchos,
porque viven ignorantes
de que mi brazo ... (1)

Margarita.

El espejo.

Roberto.

Le asiste.

Laureta.

(¡Brabo gigante!)

Roberto.

El Enriquillo, señor,
no está diestro; pero haráse.

Margarita.

¿Qué tan valiente sois vos?

Roberto.

A lo menos lo bastante:

---

(1) *Llégasele an Criado.*

si se os ofrecen algunos;
que al otro mundo os despache;
y sino, señor, decidme:
¿cuándo la espada sacasteis
con mi amo, y cuando él iba
echando atrás los compases;
mirad, quien se os retiró,
ó quién se os puso delante?

Margarita.

¡Qué esto de Enrique se diga!

Laureta.

¿Pónesle tú en el desaire,
y lo sientes?

Margarita.

Si, que yo
quiero con su dama ajarle;
mas con otros, ni en mi amor,
ni en lo que le estimo cabe.
¿Decidme, no sabeis vos
(si sabreis) como fué un lance
que Enrique tuvo en Lorena
con un embozado amante,
á quien mató?

Roberto.

Vén aquí,
¿porque no puede esmerarse
nunca un criado de bien
en hazañas memorables?
riñe un hombre, mata y hiere,
y luego el amo lo hace.

Margarita.

¿Pues quién le mató?

Roberto.

¿Quién, yo?

Margarita

¿Y vuestro amo?

Roberto.

Al mismo instante
le dió un mal de corazon
que crei que lo volase.

Margarita.

¿Y ellos, cuantos eran?

Roberto.

Diez.

Laureta.

El dice mil disparates.

Margarita.

Raro valor

Roberto.

Pues aun no
conoceis estos pulgares.

Margarita.

¿Y era la dama, decidme,
hermosa?

Roberto.

¡Ay, señor, un aspid!

Margarita.

La daga. (1)

Roberto.

Un demonio, un tigre,
un astrólogodita, un cafre.

Laureta.

Hombre, que te clavas.

Roberto.

Lindo; máteme Dios con Infantes.

Margarita

¿Pero es posible que Enrique

---

(1) *Dásela el Criado.*

anduviese tan cobarde?

Roberto

Señor, es poquita cosa,
yo hablo la verdad.

Margarita.

Los guantes; *Dales.*

Roberto.

¿Y en fin, qué mandais? ¿es cosa
de que yo os desembarace
el mundo de algunos hombres?

Margarita.

Solo tengo que encargarte...;

Roberto.

¿Qué?

Margarita.

Pícaro, que en tu vida
de damas de tu amo hables
mal, ni de tu amo tampoco,
donde yo pueda escucharte;
y criados como tú
desta suerte han de tratarse. (1)

Roberto.

¡Ay!

Laureta.

Seor valiente, esos son
de la matanza los gages. *Vase.*

Roberto

¡Ay desdichado de mí!
de guapo vine á graduarme,
y el grado en el frontispicio
me han escrito con almagre.
Plegue a Dios, Príncipe injusto,
que en toda tu vida barbes;

---

(1) *Dale con la daga y vase.*

máteme Dios con dolores
primero que con infantes.
¡Rapáz de tanta osadía!
á mi amo voy á quejárme;
aunque en el Palacio mismo
con la Condesa le hallase,
y no tanto de la herida,
que aunque fuese penetrante,
como en fin mi sangre es vino,
se me lava con mi sangre:
cuanto del atrevimiento
de introducir ejemplares,
siendo el Príncipe primero,
que no gusta al levantarse
de oir á murmuradores,
y vestirse con truanes.

ESCENA IV.

Decoracion de Jardin.

Salen los Músicos y las Damas.

Músicos.

Los casos dificultosos
y con razon envidiados,
empiézanlos los osados,
y acábanlos los dichosos.

Matilde.

¡Oh, cuánto á la pena mia
dice el acento velóz!
parece que fué la voz
eco de mi fantasía.
Enrique pretenderia,
bien claro está, el haber sido
quien me hubiese socorrido,

y el que pudo ser dichoso;
llegó por mas presuroso,
y no por mas atrevido.
Y supuesto que el acento
con dulcísima armonía
es á tanta duda mia
vago oráculo del viento,
diga otra vez el contento
en ecos armoniosos.

Ella y Músicos

Los casos dificultosos, ect.

ESCENA V.

Dichos, y sale Enrique.

Enrique.

Astro en verde firmamento,
la rosa que es presumida,
á los soplos encendida;
ascua fragrante del viento
bien publica su contento
al veros hollar, señora,
este jardin, donde ahora,
entre risueños verdores,
vais enjugando á las flores
las lagrimas de la Aurora.

Matilde.

Que ignorabais vos crey
que yo estaba aqui

Enrique.

¿Porqué?

Matilde.

Porque el saber que bajé
á ocupar su verde esfera,
mas causa á no entrar os die-

que á entrar.

Enrique.

Si hiciera, si el viento
disculpa á mi atrevimiento
no diese en la voz sonora,

Matilde.

¿Cómo?

Enrique.

Como sé, señora,
que habla conmigo su acento,
Yo algun peligro intenté,
y aunque dichoso me ví,
solo no lo consegui,
porque no lo blasoné:
en el primero callé,
y olvidasteis mi ventura;
ya mi silencio me apura,
y si el segundo no callo....

Matilde.

¿Cuál segundo?

Enrique.

El del caballo;

Matilde

¿Aun dais en esta locura?

Enrique

Locura pienso que ha sido,
pues si se llega á entender,
¿qué mas locura que hacer
finezas un desvalido?
mal un joven atrevido
puede competirme á mí.

Matilde.

¿Porqué?

Enrique.

Porque no creí

que hay igualdad en los dos.

Matilde.

Ni yo creyera de vos
que de otro hablaseis asi:
Lisarda, siendo entendido, *ap.*
como en este hombre se vé,
¿tal necedad?

Lisarda

Nunca fué
mas discreto un admitido.

Enrique.

Bien lo que yo he respondido,
señora, descifraré
si escuchais.

Matilde.

Yo escucharé.

Enrique

Ansias locas ¿dónde vais, *ap.*
si hablar no podeis?

Matilde

¿No hablais?

Enrique.

Atended, y os lo diré yo.

Dentro uno.

No ha de entrar.

Dentro Roberto

Si asi pasa,
de su Alteza tengo de ir
al estrado, por decir
que hay sangre mia en su casa.

Matilde.

¿Qué es esto?

ESCENA VI.

Dichos, y sale Roberto.

Roberto

Que me traspasa
de parte á parte la vida,
y asi es fuerza que yo os pida
justicia contra un malvado
infante, que ha vinculado
en mi cabeza esta herida.

Enrique.

¿Roberto, qué es eso?

Roberto.

Nada,
pues imaginas que es chasco
la calabaza del casco,
trae menos una tajada.

Enrique.

¿Quién te dió?

Roberto.

Quien mas te enfada,
pues ese Infante infernal,
aragonés, porque mal
de mí hablar se satisfizo,
junto á los sesos me hizo
en tu nombre esta señal.

Enrique.

¿Pues qué le dijiste?

Roberto.

Allí
yo no sé lo que pasó,
él solo me sacudió
porque hablaba bien de tí;
sino te vengas asi,

es una grande maldad,
que á ti te ofende en verdad
quien tus criados maltrata,
y de este chirlo aporrata
te toca á tí la mitad

Enrique.

Vete, infame

Roberto.

No cruel
amenaces mi cabeza,
que he de quejarme á su Alteza,
pues no te atreves con él

Enrique

¿Cómo traidor, cómo infiel?

Roberto

El otro medio inhumano,
y tú mas duro y tirano
me amagas con otro zas;
y aun no he pasado lo mas
que ahora falta el cirujano. *Vase.*

Matilde.

Esto, Enrique...

Enrique.

¡Ay, ánsias mias!

Matilde.

¿Os deja tan reportado?

Porcia.

¡Que tibio él en lo que ha estado!

Lisarda

Los valientes tienen dias.

Enrique.

¡Ay, si tantas fantasías *ap.*
se llegaran á entender!

Matilde.

Pues decid.

Enrique.

No puede ser.

Matilde.

¿No me veis dispuesta á oír?

Enrique.

No lo puedo yo decir.

Matilde.

Ni lo quiero yo saber.

ESCENA VII.

Enrique.

¡ Quién creerá, Divinos Cielos,
(sino es que en las penas mias
se ponga á fingir novelas
de artificiosas mentiras)
quién creerá lo que en mis penas
hoy la fortuna examina,
haciéndolas verdaderas
mayores que las fingidas?
No ignoro yo que en el mundo
otra novela está vista,
en que una dama tambien
despechada y ofendida,
en hábito varonil
á un hombre ofenda y persiga,
hasta dejar en su rostro
de la mano cristalina
las cinco letras de nieve
vergonzósamente escritas:
que las tragedias de amor,
por mucho que se distingan
en el todo, como hermanas
en algo son parecidas;
pues aun la naturaleza,

por dibujar cada dia
tantos rostros, en el uno
facciones del otro pinta,
y nadie dirá por eso
que son una cara misma,
pues pudo allí aquel amante
mostrar á cuantos le miran
la candidéz de la mano,
dando á entender que las iras
de blancas manos ofenden,
menos de lo que lastiman:
pero yo sufro desaires
de esta aleve y enemiga
sin poder decir quien es,
pues á callarlo me obliga
con el jurado homenage
la palabra prometida.
No faltará quien replique
que obligarme no podia
palabra contra mí, en lance
adonde mi honor peligra.
Pero esto (dejando aparte
ser dudoso, y que no admitan
lances de honor en un noble
disputa ó sofistería,
pues lo debí mirar antes)
no es solo lo que mas insta
al secreto, sino que
es mi deuda Margarita;
y ya que por su altivéz
no es posible corregirla,
(pues por amante no es bien
que yo la quite la vida)
qué bien puesto está mi honor
si sus locuras publica,

estando tan enlazada
su estimacion con la mia.
A esto añado que si yo
digo quien es, se concita
contra mí de deudos suyos
la numerosa familia;
y no habiendo de casarme
con ella, porque seria
sobre declarados celos
accion de mi sangre indigna.
Dejar mal puesta una dama
es villana groseria,
y tal que aun mi entendimiento
se corre de discurrirla.
Cosa contra su decoro
no he de decir, que de altivas
hermosuras, caballeros,
cualquiera accion poco digna
ó la ignoran ó la saben
para callarla y sentirla
Estar sufriendo desaires
de la Condesa á la vista,
si es valor de la paciencia,
es temor de la osadía
Cualquiera recurso falta,
pues si de aquí se retira
mi amor, creyendo que es hombre,
esta tiranía confirman
con mi ausencia mi temor.
Si aquí prosigo peligran
mi punto y mi honor; ¿pues dónde,
discurso, hallaré, salida?
pero en tan estrechos lances,
donde la razon delira,
es gran artifice el tiempo,

él lo calle ó él lo diga.

ESCENA VIII.

Dicho, y sale Margarita.

Margarita.

Habiéndote visto, aunque
te estorve la compañía
de tu soledad, y aunque
en soliloquios impida
aquellas mudas ideas
que oyes á tu fantasía,
pues estás solo, no puedo
dejar de hablarte.

Enrique.

Enemiga,
tirana, cruel, aleve,
¿no basta que me persigas
desairando mis finezas,
sino que tambien valida
de lo que juré en tu obsequio,
mi honor ajes? ¿No podias
dejar libre mi opinion
del tósigo de tu envidia?
¿qué es tu intento?

Margarita.

No dejar
que queja tan mal nacida,
á costa de la que agravia
á la que me ofende sirva.

Enrique.

¿Tú no me agraviaste?

Margarita.

No.

Enrique.

¿Yo no lo escuché?

Margarita.

Es mentira.

Enrique

¿Quién afirma tu verdad?

Margarita

Mi decoro es quien la afirma.

Enrique

Testigo una vez tachado
no hace fuerza

Margarita.

No prosigas,
ó pide á tu sentimiento
alguna frase mas digna,
que yo sufriré tus quejas,
pero no tus demasías.

Matilde

Desde aqueste mirador, (1)
á quien tanto entretegida
confusion de yedras labra
mil frondosas celosías,
y a quien el sutil aliento
del cefiro, con activa
fresca impaciencia, arrebuja
la gualdia de sus cortinas,
veré si Enrique ha dejado
el jardin.

Lisarda

Sino ser vista
quieres, retírate un poco,
que allí Enrique se divisa
con el de Aragon hablando.

---

(1) *A un balcon Matilde y Lisarda.*

Enrique.

Si tu discurso una tibia
satisfaccion aun encuentra
para cegar la infinita
perspicacia de unos celos,
que para penas creidas
mas allá de lo que ven,
trasciende lo que imaginan,
y mas cuando el pecho mio
el logro te facilita,
cegando yo discursos
de parte de tus mentiras;
¿qué intentas?

Lisarda.

Guardate un poco;
porque en esta galería
el fresco viento que al verte
en esas hojas suspira,
sopla algo récio, y las hebras
de tu cabello esparcidas
á uracanes de oro, forman
de Ofir tempestades rizas.

Matilde.

Aire hace, pero no importa;
porque hasta que se dividan
los dos, de quien temo lance
no me he de quitar.

Margarita.

No finjas;
ni para mudanzas tuyas
imágines culpas mias.

Lisarda.

Una cinta voló al aire,
yo no lo previne,

Enrique.

Mira
que á Matilde he visto, y de ella
en sus rayos encendida,
Iris listado de nacar,
corona el viento una cinta
y en el suelo.

Margarita.

Ella mirando
está el favor; suelta. (1)

Enrique.

Quita;

Matilde.

Mal haya el acaso: vén,
no te vean. (2)

Enrique.

Ya me obligan
á un despecho.

Margarita.

¿Qué despecho?

ESCENA IX.

Dichos, y sale por un lado Fernando, y por otro Gaston.

Fernando.

Oyendo vuestra porfia....

Gaston.

Viendo vuestra competencia....

Fernando.

Mi ardimiento determina....

---

(1) *Cógenla los dos.*
(2) *Retiranse del balcon Matilde y Lisarda.*

Gaston.

Determina mi valor,
con heróica bizarría....

Fernando

Cobrarla luego de aquel
que de los dos la consiga.

Gaston.

Saber (viendo quien la gana)
á quien tengo de pedirla.

Margarita.

Eso es ya de otra materia:
toma, Enrique, que seria
poco garvo el desairarte
yo, cuando hay quien te compita;
de Enrique habeis de cobrarla,
advirtiendo, que si aspira
á eso alguno, yo á su lado
tengo de perder la vida.

Fernando

¿Poco ha mostrasteis tanto odio,
y ahora tanta hidalguia?

Enrique.

Y pues en otra ocasion
dije que responderia
de los dos á la arrogancia,
ved donde quereis que os siga.

Fernando.

Venid pues.

Gaston.

Venid conmigo.

ESCENA X.

Dichos, y sale Matilde y Damas.

Los dos.

Porque la cinta....

Matilde

¿Qué cinta?

Todos.

Ninguna, señora

Margarita.

Ahora
disponga mi industria activa,
que el favor vuelva á su mano
por lo que Enrique peligra,
y aun por lo que yo lo siento.

Lisarda.

Estando yo divertida
en ese balcon, cayó
una cinta; entenderian
que era tuya y la pretenden.

Matilde.

Supongo yo que á ser mia
nadie la alzára del suelo,
pues fuera muy atrevida
licencia, un despojo mio
llevar, ni aun para reliquia.
Pero porque de mis damas
lo que el viento desperdicia,
no por alhaja del viento
á esperanzas se permita:
¿quién tiene la prenda?

Enrique.

Yo.

Matilde.

Dadmela.

Enrique.

Mi fé os suplica
no mandeis eso.

Matilde.

¿Por qué?

Enrique

Porque aunque mi fé no aspira,
señora, ni á los descuidos
de tan alta gerarquía,
del suelo la alcé obsequioso
solo por restituirla,
pero no me atrevo, cuando
sé que hay otros que la pidan;
y asi habeis de perdonarme,
que en esta ocasion no implica
que pase mi inobediencia
plaza de cortesanía

Margarita.

Eso no permito yo,
que si entonces la cedia,
fué solo porque á su dueño
vuestro afecto lo destina,
pero ahora sabré cobrarla. (1)

Fernando.

A mí lo mismo me dicta
mi valor.

Gaston.

Y á mí.

Margarita.

Pues eso
tambien hay quien lo resista.

Los dos.

¿Quién?

Margarita

Yo, que á su lado siempre
me habeis de hallar: ¿qué querias, ap

(1) *Pase con tres.*

traidor, quedarte con ella?

Matilde.

Si os escucho suspendida,
es porque dudar procuro
si esto sucede á mi vista:
Enrique, dadme esa prenda:
¿ pues cómo vuestra osadía
contra mi gusto?

Enrique.

Señora,
tanto asustan vuestras iras,
que el corazon en el pecho
cuando sus alas ventila,
en los temores que late,
mudos respetos palpita;
tomadla; pero advirtiendo, *ddsela.*
que no es fácil que se rinda
á otro que á vos esta prenda,
y quien á cobrarla aspira
aun tiene en pie la ocasion
si advierte su bizarría,
que quien me quita la prenda,
la vanidad no me quita. *Vase.*

Fernando.

¡Qué altivez tan rara!

Gaston.

¡Qué
sobervia tan desabrida!

Matilde

Porcia, dá esa cinta al fuego
porque no vuelva á mi vista;
y alhaja que fué del aire,
al aire vuelva en cenizas.

ESCENA XI.

Fernando, Gaston y Margarita.

Fernando.

Solo eso pudo estorbar
bien que el empeño cesase,
que mi valor intentase
su soberbia escarmentar.

Gaston

Por ese respeto cedo,
remitiendo á otra ocasion
tomar la satisfaccion.

Margarita.

Caballeros, quedo, quedo,
y supuesto que yo oí
lo que los dos resolveis,
mirad adonde quereis
tomarla de él y de mí.

Fernando.

¿De vos, por qué?

Margarita.

Porque yo
no he de faltar de su lado.

Fernando.

Si en el empeño pasado
tanto á Enrique desairó
vuestro ardimiento, ¿qué os vá
en quererlo defender?

Margarita.

Eso yo lo puedo hacer,
pero ninguno lo hará.

Fernando.

Siendo los respetos mios
de primo, á vuestro rigor

siempre ha debido mi amor,
Fadrique muchos desvios:
¿qué motivo os empeñó
por Enrique en responder?

Margarita

Porque nadie puede hacer
todo lo que hiciere yo.

Gaston

Lo que haceis es evidencia
que hará otro

Margarita.

Con él no,
porque no soy hombre yo
que hago á nadie consecuencia.

Fernando.

Esa es arrogancia loca,
que ofende nuestro poder.

Gaston

Y eso es quereros meter
vos en lo que á vos no toca.

Margarita.

Pues porque acortando vamos
cuestion que superflua es,
detrás del parque á las tres
Enrique y yo os esperamos.

Fernando

Allá estaremos los dos.

Gaston.

Pues allá á las dos espero,
y en tanto que habla el acero
quedad con Dios.

Margarita.

Id con Dios.

ESCENA XII

Margarita, y sale Laureta

Laureta

Príncipe estás tan cabal,
y tan bien lo sabes ser,
que aun la vista ha menester
antojos de memorial
para mirarte, señora;
pero mas habiendo dado
en ser tan embelesado
galan de Palacio ahora,
que estás entre nobles miedos
bebiendo idólatra enojos,
escuchando con los ojos,
suspirando con los dedos.

Margarita.

¿Has visto á Enrique?

Laureta.

Severo
queda con mudas pasiones,
bebiéndose esos balcones.

Margarita.

Pues díle que aquí le espero,
y que es fuerza hablarle.

Laureta.

¿A mí?

Margarita.

¿Que temes?

Laureta.

Que su ira ciega
vengue en mí por dama lega
lo que no ha podido en tí.

Margarita

Anda, nécia.

Laureta.

Voy.

Margarita

Amor,
¿cómo me podré entender,
si hallo que este aborrecer
solo es querer con furor?
Aunque á Enrique he desairado,
mi fino amor ofendido,
le pretende aborrecido,
pero no le quiere ajado;
y solo mi tema fundo
en que de Enrique la fama
le malquiste con su dama
solo, mas no con el mundo.

ESCENA XIII.

Margarita, y salen Enrique y Laureta.

Enrique.

¿Qué es lo que quieres, que aunque
de mí vive aborrecido
tu semblante, que otro tiempo
llamé dulcísimo hechizo,
oyendo que me llamabas
vengo, porque no ha podido
olvidar en mí lo atento
cuanto ha borrado lo fino?

Margarita

Laureta, apártate un poco.

Laureta

¡Ya tenemos secreticos?
¿mas qué hay mal de corazon,
si hay paabras al oido? *Apártase.*

Margarita.

Enrique, atiéndeme un poco,
pues de tu honor no me olvido,
y toda mi rason haga
treguas un rato contigo.
Fernando de Portugal
y Gascon de Fox, altivos
á tí y á mí nos aguardan
en el frondoso retiro
de esos álamos, que al parque
doseles tejen floridos.
Este es el sitio, la hora
las tres, y asi te lo aviso
para que vamos los dos.

Enrique.

¿Qué dices?

Margarita.

Lo que has oido.

Enrique.

¿Qué es lo que quieres de mí,
dí, muger? ha pretendido
la bárbara anatomía
de tu curioso capricho
examinar cuanto puede
al ánimo mas invicto
de un hombre, apurar el raro
empeño de un desvario?

Margarita

¿Pues qué hay aqui que te ofenda?

Enrique

¿Pues cómo cabe en mi brio
ver que riñas á mi lado
ni que otro riña contigo?

Margarita

¿No conoce mis alientos?

Enrique.

Ya conozco tus delirios,
y sé que mi entendimiento,
ó mi valor ó mi juicio,
ya no son, por Dios, bastantes
á enmendarlos ni á sufrirlos.

Margarita.

¿Mi riesgo te asusta?

Enrique.

Fiera;
ya que pasar has querido
mi antiguo olvidado afecto
á grosero desde tibio,
no tu peligro me asusta,
Porque estoy (al que á partido
le tomara, sino fuese
á mi lado tu peligro.

Margarita.

Mira que estás ya muy nécio;

Enrique.

No estoy sino muy perdido:
qué dijera de mí el mundo,
pues tarde ó temprano es fijo
que ha de revelar el tiempo
el estraño, el nunca visto
traidor, despechado, injusto
enredo de tu artificio)
Qué dijera de mí el mundo
en sabiendo que he salido
con dos Principes tan grandes
á esgrimir airados filos,
de que llevase á mi lado
dama que mi dama ha sido,
y tan mi dama, que...

Margarita.

Esto,
pues están ya prevenidos,
no tiene remedio

Enrique.

No
me obligues que vengativo,
perdiéndome en tí el respeto
que yo me debo á mí mismo,
llevado de la apariencia
del esterior adoptivo
trage te dé muerte.

Margarita.

Eso
no es tan facil el cumplirlo,
que yo nada temo, y puesto
que ya te dejo instruido
de hora y sitio, á Dios te queda,
que en él mostrar determino
mi valor, y cumpliré
con decir que te lo he dicho.
Laureta, á Enrique no pierdas
de vista, dándome aviso
de adonde quiera que vaya.

Laureta.

A observarle me retiro.

ESCENA XIV.

Enrique.

Hados crueles é impios,
¿ habeis de agotar en mí
todo el influjo maligno
de tantos astros ardientes
lunares de ese zafiro,

entre cuantos la fortuna
artificiosa ha tejido,
aquel lazo eslabonado
de sucesos peregrinos?
¿habrá hombre tan desdichado
á quien le haya sucedido
lance tan terrible, como
ser segundo ó ser padrino
de su misma dama, en trance
de público desafio,
mayormente cuando ella
saldrá, y si yo no la asisto
la dejo al riesgo de los dos
si á salir me determino?
¿cómo he de consentir que ella
riñendo esté al lado mio,
ni que otro riña con ella,
y mas sabiendo que ha sido
todo el duelo por mi causa?
¿qué he de hacer, Cielos Divinos?
¡qué hidras mis discursos hallan
un abismo en otro abismo!

ESCENA XV.

Dicho, y sale Fernando.

Fernando.

Enrique.

Enrique.

¿Qué se os ofrece?
loco estoy.

Fernando

Ya os habrá dicho
el Infante de Aragon

como hoy quedó prevenido
cierto lance?

Enrique.

Ya lo sé:
ya se cerró este camino,
aunque quisiera negarlo.

Fernando

Pues habiendo ahora oido
que esta tarde la Condesa
sale al campo, he discurrido
que siendo el paseo del parque
su mas frecuentado sitio,
y siendo este el mismo que
para el combate elegimos,
ha de haber muchos estorvos,
y asi habiéndoos aquí visto
primero que al de Aragon,
me pareció preveniros
que otra palestra elijamos
menos pública.

Enrique.

Imagino
que á mi duda ha descubierto
este acaso algun alivio:
bien me parece el reparo,
y podremos encubrirnos
mas bien de los pasageros
en ese bosque vecino
principio umbroso del Soto,
pero llevad advertido....

Fernando.

¿Qué?

Enrique.

Que yo os elijo á vos.

Fernando.

Yo la eleccion os estimo;
la hora será la mesma,
avisad á vuestro amigo
porque no perdamos tiempo,
que yo le avisaré al mio. *Vase.*

Enrique.

Ea, corazon alentemos,
que de otro semblante vino
ya el lance, porque sin darle
á Margarita el aviso
desta novedad, pues ella
ha de acudir á otro sitio,
al Príncipe de Bearne
con este propio motivo,
citaré á otra hora y en otro
puesto, con que determino
teniéndolos desta suerte
á todos tres divididos,
que esté libre esta tirana,
y los dos riñan conmigo.

ESCENA XVI.

Enrique, y sale Fabio.

Fabio.

Este el Príncipe os envia.

Enrique.

¿De Bearne? (mal me animo)
porque temo que este acaso
desbarate mis designios.

Lee.

La Condesa baja al parque, y asi co
desafiado, elijo que nos mudemos al bosq
de Soni, pues el reparo está tan á la vis
advirtiendo que tengo muchas causas pa

elegiros á vos, mas que á Fadrique, á quien dareis este aviso, como yo al de Portugal.

Decidle á Gaston que yo
le obedezco:

Fabio.

Papelicos
de los dos para los dos,
y otras cosas que yo he visto;
yo daré el aviso luego
á quien procure impedirlo. *Vase.*

Enrique.

Ya se cerró á mi fortuna
aun aquel breve resquicio
de claridad: quien creyera
que el uno hubiese elegido
el mismo sitio y la misma
hora que el otro previno?
¿mas quién no lo creerá, viendo
que contra un pecho afligido,
conforman en los acasos
los discursos desunidos?
¿qué he hacer que ya los dos
juntos y á una hora, es preciso
que esperen, con que no puedo
en dos puestos dividirlos.
Ir á reñir con entrambos,
es ir ya de concocido
á no reñir con ninguno:
demas, que por mi enemigo
escogí yo al portugues,
y á mi el gascon me ha escogido;
pero como Margarita
no esté allí, ¡de qué me aflijo!
salir á reñir con dos
es caso que está mas visto:

¡ah quién podrá prevenir
alguna salida al brio!
y en fin, este es de dos males
tósigo menos noscivo.
Yo voy al sitio en que aguardas,
yerre ó no yerre el capricho,
cumpla yo mi obligacion,
y haga fortuna su oficio.

ESCENA XVII.

Decoracion de Campo.

Salen los dos Principes.

Fernando.

Esto á Enrique le previne.

Gaston.

Yo por un papel lo mismo
le avisé, habiéndome á mí
ese reparo ocurrido:
¿pero á Fadrique?

Fernando.

Ya él
le habrá dado el propio aviso:
bien que en Fadrique reparo,
que siendo cercanos primos
los dos, y en los intereses
de la patria tan unidos,
ó séa porque á los flamencos
mas inclinados ha visto
á mí, ó por ser de Matilde
pariente tan conocido
por la casa de Borgoña,
que ya el pueblo antojadizo
me llama conde de Flandes,

ha usado tantos desvíos
conmigo, que si pudiera
persuadirme á un desatino
lo creyera.

Gaston

¿Y qué es?

Fernando.

Que no es Fadrique.

Gaston.

¡Estraño delirio!

Fernando.

En esto de los retratos
no hay que creer, porque he visto
á industria de los pinceles
sin quitar lo parecido,
quitar lo feo á un retrato:
y si señas averiguo
de algunos suyos en Flandes,
y en Portugal esparcidos,
solo le dán aquel aire
de lo joven y lo lindo,
mas hasta el aviso de España
disimular determino.

ESCENA XVIII.

Dichos, y sale Enrique.

Enrique.

Si he tardado, perdonadme.

Al paño Laureta.

Supuesto que á Enrique sigo,
y aquí le dejo á mi ama,
voy á avisar en dos brincos.

Gaston.

Hombres como vos no tardan,

aunque al siempre heróico invicto
valor de vuestro ardimiento
tarde le haya parecido.

Fernando.

¿Cómo el infante no viene?

Enrique.

Como solo está en mi arbitrio
venir donde soy llamado,
con mi persona he cumplido.

Gaston

Aunque tanto en ella viene,
aguardar será preciso
al Infante.

Enrique.

¿Para qué?
yo convidado no he sido
á aguardar, sino á reñir,
y pues están deslucidos
frente á frente, y en el campo
ociosos dos enemigos,
tome despues lo que hallare
el que no hubiere venido.

Fernando

Eso sabré yo estorvar,
que Fadrique es hombre digno
de hacer mucha cuenta dél
para cualquiera partido
que elijamos: demas de eso
estamos dos

Enrique.

Ya lo miro;
pero supuesto que yo
á traerle no me obligo,
y del campo no me puedo
volver sin haber reñido,

lidie el uno, y toque al otro
ser juez.

Fernando.

Yo no lo resisto,
y mas tocándome á mí
(pues vos me habeis eligido)
reñir con vos, que no puede
lidiar Fadrique conmigo.

Enrique

Es verdad, y asi á las manos.

Gaston

Deteneos, yo lo impido
con mas causa, os acuerdo
que en el papel que os he escrito
es elegí yo.

Enrique.

No puedo
desmentir ese testigo.

Gaston

Yo os he provocado á vos.

Fernando.

Vos á mí, y debeis cumplirlo,
pues para elegirme á mí
supponeis algun motivo.

Enrique.

Bien decís, Fernando, mas
á vuestra razon me incluyo.

Gaston.

La mia.

Fernando.

La mia. *Empuñan.*

ESCENA XIX.

Dichos, y sale Margarita.

Margarita.

Tened.

Enrique.

¡A qué mal tiempo has venido!
ya no hallo salida al lance;
corra á cuenta del destino.

Margarita.

Aunque quejarme pudiera
de quien con doble artificio
burla mi valor, mudando
sin que yo lo sepa el sitio,
dejaré para despues
deste desaire el castigo.

Fernando.

Yo á Enrique previne que
os avisase.

Gaston.

Y lo mismo
yo en un papel le prevengo.

Margarita.

Ya sé que es traidor amigo,
mas primero es nuestro lance.

Enrique.

¡Apenas, Cielos, respiro,
porque me está el corazon
rompiendo el pecho á latidos!

Margarita.

Vamos pues.

Enrique.

Teneos, señor;
¡ó cuán sin aliento finjo!

Margarita.

¿Qué quereis?

Enrique.

No nos cansemos,
(yo no sé lo que me digo) *ap.*
que vos no habeis de reñir.

Margarita.

¡Parece que estais sin juicio!
¿á mí esa proposicion?

Gaston.

Ese parece designio
de estorvar el lance á todos,
pues nos lo arguye el indicio
de venir primero solo,
y ahora querer impedirnos.

Enrique.

¡Que esto pase por mí!

Margarita.

Vamos.

Enrique.

Que os reporteis os suplico,
que vos no habeis de reñir
ni á mi lado ni conmigo;
y mirad que....

Margarita.

Quita.

Gaston.

Aparta.

Enrique.

Pues el que fuere atrevido
á ofender á su persona,
pasará por estos filos.

Fernando

Yo riño con mi contrario. (1)

Gaston.

Y yo hasta encontrar el mio,
con quien se pone delante

Margarita

Yo al lado de Enrique riño.

Enrique

Ea, fortuna, pues no pude
estorvar su precipicio,
muera yo antes que le ofendan.

Dentro Adolfo

Hácia allí se escucha el ruido.

Fernando.

Gente llega

Enrique

Solo en esto
anduvo el hado propicio.

ESCENA XX.

Dichos, y salen Adolfo, Fabio, Roberto, Laureta Soldados.

Adolfo.

Caballeros, deteneos

Roberto

Dejenles, que por mi alivio,
al Príncipe de la daga
le déu siquiera otro chirlo.

Fabio

¡Qué bien hace en avisar!

Laureta.

¡Mi ama anda en estos pasitos!

---

(1) *Embistense los cuatro*

quizá la hará escarmentar
el aceite de Aparicio.

Adolfo.

De orden de Madama vengo
por vos, Enrique.

Margarita.

¡Qué he oido!
sin nosotros no vá Enrique.

Fernando.

¿Si todos comprehendidos
somos, por qué á él solo?

Adolfo.

Porque
á Madama ha parecido,
que en él como en su escudero,
pueden tener mas dominio
sus órdenes.

Enrique.

Deteneos,
que son tan ejecutivos
los preceptos de Madama,
que si en ellos no hay arbitrio
para obedecerlos, ¿qué
será para resistirlos?

Gaston

Pues si vais preso, ¿quién duda
si es de todos el delito,
que todos con vos iremos?

Adolfo

Solo el orden que he traido
es para Enrique; vosotros
lo que mas fuereis servidos
podeis hacer.

Fernando.

Vamos.

Gaston.

Vamos.

Margarita.

¡Cruel fortuna!

Enrique

¡Hado impio!

Margarita

¿Cuándo de tantos pesares....

Enrique.

¿Cuándo de tantos martirios....

Margarita.

Saldré en este devaneo....

Enrique

Saldré en este laberinto. ..

Los dos.

Donde cada aliento aguarda
el último parasismo?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala.

len por un lado Adolfo, Margarita, el Principe, el ante, Enrique, Laureta y Roberto, y por el otro Matilde con sus damas.

Adolfo.

Ya Enrique está aquí.

Enrique.

A tus plantas
rendido estoy, aunque siente
mi lealtad, que lo atractivo
á casi violento suene,
quitando en lo precisado
el mérito á lo obediente.

Margarita.

Y todos con él venimos,
pues de culpa que merece
vuestras dulces iras, todas
intentan ser delincuentes.

Infante.

Y pues un decreto vuestro
á todos nos comprehende..

Principe.

Y pues un mismo delito....

Todos

Nuestra osadía comete,
si á todos alcanza el orden,

todos, señora, obedecen!
Matilde
Alzad Enrique del suelo;
y no por tan imprudente
me juzgueis, que imaginase
que en vos ejercer pudiese
mas dominio, que el dominio
comun de mis altiveces,
que aunque la fortuna escasa
altos estados os niegue,
á lo mucho que nacisteis
tratamiento igual se debe,
que el de cuantos Soberanos
desde su primer oriente
á merecer lo que nacen,
nacieron lo que merecen.
Hecha á todos esta salva,
para que ninguno piense
que en lo irritado le quito
circunstancia á lo decente.
¿Qué cosa es que habiendo dicho
yo que vuestro duelo cese,
vuestro duelo se prosiga,
y mas por prenda que fuese
desperdicio de mis damas?
agradeced que no quiere
acordarse mi rigor
de que yo os mandé prudente
que cesase el duelo, mas
baste para que me vengue,
por mas que el castigo olvide,
que del delito me acuerde,
Enrique.
Hijo, señora, he nacido,
aunque segundo naciese

de Gofredo de Lorena,
legítimo descendiente
de Godofre de Bullón,
vuestro tio, en cuyas sienes
el laurel de Palestina
aun mas que ciñe florece.
En fé de vuestro escudero,
desde mis tiernas niñeces
serví al Cesar vuestro tio
en tantas guerras crueles
contra los lombardos libres
y los úngaros rebeldes.
Que á un escudero mandeis
prender ¿qué violencia tiene
para que en lo cortesano
lo soberano se honeste?
Qué no cometí delito
es claro, pues no hay quien niegue
que retado un noble, nunca
escusar el duelo puede
en las intrusas al mundo
del duelo tiranas leyes:
y mas noble como yo,
á quien vieron tantas veces
las águilas imperiales
de sus tropas á la frente,
de tantas rebeldes vidas
dejar cansada á la muerte:
Todo esto, señora, he dicho;
porque si tal vez hubiese
mostrado alguna templanza,
habrá sin duda accidente
que á ello obligue, y solo el tiempo
ha de ser quien lo revele,
que aunque este lo sabe todo,

hasta sus plazos, no suele
estar de humor de decirlo,
y es porque á los hombres quiere
que cada noticia suya
un poco de vida cueste.

Matilde.

Ya, Porcia, está Enrique airoso:
Príncipes, si algo pudiere
con vos mi ruego ha de ser,
que cualquiera duelo quede
ó suspenso ó concluido,
porque impropio me parece
que Príncipes que han venido
á tener mi Corte alegre,
tengan mi Corte confusa
de sus facciones pendiente.

Fernando.

Todos venimos, señora,
á hacer con todos solemne
aquel término dichoso
que gobernar os concede
vuestro estado

Gaston

Haciendo solo
que nuestro afecto festeje
vuestra edad, que el tiempo ufano
la llene, y que no la cuente

Margarita.

Pero, ay, señora, unos casos
que tan sin pensar suceden,
que desde la discrecion
judiciaria apenas puede,
ó verlos el prevenido,
ó evitarlos el prudente.

Roberto.

Con todos mi amo se tira;
pero vive Dios que teme
al rapagon de la daga:
ahora conozco que tiene
en aquel que las recoge
su alguacil cada valiente.

Matilde.

Guardeos Dios, que me retiro;
porque mi Consejo viene
á una consulta.

Todos.

Los Cielos
vuestras auroras prosperen.

ESCENA II.

Gaston, Fernando, Enrique, Laureta, Roberto y Margarita.

Gaston

Ved, Enrique, en que os servimos,
puesto que es fuerza que queden
nuestros afectos tan unos.

Fernando

Ved, Fadrique, que aunque fueseis
tan ingrato á mi cariño,
seré vuestro: ¡ó, quién pudiese
con el correo salir
de esta duda!

Margarita.

Cuando deje
á Enrique, os buscaré, Infante.

Enrique

El Cielo con bien os lleve.

Matilde.

Dejadme solo vosotros. (1)

Laureta.

Pues nuestro duelo pendiente
quedó, venga á concluirle.

Roberto

Hombre, ó demonio, ó quien eres,
déjame, que en la cabeza
tengo un costuron de ageme,
porque un cirujano á puntos
aun los cascos me remiende,
y doy palabra de que
despierto y dormido sueñe,
al Príncipe de la daga,
machacador de mis liendres.

ESCENA III.

Enrique y Margarita.

Margarita.

Amor, pasemos á instar un medio
antes de usar el último remedio,
adonde sea, si el dolor me apura,
escándalo del mundo mi locura.

Enrique.

¿Estarás, Margarita, ya cansada
de perseguir cruel y despechada
mi opinion y valor? ¿dí, qué es tu intento?
¿pensarás mas locuras?

Margarita.

Oye atento!

---

(1) *Vanse los dos.*

pensaré, mi señor, mi bien, mi esposo,
(perdóname si oyeres desdeñoso
el dulcísimo nombre que te he dado,
que como el lábio está tan enseñado
á decirlo, sin ver que á tí te agravio:
rebosa el corazon el nombre al lábio)
pensaré en suplicarte que repares
quien soy, quien eres, que mi honor ampares,
pues sabe amor que en nada soy culpada;
pero mal digo en nada,
en mucho soy culpada, si se advierte:
lo menos es mi delito si es quererte.
Por tí perdí la patria, y por tí he dado
un escándalo tal; por tí he dejado
al vulgo mi opinion, fiero enemigo,
y es la mayor crueldad que hice conmigo.
¿Adónde volveré yo despreciada?
¿qué haré desamparada,
mísera y afligida,
si nó he de ir donde soy tan conocida
como en mi patria bella,
ni qué haré peregrina fuera de ella?
y lo que siento con dolor estraño,
es que se llegue á conocer mi engaño,
que de Matilde amante,
á Flandes de Aragon vendrá el Infante,
pues por tener de España aqueste aviso,
mi astúcia entonces quiso
valerse de su nombre, habiendo sido
el Infante de mi bien conocido,
cuando mi padre en Aragon embiado
de Godofre, á su Rey dejó alistado
para la Liga de la Guerra Santa,
que llora Egipto y Palestina canta:
Mi vida y mi opinion tengo perdida;

duélale mi opinion, y no mi vida,
antes, Enrique ingrato,
que tu vil proceder, tu falso trato
me obliguen á emprender otra locura,
en quien librada tengo mi ventura;
y será la mayor que hayas oido,
pues mi honor ofendido,
si llega á despecharse,
solo en tu mismo honor ha de vengarse.

Enrique

¡Qué violenta que estaba la blandura
en tí! ¡qué forastera la cordura!
pues lágrimas que exala tu belleza
equivocan la ira y la terneza:
la palabra te dí de ser tu esposo,
pero tu falso trato y alevoso,
deste vínculo pudo exhonerarme,
pues celoso no tengo de casarme:
y acreditar tu amor poco aprovecha,
cuando no desvaneces mi sospecha
¿Sospecha dije? ¡inadvertencia rara!
mejor dijera mi evidencia clara;
en dejar tú tu casa es asentado,
que ni cómplice fuí ni soy culpado:
y en cuanto de ese trage á la indecencia,
aun mas es acreedora mi paciencia,
cuando tantos ultrages te ha sufrido:
siendo asi, ¿en qué he faltado á lo debido?
¿cuando lo que juré, que no debia,
tengo observado tan á costa mia?
ni pudo reprimirte,
ni mi cordura supo corregirte,
ni yo debo matarte,
con que en nada á tu ruina he sido parte,
y en nada de servirte me desvio

para que salgas deste desvarío,
como no sea en emprender mi mano,
que por el alto Cielo Soberano,
que me ofendo, me irrito,
me apasiono, me enojo y precipito
de que tu astucia intente,
que otro favorecido..

Margarita.

Enrique, tente: en valor arrogante, *ap.*
ya que no hay otro remedio
del último nos valgamos,
pues ya pensado le tengo.
Viven los Cielos Divinos,
villano, mal caballero,
que has de saber que hay valor
en los femeniles pechos
para castigar traidores:
empiece el último esfuerzo *ap.*
adonde lo oiga Madama;
muere, alevoso. (1)

Enrique

¿Qué es esto?
¿qué haces aleve?

Margarita.

Matarte:
saca, traidor el acero,
y no vistas al temor
las tibiezas del respeto;
porque sino, vive Dios,
que te dé muerte indefenso.

Enrique.

Mira....

---

(1) *Saca la espada y embístele.*

Margarita.

Traidor, nada miro.

Enrique

Pues ya con el escarmiento
de que otra vez mi templanza
se vió indiciada de miedo
le sacaré por defensa,
bien que á mi valor protesto,
que sólo intento templarte.

Margarita

Y yo arrancarte del pecho
la falsedad con el alma.

Enrique.

No te acerques.

Dentro Matilde.

Ved que es eso

Dentro Adolfo.

¿Ruido de armas en Palacio?
acudid, acudid presto.

ESCENA IV.

Dichos, y salen Adolfo, Gaston, Fernando y Matilde.

Gaston.

¿Qué es esto? teneos, Enrique.

Fernando.

¿Qué es esto? Infante, teneos:

Matilde.

¿Qué es esto? ¿Príncipes? ¿cómo
repetido aquí el empeño,
mas allá de mi cordura
llegó vuestro atrevimiento?

Margarita.

Serenísima Matilde,
á quien los hados hicieron

de Flandes y de Bravante
Condesa y Duquesa á un tiempo;
Hija del Gran Balduino,
Emperador siempre escelso
de la Gran Constantinopla,
y sobrina del supremo
Enrico, Rey de romanos,
porque en el linage vuestro,
el que es termino del mundo
aun lo sea de su Imperio.
Ilustre Gaston de Fox,
gloriosísimo heredero
de Bearne, aquel antiguo
padron de los Pirineos.
Fernando de Portugal,
hijo de Sancho el Primero,
y de Enrique de Borgoña
dignísimo heróico nieto,
todos me escuchad, que á todos
los ha menester atentos
don Fadrique de Aragon;
los demas títulos dejo,
pues donde es menester mas
que la grandeza el esfuerzo,
fuerza es que de lo señor
sea parte lo caballero.
Hecha á todos esta salva,
delante de todos reto
de villano y de traidor
á Enrique.

Enrique.

Llegó el despecho
al último grado

Margarita.

Y pues

vuestra Grandeza os ha hecho
Soberana en los Estados,
sin dar reconocimiento
á potestades humanas
de dependencia ú de feudo;
y es ley de los Soberanos
que concedan campo abierto,
y segúro al agraviado
que llega á valerse de ellos.
La causa que doy, señora,
para nuestra lid (supuesto
que como árbitro del campo
fuerza es saberla primero)
es haberme quebrantado
(contra quien es procediendo)
una palabra; y pues es
(si á los estilos volvemos
del duelo) uno de los casos
mas rigurosos del duelo,
campo os pido contra Enrique,
y pues los grandes sucesos
de las Cortes se celebran
por regocijar al pueblo
con las fiestas militares
de justas y de torneos,
porque no haya accion en mí
que no pare en vuestro obsequio,
regocijar vuestra Corte
con su tragedia pretendo:
á cuyo fin ese dia
ante vuestros ojos puesto,
vistiendo el pecho por gala
duras láminas de acero,
rigiendo el bridon furioso
á la suavidad del tiento,

y á la violencia del pulso
blandiendo el herrado fresno,
su infamia á un tiempo, y mi honor
públicamente defiendo. *Vase.*

Enrique.

Oid, esperad.

Fernando.

Decid,
que si nuestro parentesco
me obliga á que de padrino
vaya al Infante sirviendo,
bien podré en su nombre oiros,
y en su nombre responderos.

Enrique.

No tengo yo que deciros,
que á él pudiera, á vos no puedo,
á nada que preguntareis
responder, sino en el puesto.

Fernando.

Pues hasta ese dia á Dios,
que voy á ofrecerme luego
á Fadrique: ¡qué palabra
será la de tanto empeño! *Vase.*

Gaston.

Pues os dejaré solo, Enrique,
sin que lo mandeis os debo
asistir como padrino:
¡esta palabra no entiendo! *ap.*

ESCENA V.

Enrique, Matilde y Porcia.

Enrique.

Si algo, señora, con vos
pudiere mi rendimiento
y los servicios que á vuestros

cesáreas casas he hecho,
ha de ser (¡Cielos, qué mal
contra el corazon me esfuerzo,
costando á mi turbacion
mil sollozos cada aliento!)
ha de ser, (¡yo estoy sin mí!)
que no concedais (¡yo muero!)
el campo al Infante

Matilde.

Enrique,
¿pues cómo me pedis eso,
cuando tan de la venganza
juzgaba vuestro ardimiento,
que aun los términos legales
os recusase el deseo

Enrique.

Como hay en eso, señora,
tanto que decir, que creo
(por mas que es pasmo al callarlo)
que será horror al saberlo.

Matilde.

Siempre en enigmas confusos
me hablais, descifraos.

Enrique.

No puedo.

Porcia.

No puede dar paso este hombre
sin márgenes y comento.

Matilde.

Ni yo oiros, pues el campo
le toca á mi gran Consejo
examinada la causa,
ó negarlo ó concederlo:
solo advirtireis, Enrique,
que en lances de honor como estos

(si bien como damá yo
esa facultad no entiendo)
para en público no valen
los enigmas del secreto.

ESCENA VI.

Enrique.

¿Para en público no valen
los enigmas del secreto?
Mil veces en mis fortunas
me he preguntado á mí mesmo,
¿si habrá habido otro algun hombre
reducido á tan estrechos
lances con su misma dama?
pero ahora infeliz veo,
con cuanta mayor razon
preguntar á todos puedo,
si habrá sucedido á algun
amante lance tan fiero,
como verse precisado
(ó saliendo ó no saliendo)
á perder siempre el honor
con todo el mundo, si advierto
que no saliendo, con todos
habré de quedar mal puesto,
y tambien saliendo; pues
ha de descubrir el tiempo
que esta tirana enemiga
es muger; aparte dejo
ser mi dama, alegué solo
el inviolable respeto
que deben tener los nobles
á lo general del sexo
Con que esta traidora falsa

me reduce á tal estremo,
que (ya su duelo recuse,
ó ya responda á su duelo)
ni remedio hay á su agravio
ni á mi opinion remedio.
Diga alguno si ha tenido
noticia de algun suceso
tan apretado, que yo
daré á mi angustia consuelo
con hallar en los mortales
el alivio del ejemplo.
Salir al duelo es infamia,
no salir será desprecio,
ausentarme es cobardía,
y si á darla muerte apelo
á esta fiera (que no fuera
muy estraño en sus escesos)
una vez desafiado
me espongo á que diga el pueblo,
que por evitar el lance
le dí la muerte en secreto.
¿No hay para mí una salida?
¿qué te he hecho, qué te he hecho,
fortuna, que en mis congojas
aun no me dás aquel fiero,
aquel doloroso alivio
de escoger de el mal el menos?

ESCENA VII.

Enrique y sale Lotario.

Lotario.

Aun no bien convalecido
de aquel infeliz rencuentro,
en que celoso y herido

dos veces quedé por muerto.
Informado de que Enrique
(á Margarita trayendo)
la vuelta de Flandes marcha,
la vuelta de Flandes vengo.
De ella en Bruselas no hallo
noticia; de él me dijeron
que estaba en Palacio, y aunque
no es á propósito el puesto
para llamarle, no importa:
¿sabreis decir, caballero,
si por aquí... ¡mas qué miro!

Enrique.

Proseguid, que... ¡mas qué veo!

Lotario.

¿Lo que tan ansioso busco
me dás, Fortuna, tan presto?

Enrique.

¿A un empeño me socorres,
fortuna, con otro empeño?

Lotario.

Yo, Enrique, os vengo buscando
para dejar satisfecho
de aquella pasada herida,
el acaso, no el esfuerzo,
que en lances de armas, la dicha
no quita el merecimiento,
si está á cuenta del valor
el arrojo, no el suceso:
pero antes que remitamos
las razones al acero,
no por vos, sí por la dama
(que pues la traeis, es cierto
que será para casaros)
pretendo satisfaceros,

pues en hombres como yo
las damas son lo primero;
y pues hemos de reñir
cuando yo no escuso el riesgo,
dejar bien puesta una dama,
es dejarme á mí bien puesto.
Mi enemiga Margarita,
siempre fué tanto, que viendo
que en su obstinacion pasaba
lo decoroso à protervo,
de Laureta su criada
me valí, con que poniendo
una escala á los jardines
me hallé á pocos lances dentro;
Ella turbada, (quizá
de esperaros tan al mesmo
punto) en una galería
me introdujo, con intento
de que no me vieseis, coto
que no guardaron mis celos;
y mas cuando unos cristales
eran solo impedimento,
y mis sospechas graduando
mi agravio, fueron creciendo:
La criada es buen testigo
y todo Nanci, á quien fuèron
públicos y aun murmurados,
mis ánsias y sus desprecios
Esto es cuanto á ella, y cuanto
á mí ahora. ..

Enrique.

Deteneos,
pues habiendo dicho antes,
que solo venis resuelto
á vengaros, el seguiros

me toca.

Lotario.

Venid.

Enrique.

¿Qué es esto?

Lotario.

Bando parece; y las puertas
de Palacio ocupa el pueblo
á ver un cartel, que en ellas
han fijado.

Enrique.

Pues miremos
(ánsias á espacio) qué dice. (1)

ESCENA VIII.

Decoracion de Calle.

Dichos, y sale Margarita.

Margarita

A Enrique vengo siguiendo,
por ver si el despecho mio
le ha obligado á algun convenio.

Enrique.

¡Cielos, ya llegó este golpe!

Lotario.

Y ya lidiar no podemos.

Enrique.

¿Cómo?

Margarita.

¡No es este Lotario!

Lotario.

Como este cartel leyendo
no puedo con tal contrario

(1) *Pónense como leyendo.*

olvidarme, de que debo
con las dos obligaciones
de vuestro paisano y deudo
á todo trance asistiros,
y asi mi enojo suspendo,
hasta que por vuestro honor
volvais.

Enrique

Y yo os lo agradezco;
ya que es estilo sabido,
que no pueda un caballero,
teniendo un duelo aceptado
aceptar otro

Margarita.

Pues veo
testigo de mi honor vivo
al que imaginaba muerto,
en él vengaré mi saña,
á Enrique satisfaciendo.
¿Enrique?

Enrique.

¡Ah, fiera! ¿otro lance?
mas disimular intento: *ap.*
¿qué me manda vuestra Alteza?

Lotario

¡Cielos! ¿es verdad ó sueño?
Alteza dijo

Margarita.

Sabed.

ESCENA IX.

Dichos, y salen Fernando y Gaston.

Fernando

Buscándoos, Infante, vengo,

Gaston.

A buscáros vengo, Enrique.

Lotario.

¿Infante dijo? ¿qué es esto?

Fernando.

Porque ha concedido el campo
á los dos el gran Consejo.

Gaston.

Y asi á elegir dia y armas
es fuerza que nos juntemos.

Enrique.

Cuanto al dia, el de mañana,
que no hay plazo como luego:
cuanto á las armas, de gala
habémos de entrar al fuero
de caballeros notorios,
donde puedan conocernos
por rostros y por divisas,
que yo prevenidas llevo
á los dos armas, iguales
en temple, medida y peso.

Margarita.

No es esto á lo que venia;
mas yo lo diré á su tiempo.

Enrique.

A no irme el Príncipe honrando,
que á vos os causára es cierto,
Lotario.

Fernando.

Vamos, Infante.

Margarita.

Ya fortuna por lo menos,
con la muerte de Lotario
la satisfago ó me vengo. *Vase.*

Enrique.

Ya por lo menos, fortuna;
me ha dado el discurso un medio
para salir deste lance,
con que celebrado espero
ver al mundo la agudeza
que pudo enseñarme el riesgo:
¡ó, necesidad, y cuánto
te debe el humano ingenio!

ESCENA X.

Lotario.

¿Principe, Infante y Alteza?
muchos Príncipes son estos,
y mas cuando en aquel rostro
todas las señas contemplo
de Margarita; pues si ella
vino con Enrique huyendo,
¿cómo sin él contra el
(su propio trage depuesto)
está? ¿cómo le ha retado,
y con él acepta el duelo?
¿cómo es Infante? discurso,
aquí sin duda hay misterio,
ó no es ella, que mil veces,
y en nuestro siglo se vieron
(quizá para grandes casos
parecidos dos sugetos)
mas no, hasta el habla es la misma;
¿pero Enrique tan grosero
habia de lidiar con ella?
si alguno viera el suceso,
y esta fuera Margarita,
dijera que estaba suelto

todo, declarando yo
que es muger, con que el empeño
cesaba; pues no, por mí
no ha de saberse el secreto:
lo primero, porque yo
á decirlo no me atrevo
por si no es ella, que fuera
creyéndome de ligero,
quedar con todos corrido
en lance tan manifiesto.
Lo ségundo, por si es ella:
¿porque quién será tan nécio;
que en lance tan impensado,
tan esquisito y tan nuevo,
no quiera ver la salida
que Enrique dá? y asi pienso,
porque busque la Fortuna
otra clave á tal secreto,
la luz queda en mi noticía,
apagarla en mi silencio.

ESCENA XI.

Dicho, y sale Laureta.

Laureta.

Lotàrio, si una infelice....

Enrique al paño.

Siguiendo á Laureta vengo
por ver si habla con Lotario,
pues de su inquietud recelo
que le busca.

Lotario.

¿Pues Laureta?
¿tú en este trage? ¿qué esceso?...

Laureta.

Eso no es de aquí, pues solo
lo es que de mi ama sabiendo
que aquí quedas asustada,
y aun mal viva, te prevengo,
que pues sabes que por tí
me atreví á tal desacierto
como arrojarte la escala
para introducirte dentro
del jardin, sin ser mi ama,
no solo cómplice en ello,
pero aun sin tener malicia
de mi lealtad y mi afecto;
en prémio deste servicio,
que no lo digas te ruego,
pues si ella ó Enrique llegan
á penetrar el enredo,
aun con la vida no pago.
Ya conoces su despecho:
Caballero eres, Lotario,
obra como Caballero. ***Vase.***

Lotario.

Aguarda, detente, espera;
pero yo en su seguimiento
vestiré mis esperanzas
de las alas del deseo. ***Vase.***

Enrique.

Amor, ya con este acaso
voy en todo satisfecho
del honor de Margarita,
por si no hay otro remedio;

ESCENA XII

Salen don Fadrique de Aragon de camino, á la española, con hábito de Santiago, y Ricardo, criado.

Ricardo.

¿No vienes, señor, cansado?

Fadrique

Pues del golfo embrabecido
en España fui servido
y en Inglaterra arrojado:
luego su canal pasé,
y al tocar la opuesta banda,
por las provincias de Holanda
el Bravante atravesé.
Como hizo el mar dilatado
mi viage, deseoso
de ver pais tan hermoso,
de toda Europa envidiado,
oculto quise llegar
á Bruselas, por poder
todas sus grandezas ver,
sus maravillas notar,
en tanto que á ostentacion
llega por el mar mi gente,
con el séquito decente
á un Infante de Aragon;
y mas cuando el caso es llano,
que aquí la venida mia
esperarán cada dia,
por cartas del Rey mi hermano;
y al ver tanta ostentacion,
entre bélicos despojos,
puedo decir que en los ojos
vive aquí la admiracion.

Ricardo

Pues si novedades viendo
hemos de ir, ver determina
un cartel que en esa esquina
estan mil hombres leyendo.

Fadrique.

¿Qué contendrá?

Ricardo

Dice así:
Don Fadrique de Aragon....

Fadrique.

¿Cómo?

Ricardo

¡Estraña admiracion!
por Dios que te nombrá á tí:
si como te has detenido
por la borrasca cruel
en Flandes, este cartel
te pregona por perdido.

Lee Fadrique.

Don Fadrique de Aragon, Infante de Aragon, señor de Cardona, maestre de Santiago, ante la Serenisima Princesa, madama Juana Matilde, condesa Palatina de Borgoña y Flandes, duquesa de Bravante, ect. Con la autoridad del Supremo Magistrado de esta Corte, en la plaza de su Palacio mantendré á Enrique de Lorena, conde Clermón, en el dia que el señalare de este mes de julio del año del Señor 1216, con las armas que eligiere; que es perjuro y mal Caballero, por haberle faltado contra su fe á una palabra, y porque á noticia, ect.

No leo mas, que una traicion
me está en golpes repetidos
dentro del pecho á latidos
avisando el corazon
¿Quién será, Cielos, el hombre
que en el empeño que arguyo,
para valor que es tan suyo
se ha valido de mi nombre?
Alguna invencion estraña
mi valor apurar piensa;
pues sin ser mia la ofensa
lo ha parecido la hazaña:
¿qué es esto, Ricardo?

Ricardo.

¿Yo
qué puedo de eso saber?
pero alguno hubo de haber
que tu nombre se pegó.

Fudrique.

Yo sabré el dia aplazado
para el duelo, y pues llegué
en público dejaré
el engaño averiguado;
ya que el uno por mi honor,
si el otro por su castigo
han de hacer campo conmigo
el retado y retador;
y porque á Flandes asombre
mi valor enfurecido,
si mi nombre está ofendido,
yo volveré por mi nombre.

Ricardo

Hágaume á mí mil regalos
(aqui para entre los dos)
y á mi nombre vive Dios

mas que le harten de palos.

ESCENA XIII.

Al son de cajas y clarines se descubrirá una gran tienda de campaña, en que estará sentada Matilde en un Trono, y en gradas sus damas: á la puerta habrá una silla, en que estará sentado Adolfo con baston, y delante de él un bufete con sobremesa y recado de escribir: á los lados ha de haber dos tiendas menores, en una estarán Margarita y don Fernando, y en otra don Gaston y Enrique; y salen Laureta y Roberto.

Adolfo.

Ya que soy juez deste campo,
en que solo vuestra Alteza
puede presidir; pues siendo
causa de Príncipes esta,
á Potestad Soberana
su decision se reserva:
y ya que á mi cuenta está
cuanto en esta lid suceda,
pues el gran Senado en mí
su autoridad subdelega:
licencia, señora, aguardan
las partes, que se presentan
por mí ante vos; dad lugar
que en vuestro juicio parezcan.

Matilde

Aunque por mí rehusára
ser testigo á su contienda;
no pudiendo al arbitrage
escusarse mi presencia,
cumplid con las ceremonias
de vuestro oficio.

Adolfo

Pues vengan

las partes y sus padrinos
en tal forma, que dar pueda
yo fé de que son los mismos,
con las caras descubiertas,
desarmadas las personas,
y desnudas las cabezas.

Fernando.

A vos es esta llamada. (1)

Margarita.

Pues responda mi obediencia:
ea, valor, hasta aquí
duró la vana sospecha,
de que perseguido Enrique,
se rindiese á mis finezas:
ya que aceptada la lid
ninguna esperanza queda,
pues lo que empezó el capricho
proseguirá la fiereza;
y pues la opinion perdida,
es bien que la vida pierda;
quede ahora á la venganza
lo que falta á la tragedia. *Llamada.*

Gaston.

Ya nos llaman.

Enrique.

Si el capricho
que me ha ofrecido la idea,
en fé del cual con mi dama
el duelo mi honor acepta
no se logra; ¡ay de mi fama
al público trance espuesta!

Roberto.

Memento mi cuchillada,

(1) *Tocan las llamadas.*

pues te dió á tí la medida
el Príncipe de la daga,
descosedor de cabezas

Fernando

Don Fadrique de Aragon,
á vuestras plantas escelsas.

Gaston.

A vuestras heróicas plantas,
por mí Enrique de Lorena.

Los dos.

Para presentarse piden,
señora, vuestra licencia.

Adolfo

Por mí su Alteza os lo otorga;
y para que el mundo sepa,
Fadrique, vuestra demanda,
es forzoso proponerla.

ESCENA XIV.

Dichos y sale Lotario, y despues Fadrique.

Lotario.

El concurso de la plaza
hasta ahora no me deja
llegar á apurar mi duda.

Adolfo

Haced, pues, relacion della.

Margarita

Don Fadrique de Aragon ...

Sale Fadrique

Esperad por vida vuestra,
que habiendo oido mi nombre,
una pretension como esta,
solo el proponerla toca
á quien toca defenderla.

Margarita.

¡Cielos, este es el Infante!
penas se añaden á penas.

Fadrique.

Augustísima Matilde:
apenas la primer hüella
de mi peregrina planta
comuniqué á tus arenas,
cuando en carteles distintos
oí, que á mi nombre intenta
(no sé quien) añadir juntas
una hazaña y una ofensa.
Don Fadrique de Aragon
soy yo solo; si las señas
ó en retrato esparcidas,
ó en noticias manifiestas,
(cuando del Rey no me valga
una carta de creencia)
de esta verdad no os informa;
puede informarlo ella mesma,
que siendo mia, en el mundo
no puede haber quien se atreva,
no digo yo á disuadirla,
mas tampoco á no creerla.
A mi nombre le habeis dado
campo, mi nombre le acepta:
lo primero contra Enrique,
pues es fuerza que mantenga
cuerpo á cuerpo mi persona,
lo que mi nombre le reta,
y cartel que por el mundo
en hombros del viento lleva,
si la Fama en tantas trompas,
la noticia en tantas lenguas;
que me ofendió habrá esparcido,

y á mi honor mal estuviera,
que quien la ofensa ha sabido
el desagravio no sepa:
y en el segundo lugar
mi honor defender intenta,
al que ha usurpado mi nombre,
que no es digno de nobleza,
mal caballero y villano,
pues no es posible que tenga
alguna nobleza suya
quien ha menester la agena.

Enrique.

¡Cielos, este es otro lance,
que ya ha dias que recela
mi confusion! ánsias mias,
¿cuándo acabaran mis penas?

Lotario.

La estrañeza deste lance
tan fuera de mí me deja,
que entre ella, entre mí y Enrique
no sé á lo que me resuelva.

Fernando.

¡Cielos, aquí hay dos Fadriques!
y cuando á servirle en esta
ocasion mi obligacion
y parentesco me llevan,
dudoso en ella, no sé
á cual sirva ó á cual ofenda.

Gaston.

¡Notable empeño!

Adolfo.

Esto importa
averiguar con cautela.

Roberto.

¡Que siempre me pareció

que el tal Infantico era
embustero!

Matilde.

¡A mí no en vano
me cansaba la soberbia
de este presumido joven!

Adolfo

Si os ha admirado suspensa
mi neutralidad ha sido
por una duda tan nueva,
que en los estilos del duelo
hasta ahora no se acuerda
de leerla mi memoria,
de mirarla mi esperiencia:
¿quién pues, es Fadrique?

Los dos.

Yo.

Adolfo

Aun es mi duda la mesma.

Fadrique.

¿Quién será este jóven, Cielos,
que de su rostro las señas
he visto, y estoy dudando
adonde le vi y quien sea?
Yo soy Fadrique, y á quien
lo dude ó no lo conceda,
sabrá este acero.. *Empuña.*

Adolfo

Tenedos.

Fernando

Y si la verdad es esa,
sabré al lado de el Infante
castigar á quien pretenda

engañarme con su nombre. (1)

Lotario

Habiendo noble que vea
á dos contra un hombre solo,
ponerse á su lado es fuerza. (2)

Enrique.

¿Quién os dijo que está solo,
si es mi obligacion primera
defender á mi enemigo?

Gaston.

Y mia en cualquier empresa
estar al lado de Enrique.

Margarita.

¿Ni quién os dijo que quiera
yo vuestro socorro, cuando (3)
lo que tarda mi fiereza
en mataros, vá mi ira
acusando mi paciencia?

Adulfo.

¿Ni quién á todos os dijo,
que á cualquiera que se atreva
á no estar en todo al juicio
de tan heróica Princesa,
como á él asiste, no haré
que respete su presencia?

Fadrique.

A mí me toca morir,
antes que en duelo consienta,
que otro con mi nombre lidie
y yo nombrado lo vea.

---

(1) *Pónese al lado de Margarita.*
(2) *Pónese tambien*
(3) *Pónese contra Lotario.*

Fernando.

Y yo lo defiendo, pues
dias ha que mi sospecha
este engaño me avisaba.

Enrique.

Y á mí me toca que tenga
el que me ha desafiado
seguridad, y aunque fuera
otro su nombre, no es
circunstancia esa que altera;
librémosla de Fadrique,
y lo que viniere venga,
que conmigo es otra cosa.

Gaston.

Que á todos nos toque es fuerza;
hacer bueno el campo.

Adolfo.

Todo
armas y voces se suspendan,
que el que fuere contra el bando,
ó el que no esté á la sentencia
que diere mi autoridad,
por vida da la Condesa
mi señora, que hallará
en fé de su inobediencia
contra sí, todas las armas
de la guarda quo nos cerca.

Todos.

¿Pues cuál la sentencia es
que dais en la causa?

Adolfo.

Esta:
El campo desta batalla
le ha concedido su Alteza,
á lo Real de la persona,

no del nombre á la apariencia:
de una ofensa se ha quejado,
la cual Enrique no niega;
pues si el reo y el actor
en las personas concuerdan,
no es esencial circunstancia
del nombre la diferencia:
lidien los dos, bien que á salvo
su derecho se reserva
á este caballero, para
ventilar despues su ofensa
con el que quedare vivo;
y quien replicare, sepa
que de la Condesa ofende
á la autoridad suprema,
pues de la sentencia suya,
para su pasion apela

Fernando

Pues siendo asi, á su persona
ofrecí yo mi asistencia,
protestando que el que fuere
Fadrique, ha de hallar espuesta
á su venganza mi vida.

Fadrique

Tambien mi valor protesta
que pues no hay apelacion,
al que quede vivo espera
mi furor.

Enrique.

¡Cielos, ya vuelve
todo el empeño á su fuerza,
pues con Margarita lidio!

Margarita

¡Cielos, ya el lance se trueca!
ea, honor, á la venganza

todas mis iras despierta.

Lotario.

Otra vez vuelve el empeño
á la confusion primera,
yo he de ver lo que hace Enrique
como no lidie con ella,
que antes hallará mi vida
á su dictamen opuesta.

Adolfo

Enrique, elegid las armas,
que á vos os toca el traerlas,
y á mí el verlas y el pesarlas.

Enrique.

Ahora la industria entra: *apa*
en el ardid va el honor,
fortuna, mi honor te duela.
Los caballeros que lidian
y el pecho vestir intentan
de láminas aceradas,
que ha congelado por venas
la cóncaba contextura
del embrion de la tierra,
en tanto el valor desnudan
cuanto visten la defensa.
Al hombre crió desnudo
próvida naturaleza,
ni armado el pecho de escamas;
de conchas ni de cortezas,
quitándole tan del todo
los instrumentos de guerra,
que el hierro y acero quiso
que á su cólera escondiera
la ciega profundidad
de las ocultas cabernas.
Con una espada de marca

lidiaremos, sin que tenga
la defensa mas reparo
que el que diere la destreza:
no solo sin armas; pero
para que ninguno entienda
que la ropa las oculta,
ó que el adorno las zela,
el pecho todo desnudo
ha de estar, y por decencia
de los soberanos ojos
que asisten á la contienda,
dos túnicas tan sutiles
vestiremos, que parezca
que en trasparentes vapores
en la trama se congelan,
siendo ilusiones del lino,
y siendo de gasa nieblas;
y pues estan prevenidas,
una llevad á la tienda
de mi contrario, y en tanto
que al combate se prevenga,
llenará el aire el estruendo
de cajas y de trompetas.

Gaston.

¡Bizarra resolucion!

Fernando.

¡Gallardía como vuestra!

Margarita.

¡Ay, infelice de mí,
que entre angustias y entre penas,
la misma respiracion
ha dado un nudo á la lengua!

Roberto.

Con la gala del nadar,
el diablo de mi amo mezcla

hoy la gala del reñir.

Margarita.

¡Yo he de verme en esta afrenta! *ap.*

Laureta

Entendióselas Enrique.

Lotario

Vive el Cielo que me deja
admirado, pues no puede
reñir con una indecencia
tan pública Margarita,
y llegando el caso, es fuerza
que en su desnudéz conozcan
que por muger la respeta:
la mayor salida ha sido
que pudo hallar la agudeza.

Fernando.

Venid, pues.

Margarita.

¿Desnuda yo? *ap.*

Adolfo.

¿Pues qué suspension es esa?

Margarita

¡Qué me haya puesto mi arrojo *ap.*
en tan pública vergüenza!

Adolfo.

¿Qué haceis?

Margarita.

Pensando estoy que es
muy indente pelea
de bárbaros gladiatores,
que lidian hombres y fieras,
la desnudéz, y que yo...

Adolfo

Eso no es de vuestra cuenta;
pues aquel que desafia,

al arbitrio se sujeta
del retado, sin que haya
privilegio que le absuelva.

Margarita.

¿Yo?

Adolfo.

Ea, no hay que replicar.

Fernando.

Ved que parece tibieza
la resistencia, por Dios.

Lotario.

¡En fiero lance está puesta!

Margarita.

¿No hay remedio?

Todos.

No hay remedio.

Margarita.

Pues antes que yo me vea
en pública confusion,
sabré postrándome en tierra
con lágrimas, que en arroyos
mis suspiros humedezcan,
dándome en fin por vencida,
suplicarte que te duelas
de mi honor y vida, Enrique,
que yo .. ¡ay de mí, que no acierta
del corazon á los ojos
aun las lágrimas la senda.

Enrique.

¡Cielos, Margarita llora!

Laureta.

Descubrióse la cautela.

Roberto.

¿Lágrimas? este guapo
nos ha salido vadea.

Fernando

Eso es querer que yo agora
satisfacer que pretenda
de que á su lado me saque
quien tan desairado vuelva.

Fadrique.

¿Y que yo agora castigue
vuestro engaño?

Adolfo.

¿Y que yo pueda
como falso acusador,
dar al delito la pena?

Lotario.

¿Y que yo á su lado puesto
lo estorve?

Todos.

Yo.

Roberto.

Braba gresca.

Enrique

Teneos, que yo quiero á todos,
pues por mí rendido queda,
dejar bien puestos y airosos.

Todos.

¿Cómo?

Enrique.

De aquesta manera:
asi no digo quien eres, (1)
dilo tú, pues consideras
lo que importa.

Margarita.

Antes pretendo
hacer que Lotario....

(1) *Dale la mano.*

Enrique.

Cesa;
que á no estar yo satisfecho,
de ningun modo te diera
la mano.

Todos.

¡Pues para todos,
que satisfacion es esa?

Enrique.

Que llora y le doy la mano,
con que respondido queda
á todo, pues mi valor
desaires no le sufriera
sino á quien llorar pudiese.
Y á ninguno duelo resta,
con que me ha dado esta mano;
que es tan blanca como bella,
de tal suerte que la mia
es dificil que consienta
á ninguno en su decoro
réplica, duda ó respuesta.

Lotario.

Y pues no solo sabeis
que es muger la que sustenta
el duelo, sino muger
de un Enrique de Lorena,
yo á su lado...

Fadrique.

Deteneos,
que con esa especie nueva,
acordando de su rostro
á lo memoria las señas,
no solo sé desde España
quien es, y que no me deja
lance, pero celebrando

lo agudo de su cautela,
estaré siempre á su lado.

Fernando.

Y yo, señor, pues ya es fuerza
ser vos Fadrique, os ayudo.

Matilde

¿Contra quién? sino quien quiera
mas que dar de su ventura
á Enrique la enhorabuena.
Y porque en mi Corte cesen
escándalos y tragedias,
pues en mí no hay eleccion,
yo haré que presto resuelva
mi Consejo cual de todos
por Conde de Flandes queda.

Roberto.

¿Y esta ama me trais á casa?
señor, ajusta mi cuenta,
que no quiero cada dia
quebraderos de cabeza.

Margarita.

No habrá, si callares tú:
dando fin á la Comedia
del Duelo contra su Dama,
perdon ó aplauso merezca.

El Duelo contra su Dama.

Lotario, enamorado de Margarita, hija del generalísimo de las armas de los duques de Lorena, determina escalar su jardin para hablarla y vencer los desdenes que le hace sufrir por espacio de tres años Laureta, doncella de Margarita, ganada por Lotario, le tiene dada una cita para el jardin donde vea á su ama, siendo la señal del momento opurtuno la de cantar ella una letra. Baja Margarita á dicho sitio con Laureta, y la lee una carta de su amante Enrique de Lorena, en que la dice, que habiendo pedido licencia en aquella retirada de campaña ha llagado á Nanci por la posta, y piensa verla en aquel sitio, pidiéndola, que cuando sea hora de estar recogida la familia se lo dé á entender, haciendo cantar á Laureta como por acaso. La doncella, apalabrada en los mismos términos con Lotario, procura escusarse con varios pretestos, y no siéndola posible resistirse, trata de que por el sentido de las palabras de su canto procure Lotario mas bien desistir, que llevar adelante su intento; pero nada de esto sucede. Preséntase á la seña Lotario ante Margarita, sorpréndese ésta de ver en su casa á su enemigo por asuntos de familia, él la declara su amor, ella le ruega astutamente que en tanto que registra para ver si está quieta la casa antes de escucharle, se retire á una sala y le eche la llave, y Lotario accede. Sobreviene Enrique atraido de la misma seña, y se llena de recelos al notar la frialdad con que le recibe su amante, turbada como está de la inopinada aparicion de Lotario. Este, que por las vidrieras de la galería en que está oye sus coloquios amorosos, rompe despechado los vidrios y sale al jardin, en el que se baten ambos quedando

muerto Lotario, y despidiéndose Enrique despues de renunciar al amor de Margarita sin querer escucharla, y declarándola vá á corresponder á la ternura que le profesa Matilde, condesa de Flandes. Acude gente al ruido de la pendencia, y Margarita por borrar los indicios que debian resultar de aquella muerte contra su celoso amante, declara que ella ha muerto á Lotario en castigo del atrevimiento de asaltar su estancia, disponiéndose en seguida á una estraordinaria empresa de amor. Obsequiada en su corte de Flandes Matilde por Gaston príncipe de Bearne y por don Fernando infante de Portugal, é insensible á sus rendimientos, refiere á Lisarda su doncella, que desde que hallandose en la corte de Alemania la libertó la vida Enrique de Lorena, sacándola á nado de un estanque, cuyo hielo se habia roto corriendo ella en un trineo, está prendada de él aunque pobre, y mucho mas por la discreccion con que observaba el secreto que le habia encargado. Enrique con su criado Roberto se presenta en Bruselas, y lo mismo con su doncella Laureta Margarita disfrazadas de hombres, á tiempo que están robando á los primeros unos salteadores, de quienes los defienden. No logrando Margarita convencer á Enrique de su inculpabilidad en la riña que tuvo con Lotario, le exige palabra de no descubrir quien ella sea mientras esté disfrazada. Enrique detiene á un caballo que iba á precipitar á Matilde; pero al traerla desmayada en brazos, Margarita celosa finge ser ella quien la ha libertado de aquel peligro, dándose á conocer por don Fadrique infante de Aragon, viéndose Enrique obligado á callar mediante el juramento hecho. Bátense los dos, sufriendo Enrique el bochorno de que Matilde le crea cobarde al verle retirarse, evitando el sostener el combate con Margarita.

Pretende Enrique disculparse con Matilde, y persuadirla de que es él quien la ha salvado del último riesgo que ha corrido; pero se vé atado y confuso con la palabra que tiene dada de guardar secreto acerca de la persona de Margarita; añadiéndose que en vez de tomar venganza de la ofensa que el supuesto Infante le hace en la persona de su criado Roberto, que llega á quejarse á presencia de Matilde, le amenaza, confirmando asi mas para con esta su reputacion de cobarde. Margarita habla con Enrique en el jardin de Matilde, á tiempo que mirándolos esta desde un balcon se la cae una cinta: van á cogerla ambos, y queda en poder de Margarita; pero sobreviniendo Fernando y Gaston determinados á cobrarla con la punta del acero de quien la tenga: Margarita se la cede á Enrique, declarando á los nuevos competidores que aunque la deben cobrar de aquel, se pondrá á su lado para defenderlo. Matilde las dice que la cinta es de una de sus damas, por sacar del compromiso á Enrique, y pide á este se la devuelva. Enrique se resiste alegando que hay otros que la piden, y se opone igualmente Margarita á que Enrique entregue la cinta, pronta á batirse con cualquiera en su defensa, y quedando citados para reñir los cuatro detras del Parque Fernando advierte á Enrique que siendo el Parque el sitio mas frecuentado de la Condesa, será mejor elegir para el duelo un bosque que le designa. Esta idea le agrada á Enrique, lisongeándose poder evitar asi que Margarita se bata, citando por su parte á Gaston á otro punto; pero se encuentra con un billete de este que le cita al mismo bosque que Fernando. Reunense los tres, y como tarda Margarita ó el supuesto Infante, mientras altercan queriendo cada uno de ellos reñir con Enrique, se presenta Margarita quejándose de la superchería de no haber mu-

lado el sitio sin avisarselo Enrique se empeña en que Margarita no riña de modo alguno, amenazando al que desembaine contra ella la espada Acométense los cuatro, y sobreviene Adolfo con gente, llevándose preso á Enrique de orden de Matilde.

Matilde reconviene á Enrique y demas de haber desobedecido la órden suya para que cesase todo duelo, y quedan todos reconciliados. Matilde procura desvanecer la preocupacion en que está Enrique de su fidelidad; pero no lograndolo, le obliga á que saque la espada, y pide á la Condesa campo contra Enrique, alegando haberle quebrantado una palabra. Llega Lotario á Bruselas siguiendo á Enrique para pedirle satisfacion de su agravio, y viendo fijo el bando que anuncia el duelo de su ribal y del supuesto don Fadrique, determina remitir el suyo para mas adelante por servir de padrino á Enrique. Auméntase su confusion al ver á Margarita, pero determina callar. Laureta temerosa con la llegada de Lotario, le suplica no descubra haber sido ella quien le proporcionó la entrada en el jardin, cuya conferencia habiendola escuchado Enrique, queda satisfecho de la firmeza de Margarita; pero siempre comprometido á seguir el duelo Entretanto sobreviene el verdadero don Fadrique, que lee tambien el cartel, y lleno de indignacion determina batirse con el retador y el retado. Llegadó el momento del duelo, y descubriéndose el verdadero don Fadrique, se suscitan nuevas dudas que decide Adolfo, declarando que habiendo la Condesa concedido el campo á lo Real de la persona, y no á la apariencia del nombre, combatan Enrique y el fingido Fadrique, quedando reservado al segundo el ventilar su ofensa con el que sobreviva: decision que vuelve á constituir á Enrique en la terrible precision de batirse con su dama En este apuro, y to-

cándole como á retado elegir las armas, pide sea el duelo sin armadura alguna, y con el pecho descubierto, para que no se sospeche engaño ni traicion, condicion á la que no pudiendo negarse Margarita, la precisa á descubrirse, dando la mano de esposa á Enrique.

El argumento de esta Comedia es todo caballeresco; y si bien no es de las mejores de Candamo, llena el principal objeto que en aquel tiempo se proponian los autores dramáticos, á saber, el enredar la accion hasta lo sumo, para sorprender luego al espectador con el desenlace; y asi es que desde el principio al fin se sostiene el interés á favor de los protagonistas Enrique y Margarita, comprometidos por el desacierto de Laureta. La delicadeza de Enrique en cumplir la palabra dada á Margarita de no descubrirla, y los celos y caracter varonil de esta son dramáticos bien manejados; no dejando de ser imprevista la solucion del nudo, que el espectador la aguarda mas bien de los personages episódicos don Fadrique y Lotario, que del fondo de la accion y leyes del duelo de donde la saca el autor. Para juzgar sin prevencion de estas composiciones, es necesario trasladarse al siglo en que se hicieron, y á las costumbres que entonces reinaban, tan diferentes de las actuales: consideracion que nos hará necesariamente disimulables las inverosimilitudes de ciertos lances que pretendemos medir por el nivel de la sociedad actual. El estilo adolece en varias partes de inchazon metafórica, como en estos versos:

Dirás que apenas del viento
en la diáfana campaña,
pájaro estrangero cruza,
ave peregrina pasa,

ó ya en los tornos ginete,
ó ya en los bordos pirata, &c.

Pero en compensacion hay pensamientos espresa-
os con sencilla delicadeza, como el siguiente:

No hay delito que una hermosa
perdone de mala gana
si nace de amor, porque
si ella ocasiona sus ánsias,
cuanto es mayor el efecto
se acredita mas la causa.

Es tambien graciosa la cancion de Laureta con
ue avisa á Lotario:

Fuentecilla bulliciosa,
que con travesura incauta, ect.

Y algunos golpes epigramáticos como este:

¿Quién creyera ¡dura estrella!
ladrones en los caminos
á la Corte tan vecinos?
Roberto
¿Pues no los hay dentro de ella?

ÉL ESCLAVO

EN GRILLOS DE ORO,

PERSONAS.

Trajano, Emperador de Roma.
Obinio Camilo, Galan
Elio Adriano, sobrino de Trajano.
Licinio, Prefecto de Roma.
Lidoro, Centurion.
Un Senador.
Un Músico.
Música.
Sirene, Dama.
Octavia, Dama.
Libia y Flora, Criadas.
Cleantes, Anciano, Consul de Roma.
Corbante, Criado.
Gelanor, Criado.
Una muger.
Un Alquimista y acompañamiento.

La Escena pasa en la ciudad de Roma.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

can á una parte cajas y clarines, y á otra instrumentos músicos, y salen por los dos lados Soldados ompañando á Adriano y á Trajano, que saldrán r encontradas partes y por medio de todas las das coronadas de rosas, y Cleantes con gramalla y 'a de Senador y unas llaves doradas en una fuente, Camilo, Lidoro y Gelanor, vestidos todos á la romana.

Música.

En hora dichosa llegue
al sacro templo de Palas,
todo el esplendor de Roma
en los dos Héroes de España,
diciendo en trompas bélicas,
músicas consonancias;
Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

Voces.

Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

Trajano.

Aquí cesando el estruendo
de trompas, voces y cajas,
que la atencion nos confunden
y el aire nos embarazan,
de los dos triunfales carros
que en festones y quedallas,

tantos aplausos abultan
en empresas que resaltan
allí salpicado el oro,
y escarchada allí la plata;
dejemos las altas popas
que de oro son vivas ascuas;
y tanto, que concibiendo
al sol en pálidas llamas,
es mas tratable á la vista,
menos activa y mas blanda
la luz que el sol les imprime,
que el reflejo que trasladan;
porque luz vestida de oro,
ciega con mas eficacia.
Dejemos los carros digo,
y en el templo que consagra
á Palas Roma, ofrezcamos
de su deidad á las aras,
los triunfos que nos da el Cielo.
Tú, Adriano, llega y enlaza
tu vida á mi vida en este *abrázale.*
nudo: ¡ay, sobrino, con cuanta
terneza miro á tus triunfos,
si en tu juvenil bizarra
edad, se está renovando
mi caduca edad anciana.

Adriano

Todos los triunfos, señor,
que por victorias tan altas
como tu fortuna pudo
comunicar á mi espada
me dá Roma, nó lo fueron
hasta llegar á tus plantas.
A mi enemigo Camilo *ap.*
he visto, cuando en la rara

hermosura de Sirene
hidrópico trasladaba,
por ver de sus perfecciones
á los ojos todo el alma:
¿á un tiempo celos y amor?
mal agüero es de mi entrada.

Octavia.

¡Ay, Adriano, ¿de tu ausencia
cómo es posible que haya
podido sobrarme vida,
para ver hoy dichas tantas?

Camilo.

¡Ay, traidor, como la mira!

Lidoro.

Disimula, siente y calla.

Cleantes.

Trajano, Cesar invicto
de Roma, á cuyas hazañas
aun vienen estrechas todas
las claúsulas de la fama.
En este sagrado templo
en fé de la acostumbrada
ceremonia de los triunfos,
todos los padres te aguardan
conscriptos; y por mí, todo
el Senado las doradas
llaves de Roma te entrega,
como á su dueño.

Trajano.

Levanta,
Cleantes, que no á mis pies
estais bien, aunque eres vasa
de mi Imperio, en cuyos hombros
tanta parte dél descansa,
mas que sustenta.

Cleantes.

¡Ah, Cielos!
¿yo tengó de ser la causa *ap.*
de turbar tanta alegría
con noticia tan infausta,
como la conjuracion
que con Camilo tratada
tienen tantos nobles? pero
mas á la cordura aguarda
el que advirtiendo molesta,
que el que contemplando engaña.

Sirene.

Todas los sacerdotisas
de la religiosa estancia
de esta clausura, en tu triunfo
llegan, señor. humilladas
á darte el parabien todas
festivas y coronadas
de rosas, cuyos fragantes
ojos, lágrimas del alba
bordaron, cuajando perlas,
rojas y verdes pestañas:
á cuyo fin, tus aplausos
repiten en voces varias.

Con música.

Diciendo en trópas bélicas,
músicas consonancias;
Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

Trajano.

De todos generalmente
recibo la alborozada
festiva obstentosa muestra;
pero de nadie con tanta
terneza, Sirene hermosa,

como de la venerada
religiosa tropa bella,
que por las mansiones vagas
de este sagrado edificio,
en cuya sobervia vana
los humos del templo esconden
magnificencia de alcazar
Y pues cercano á Palacio
tanto su sitio se halla,
que dél una oculta puerta
para su comercio, pasa
de las augustas al cuarto,
aquí mi triunfo se acaba.
Despedid la gente toda,
y entremos, que dando gracias
de la victoria de Armenia
al simulacro de Palas,
á Palacio por aquí
mas breve iré: Ay vida húmana,
¿qué habrá en tí que no fatigue,
si hasta los aplausos cansan?

Sirena.

Vamos en su aplauso todas
repitiendo en voces varias. *Clarines.*

Voces.

Trajano y Adriano vivan,
para timbre de su Patria.

ESCENA II.

Camilo, Lidoro y Gelanor.

Camilo.

¿Gelanor?

Gelanor.

Señor?

Camila.

¿Porqué
(mal sosiega esta llama)
avisaste á todos?

Gelanor.

¿Cuándo
no ejecuto lo que mandas,
no obstante el ser tu criado?

Lidoro

Aunque quien á darse alarga
consejo que no le piden,
disgusta antes que persuada,
aquel que al dictamen tuyo
oponerse quiera en nada,
no es otro, porque en sus voces,
de las tuyas usurpadas,
solo para concederte
sus ecos, y no palabras.

Camilo.

¿Porqué lo dices?

Lidoro.

Lo digo,
porque aunque estudiaste tanta
filosofia, y aunque
máximas tan elevadas
la política te enseña,
conozco la gran distancia
que hay en sus operaciones
de ejercerlas ó estudiarlas.
Si no te cabe en el pecho
una presuncion liviana
de ser Monarca: ¿qué hará
el serlo, y cómo se hallará
con la posesion, quien ya
no está en sí con la esperanza?

Mal tu quietud disimulas;
y las materias tan altas
que se hacen al vulgo solo
en el retiro sagradas,
por manos de hombres indignos
parece que se profanan;
pues luego las desestiman,
viendo que estos las alcanzan.
¿Tan grande conjuracion
como la que hay conspirada
á ceñir tus nobles sienes
de las inmortales ramas
del Sácro Laurel de Roma,
que el globo terrestre abraza,
por mano de este criado
indignamente se trata?
¿Qué enseñas á los amigos
que alientan tu confianza?
¡En cuán poco á tí y á ellos
estimas, pues tu arrogancia
trae sus vidas de su acento
de un hombre tan vil colgadas?

Gelanor

De lo mucho que usted me honra
le quedo á deber las gracias:
pagaré.

Camilo.

Ya sé, Lidoro,
lo que aventura mi fama
en accion tan peligrosa:
si en perderla ó en ganarla
consiste el ser mala ó buena,
y ha de quedar reputada,
si se pierde, de traicion,
y si se logra, de hazaña:

no la razon, el suceso
es quien hace buena ó mala
justicia, que se remite
al tribunal de las armas;
apresó el Magno Alejandro
un cosario que infestaba,
vandido de agua y de tierra,
en una veloz fragata,
marítimo alcon, que en bordos,
puntas y tornos disfraza
costas y mares á un tiempo,
sin que perdone su saña,
pescadores en las ondas
ni pastores en las playas.
Llamóle Alejandro, y dijo:
¿por qué, di ladron, robabas
tan vilmente? A que el cosario
respondió con mas constancia:
¿porque tú gloriosamente
robas tambien con tirana
sed? Si en tu oficio y el mio
no se encuentra mas distancia
que porque yo con un leño
humilde robo me infaman,
(aun siendo mayor mi arrojo)
con el nombre de Pirata;
y á tí te dén el de Rey,
porque robas con armadas.
Bien ha esplicado el ejemplo,
que no hay accion tan estraña
que la Corona no dore;
bien como la tíria grana,
que la púrpura al tinte,
se bebe todas las manchas,
porque en régios esplendores

no hay sombra que sobresalga.
Nuestros dioses no han sabido
enseñar mas ajustada
política, y de ellos poco
puede tener la venganza;
porque si ellos la ejecutan,
¿cómo han de poder culparla?
Cuando delinque el poder
á la justicia, le ata
las manos el poder mismo;
y culpa que en él recarga,
queda tal vez permitida,
y tal vez autorizada.
Hoy entró Trajano en Roma,
triunfante de Armenia y Partia,
con Adriano su sobrino,
que vencedor de las Galias
vuelve, añadiendo soberbia
á su española arrogancia.
Es Adriano mi enemigo,
por amante de la rara
hermosura de Sirene,
una de las celebradas
bellezas que en este templo,
que á Minerva se consagra,
y adonde las mas ilustres
nobles doncellas romanas
se crian, y desde adonde
con mas decoro se casan,
vive añadiendo á la infusa
tantas adquiridas gracias.
Su tio, el Emperador
Trajano, á Adriano le encarga
los militares manejos
en las facciones mas árduas,

á fin de nombrarle Cesar,
haciendole antes con maña
bien quisto de las milicias,
por el gran premio que aguardan
de aquel Príncipe, á quien vieron
capitan en las batallas,
consejero en los peligros,
y compañero en las marchas,
los soldados; pues no ignora
que no entran bien los Monarcas,
mayormente en las Corónas
que no son hereditarias)
mal vistos de la milicia,
que es quien ha de conservarla.
Si Adriano, pues, que á mi intento
competidor se declara,
se ciñe el Laurel de Roma,
ya veis con cuanta ventaja
de su poder á los filos
queda espuesta mi garganta:
y asi anticipado quiero
madrugar á su asechanza;
pues del poder las violencias
solo traiciones rechazan:
españoles son los dos,
y mi siempre ilustre casa
de los Camilos, es timbre
de las primeras ancianas
consulares y patricias
familias mas veneradas.
El mas rico y poderoso
de Roma soy; ya me aclaman
por liberal la milicia
y por natural la patria.
¿Pues por qué consentiremos

que manden la dilatada
esfera del mundo, dos
advenedizos de España?
Ya está Trajano muy viejo,
y la fortuna se cansa
de favorecer á unos;
porque juzga su inconstancia,
que el que la goza frecuente,
la imagina vinculada.
Los dos mañana á la muerte
se destinan; mas distancia
desde la tragedia al triunfo
no ha de interponer mi saña;
tan inciertos son los fines
en las venturas humanas.
Fiarme de este criado
impugnas, siendo ignorancia
no saber, que siempre ha sido
aun en las cosas mas árduas,
pension de graves materias
el no poder manejarlas
sin terceros, y terceros
que acudan con vigilancia
á diligencias precisas
como esta, en que se le encarga
que á todos los conjurados
avise para mañana.
Prisionero de mi padre
fue Galanor, en batallas
que le dió en las dos Panonias
á las naciones germanas:
hombre que á la guerra vino,
bien da á entender que no estaba
muy desnudo de nobleza:
me ha servido con estrañas

muestras de leal, y yo
le dí libertad: repara
si con este beneficio
debo hacer dél confianza;
pues los hombres no tenemos
en nuestra condicion varia,
mas modo de asegurar
de los hombres las mudanzas,
que los beneficios: si esta
razon tal vez sale falsa,
se engaña muy noblemente
quien pensando bien se engaña.

Lidoro.

Por eso mismo te culpo,
pues si con mano bizarra
le has dado la libertad,
que es cuanto de tí esperaba,
no es en su interés seguro:
bien fuera que reservaras
el último beneficio
para ser última paga,
pues recibido dá odio,
y prometido esperanza;
y asi en tu vida confies,
aunque obligado le hayas,
de aquel á quien tanto diste,
que de tí no espera nada.

Gelanor.

¿Hombre, qué te va en que sea
yo traidor, que asi te matas
en probarlo con razones?
Líbrenos Dios de que haga
un estadista un capricho,
que con tema porfiada
mentirá todo; primero

que mienta su judiciaria.

Camilo.

Mucho consejero es este,

Lidoro.

¿Qué resuelves, pues?

Camilo.

Que vayas
á prevenir los amigos,
pues la funcion acabada
del sacrificio, ver quiero
si pueden lograr mis ánsias
descansar con mi sirena.

Lidoro.

¿Le has dicho algo?

Camilo.

Con palabras
equivocas misterioso
ciertas vislumbres lejanas,
á que ella llamó locuras,
le dí de lo que trazaba
nuestra industria, quiza solo,
Lidoro, por coronarla
Reina del mundo; y aun esto
no dejará sosegada
la ambicion de mi fineza:
pues en postrando á sus plantas
el mundo, moriré al ver
que ya no hay mas que postrarla,
y quedar á mi fineza
en desiguales balanzas,
por suma incapaz de aumento,
por ociosa desairada.

Lidoro.

Ya, segun dicen los nuevos
alborozos de esa salva,

desde lo interior del templo
á palacio el Cesar pasa.

Camilo.

Pues entremos, y supuesto
que solo de aquí á mañana
es el plazo de su vida,
¿qué importa que en consonancias
de músicas y clarines
las voces repitan varias?

Voces y Música.

Trajano y Adriano vivan
para timbre de su patria.

ESCENA III.

Decoracion de Salon Regio.

Trajano, Cleantes, Licino y Soldados.

Trajano.

Gracias, soberanos dioses,
os doy de que otra vez llego
de mi Palacio imperial
á ver los dorados techos,
despues de ausencia tan larga,
en que castigados dejo
los rebeldes, tan postrados,
tan rendidos, tan desechos,
que apenas quedó á su ruina
vida para el escarmiento
que es desdicha aparte el no
sacar leccion de los riesgos.
¡Ay, Cleantes! Aquel poco
espacio que del Gobierno
sobra en la paz, al descanso
de mi fatigado esfuerzo,

que alienta en nuevos afanes;
le echaba en el campo menos
entre el horror, por las doctas
cláusulas de aquel silencio,
en que yo con escucharme
á mí, de mí mismo aprendo:
verdad es que mudo horror
me estoy gritando ácia dentro:
dejadme solo. (1)

Cleantes.

Señor,
á solas que hablarte tengo,
si me das licencia.

Trajano.

Solo
dije que me dejen; pero
tú eres otro yo, y no estorbas
mi soledad: ¿mas qué es esto?
¿lloras, suspiras y gimes?
algun grave mal recelo,
pues hace llorar á un sábio.
¿Qué dolor es tan adverso
el que vertido en tu llanto
no cupo en tu sufrimiento?

Cleantes.

Prevén, ó español Trajano,
tu siempre invencible pecho
á un gran golpe de fortuna.

Trajano.

Escusado advertimiento
es para mí, que conozco
á la fortuna; muy bueno
fuera que habiendo yo sido

(1) *Vanse Licinio y Soldados.*

su primer ministro, siendo
quien ha repartido al mundo
sus castigos y sus premios,
su condicion ignorase.
Desde el instante primero
que desde pobre soldado
me arrebató al Trono escelso
de Roma, supe que habia
de ser yo el primer objeto
de sus iras, porque loca,
como me dió desde luego
cuanto ella tiene que dar,
se vió pobre, y es su génio
estar dando cada dia,
y agradarse de lo nuevo;
y es fuerza que para otros,
á lo que me dió acudiendo,
lo que dió como gracioso,
lo cobré como violento:
desde aquel primero dia,
tan echo el ánimo llevo
á ese golpe, que no hará
novedad á mi talento
cosa que es tan natural.
Prosigue, que yo te ofrezco
no recibir pesadumbre
de tu aviso, que no temo
á la fortuna, pues ella,
aunque mande el universo,
no tiene jurisdiccion
dentro de mi entendimiento;
que aunque puede á mi pesar
hacerme infeliz, es cierto
que hacer que lo sienta yo,
no podrá si yo no quiero.

Cleantes.

Sabe que Obinio Camilo,
aquel ilustre mancebo
cabeza de los Camilos,
bien que como todos ellos
se emplearon en hazañas,
él solo en divertimientos,
que á costa suya le infaman
lo rico con lo soberbio;
tu muerte tiene trazada,
para cuyo infausto efecto
el oro que ha derramado
fué el eficáz instrumento
con que ha falseado tus guardas,
pues ha grangeado en secreto
los soldados pretorianos,
que de Roma no salieron
á esa guerra, como estan
siempre en la Corte de asiento,
por preeminencia que goza
la cabeza del Imperio.
Deja, gran Cesar, á Roma,
pues ha quedado tan lejos
de ella tu ejército, y vuelve
á acaudillarle resuelto:
castiga traicion tan grande,
y deja sembrado el miedo
de tu poder en su estrago,
sin temer que otra vez ciegos
contra tí se atrevan otros,
si es mostraros severo
con este: que los Monarcas
no han de perder en sus reinos
el crédito del poder,
que es á quien están debiendo

siempre su conservacion ;
pues contra los pensamientos
ocultos, no hay en el mundo
mas armas que los ejemplos,
que una vez que se ejecutan,
y siempre están persuadiendo.
De uno de los conjurados
supe por alto decreto
hoy el tratado, que al verte
entrar con tal lucimiento
dando hoy á la patria triunfos,
el imaginarte muerto
allá en su idea, mañana
dando á la patria lamentos,
le movió á leal piedad.
Averigué si era cierto
el aviso, y comprobado
con otros muchos le tengo,
con todas sus circunstancias:
que no desprecies, te ruego,
mi aviso, ya que no pude
á mas oportuno tiempo
dártele.

Trajano

Calla: ¿y previenes
mi constancia para esto?
La maravilla, Cleantes,
que esperimentar el Cetro,
fuera vivir en el mundo
un solo instante, un momento,
la fortuna sin envidia,
y los hombres sin deseo.
Pero si es tan natural
en los humanos sucesos,
qué la envidia á la virtud

siga como sombra al cuerpo:
¿á qué efecto en tu prudencia,
aquellas lágrimas fueron
¿y á qué efecto previniste
á un gran acaso mi esfuerzo,
si agraviaste mi razon
con tu prevencion, queriendo,
que lo que es tan natural,
á mí se me hiciese nuevo?
Siente que es este Camilo
hijo de un hombre á quien debo
el honor, laurel y vida;
y de mí piedad ageno
será, quitar á su hijo
vida que me dió su aliento.

Cleantes

Magnánima es tu confianza;
pero que mires, te advierto,
que con el Imperio pierdes
tus venturas

Trajano.

Eso niego.
A Gothis gran Rey de Tracia,
le presentaron en feudo
unos cristalinos vasos,
labrados con tal aseo
de relieves y molduras;
que los perfiles mas diestros
en la sutileza misma,
á los ojos se perdieron
en el primor escondidos;
pues no es encarecimiento
que á ojos humanos se pueda
desvanecer lo perfecto:
admiró al Rey el prodigio,

de que obedezca á preceptos
del buril tan delicada
materia á la vista, siendo
diafanidad condensada,
ó niebla de cristal terso,
con susto de que al mirarla
la desvanezca el aliento.
Con espléndida grandeza
satisfizo al mensagero
el presente, á cuya vista
pedazos hizo los bellos
vasos, dando luego al aire
casi en vapores disueltos,
de arquitecturas de vidrio
tantos caducos fragmentos:
Todos preguntaron: ¿cómo
dándose por satisfecho
del regalo, y tanto, que
sus criados conocieron
el gusto que dispensaba
lo admirado y lo suspenso,
ahora lo hacia pedazos?
El les respondió: por eso;
que me iba agradando mucho,
y antes de poner mi afecto
donde me le rompa el aire
al descuido mas pequeño,
quiero tener yo el blason
de romperle; pues es cierto,
que un gusto fragil se goza
con mucho susto, y no quiero
sobre mis felicidades
dar jurisdiction al viento:
mas fragil que aquellos vidrios
la Corona considero

y cualquiera dicha humana.
Luego no anduviste cuerdo
en juzgar que yo podia
poner todo mi contento
en las fortunas de vidrio,
que contra el humano ingenio
las quiebra el mismo cuidado
que en conservarlas ponemos.
El hombre es lo mas, Cleantes;
el Imperio que me dieron
ahí lo tienen, que yo á mí
me basto para mi puesto,
que está mi felicidad
en mi propio entendimiento,
que desprecia esas venturas
fantasticas, y no quiero
poniendo mi gusto todo
en tan delicado objeto,
dar poder sobre mi gusto
á la fortuna y al tiempo,
sino tan dentro de mí
ponerle, que no sujeto
esté al arbitrio de nadie,
pues le guardan acá dentro
del siempre libre alvedrío
los nunca violados fueros
Pensaba dejar á Adriano
por sucesor del Imperio,
por bien del Imperio mismo,
no de mi sangre, si advierto,
cuanto estudio me ha costado
haber sido su maestro
en los artes de reinar:
y sola una cosa siento,
que es dejar mal sucesor;

porque si es comun proverbio,
que los reinos se conservan
del modo que se adquirieron,
quien le consigue usurpando,
le mandará destruyendo.
¿Qué sabe este loco joven
de militares manejos?
¿á dónde aprendió las artes
del político gobierno?
¿qué no hay mas de ser Monarcas;
que despues lo aprenderemos?
Docta es, pero peligrosa
escuela la de los yerros,
si en ellos ha de enseñarse;
porque si hay leccion en ellos
que puede costar la vida,
¿para qué es la ciencia? luego
feliz quien estudia á costa
de los errores agenos:
él me vengará de sí,
y asi yo incurrir no debo
en la culpa de vengarme.

Cleantes.

Señor, que lo mires ruego
mejor, porque no es constancia
quedarte tan indefenso
á tan cercano peligro.
Precipitarte han dispuesto
de este Trono, en cuya cumbre
todo desliz es despeño;
pues no permite la altura
que desciendas sino muerto.
No defiendas el Laurel,
piérdase el poder: yo vengo
en que es magnanimidad

de una Corona el desprecio;
pero de una vida es
desesperacion, y creo
que del medio del valor
en los distantes estremos,
mas que á la temeridad
se ha de atribuir al miedo.
¿A qué animal no le enseña
naturaleza en naciendo,
á aborrecer el peligro?
aquel lazo tan estremo
de la vida, que en el hombre
es un nudo de alma y cuerpo.
Un natural apetito
á conservarle tenemos,
y aun obligacion: luego es
flaqueza el no defenderlo.

Trajano

¿Yo miedo? mal me conoces:
tranquilidad y sosiego
del ánimo es el que miras;
y porque estés satisfecho
que para estorvar los daños
no es circunstancia el tenerlos:
Licinio.

ESCENA IV.

Dichos, y sale Licinio.

Licinio.

¿Señor, qué mandas?

Trajano

Que pues eres el prefecto
de mis guardas, con mis guardas
vayas, y me traigas preso

al punto á Obinio Camilo:
pero mira que te ordeno,
que sin él en todo caso
no vuelvas: y que al momento
que la prision ejecutes,
en los mas públicos puestos
de Roma hagas echar bando,
en que se convide al pueblo
á ver dentro del Senado,
el castigo mas severo,
mas nuevo y mas riguroso,
que hasta hoy han visto los tiempos,
porque traidor conspiraba
contra mi Laurel supremo.

Licinio

Así lo haré: ¡estraño caso! *Vase.*

Trajano

Ya de su traicion me vengo:
¿estás contento?

Cleantes.

Señor,
que apresuras mas recelo
tu muerte: porque están todos
de su parte, y en sabiendo
que vás á darle castigo,
sus designios descubiertos,
todos han de declararse.

Trajano.

Para mayores empeños
basto yo solo, Cleantes:
ven conmigo, porque quiero
un medio comunicarte,
con que vengarme resuelvo
sin sangre desta traicion;
y mira que te prometo

ejecutar en Camilo
si se logran mis intentos,
el castigo mas cruel,
mas horroroso y mas fiero,
que hayan visto las edades,
y que en todos los sucesos
de mis triunfos, quede al mundo
su memoria para ejemplo.

ESCENA V.

Decoracion de Jardin y De noche.

Suena música, y sale Gelanor y Camilo por un lado, y Adriano y Corbante por otro.

Música.

Detente, arroyuelo ufano,
y sobre las flores duerme,
que al blando arrullo del aire,
músico susurro mece.

Gelanor.

Que espere dice la voz
de Libia, en falsete, pues
tan falsa como ella es,
y aun temo que me dé coz
con ella.

Camilo.

Aun no recogidas
las amigas estarán.

Gelanor.

Por el jardin andarán
las señoras esparcidas,
segun el ruido.

Camilo

Fortuna

fué, pues tan presto venimos;
que cuando esta puerta abrimos,
aqui no estuviese alguna.

Corbante.

¿Que á esto te resuelvas?

Adriano

Sí;
nada te admire, Corbante,
pues otras veces amante
de Octavia entré por aquí,
dándome llave á este fin,
cuando fino me mostré,
de esta oculta puerta, que
desde al palacio al jardin
del templo sale

Corbante.

Mil vidas
he de perder infelice,
pues esta música dice
que no estan aun recogidas,
y han de vernos las damas:
fuera de que ¿qué previenes,
si ella no sabe que vienes
á hablarla, ni que aquí estás?

Música

Detente, arroyuelo ufano, ect. (1)

Adriano.

Lejos suenan

Corbante.

¿Qué te mata?

Camilo.

Muy lejos suena el acento,
pues mas lo murmura el viento

---

(1) *Muy lejos.*

ecos que la dilata?
paseándose deben de ir.

Gelanor.

Pues no vengan por acá,
que al oir decir quien vá,
fantasma me he de fingir,
y pataleta ha de haber.

Adriano

¿Hoy, Flora, no te advirtió
que viniese tarde yo?
porque suele suceder,
aunque no sabe á qué fin,
á quien hable ó quien aguarde,
que se queda hasta muy tarde
Sirene en este jardin,
y no quiere que me vea.

Corbunte.

¿Asi?

Adriano.

¿Pues qué te admira?
pues quien como yo suspira,
ama, padece y desea,
que asi se halla anticipado;
porque si sola se queda,
mi amor espresar la pueda
primero que con cuidado
baje Octavia; y demas de eso,
no estoy poco sospechoso
de que es Camilo dichoso
con ella: mi error confieso
en pensar esta bajeza;
pero una celosa llama,
aun la injuria de la dama
quiere alegar por fineza.

Música.

Detente, arroyuelo ufano, ect.

Gelanor

Mas cerca suenan, señor.

Corbante

Acá parece que vuelven.

ESCENA VI.

Dichos, y salen por distintos lados Sirene, Libia, Flora y Octavia.

Sirene.

¿Se recogió, Octavia?

Libia.

Si.

Octavia.

¿Se ha retirado Sirene?

Flora.

Rato ha que yo no la he visto.

Sirene

Pues tú dices que á otras tienes
convidadas á cantar,
porque si curiosas vieren
que me quedo en el jardin,
que solo oirlas sospechen
sin otro fin, retiradas
las puedes tener en ese
cenador, en cuyos altos
enmarañados canceles,
la confusion de sus hojas
hasta la sombra dan verde.

Octavia

Pues dices que allá vosotras
habeis de cantar, advierte
que la música retires

á ese cenador, rebelde
á la luz, pues sus tenaces,
verdes y frondosas redes,
si por un resquicio entraren
aun los rayos del Sol, prenden
de suerte, que á salir nunca
de su laberínto acierten.

Sirene.

Y pues no pueden llegar
á ese sitio, sin que entren
por sus puertas á estas calles,
si alguna acercarse vieres,
procura que con la letra
me avisen, para que deje
de hablar con Camilo, y sola
por el jardin me pasee,
como gozando á mis solas
la suavidad del ambiente,
que de azucenas y rosas
invisibles alas mueve.

Octavia.

Y si alguna hácia aqui pasa,
con la letra avisar puedes,
para que yo me retire,
fingiendo que me detíene
el manso viento que á soplos,
y á blandos susurros leves,
entre estos sauces se arrulla,
y entre estas copas se meçe.

Libia

Asi lo haré; pero mira,
que no te estés como sueles
hasta el alba, porque el sueño
me dá guiñadas. *Vase*

Flora.

Advierte

que el sueño y yo á cabezadas
damos por esas paredes. *Vase.*

Gelanor.

Ya no cantan.

Corbante.

Nada suena.

Sirene.

Qué tenebroso que tiende
hoy la noche el negro manto
de sus horrores, parece
que en los luceros que apaga,
las mústias sombras enciende;
y no poco duplicado
su horror se percibe en este
jardin, que de espesas murtas,
y verdinegros cipreces,
segunda noche frondosa
las sombras de gualda tejen,

Música.

Ojos eran fugitivos (1)
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

Adriano.

Ya cantan.

Octavia.

Allí dos bultos
á la vista se conceden,
sino me engañan las ramas
que duplican densamente

(1) *Suena la música lejos sin dejar de repr[e]sentar.*

la oscuridad de la noche;
pues no puede aquí haber gente,
serán él y su criado.

Sirene.

Si las sombras no me mienten,
dos bultos con mas horror
la oscuridad lobreguecen:
él y el criado serán.

Gelanor.

Un bulto á nosotros viene.

Música.

Cuyas lágrimas risueñas
quejas repitiendo alegres,
entre conceptos de llanto
y murmureos de corriente.

Sirene.

No he podido venir antes, (1)
porque hoy con lo solemne
del triunfo, el dia festivo
hizo que todas se empleen
en músicas hasta ahora.

Adriano.

¡Cielos, el acento es este
de Sirene: muerto estoy!

Corbante.

Si te requiebra, ¿qué quieres?

Música.

Lisonjas hacen undosas,
tantas al sol, cuantas veces
memorias besan de Daphne
en sus amados laureles.

---

(1) *Llega Sirene á Adriano, y Octavia á Camilo.*

Octavia.

¿Cómo es posible, señor,
que retardes tibiamente
despues de ausencia tan larga,
á mi amor dicha tan breve
como la que espera?

Camilo.

¡Cielos,
esta voz no es de Sirene!

Música.

Despreciado al fin la cumbre,
á la campaña se atreven,
adonde un marmol labrado
les penase los corrientes.

Sirene.

¿No respondes?

Octavia.

¿Aun no hablas?

Gelanor.

Sino es que yo acaso sueñe,
detras de Sirene un bulto
está: ¿qué fuera que fuese
Libia, y que teniendo aquí
yo con quien entretenerme,
oyendo agenas finezas
hecho un bobo me estuviese?

Música.

Sus cortinas abrochaba
digo, sus márgenes breves,
como un alamar de plata
una bien labrada puente.

Corbante.

Un bulto detras de Octavia
se destingue, bien se infiere
que sera Flora: yo quiero.

ir á obligar sus desdenes,
porque estemos mano á mano
los amos y los sirvientes.

Música.

Dichas las ondas pasaban
entre pirámides verdes,
que ser quieren obeliscos
sin dejar de ser cipreses.

Gelanor.

¡Mas vive Dios que esta Libia, (1)
carrillos espinos tiene!

Corbante

¡Vive Dios que es esta Flora
afelpada de mofletes!

Adriano

Porque no estrañe la voz
no me atrevo á responderle,
pues empezó á declararse.

Octavia.

¿No hablas?

Sirene

¿Ahora enmudeces?

Canta Libia.

Guárdate de Cupidillo, (2)
teme niña sus rigores,
porque dá palo de ciego,
y nunca á quien dá no escoge.

Canta Flora.

Cuidado pastor
no te engañe otra vez tu furor:
cuidado con el cuidado,
que es peligroso ganado

---

(1) *Encuéntranse los dos, tentándose las caras.*
(2) *En voz entera.*

la hermosura y el amor ...
cuidado pastor

Sirene.

Aquellas voces me avisan,
que hay alguna que se acerque
á este sitio: en tanto que
su sospecha desvanece
mi soledad, no te apartes
de aquí.

Octavia

Estas voces advierten
que viene gente: tú, en tanto
que por otra parte echen,
viéndome sola, aquí oculto
espera y no te me ausentes.

Camilo.

¡Mudo estoy!

Adriano

¡Absorto quedo!

Gelanor.

Por huir confusamente
el encuentro de aquel hombre,
perdí el tino

Corbante.

Por meterme
donde otro sopapo aquel
rostro herizo no me diese,
no sé donde está mi amo.

Octavia.

¿Sirene? (1)

Sirene.

¿Octavia?

---

(1) *Encuéntranse las dos, trocándose.*

Gelanor.

Esconderme
quiero, que dos ninfas hablan
aquí.

Corbante.

Aquí he de retraerme
por si ya nos ha sentido;
algun diablo que resuelle.

Octavia.

¿A estas horas y tan sola,
á dónde ibas?

Sirene.

A recogerme,
pues ya es hora: esta sin duda *ap.*
es de quien la voz me advierte
que me guarde.

Octavia.

Yo á lo mismo
me retiro, pues alegres
esas voces á mi oido
imanes fueron cadentes:
esta sin duda venia *ap.*
cuando Flora, diestramente
con la letra me avisó.

Sirene.

¿Gustas que contigo quede?

Octavia.

No, que tambien me retiro.

Sirene.

Pues á Dios.

Octavia.

A Dios.

Gelanor.

No encuentren
conmigo, y aquestas ramas

en las tinieblas me envuelven.

Música

Entre palmas que celosas (1)
confunden los capiteles
de un edificio, á pesar
de los árboles lucientes.

Sirene.

Parece que ya se fué
Octavia, puesto que vuelven
á la misma letra.

Octavia.

Ya
que se retiró parece
Sirene, pues otra vez
hace que la letra empiece.

Sirene.

Allí está el bulto: él será. (2)

Octavia.

El será, que deja verse.

Música.

Cristales son vagarosos
destos bellos muros, de este
galan Narciso de piedra,
desvanecido sin verse.

Adriano.

Yo he de hablarla, porque sepa
que sé de sus esquiveces
la ocasion.

Camilo.

Hablarla quiero,
pues no podrá conocerme.

---

(1) *Lejos música sin dejar de cantar.*
(2) *Llega Sirene á Camilo, y Octavia á Adriano.*

Adriano.

Mal, Sirene hermosa, sabes
que no te escucha quien crees.

Camilo

Mal sabes, divina Octavia,
cuan otro es el que te atiende.

Octavia.

Con Sirene habla, ¡ah, traidor!

Sirene.

Con Octavia habla: ¡ó, aleve!

Música.

*Y con razon, que es alcazar
de la divina Sirene,
arco fatal de las fieras,
harpon dulce de las gentes.*

Camilo

Porque si yo....

Sirene.

Sella el lábio.

Adriano.

Que si yo...

Octavia.

La voz suspende.

Sirene

Falso, que no soy Octavia.

Octavia.

Traidor, que no soy Sirene.

Camilo

¡Qué mudanza es esta, Cielos!

Adriano

¡Deidades, qué engaño es este!

Música.

*Armado el hombro de plumas,
Cintia, perlas que suspende
Cupido, por las que bate*

en el ámbito de Betis.

Gelanor.

Vuelvo á buscar á mi amo.

Corbante

Buscar á mi amo resuelve
mi miedo.

Gelanor.

Allí está.

Corbante.

Allí está.

Sirene.

¿De suerte, ingrato, de suerte,
que con Octavia has hablado?

Octavia.

¿De modo que te diviertes
con Sirene, el breve rato
que me ausento á ver quien viene?

Camilo.

Yo....

Adriano.

Si yo...

Corbante.

Gracias á Dios, (1)
que ya pensaba perderme
sino te encuentro.

Gelanor.

A Dios gracias,
que antes que otro diablo tiente,
encontrar pude contigo.

Camilo.

¿Quién eres hombre?

---

(1) *Llega Corbante á Camilo, y Gelanor á Adriano.*

Adriano.

¿ Quién eres?

Corbante

¡Ay Dios, que este no es mi amo!

Gelanor

¡Ay Dios, que mi amo no es este!

Camilo.

¿ No respondes?

Adriano.

¿ No respondes?

Gelanor.

¿Y sabe usted si se atreven?

Música.

Un dia pues que pisando
inclemencias del diciembre,
treguas hizo su coturno,
entre la nieve y la nieve.

Camilo.

Muere á mi furor (1)

Sirene.

Aguarda.

Adriano.

Muere á mis filos

Octavia.

Detente;

Camilo.

Yo he de saber quien profana
el sagrado de este albergue.

Adriano

Yo he de saber quien ha entrado
al coto destos vergeles.

Camilo

Mas ya diviso mas bultos.

---

(1) *Sacan las espadas.*

Adriano.

Mas bultos alli se ofrecen.

Sirene.

¡Muerta soy!

Octavia.

¡Sin mí he quedado!

Gelanor.

¡Quien escaparse pudiese!

Música.

Sagáz el hijo de Venus,
atrevido como siempre,
una piel le vistió al viento,
que aun las montañas le temen.

Camilo.

Diga quien es.

Adriano.

Quien es diga.

Camilo.

Antes lo dirá tu muerte. ***Riñen.***

Adriano.

Tu muerte dirá tu nombre.

Los dos.

¡Divinos Cielos, valedme!

Gelanor.

Saca la espada, que van
dando.

Corbante.

¡Por si acaso dieren,
espada en mano

Sirene.

Yo intento
llamar: Libia, Flora, Irene. *Golpes*

A un lado Licinio.

Llamad y romped, soldados,
las puertas si no os abrieren. *Golpes*

A otro lado Lidoro.

Romped las puertas, y nada
vuestros furores reserven. *Cajas.*

Música

Corcillo, no de las selvas,
sino del viento mas leve,
hijo veloz de su aljaba,
cuatro ó seis flechas desmiente.

Camilo.

¡Qué con su vida no acabe!

Gelanor.

¡Qué yo no haya muerto al aire
con mis tajos y rebeses!

Licinio.

Entrad, soldados.

Lidoro.

Amigos,
entrad. *Golpes.*

Octavia,

Flora.

Corbante.

¡Qué no dejen
de cantar con esta bulla,
estos diablos de mugeres!

Música.

Siguelo, y en vez de cuantas,
á los campos mas recientes,
blancas huellas les negó,
blancos lirios les concede.

ESCENA VII.

Dichos, y salen por dos lados con hachas Licinio, Lidoro y Soldados.

Lidoro

Este es, amigos, guardadle.

Licinio.

Soldados, este es, prendedle.

Camilo y Adriano.

¿Qué es esto?

Licinio

Del Cesar orden
tengo para que te lleve,
Camilo, preso á su vista:
te he buscado diligente
en toda Roma, y sabiendo
de cierto que aquí estuvieses,
por declaracion de algunos
criados, tus confidéntes,
por la puerta que á Palacio
el jardin del Templo tiene,
entré buscándote

Lidoro

A tiempo
que haciendo que yo recele,
viendo que armados te buscan,
algún grave inconveniente,
juntando en confusas tropas
tus amigos y parientes,
como quien sabe que aqui
estabas, á defenderte
entré.

Licinio

No harás,
porque yo le he de llevar.

Lidoro

No te empeñes
en eso, que no podrás
lograrlo tan facilmente,

Sirene.

¡Cielos, qué pena!

Octavia.

¡Qué angustia!

Adriano.

¡Qué confusion!

Camilo.

¡Lance fuerte!
pero á declararse aun
mi valor no se resuelve
hasta ver la gente toda,
y en ínterin es bien pruebe
á dar tiempo al tiempo, pues
si Trajano pretendiere
darme muerte, no es tan facil
que á juntarse antes no lleguen
mis parciales; porque entonces
con mejor pretesto honeste
mi ambicion: suspended todos
las armas, que dar pretende
mi valor un medio, y es
ir á ver lo que me quiere
Trajano, y que mis parciales
conmigo á su vista entren,
á ver que me manda:

Licinio.

Como
yo á su dominio te entregue,
no tengo orden especial
contra los que te siguieren.

Lidoro.

Como todos te sigamos,
vengo en ello.

Camilo.

¡Hados crueles,
conceded á mi fortuna,
ó la Corona, ó la muerte! *Vase.*

Adriano.

¡Astros, dejad que le sobre
vida para que me vengue! *Vase.*

Octavia.

¡Cielos, ya de la memoria
sois ensortijadas sierpes! *Vase.*

Sirene.

¡Fortuna, suspende el golpe
á quien del amago muere! *Vase.*

Gelanor.

¡Haz, Baco, que no me ahorquen
si todo se descubriere,
que aunque soy racimo tuyo,
no es tiempo de que me cuelguen.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Gran salon con Trono, y en él sentado Trajano, con Laurel, Cetro y Manto Imperial, y á los lados estarán sentados los Senadores romanos, y salen Licinio, Adriano, Corbante y Soldados, con Camilo, Lidoro y Gelanor, y los que pudieren por otro, y todas las Damas por medio.

Voces.

Viva la lealtad, y viva
Trajano, Cesar invicto.

Libia.

Pues á todos han llamado
con tan públicos edictos,
á ver una novedad
á Senado abierto, y vimos
que nuestras amas pasando
de los jardines floridos
del Templo á Palacio vienen;
bien sin objeccion venimos,
Flora.

Flora.

Y si acaso la hubiere,
de aquí no han de despedirnos,
que no es el censor portero
del Senado.

Libia.

Bien has dicho.

Todos.

Viva la lealtad, y viva &c.

Licinio

Ya, señor, Camilo está
aquí.

Camilo.

A tus plantas rendido;
que mi vida solamente
á tu poder sacrifico:
haré, no de mi lealtad,
porque no puede ser mio
el bonor de mis mayores,
para perderle al arbitrio
de alguna sospecha (bien *ap.*
hasta asegurarme finjo)
cuando aun quiero lo heredado,
esceder con lo adquirido.

Adriano.

¡Rara novedad!

Licinio.

¡Estraño
caso!

Sirene.

Pendiente del juicio
del Cesar estoy: fortuna,
suspende lo ejecutivo,
porque aun me asusto en la idea
de la sombra del cuchillo,
y para herirme en él, tengo
la imaginacion con filos.

Trajano

Gran Metrópoli del Orbe,
Senado y Padres conscriptos,
oráculos del Estado,
en cuyo recto equilibrio,

desde que fueron discursos
son aciertos los designios,
tan sin errores pensados,
que parecen corregidos.
Nobleza ilustre de Roma,
fuerte milicia, en quien miró
el duro freno de un mundo,
cuya debil rienda rijo,
pues él ó yo la rompemos,
si la aflojo ó la reprimo.
Con los mismos conjurados,
Camilo está convencido
de la lesa Magestad,
de la Patria y de mí mismo;
pues parricida dos veces,
no solo conspiró altivo
á darme muerte, sino
ahogar desvanecido
vuestra libertad, ciñendo
en premio del homicidio
la Corona (ved que fines
anuncian tales principios.)
¿Os parece que es por esto
digno del mayor castigo,
que mi poder puede darle?

Cleantes.

Ninguno será escesivo
á traicion tan declarada.

Todos.

Todos lo mismo decimos.

Camilo.

Hoy muero.

Gelanor.

Hoy han de colgarme
á ser viviente racimo,

que esta [illegible] aun soy verde)
muy bueno para invernizo.

Licinio.

¡Pobre Camilo!

Octavia.

¡Infeliz
joven!

Lidoro.

¡Sin alma respiro!
¡qué antes del tiempo volamos
la mina que dispusimos!

Sirene.

¡Oh, cómo está en mi semblante
todo mi asombro esculpido,
y en los colores que pierdo
doy vuelta á lo que imagino!

Trajano

Pues si yo he de castigarle,
así podré conseguirlo.
Levanta desde mis plantas
hasta mis brazos, Camilo
que yo por mi dignidad
á las tuyas no me rindo.
Por mí y por todo el Senado
gustoso y agradecido,
de que siendo el de Monarca
un tan penoso ejercicio,
una fatiga tan grande
y un trabajo tan continuo,
que no hay en algun mortal
fuerzas para resistirlo,
si ya á tanto ministerio
no dá el Cielo gran auxilio:
te convides tú á un afán
tal de tu propio motivo.

La sábia naturaleza,
próbida en sus individuos,
á los males mas acerbos
puso algun dulce atractivo,
con que persuade á buscarlos
á los que deben huirlos,
porque no falte en sus obras
quien ejerza sus oficios.
Asi el afán de reinar
disimular sábia quíso,
dando á la humana soberbia
el ambicioso incentivo
del poder, grandeza y fausto,
magestad y señorio,
debajo de cuyo velo
ostentoso está escondido
de la vida de los hombres
el gusano mas nocivo,
que con sordo oculto diente
muerde á quien le ha producido.
Bien cansado del Imperio
Séptimo Severo dijo,
que si supiesen los hombres
qué zozobras, qué peligros,
qué penas, qué sobresaltos,
qué pesares, qué martirios,
trae consigo la Corona,
ninguno desvanecido,
aunque la viera en el suelo
la alzara, porque remiso
temiera cuanta asechanza
deslumbra el oro en sus visos.
¿Pues qué gracias el Senado
debe rendir á tu brio,
de ofrecerte voluntario

á lo que tuve entendido
yo, que ninguno aceptase
aun cuando fuese preciso?
¿y en qué obligácion debieras
ponerme á mi, pues benigno
me sacas de una tarea
en cuya fatiga gimo,
á no ser con el cruel
medio de haber pretendido
darme muerte? ¿Pues tampoco
llega á fiar tu capricho
de mi esperiencia, qué temes
que aspire que cuando vivo
á entrárme otra vez al riesgo
si del hubiese salido?
¡Ay, Camilo, poco sabes
cuanto deseo ser mio,
que soy de todos por fuerza;
y en cuanto á reinar me aplico,
teniendo dominio en tantos
en mí no tengo dominio:
mi ofensa particular
perdono, por lo que estimo
la paz de esta Monarquía,
en cuyo nombre te admito
al afán á que te ofreces:
sube á este Trono conmigo,
donde Augusto te saluden
todos á este fin unidos,
senado, milicia y plebe.

Senador 1.

¿Pues cómo á quien te ha ofendido
premiás asi? ¿y cómo eliges,
Cesar, por tu decisivo
voto, sin consulta nuestra?

Cleantes.

Como al Cesar permitido
es nombrar sucesor suyo,
bien sus intentos diviso,
ó coadjutor del Imperio,
con quien tenga dividido
el poder.

Senador 2

Mas no está usadó
sin aquel solemne estilo
de la adopcion

Cleantes.

Eso fuera
para sucesor preciso,
mas no para compañero,
que ha de elegirle á su arbitrio.

Adriano

Discordes estan los Padres,
y supuesto que yo he sido
para César, sucesor
adoptado por mi tio,
de mi ejército tampoco
han de querer consentirlo
las legiones.

Lidoro.

Los soldados
pretorianos lo pedimos,
y sabremos defenderlo
muriendo.

Todos.

Viva Camilo.

Trajano.

No en vano temí estas fuerzas;

Gelanor.

Braba gresca se ha movido,

Licinio.

De todas suertes le pierdo,
ó exaltado ó convencido.

Octavia.

¡Qué confusion!

Licinio.

¡Qué desdicha!

Lidoro.

¡Qué traicion!

Flora.

¡Qué desatino!

Camilo.

Mis parciales se demandan,
y Trajano me ha temido:
alentemos, corazon.

Senador 1.

Si el Imperio dividimos,
su poder enflaquecemos;
y pues la union es principio
de todas las duraciones:
¿cómo hemos de persuadirnos
á que haya paz en un cuerpo
mandado de dos arbitrios,
de dos impulsos guiado,
y hácia dos partes movido?

Trajano.

No me replique ninguno;
y estad, Adriano, advertido
que el Imperio ha de buscaros
para que hayais de admitirlo:
y que á vos para ser Cesar
os sobra el ser mi sobrino.
¿Y vosotros cómo ingratos,
torpes y desvanecidos,
tan mal sabeis estimar

si que en el mundo haya habido
quien juzgando que á mandaros,
se convidase á serviros:
Camilo se atreve á tanto;
qué perdeis en consentirlo?
¿si acáso no os sale vano,
no es el Imperio electivo?
¿quién hoy admitirlo puede,
porqué no podrá escluirlo?

Camilo.

Mucho disimula.

Unos.

Viva
Trajano.

Otros.

Viva Camilo.

Trajano.

Los dos vivirán, romanos:
yo por vuestro bien me animo
á no dejar el Imperio,
ni esconderme en mi retiro
en quince dias, y en ellos
informarle solicito
de los públicos negocios,
siendo tan solo un ministro
que del gobierno le instruya;
porque atento mi cariño,
ni aun el tiempo que él lo ignora
quiere que esteis mal regidos.
Por la parte del Senado
hará Cleantes lo mismo;
y dejándole industriado,
doctrinado y prevenido,
me retiraré al descanso
de que tanto necesito,

dandoos mi palabra á todos
que si en cualquiera conflicto
me volviereis á buscar,
me hallareis siempre al servicio
de la República, atento,
constante, leal y fino,
aunque sea para el Imperio,
á quien tanto he aborrecido.

Todos

Esa palabra aceptamos,
y en fé della te admitimos
á Camilo.

Senador 1.

Si, mas sea
debajo del preciso
pacto de que es compañero
tuyo, como lo han tenido
otros Césares romanos;
pero no te permitimos
que renuncies el Imperio.

Trajano.

Eso el tiempo ha de decirlo.

Senador 2.

Y hasta ver como le industrias
el jurarle diferimos.

Trajano.

Sientate á mi lado, joven.

Camilo.

Dioses, por mejor camino (1)
me habeis enviado el Laurel!
¡ó como ofrecen propicios
á los hombres aun mas dichas
que saben ellos pediros,

---

(1) *Sube Camilo al Trono.*

si aunque es inmenso el deseo,
es el poder infinito!
A tus plantas, no á tu lado
estoy.

Adriano.

¡Sin alma respiro!
¡Cesar, mi enemigo, Cielos!

Gelanor.

De contento salto y brinco:
mas no, que esta accion es contra
la autoridad de un valido.

Sirene.

¡Cielos, ya con la distancia
à mi amor se le ha perdido
Camilo de vista: hoy muero!

Octavia.

Por Adriano lo he sentido,
que en su semblante que leo,
mil tragedias adivino.

Adriano.

¿Este el castigo es, señor,
que todos á ver venimos,
y á que nos convidastes?

Trajano.

Sí;
y el tiempo vendrá á deciros,
si á su atrevimiento puede
dar mi poder mas castigo.
Toma la Púrpura roja (1)
que bañó el Muricie Tirio,
y el verde Círculo enlace
tus sienes: ya has conseguido
el Imperio, conservarlo

(1) *Pónenle Manto y Laurel.*

es mas ciencia que adquirirlo:
saludadle todos Cesar,
con fiestas y regocijos.

Todos.

Trajano y Camilo vivan,
Césares de Roma invictos.

Camilo

Aun no es este aplauso entera *ap.*
lisonja de los oidos,
hasta que me aclamen solo:
mas yo lograré el designio
¡O ambicion de los mortales,
quién descansará contigo!
si aun no logro lo que adquiero,
cuando á nueva empresa aspiro,
inquieto en lo que deseo
no gozo lo que consigo.

Trajano.

Acompañadle á su cuarto, (1)
que es el imperial, amigos,
que yo me estrecharé al otro,
que está al Templo mas vecino;
y de esta funcion, por hoy
quede el acto concluido.

Licinio.

¡Raro valor!

Senador 1.

¡Gran constancia!

Sirene.

¡Muerta estoy!

Adriano.

¡Sin alma animo!

---

(1) *Levántase.*

Octavia.

¡Ay, Adriano, quién pudiera
consolarte!

Adriano

¡Ay, dueño mio!
nada mi valor consigue
si á tus plantas no lo rindo.

Lidoro

Bien se ha dispuesto: Soldados,
decid en ecos festivos.

El y todos.

Trajano y Camilo vivan,
Césares de Roma invictos. (1)

ESCENA II.

Trajano, Adriano y Cleantes.

Adriano.

No me pesa, Invicto Cesar,
de que por tí haya perdido
la sucesion del Imperio,
ni el verme destituido
de una esperanza, á que fueron
acreedores mis servicios.
No siento ver en el Trono
exaltado mi enemigo,
ni mirar de mis victorias
los triunfos obscurecidos,
dando tu descuido en ellos
jurisdiccion al olvido
No el ver que á particular
pase el mas esclarecido

(1) *Haciéndose cortesias los Emperadores, se ván todos acompañando á Camilo, ocultándose el Trono.*

Emperador, que hasta hoy
han venerado los siglos,
y en quien el romano imperio
mayor poder ha tenido
que en los anteriores; pues
no hay en el orbe distrito,
que si llegó á tu noticia,
no llegase á tu dominio.
No siento todo esto tanto
(segunda vez lo repito)
como el ver que hayas manchado
tu noble blason antiguo
de Justiciero, Trajano.
¿A un tirano tan impio,
por tan gran delito premias
con honor no merecido?
¿donde tu justicia está?
¿faltaba á mi orgullo brio
para oponerse á tus armas?
que dar en vez de castigo
premio á la traicion, Trajano,
si es proverbio tan sabido,
que mil delitos persuade
el que consiente un delito.
Advierte los que hoy has hecho,
pues para haber infinitos,
¿qué persuadirá el premiarlos,
cuando basta el consentirlos?
Mas delincuente que el reo
es el juez que ha permitido
un crimen, que el reo solo
comete aquel; y averiguo
que el Juez comete en él cuantos
á otros ha persuadido:
que es gran incentivo de ellos,

el saber que no hay suplicio.

Trajano.

Bien discretamente, Adriano,
mi celo has reprehendido,
llevado de tu pasion;
pero ignoras los motivos,
y asi en el discurso yerras,
como yerran presumidos
cuantos á los Soberanos
residenciar han querido
las acciones, ignorando
la razon de sus designios.
Si yo castigar quisiese
traicion en que comprendidos
son tantos, regara á Roma
de muchos infaustos rios
de civil sangre, entre cuyos
raudales enfurecidos,
suele ahogarse el vencedor
cuando fallece el vencido;
que en tumultos donde airado
lidia el padre con el hijo,
aunque el que pierda padezca,
queda el que gana perdido.
Camilo es hijo de un hombre
que fue mi mayor amigo,
y verter su sangre á un muerto
le acusará á mi cariño.
¿Demas deso, quien quitara
que despues de vengativo
á Camilo castigase,
intentase otro lo mismo?
que vasallos que una vez
se rebelaron altivos,
ya no pueden ser seguros,

si aun á costa del castigo,
para la segunda vez
con errarlo han aprendido.
Fia de mis esperiencias,
que serás restituido
á mi herencia, por el mas
estraño y nuevo camino
que en fábulas ó en historias
ya esté inventado y ya visto,
para cuyo gran suceso
á todo el orbe convido.
Acude á esforzar, Cleantes,
el intento que te he dicho:
espera, Adriano, de mí
que cumpla lo prometido.
é id escuchando del tiempo
todo lo que yo no os digo. *Vase.*

Cleantes.

A cumplir en su asistencia
voy con todos tus avisos. *Vase.*

Adriano.

Mal quieres, con lo que espero
consolarme en lo que miro;
pero que poco sintiera
mi amoroso desvario
perder todo lo estimable,
todo lo ostentoso y rico
del Imperio, si á Sirene
no hubiera con él perdido.

ESCENA III.

Decoracion de Sala.

Sale Camilo.

Solo todos me han dejado,
y el Imperio conseguido
no me parece adquirido,
tanto como imaginado:
lo que tanto he deseado,
acá en la presuncion mia,
no llena mi fantasía,
ó es que llegando á esta Alteza,
á vista de mi grandeza,
se mesura mi alegria.
Juzgaba yo en mi ambicion
que al ser Monarca triunfante,
se derramase al semblante
el gusto del corazon:
ya estoy en la posesion;
y al ver que no me ha inmutado
el contento en sumo grado,
con un recelo penoso,
se asusta lo poderoso
de lo poco alborozado.
Las dichas, en fin, que alcanza
la mas sedienta ambicion,
no son en la posesion
tanto como en ia esperanza:
porque en desigual balanza
de cerca cuando poseo
en el bien, ocultas veo
algunas penas esquivas,
que en lejos y perspectivas

me deslumbraba el deseo:
Las dichas con perfecciones
juzga la imaginacion,
y luego la posesion
las encuentra con pensiones;
en estas contradiciones
á anhelar de nuevo empieza
el deseo, cuya alteza
tan perfecta las fingia,
cuanto es mas la fantasía,
que la gran naturaleza.

ESCENA IV.

Dicho, y sale Gelanor.

Gelanor.
Deme, vuestra Magestad,
las plantas.

Camilo.
¿Gelanor?

Gelanor.
Y si erráre, gran señor,
el estilo, perdonad,
y á mi rudeza le dad
lo que un criado pedia
á un Título nuevo un dia,
para que no le riñese.

Camilo.
¿Qué era?

Gelanor.
Que un mes le supliese
de erratas de Señoría:
hame costado el entrar
mucho golpe y mas temor,
porque tu guarda, señor,

de mí te quiere guardar;
y una nueva te he de dar
de Sirene.

Camilo.

¡Ay, dueño hermoso!
¿no está alegre de que airoso,
pueda mi amor sin segundo,
ponerla por Trono el mundo,
cuando llegue á ser su esposo?

Gelanor.

Con Libia estuve corrido,
aunque algo sério el semblante;
que desmesura lo amante
un poco de lo valido:
de ella, señor, he sabido,
que afligida está y llorosa,
aunque de tu bien gustosa,
y que ya olvidarte quiere;
pues de la distancia infiere,
que no puede ser tu esposa.

ESCENA V.

Dichos, y sale Lidoro y despues Cleantes.

Lidoro.

Eso diré yo mejor,
como quien de verla viene:
asegurarla conviene
de lo firme de tu amor,
porque dice que es error
ser de su dueño servida.

Camilo.

Ya que la grandeza impida
ir yo á segurarla fiel,
llévala tú este papel,

que la deje persuadida:
aguarda le escribiré. (1)

Cleantes.

Trajano, señor, á vos
espera, porque los dos
saigais á audiencia.

Camilo.

Ya iré.

Cleantes.

Eso decir no podré,
porque él está ya sentado,
y la hora de audiencia ha dado.

Camilo.

¿No esperarán?

Cleantes.

Es error,
que para esto, gran señor,
os tiene el pueblo pagado;
y un buen Monarca es en vano
que servirle mal intente,
cobrando él puntualmente
los tributos por su mano.
A todas horas, Trajano,
pronto estaba á despachar;
¿pues cómo dareis lugar
á que diga la malicia,
que el tiempo de la justicia
os le gasta este juglar?
Quien al Príncipe ha ocupado
mal, á todos ha ofendido,
que aquel tiempo que ha perdido,
al bien público le ha hurtado;
ved si debe castigado

(1) *Al ir á escribir sale Cleantes.*

ser á quien todo robó,
y de las horas que hurtó
restitucion no ha de hacer,
pues nadie puede volver
aquel tiempo que pasó.

Camilo.

Bien dices, Consul, yo erré,
y de vos quedo advertido:
leal el reparo ha sido,
á dar audiencia saldré:
Gelanor, ya volveré,
pues yo despacharte fio:
yo he perdido el alvedrío
cuando ser libre prevengo,
pues aun el tiempo que tengo,
es de todos y no es mio. (1)

Gelanor.

Bien el viejo ha predicado
de filósofo podrido,
que quiere por lo atrevido
hacerse mas celebrado:
y aunque juglar me ha llamado,
miente su vejez podrida,
que yo no jugué en mi vida
á un valido tal bajeza;
¿pero cuándo la grandeza
no fué destos ofendida?

Lidoro

No debo pensar en vano,
que oculte algun falso estilo
esta instruccion que á Camilo
afecta darle Trajano:
aun hay fuerzas en su mano,

---

(1) *Vanse él y Cleantes.*

si pretende con violencia
arrojarle ; la esperiencia
lo ha de oir.

Gelanor.

¿Dónde vamos?

Lidoro

Oye y calla, que ya estamos
en la sala de la audiencia.

ESCENA VI.

Descúbrense sentados en un Trono Camilo y Trajano, y ván saliendo los pretendientes.

Un Músico.

Yo, gran señor, te serví
antes que hubieses llegado
al Imperio, habiendo sido
músico tuyo dos años,
sin que me dieses sinó
esperanzas; y pues tanto
te han ensalzado los dioses,
alguna merced aguardo.

Camilo

Yo me acordaré de vos.

Trajano

No ha lugar, pues ya pagado
estais de lo que servisteis.

Músico

Yo, señor, no he visto un cuarto.

Trajano

Si vos con la voz servisteis,
y la voz, si lo reparo,
es tan solo en el acento
dulzura del aire vago,
y él esperanzas os dió,

nada os debe; pues es llano,
que tanto á vuestros oidos
su esperanza ha deleitado,
como á él vuestras voz; y asi
pagados estais entrambos,
pues tambien es aire dulce
la esperanza y el aplauso:
en músicos gastaremos
lo que el pueblo nos ha dado. (1)

Gelanor.

O viejo gran marrullero
como dicen los muchachos;
no te diera yo en mi vida
mas músicas, sino cantos.

Sale el Alquimista.

Yo, señor, soy Alquimista,
y hoy á tus plantas consegro
este libro.

Camilo.

¿Y qué es su asunto?

Alquimista.

Un secreto estraordinario,
para hacer de cualquiera cosa
el oro mas acendrado.

Camilo.

Mucho importará al Imperio,
que si este arbitrio se ha hallado,
jamás pueden faltar medios:
denle veinte mil ducados
por la obra.

Alquimista.

Siglos vivas.

---

(1) *Vase el Músico.*

Trajano

Aguardad, que es escusado:
denle un bolsillo vacio,
que solo con él le pago.

Alquimista.

¿Con un bolsillo vacio?

Trajano.

Y es un don muy acertado,
porque á quien sabe hacer oro
darle dinero es en vano,
y pues lo tiene de suyo,
mejor es darle en que echarlo.

Alquimista.

Corrido estoy.

Gelanor.

Seor, Alquimista,
usted vá bien despachado,
porque si ha de hacerlos oro,
lo mismo es darle guijarros. (1)

Trajano

Si supiera él hacer oro,
no estuviera en tal estado.

Una Muger.

Señor, mi esposo está ausente
y en una muerte culpado,
por quien anda fugitivo,
y yo sola y triste paso
para sustentar mis hijos,
sin su alivio y sin su amparo
mil desdichas: á tus plantas...

Camilo.

¿Qué pretendeis?

(2) *Vase el Alquimista.*

Muger.

Indultarlo,
pues no hay parte que se queje,
y por el perdon me allano
á haceros un donativo.

Camilo.

Piadoso parece el caso,
y yo vengo en que se indulte.

Trajano.

Yo no, que no es acertado
dar licencia á los delitos,
con hacerlos tan barato,
ni que al Príncipe se pague
la clemencia en perdonarlos.
Cualquiera crimen sin parte
bien puede el Rey olvidarlo,
pero el de una muerte no;
pues demas de ser tirano
quien á otro quita la vida,
el Príncipe interesado
es en el castigo, pues
le usurpa lo soberano,
quien le hace absoluto dueño
de la vida del vasallo:
cuyo dominio fué solo
á Dios y al Rey reservado.
Porque sus vidas y haciendas
conservemos desvelados,
nos pagan tantos tributos,
y sin razon los cobramos,
si á homicidas y ladrones
perdonáramos avaros;
y los subditos entonces
se tendrán por engañados,
si en los indultos vendemos

la licencia de matarlos:
no ha lugar. (1)

Camilo

Absorto estoy
de lo que voy ignorando.

Un Hombre.

Porque hablaba mal del Cesar,
habiéndome averiguado
mil sátiras y libelos
que contra el Gobierno saco:
despues de preso el Prefecto
de Roma, me ha desterrado;
salí dando fiador
de cumplir á cierto plazo
mi destierro, y viendo que
el dia que has declarado
Cesar á Camilo, es fuerza
hacer gracias, apelando
á tu clemencia, te pido
moderes...

Camilo.

No mas: llevadlo
al punto de mi presencia,
que no solo confirmado
vil mordáz por mi decreto
queda del Prefecto el auto;
pero pena de la vida,
que salgas al punto mando
de los términos remotos
del gran imperio romano,
pues con sátiras baldonas
los aciertos del Senado,
y se atreve tu vil lengua

---

(1) *Vase la muger.*

al decoro de Trajano.

Trajano

Detente: ¿qué haces, Camilo?
en vez de honor, es agravio
mio tu sentencia: este hombre
ha de quedar perdonado.

Camilo.

¿Por qué?

Trajano

Si tanto mal dice
de mí aquí, ¿quieres incauto,
que tambien si le destierras,
lo diga entre los estraños?
No me infame en mas provincias
pues ya en Roma me ha infamado,
que aquí ya saben que miente,
y podrán hallá dudarlo.
Sabe, que en los enemigos
hay provecho aunque haya daño;
porque en su censura vemos
nuestros defectos tan claros,
que mas que por los amigos
por ellos nos enmendámos;
y para ver nuestros yerros
es menester conservarlos,
si son tales que remiten
todo el rencor á los lábios:
libre vás.

Hombre.

Tus plantas beso.

Gelanor.

Usted tiene harto trabajo
en hacer sátiras, puesto
que despues de muy cansado
cuando mas se las celebren,

se ha de esconder del aplauso,
cosa que ningun poeta
por ningun premio ha trocado. (1)

Camilo

En nada acierto con todos
mis estudios: ¡Cielos santos,
qué distancia en el gobierno
hay, de egercerlo á estudiarlo!

Trajano.

¿Hay mas á quien oir?

Cleantes.

Estos
memoriales que me han dado,
y estas consultas

Trajano.

El Cesar
los despachará en su cuarto.

Camilo.

¡Confuso voy! *Levántase.*

Trajano.

Ahora faltan
cosas de guerra y estado,
que esto es doméstico, y es
lo mas vulgar del despacho:
no sale mal la esperiencia. *ap.*

Cleantes.

Dirija el Cielo tus pasos.

Trajano.

Camilo, lo que conviene
que adquieras, cuando enterado
estés de todo el manejo,
es el espediente sábio
de resolver brevemente;

---

(1) *Vase el hombre.*

pues aquel á quien negamos
su pretension, gana al menos
el tiempo que no ha esperado.

Camilo

De todo quedo advertido,
si puedo imitarte.

Trajano.

Vamos.

ESCENA VII.

Camilo, Lidoro y Gelanor.

Camilo

¡Qué sábio me imaginaba
para esto entre mí, culpando
á Trajano en su gobierno,
presumiendo remediarlo
todo, cuando del Imperio
las riendas viese en mi mano!
¡y qué torpe me hallo ahora!
de cuya esperiencia saco
cuan facil es censurar,
aun con poca ciencia, y cuanto
el enmendar es dificil
lo mismo que censuramos;
y es que solo á los errores
está atento quien culparlos
quiere, sin que los aciertos
le deban algun reparo;
y en lo que otro se descuida,
pone él todo su cuidado.
Si hoy sin Trajano me hallase,
¡qué motivo hubiera dado
mi poca práctica á todos
de censura! ¡ó como es claro,

que no es ciencia que se estudia
la del reinar, y que es sábio
el Cielo, á quien da los Reinos,
dá industria para mandarlos!
A la memoria me ocurre
cuan bien dijo Agesilao
Rey de los lacedemonios,
que habiéndole motejado
el no admitir por maestro
cierto filósofo anciano,
respondió que los monarcas
no deben ser doctrinados
de sábios, sino de reyes;
y en las materias de estado
discípulos de sus padres
han de ser los soberanos.
Mucho importa que algun tiempo
esté el Cesar á mi lado,
pues sin ambicion le veo,
como pueda mi recato
asegurarse en su vida
de la pretension de Adriano:
¿qué haré?

Lidoro.

Llega, pues el Cesar
tan suspenso se ha quedado,
y acuerdale del papel

Gelanor.

Tambien estoy yo pensando,
porque como el poder hincha,
me dá la grandeza flatos:
¿señor, y el papel?

Camilo

Espera,
que pues este breve rato,

ya desprchada la audiencia,
me dejan desocupado,
mejor será que del templo
á los jardines salgamos,
como los césares suelen,
donde asegurarla aguardo
de mi mano.

Gelanor.

No solo tú
puedes en ellos de espacio
entrar siendo Cesar; pero
aun cuando eras cortesano,
que como están estas ninfas
reclusas en sus sagrados,
solo á fin de buscar nóvios
están aquí, tolerados
los corteses galanteos.

Lidoro.

Si los dos no lo ignoramos,
¿á quién lo previenes, necio?

Gelanor.

No es el prevenirlo malo,
que de la clausura rota
habrá algunos abogados
qus allá en sus ocultos juicios,
nos estén ya escomulgando.

Lidoro.

Esta es la puerta.

Camilo.

¡Ay amor!
mal en mi ambicion descanso,
si en el Imperio y en tí
se me añaden sobresaltos.

ESCENA VIII.

Decoracion de Jardin.

Sirene y Libia.

Libia.

Necia es tu pena, señora,
y tu dolor sin segundo:
¿ pues qué muger en el mundo
dichas de su amante llora,
cuando el dudar es forzoso
que puede en tal tiempo haber
dama que llore por ver
á su galan poderoso?

Sirene.

Si llora mi voluntad,
es porque vé mi dolor
que no puede haber amor
adonde no hay igualdad:
era Camilo mi igual,
la fortuna le elevó,
y todo el bien que le dió
se me ha convertido en mal:
mira cual es el desden
de mi fortuna fatal,
pues se me convierte en mal
el bien de quien quiero bien;
y es bien que a mi pena arguya,
que sera discurso vano
casar un Cesar romano
con una vasalla suya.
Considera, pues, si ha sido
grave y fiero mi dolor,
cuando ha menester mi amor

buscar por fuerza el olvido.

ESCENA IX.

Dichos, y salen Camilo y Lidoro.

Lidoro

A buena ocasion llegamos,
pues ya con Libia la veo
en ese cenador, cuyos
verdes pabellones densos
esconden al sol de aquella
fuente los cristales tersos,
porque sedientos sus rayos
no llegue á bañarse en ellos.

Camilo.

Hermosa Sirene mia,
si el cambray que está bebiendo
tus piedades, en tu llanto
va enjugando tus afectos:
solo hoy mi amor tener pudo
tus ternezas por agüero;
que al ver que intentas mudarte,
infelicemente temo
que saliendo desatado
en arroyos de tu pecho,
mi amor está derramando
el llanto que vas vertiendo.

Sirene

Vuestra Magestad Cesarea,
(¡ay Dios! que en vano me esfuerzo
deste tratamiento estraño
el reverente despejo,
costándome al pronunciarlo
un suspiro cada acento).
Vuestra Magestad Cesarea . . . .

concеda á mi rendimiento
sus plantas.

Camilo.

¡Ay, bien mio, tú
me tratas asi! ¿qué es esto?

Sirene.

Hacer lo que debo es,
trataros como á mi dueño.]

Camilo.

Tal vez merecí ese nombre,
bien que con eco mas tierno.

Sirene.

Pronunciábalo el cariño,
y ya lo dicta el respeto.

Camilo.

¿Tan presto pasar pudiste
del uno al otro?

Sirene.

Tan presto
como vos habeis pasado
desde un estremo á otro estremo.
Ayer erais vos Camilo,
y hoy sois Cesar; y si fueron
finos ayer mis cuidados,
de ellos apenas me acuerdo;
porque si pienso que os quise,
me está el honor desmintiendo,
pues os quise como á esposo,
y ya es imposible serlo:
¡con qué dolor lo pronuncio,
y con qué veras lo creo!
ya es otro tiempo, señor.

Camilo

¿Pues hay para mí otro tiempo
que el de adorarte? ¡ay, Sirene!

mal sabes que fué mi intento
deshojar entre tus plantas
el Laurel del universo:
¿que es otro tiempo pronuncias?
cuando....

ESCENA X.

Dichos y sale Cleantes.

Cleantes.

A buena ocasion llego *ap.*
para lo que voy trazando:
hora es de que despachemos,
señor, aquellas consultas.

Camilo.

¡Válgame amor, que aun no tengo
tiempo de satisfacerla!
¿no podreis solo un momento
detenerlas?

Cleantes.

No señor;
porque han de ir resueltas luego
á distintos tribunales,
y á interesados diversos;
y cuando se para el movil,
se para todo el gobierno.

Camilo.

¿Un breve instante, qué importa?

Cleantes.

Lo que en el relox que vemos,
que un instante que se pare,
para volver á su centro,
las horas de todo el curso
es menester revolverlo.

Camilo.

¿Tan tasados mis minutos
están? ó ¿cómo acá dentro
me andan de agueros avisos
moralidades latiendo?
pues así es fuerza, Lidoro,
partir contigo pretendo
del Imperio que me agovia
el intolerable peso:
despacha tú esas consultas.

Cleantes

Eso, señor, es ponernos
otro Emperador, y no
el que elegimos

Camilo.

¿Ya es eso
tambien mandarme vos?

Cleantes

Yo
á vuestra instruccion atiendo
por el Senado, el Senado
viene á ser en vuestro cuerpo
la parte racional, vos
el material instrumento,
y cuanto el puesto ejecuta,
manda el discurso primero.
El Príncipe es de las leyes
la viva voz, el Consejo
es la ley: luego á este debe
el Príncipe estar sujeto,
como por razon lo estamos
todos al entendimiento;
y aunque es vasallo del hombre,
debe el hombre obedecerlo,
sin que del libre alvedrio

pierda el absoluto Imperio,
pues le manda aconsejando,
y aconseja obedeciendo.

Camilo

¿Cuando eso sea, me puede
quitar el Senado recto
tener un amigo que
me alivie en tanto manejo?

Cleantes

Ese os servirá, informando
que vasallo de un vasallo
sereis, y en sabiendo el pueblo
que hay otro que manda en vos;
redunda en vuestro desprecio
el honor que á él le atribuían,
pues al válido sirviendo,
ni temen de vos castigo,
ni de vos esperan premio:
demas deso, no ha de ser
ese amigo al gusto vuestro,
sino á gusto del Senado,
y de los vasallos, puesto
que es vuestro interés mayor
tenerlos á ellos contentos.

Camilo

¿De suerte que aun un amigo
ha de ser al gusto ageno,
y no al mio?

Cleantes.

Si señor,
y será mejor acuerdo
no tener ninguno, pues
aun no sois tampoco dueño
de vuestro favor, que son
acreedores en sirviendo

todos á él, y la igualdad
en paz mantiene los reinos.

Lidoro.

Ya es esto mucho apretar.

Camilo

¡Ay, Lidoro, ya lo advierto;
pero aun está poderoso
Trajano, y hasta estar diestro,
y en el despacho instruido,
no me han hecho el juramento:
importa estos quince dias
sufrirlos: el alma dejo
en Sirene, ven conmigo,
Sirene, á Dios: sabe el Cielo
del imán de aquellos ojos
con qué violencia me ausento

Cleantes

Bien va, Trajano, los dioses
favorezcan tus intentos *Vanse los tres*

Libia

Ser Emperador con ayo,
y con ayo tan molesto,
debe de ser gran trabajo.

Sirene.

¡Ay, Libia! si gran tormento
era perder á Camilo
por si, que adviertas te ruego
¿qué hará perderle con tanta
grandeza como le pierdo?

ESCENA XI.

Sirena, Libia, y salen Corbante y Adriano, y despues Octavia.

Corbante.

Allí está

Adriano

Mira si acaso
estos jardines amenos
pisa Octavia, porque hablarla
sin que ella lo advierta quiero.

Corbante.

Tan colgada de tu voz
la tiene su pensamiento,
que apenas la nombras, cuando
viene dando bulto al eco.

Adriano.

Pues ratírate que ya
mejor será que esperemos.

Sale Octavia.

Sirene tan sola y triste
el dia que considero
tu mayor gusto? sin duda
estás mal con tu contento,
sino es que él quiera en tu llanto,
echar algun mal del pecho.

Sirene.

Ahí verás cuan desgraciada
soy, pues como males siento
los bienes.

Octavia.

Y ahí verás cuanto
lo soy yo mas, pues perdiendo
Adriano el Laurel, tu llanto

no me sirve de consuelo
cuando tú lo ganas: hados *ap.*
hoy verme á las plantas temo
de Sirene, á quien ayer
juzgaba mi devaneo
por vasalla, cuando Adriano
tuviese en su mano el Cetro:
mas quiero ver si él parece
en el jardin, que deseo
aliviar su pena.

ESCENA XII.

Dichos, menos Octavia.

Libia.

Fuese
sin mas hablar.

Corbante.

No hayas miedo
que le encuentres, pues ya dejas
agazapado el conejo:
bueno fué haberte escondido.

Adriano

Pues á morir me resuelvo
hablando á Sirene, que antes
ser infelice pretendo
de osado que de cobarde:
determínase el despecho
á que antes me dé la muerte
su rigor, que mi silencio.
Hermosísima Sirene,
cuyos divinos luceros,
en lo vivo de sus rayos
influjos están bullendo.
Si quieres conocer cuanto

en mi noble rendimiento
y en mi adoracion ansiosa
es la sed de tus desprecios,
no la infieras de las veces
que pretendi amante ciego
de todos tus desengaños
malograr los escarmientos,
ansioso siempre de tantos
desdenes como te debo;
debo dije, porque son
tan preciosos, que en mi afecto
aun con la ánsia de adorarlos,
no puedo satisfacerlo
No lo infieras de esto, digo,
sino de ver que me atrevo
á hablarte en el mismo dia
que por celestial decreto,
tu correspondido amante
consigue el romano imperio,
y en el mismo dia que
yo desdeñado lo pierdo,
á darte mil parabienes
llega festivo mi obsequio,
aun de lo que siento tanto;
pues aunque negar no puedo
que siento por quien lo logres,
de que lo logres me alegro.

Sirene.

El parabien que me dás,
Adriano, yo le agradezco,
no obstante que no le admito,
que aunque por digna me tengo
de tanto desprecio, no
aspiro al Laurel: pues creo,
que mas que no en desearlo

mi sobervia desvanezco
en despreciarle: á Camilo
admití aquellos cortejos
decentes, cuando en los dos
era igual el casamiento:
hoy no le es, ni yo muger
que viniera en él, sabiendo
que habrá quien se lo censure?
pues no admitirá por dueño
á nadie que imaginase
que me adoraba, supliendo
no hay á quien mi vanidad
pueda imaginar sobervio,
que hace en su eleccion dichosa;
y antes en la mia quiero
hacer felices, que es
blason del poder y el Cielo:
ya murió Camilo en mí.

Al paño Camilo.

¡Qué oigo penas! cuando vuelvo
del despacho por si acaso
hablar á Sirene puedo,
no solo con mi enemigo
tan bien hallada la encuentro;
sino diciendo: (¡ay de mí!)
que ya en su memoria he muerto.

Al paño Octavia.

No habiendo encontrado á Adriano
vuelvo otra vez: ¡mas qué veo!
hablando está con Sirene
á solas: (alma escuchemos)

Adriano.

¿Qué murió Camilo en vos?

Sirene.

Soy quien soy.

Adriano.

¿Y qué tan presto
le olvidaste?

Sirene.

El honor
que obra con entendimiento,
para olvidos que le importan
no necesita del tiempo.

Camilo.

¡Que esto escuche!

Octavia.

¡Que esto vea!

Camilo.

Ella está satisfaciendo,
asegurando sus celos.

Adriano.

¿De suerte, que si á Camilo
desprecias porque al supremo
Laurel llegó, bien mi amor
puede esperar, si arguyendo
al contrario hasta su esfera,
cuanto él sube yo desciendo?

Sirene.

Eso no es lo que yo os digo,
lo que os ha sucedido os cuento;
porque el parabien me dás.

Libia.

Siempre estuvo mas bien puesto
conmigo Adriano, y fui siempre
de su parte; este suceso
ayuda mas su fortuna:
irle desatando quiero
al disimulo esta cinta
á mi ama, por darle luego
este favor,

Adriano.

Yo, señora;
á ser vuestro esclavo anhelo.

Octavio.

¡Ay, traidor!

Camilo

¡Ah, aleve!

Adriano

Y ya
que olvidada os considero
de Camilo, que admitais
suplico mi rendimiento.

Sirene.

Adriano, si permití
de Camilo el galanteo
para casarme, advertid
que fuera mi amor muy necio
si eligiera mas, y asi
no será casamentero
mio jamás el cariño

Adriano.

¿Pues quién, señora?

Sirene.

El concierto,
que si el amor una vez
es gala, dos es defecto;
y para que esto podais
tratar conmigo es muy presto,
porque parecer pudiera
ligereza aun el acierto.

Libia

Desatada está, y no pude *ap.*
sacarla.

Sirene.

Dadme con esto

licencia.

Adriano

Advertid: mas este
lazo se cayó del cuerpo,
rizado Ofir. (1)

Libia

¡Torpe anduve!

ESCENA XIII.

Dichos, y sale Camilo.

Camilo.

Suelta, traidor

Sale Octavia.

Suelta, fiero.

Adriano

Para volvérsele pudo
solo alzarle mi respeto,
mas no para que ninguno
me advierta lo que hacer debo.

Camilo

A mí me lo has de volver.

Adriano

No fuera decente acuerdo
daros yo lo que no es mio:
Sírene es quien puede hacerlo.

Octavia.

Pues entrégamele á mí.

Adriano.

Tampoco es estilo atento
dar alhajas de una á otra.

---

(1) *Al irse se le cae un lazo, y le ase Adriano.*

Sirene.

Pues á mí sí, que el empeño
estorvo.

Adriano

Aquí le tienes;
mas no por esto os le vuelvo,
sino porque es justo.

Camilo

¿Cómo,
aleve, contra tu dueño
te atreves?

Adriano

Aun no lo eres;
y aun si lo fueses, esceso
sería en empeños de amor,
querer andar compitiendo.

Camilo

Vive Dios, traidor, aleve,
que has de morir á mi acero.

Adriano.

No le saques, que si antes (1)
de que eras Cesar me acuerdo,
en viendo acero desnudo,
nunca supo huir mi aliento,
y no he de aprenderlo ahora.

Camilo

¿Tú te atreves desatento
á luchar conmigo?

Adriano.

Sí,
que por tu autoridad vuelvo,
que te desluces si la espada

---

(1) *Abrázase con él Adriano.*

sacas, y no podré luego
respetarte

Camilo

Aleve, quita.

Sirene.

¡De marmol soy

Octavia.

¡Soy de yelo!

Libia

¿Ahora os helais? dad voces:
ah de la guarda.

Camilo.

El estrecho
nudo desaré.

Octavia.

Soldados;

Sirene.

Acudid, acudid presto.

Libia.

Que se matan.

ESCENA XIV.

Dichos, y salen por un lado Trajano y Licinio, y por otro Cleantes, Lidoro, Gelanor y Soldados.

Dentro Trajano.

Allí voces suenan.

Unos.

¿Qué es esto?

Otros.

¿Qué es esto?

Adriano

Esto es haber advertido
á Camilo mi respeto,
lo que él debe á mi decoro

y yo á mi valor le debo.

Sirene.

¡Muerta voy!

Octavia.

¡Sin alma animo!

Libia.

Mal ha salido este enredo.

Camilo.

Esto es querer castigar
á mi enemigo.

Cleantes.

No es bueno
en quien es Monarca ya
para castigo ese medio,
sino es el de la justicia;
que en coléricos estremos,
desluce lo soberano,
quien ostenta lo resuelto.

Camilo.

De mis enemigos nunca
con la Justicia me vengo.

Cleantes.

No hay en el Trono enemigos,
porque si ayer lo fué vuestro,
cualquiera vasallo es hijo,
y debeis favorecerlo,
sin acordaros del odio;
pues no era decente acuerdo,
si como particular
os ofendió su ardimiento,
que la ofensa de Camilo
castigue un Cesar supremo. ***Vase.***

Gelanor.

Digan la verdad, señores,
¿no les enfada este viejo?

Lidoro.

Esto es ya querer ceñirle,
y para librarle quiero,
antes de volver al lance,
saber qué fuerzas tenemos. *Vase.*

Trajano.

¿Pues en qué os ofendió Adriano?

Camilo.

En competir el empleo
de una dama

Trajano.

¿Cómo dama?
¿pues un Monarca que atento
debe estar de su dominio
al incesante desvelo,
en celos y damas anda?

Camilo.

¿Porqué no, cuando pretendo
casarme?

Trajano.

¿Cómo casaros?
sobre lo que soy, que creo
que lo que habeis pretendido
aun no sabeis: un escelso
Monarca con sus vasallas
no casa, ni por su mesmo
dictamen, que como solo
al públicio bien nacieron,
solo se deben casar
á gusto de sus Consejos,
y no de su voluntad;
que los Reales casamientos,
siempre paces ó alianzas
concluyen con otros Reinos,
abriendole á sus vasallos

seguridad y comercio:
y asi se deben casar
solo al gusto de sus pueblos. *Vase.*

Gelanor.

Y á mi gusto, que en estado
los dos hemos de poneros. *Vase.*

Camilo.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿esto es lo que tanto anhelo
me ha costado? ¿esto es reinar
ó morir? piadosos Cielos,
¿ni yo vivo para mí,
ni es mio mi propio tiempo,
ni tener puedo un amigo,
ni he de vengarme severo
de mi enemigo, aunque osado
á mi vista me dé celos?
¿y no solamente estraño
he de estar con mis afectos;
pero aun mi amor y mi dama
han de ser al gusto ageno?
¿pues si tiene libertad
el mas humilde plebeyo,
y aun para el libre alvedrio
por Monarca no le tengo;
qué mas esclavo que yo?
¡Oh, ambicion, en qué me has puesto,
y qué de dichas mentidas
pintaste desde el deseo!
que como en la perspectiva
los celages mas serenos,
son desde cerca borrones
las que eran luces de lejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Sala con un bufete con luces, y en él unos libros grandes con mapas, recado de escribir, y algunas consultas y memoriales: en una silla estará Camilo; y de rodillas en unas almohadas Cleantes.

Camilo.

¿Qué mas hay que despachar?
pues es tarea precisa
esta, y se va haciendo ya
tolerable en ser continua.

Cleantes.

Otras muchas cosas quedan:
mas fuerza es que se remitan
á otro dia, asi por una
que mas que todas nos insta
á acudirla, como porque
no á tanto peso se rinda
vuestra Magestad.

Camilo.

Yo sé,
Cleantes, cuando decias
que para eso me pagaba
el pueblo.

Cleantes.

Si, mas no quita
eso el preciso descanso;
y lo que yo os persuadia,
es no usurpar al despacho

las horas que concedidas
le teneis: vuestro descanso
redunda, si bien se mira,
en beneficio del pueblo:
vuestras fiestas y delicias
decentes, demas de ser
pompa de un Monarca digna,
miran al util de todos,
pues es cualquiera festiva
diversion, en vuestro afan
aliento á nuevas fatigas.
Tambien vivís para todos
en las horas que os alivia
el vivir para vos solo;
pues nadie hay que contradiga
que del Monarca le importa
mucho al Imperio la vida,
y la ánsia de aprovecharla,
no ha de ser de consumirla:
Para todo ha de haber horas;
mas no habeis de confundirlas
dando á uno las que son de otro,
que es fuerza que tan medidas
esten, y quien vive á todos
tan públicamente viva.

Camilo

Yo sé que estan mis minutos
tasados para distintas
operaciones; ya sé
que tengo tan repartida
la vida, que nadie puede
quitarle sin injusticia
un instante de mí mesmo,
ni aun á mi si se averigua
que hace este orden, que aun aquellos

espacios que se destinan
á mis festejos, como es
forzoso que á ellos asista,
y que no viva sin ellos
la equidad distributiva,
mirados como tareas,
como festejos no sirvan.
El mas plebeyo oficial
su descanso solicita
el dia festivo, y yo,
en quien los ojos vigilan
del Argos en tantas plumas,
no descanso ningun dia
¿Qué es lo que se ofrece ahora
de cuidado?

Cleantes.

La noticia
que hoy se ha tenido, de haber
rebeládose las islas
de la Gran Bretaña, y todas
las que con ella confinan
de Batavia, que del mar
y del reino divididas,
del occéano germánico
la blanca tez cristalina
de verdes lunares manchan,
de fecundidad salpican.
Hoy Quinto Flaco Valerio,
legado de las provincias
Bélgicas, no solamente
la sublevacion avisa,
sino que de las legiones
romanas, que residian
en los presidios, la gente
le mataron mas lucida

los rebeldes; y si luego
reclutas no se le envian
veteranas, y los medios
con que al punto se aperciban,
para salir á campaña,
todo el dominio peligra
de aquellos paises, puesto
que estas centellas prendidas,
antes que levanten llamas,
se ha de cubrir de cenizas.
Mañana Senado y plebe
te juran la fé rendida,
y el gran Trajano mañana
á su patria se retira
En el tesoro imperial,
á cuyo caudal se aplican
tambien todas las riquezas
que antes del Cetro tenias,
apenas hay lo bastante
al donativo que estilan
el dia que se coronan
á la plebe y la milicia
dar los Cesares, y es fuerza
que quede distribuida
tanta porcion; pues sino
deshiciera su codicia
esta eleccion; mira ahora
de que caudal determinas,
que para tan grave caso
al legado se le asista.

Camilo.

Bien: ¿y qué libros son estos?

Cleantes.

Es la docta Geografía
de Tolomeo, en que está

en tantos mapas escrita
la superficie del globo
de tierra y agua, pues pinta
de las tres partes del mundo
en que los hombres habitan,
provincias, reinos y imperios,
para que en ellos percibas
de estas islas la importancia,
á que parte están vecinas
de tu Imperio, y lo que pierdes
si las pierdes.

Camilo.

Prevenida
anda en todo tu prudencia,
que puesto que es mi impericia
tal, que de Roma jamás
salí, y es accion precisa
que el Principe siempre tenga
presente su Monarquía:
pues bien como el corazon,
no tan solo ha de regirla;
pero á todos los estremos
sus espíritus envia.
Desde el centro me es forzoso
comprenderla en estas líneas,
donde el compas la regula,
y donde anda la vista
sin geografía y historia.
En vano á reinar aspira
mi rudeza sin historia,
porque el reinar necesita
de tan grandes esperiencias,
que en una vida adquiridas
no es posible; y estudiando
todas las cosas antiguas,

pocas horas de memoría
son muchos siglos de vida,
sin geografía, porque
sin que su Imperio distinga,
quien no sabe lo que manda,
¿cómo á mandarle se anima?
¿Cuál es la Bretania?

Cleantes.

Aquella
Isla fértil y florida,
que enfrente está de las Galias,
con un canal dividida.

Camilo.

¿Y la Batabia?

Cleantes.

Estas otras
que aquí se ven esparcidas,
confinando con el mar
Germánico, con la Frisia,
Galia, Bélgica y Germania

Camilo.

Alteracion es bien digna
de cuidado: ¡ó cuanto importa
que sepa aquel que domina
lo que pierde en lo que pierde,
sin creerlo á la malicia,
de que minorando el daño
el consuelo facilita,
y echa á perder los remedios
con aleve medicina!
¿De dónde pues sacaremos
medios para esta conquista,
pues tanto importa?

Cleantes.

Señor,

no sé, qué los asentistas
y los colectores todos
parece que se retiran
de hacer anticipaciones;
pues guerras tan repetidas
como ha tenido Trajano,
tienen del todo estinguida
la fuerza del caudal.

Camilo.

Yo
haré á Lidoro, á quien fia
mi cariño de la hacienda
los manejos, que consiga
alguna porcion, que baste
á domar las atrevidas
rebeldes armas. Hay mas?

Cleantes.

A sí, tambien se me olvida
(mal la industria vá saliendo *ap.*
sino dá fuego esta mina)
este memorial de Adriano.

Camilo.

¡Ah traidor, mal se desvian
de mi memoria mis celos,
de mi dolor su osadía:
¿qué pide?

Cleantes.

En él te dá cuenta,
y que la apruebes suplica,
de su boda, pues personas
tan altas y esclarecidas
no las concluyen sin que
los Césares lo permitan.

Camilo.

¿Con quién casa?

Cleantes.

Con Sirene.

Camilo.

¡Estatua he quedado fria,
y condensado el aliento
en exalaciones tibias,
carambanos son del aire
cuanto el pecho respira!
¿Con quien dices?

Cleantes.

Con Sirene
vuelvo á decir, una ninfa
que en este templo de Palas....

Camilo.

No prosigas, no prosigas,
ni tus señas me deshagan
la duda que acá fabrica
mi amor, que sin saber de otra
la finge por cortesía.

Cleantes.

Pues, señor, ¿qué os descompone?
¿qué os inquieta, ó qué os irrita?

Camilo.

¿Con Sirene? por los dioses
que fuera Roma encendida
aun mas que en tiempo de Neron,
en el volcan de mis iras,
y que yo sabré.... (1)

(1) *Levantase arrojando el bufete.*

ESCENA II

Dichos, Lidoro, Adriano y Gelanor.

Sale Lidoro.

¿Qué ruido....

Sale Adriano.

¿Qué rumor....

Sale Gelanor

¿Qué vocería....

Los tres

Se oye en el cuarto del Cesar?

Lidoro.

¿Señor?

Adriano.

¿Señor?

Camilo.

¿Qué os admira?

Lidoro.

Yo, señor, desde esa cuadra....

Adriano.

Yo desde esa galería ...

Lidoro.

Donde aguardo para hablaros....

Adriano.

Donde espero la salida
de Cleantes...

Lidoro.

Ruido escucho.

Adriano

Rumor oigo.

Gelanor.

Oigo que gritas,
que tambien entro yo en esta
relacion alternativa.

Lidoro.

Y osado....

Adriano.

Pronto ...

Gelanor.

Curioso...;

Los tres

Vengo á saber en que os sirva,

Camilo.

En no verme el rostro ahora
cuando volcanes vomita,
ya en rayos y ya en colores
por ojos y por mejillas;
porque en fin, pasiones de hombre
de Monarca no desdigan:
pues si alguno vive Dios
hay que osado me compita, (1)
sabrá este acero ..

Todos

Señor.

Gelanor

Tente, que nos descuartizas
con solo un ceño: qué es esto?
Señores, estas burlitas
tienen los emperadores,
que el alma al verle tirita,
y cuando era mi amo, burla
de sus enojos hacia
¡Válgame Dios como tiemblo!

Adriano.

¿Qué es esto? ¡No ví en mi vida
el miedo hasta hoy!

---

(1) *Empuña la espada, y todos se hincan de rodillas;*

Lidoro.

¡Con tener
su gracia, tiemblo á su vista!

Cleantes.

¡Oh como brotó en sus celos
todo el aspid de la envidia!

Camilo.

Los celos me han descompuesto,
y asi de aquí te retira
mi grandeza; ved qué hará
el filo de mi cuchilla
cuando castigue, si aun hace
este efecto cuando avisa. *Vase.*

Adriano.

¡Válgame Apolo! qué rasgos
ó qué vislumbres divinas
esparce de sí el caracter
de una alta soberanía,
que asi asombra en sus enojos
la magestad aun fingida?
¿fingida dije? porque
ó bien á la industria activa
de mi tio, ó á las armas
que mi cautela concita,
verá Camilo mañana
su pompa desvanecida:
sin duda esto es porque sabe
que Sirene persuadida
está á mis bodas: mas sea
lo que fuere, pues me insta
mi amor y mi conveniencia
á que uno y otro consiga,
he de lograrlos entrambos,
y ha de morir quien lo impida. *Vase.*

Gelanor.

Si no hubiera en el retrete
mas luces que las bugias
del bufete, á escuras quedan
Camilo y esta estantigua
No mas tan cerca del Cesar,
que el alma llevo aturdida
de ver con los que andan cerca
y un punto no se desvian,
lo que hacer puede uno destos
si se vuelve loco un dia. *Vase.*

Lidoro

¿Qué es esto Cleantes?

Cleantes

Yo
no sé, Lidoro, qué os diga,
que no lo sé.

ESCENA III.

Cleantes, Lidoro, y sale Camilo.

Camilo

Pues yo si,
y al mirar que se despiden
todos y que con los dos
ningun secreto peligra;
pues tú, Cleantes, has sido
á quien debo la doctrina
del Imperio, y por maestro
de tí mi amistad se fia;
y tú, Lidoro, á mi suerte
solicitaste esta dicha,
con los dos se desahogan
las penas que me lastiman.
Yo adoro tanto á Sirene,

que con ánsia de rendirla
el Imperio, mi ambicion
al sacro Laurel aspira;
y por donde ha de obligarla
mi amor mas la desobliga;
pues no solo de mis ánsias
tantas finezas olvida,
mas con Adriano se casa:
¡Oh! el dolor no lo repita,
sin que del último acento
el alma me arranque asida.

Cleantes.

¿Señor, qué es esto? ¿un Monarca
descompone asi la invicta
Magestad?

Camilo.

¿Pues los monarcas
no son hombres, y las mismas
pasiones que á los demas
no es fuerza que les aflijan?

Cleantes.

Hombre son, mas la prudencia
de su secreto se cifra,
en que no han de parecerlo;
y las pasiones mas vivas,
ya que no puedan vencerlas,
por fuerza deben sufrirlas,
sin que alguno las conozca,
que si llegan á inferirlas,
pierde con los sentimientos
mucho la soberanía

Camilo.

¿Qué aun no he de quejarme?

Cleantes.

No,

que del Olimpo la cima
es superior á las nubes,
y asi esenta se examina
de borrascas su eminencia,
siempre serena y tranquila:
asi de un Monarca el rostro
cuya Alteza es escesiva,
debe estar serena á todo,
sin que un sentimiento imprima
en él, dándose al partido
de conocer que hay desdichas.

Camilo.

Todos en quejas y en llantos
cualquiera dolor alivian,
pues juzgan que le reparten
si acaso le comunican,
y solo á mí la grandeza
aun deste alivio me priva:
mas infeliz soy que todos.

Lidoro.

¿Pues dí, señor, quién te quita
no otorgarle esa licencia?

Cleantes.

¿Fuera accion bien parecida
quitar á tales vasallos
la libertad?

Lidoro.

Si, pues miras
que él la quiere para sí.

Cleantes

Si era su pasion tan fina,
¿por qué no se casó antes?
que si cuando le apellidan
Cesar fuera ella su esposa,
por fuerza habia de admitir

pero ahora que está libre,
no es facil que le permita
el Senado con vasalla
casar, que la Monarquía
querrá comprar con sus bodas
la paz de que necesita
Trajano ajustó esta boda,
¿será justo que se diga
cuando solo para Adriano
tal conveniencia destina,
que Imperio y esposa usurpa
al sobrino tu injusticia?

Camilo

Bien dices; pero yo muero
si no lo estorvo.

Lidoro.

¿Imaginas
ceñirle como hasta aquí
con advertencias prolijas,
que en tus sofísticos dogmas
su absoluto imperio ligan,
de ninguno practicadas,
y de tantos discurridas?

Cleantes

Sí, que cuanto yo le he dicho
es la obligacion precisa
de un buen Monarca, y ninguno
lo puede ser sin cumplirla.
La fama es juez de los reyes,
y es la mayor enemiga
que tiene el poder, supuesto
que la culpa que averigua,
hasta en futuras edades
eternamente castiga.
El Monarca que á la fama

no teme si se le indigna,
jamás será buen Monarca,
y asi es bien que todos vivan
al gusto desta fantasma,
que el bien ó el mal eterniza.
Esclavo del que dirán
debes ser, porque aplaudida
sea tu memoria, temiendo
calumnias de la malicia
hasta del mas vil vasallo.

Camilo.

Entre tantas infinitas
pensiones como en el Trono
tus esperiencias me dictan,
ninguna mas que estas dos
una invencible armonía
está haciendo á mi paciencia,
de mil golpes combatida:
¿qué mas dolor, qué mas ánsia,
que ver que á mí no me libran
del dolor y que no puedo
quejarme? ¿y qué mas fatiga,
que estar temiendo los juicios
aun de la plebe abatida,
que imagina bajamente,
y cree cuanto imagina?

Lidoro.

Señor, no á tantos discursos
el supremo amor rindas:
quien puede todo lo puede,
y esas son sofisterías
de políticos.

Camilo.

Lidoro,
mal tu lealtad acreditas

en esos consejos, yo
soy Monarca, y no querria
ser malo por ningun caso;
pues aunque por tiranía
quise empezar mi Corona;
no pensaba proseguirla
por ella, que la razon
cierta oculta simpatía
tiene al bien, y horror al mal;
aunque dél un bien se siga.

Lidoro.

Dàle en fin esa licencia,
y el remedio se remita
á un veneno, en donde pueda
quedar su muerte escondida:
¿y si se supiere antes,
resolucion no tenias
de matarle? pues qué importa
si ahora mas justificas
tus iras, que le des muerte?

Camilo

Bien dices: muera á mis iras,
pues él tambien en Sirene
el alma me tiraniza.

Cleantes.

¿Qué consultarán los dos? Ap.

Camilo.

Cleantes, ya concedida
tiene Adriano la licencia.

Cleantes.

Sospechosa es ó fingida, ap.
pues fué tan mal consultada.

Camilo

Vamos, por ver si me alivia
el sueño; ¡ay amor! en él

permite, que al menos vistan
la blanca tez de Sirene
mis amantes fantasías.

ESCENA IV.

Decoracion de Jardin.

Salen Sirene, Libia y otras Damas.

Libia.

¿Tan de mañana, señora,
á vestirte te prefieres,
sin duda en tu frente quieres
vér amanecer la aurora?
y aunque ella tus rizos dora,
no es bien que de nóvia el dia,
falte la destreza mia
al primor de tu tocado.

Sirene

De los ojos me ha robado
el sueño la fantasía.

Libia.

¿Tanta inquietud dá el contento?

Sirene.

No burles de mi pasion,
que quien casa por razon
y propio conocimiento,
siempre á lo mejor atento,
mas que alborozo temor
tiene; y para el nuevo amor
que hoy rinde mi libertad,
anda de mi voluntad
escondiéndose mi honor.
El yugo á que destinado
viene mi cuello este dia,

eleccion no ha sido mia,
mis parientes lo han tratado:
en mí fué razon de estado;
que al ver que es tan poderoso
Camilo, y me adora ansioso,
nadie diga que un instante
él fué poderoso amante,
y estuve yo sin esposo.
En fin, casarme no dudo,
pues á nada á mi honor cede:
no haya, viendo cuanto puede,
quien presuma cuanto pudo.
¿Que discurso, pues, tan rudo
ignorará á qué aflicciones,
y á cuántas contradiciones
por fuerza se ha de entregar
voluntad que para amar
ha de mendigar razones?
Camilo fué mi eleccion,
y Adriano mi suerte fue;
á aquel adoró mi fé,
y a este quiere mi razon:
ten lástima á mi pasion,
pues le amo, y estas violencias
me hago con las diferencias
de tantas contradiciones;
¿pero cuándo por razones
se mandan las influencias?

ESCENA V.

Dichos, y sale Octavia.

Octavia.

¿Que cuando al jardin venia,
por si puedo entre las flores

verter parte á sus verdores
de mi gran melancolía,
esté la enemiga mia
tan de mañana en su esfera?
¿por cuánto no sucediera
á un breve alivio un azár?
¡ó si á otros cuadros pasar
sin que me viese pudiera!

Libia.

Ya tienes á Octavia allí.

Octavia.

Por no esplicarle mi rábia
me quiero volver

Sirene.

Octavia,
¿porqué te ausentas de mi?
¿sin hablar vuelves asi?
no merezco á tu desden
que tus finezas me den
parabien de mi alegria,
pues no habrá ventura mia
si falta tu parabien.

Octavia.

Si acaso tu falsedad
lo dice, no á mi rigor,
que de sobras de mi amor
se adorne tu voluntad:
puede ofender, es verdad,
que Augusta me pensé ver
cuando Adriano, á mi entender,
mandaba uno y otro polo;
pero para Adriano solo
por sí soy mucha muger:
la casa de los Octavios
hecha estaba á Emperadores;

pero á solo Senadores,
tu familia de los Flavios;
y asi son discursos sabios
que tú te hayas reprimido,
y á Adriano hayas admitido;
y pues el reparo ofreces,
mas que mereces mereces
por haberte conocido. *Vasé.*

Sirene.

No te ausentes, oye, mira,
vuelve, Octavia.

Libia.

¿Qué la quieres?

Sirene.

Dar á tantas groserias
respuesta.

Libia.

No en eso empeñes
tu cordura, que picada
está, y es bien que te acuerdes
que no hay discreto tahur
que no sufra algo á quien pierde.

Sirene.

¿Conmigo altiva?

ESCENA VI.

Sirene, Libia, y salen Lídoro y Camilo.

Lidoro.

¿A qué tan tempiano vuelves
al jardin del templo?

Camilo.

¿Qué me preguntas, cuando adviertes
que no estoy en mí conmigo
si me miro sin Sirene?

y que el despechado amante
que sobre sus celos duerme,
mal descansa, que aun dormido
la imaginacion le hiere,
forzándole á que consigo
todas sus ánsias despierte.

Lidoro.

Con Libia está.

Camilo

Tan temprano,
fiera esfinge, aspid aleve,
que con tósigo de fuego,
la imaginacion me muerdes,
enroscándola en los lazos
de tantas azules sierpes:
tan temprano has madrugado
á que tus ojos encuentren
la luz del sol tan infante?
Ingrata, mira quien eres:
pues con ánsia madrugaste
de que tu desvelo hiciese
mas dilatado este dia
de tu dicha y de mi muerte.
¿Porqué no duermes, traidora?
¿con tanta inquietud te tiene
el alborozo, que ansiosa
te obliga á que te desveles?
Duerme, ingrata, que á lo menos
conseguiré que aquel breve
instante que en tí no estás,
en el dichoso no pienses:
si tu mudanza ...

Sirene.

Vuestra Magestad modere
su sentimiento, ó creeré

mas atenta, que no debe
de hablar conmigo, sin duda.

Camilo.

No harás mal, si lo creyeres,
que estás tan otra, que aun yo
no acabo de conocerte.
¿En qué, dulcísima ingrata,
(pues á mis ánsias corteses
y á mi rendimiento noble
eres dulce, aun cuando ofendes),
en qué ha podido enojarte
una fé tan reverente,
que por ceñir tu conturno
con el laurel de tus sienes,
aspiró á tan gran fortuna,
porque un Cetro le sirviese
de desmerecerte menos,
ya que no de merecerte.

Sirene

Vuestra Magestad advierta
que es la Corona la fuente
de donde el honor se esparce
en manantiales peremnes;
¿pues si honrar deben á todos
los Monarcas y los Reyes,
qué debeis hacer con quien
quisistes? ¿Es bien se cuente,
que naciendo á honrar á tantos
como lo haceis, solamente
quien merece vuestro agrado
vuestras honras no merece?
Yo pensé ser vuestra, ya
los hados no lo conceden:
¡ay, Dios, en cuantos suspiros
cada razon se me envuelve,

haciendo que un solo acento
muchos sollozos me cueste!
no lo concedan los hados,
porque interponen rebeldes
entre nuestras dos distancias
mil montes de inconvenientes.
Pues si ser vuestra no puedo,
y ya os perdí para siempre,
entre esta voz y mi vida,
¡quién hiciera que cupiese
la muerte, que de su acento
llevase el alma pendiente!
¿si ya os perdí, para qué
quereis no solo esponerme
á que pierda el honor, viendo
vuestros estremos, que suelen
crecer con esceso tantos
discursos de maldicientes?
Ni que ya que os pierdo, os pierda
con un torcedor tan fuerte
como el que quedeis quejoso:
¿no le bastaba á mi suerte
mi mal, sin que en vuestras ánsias
los vuestros se me añadiesen?
Yo, señor, no supe nada:
mis deudos y mis parientes
me han casado; aun da mi parte
no he puesto el obedecerles;
el no resistirles basta,
sin cuidado de que yerren
ó no yerren la eleccion:
denme el dueño que me dieren;
pues no habiendo de ser vos,
no queda ya en quien acierte.

Camilo

Pues, Sirene, vive Dios
que mi poder se resuelve
á que no te logre Adriano,
y que has de ver que antes muere
á mis iras.

Sirene.

¿Qué es lo que oigo?
Si algo he llegado á deberte,
mi señor, Príncipe mio,
Príncipe y mio pretende
decirte mi áusia; porque
á un tiempo, señor, ostentes,
por mio lo agradecido,
por Príncipe lo clemente.
Si algo te debo, á tus plantas...

Camilo.

Mi bien, ¿qué es esto? ¿qué emprendes?
¿tú á mis plantas? ¡ó mal haya
la Magestad, que consiente
que lo supremo se abata,
y lo rendido se eleve! *Levántala.*
¿Qué pides?

Sirene.

Que no en la vida
de Adriano, señor, te vengues,
de lo que es desdicha mia.

Camilo.

¡Ah, ingrata, como lo sientes!

Sirene.

Siento el escándalo solo,
y no es bien que espuesta quede
mi fama á tanta censura.

Camilo.

¡Ah, traidora, como mientes!

vive Dios que ese es amor,
y en lo mismo que intercedes
le dás muerte: tus piedades
mas mis cóleras encienden.

Sirene.

Yo soy quien soy.

Camilo

¡Ay, Lidoro,
áspides fueron crueles
sus voces.

Lidoro.

Tú eres Monarca,
y es en vano que te quejes,
ni que en tu poder immenso
lo que puedes mandar ruegues:
¿para cuándo es la violencia,
pues ya decretado tienes
la muerte de Adriano?

Camilo.

Bien
dices, aunque no aconsejes
bien, pues á mi natural
repugna cuanto tuviere
vislumbres de tiranía;
pero si muero, ¿qué puede
hacer mi resistencia?
Sirene hermosa, concede
á mi fineza una mano.

Al paño Adriano.

¡Esto los hados consienten!
¡que permitieses, fortuna,
que á tan mal tiempo viniese
á ver á Sirene!

Al paño Trajano.

Aquí

parece que se divierte
Camilo, haga mi cuidado
de aquestas ramas cunceies.

Sirene.

¿Sin duda se os ha olvidado
aquel estilo decente
que se debe á mi decoro?

Camilo

No con razones me temples,
que he de abrasarme los lábios
en el candor de tu nieve.

Adriano

¡Perdido estoy!

Trojano

¡Fuerte arrojo!

Sirene.

Mirad.

Camilo.

No hay que considere,
que cuando eras mia supe
idolatrar tus desdenes;
pero agena, no hay en mí
respeto que los tolere.

Trojano

¿Cómo estorvaré este lance?

Adriano

¡Oh, quién pudiera oponerse!

Libia.

El hombre es abordador.

Sirene

Tente y mira, y no te acerques,
que daré voces.

Camilo.

Qué importa,
si ninguno defenderte

podrá de mí; y esta mano... (1)

ESCENA VII.

Dichos y Adriano.

Adriano

Esta mano es bien que llegue
á ocupar yo

Camilo

¿Para qué?
¡que aquí tan presto estuviese! *ap.*
suelta la mano.

Adriano

No puedo,
que no es bien que se la niegues
á los hombres como yo,
cuando á besartela vienen,
por la merced que me has hecho, (2)
gran señor, en concederme
la licencia de casarme:
llega tú tambien, Sirene,
que pues te toca tambien,
es justo que se la beses.

Sirene

¡Sin mi he quedado! á tus plantas,
mi voluntad agradece
tal favor

Trajano

Oiga el rapáz,
qué alentado y qué prudente
le atajó: ¡ay, sobrino! el Cielo

---

(1) *Al ir á darle la mano, sale Adrriano y toma á Camilo la que iba á darla.*

(2) *Hinca la rodilla.*

quiera que al Imperio llegues.

Camilo.

Alzad, señora: ¡ay de mí! *ap.*
que no sé que senda encuentre
en ira ó prudencia, y nada
puedo hallar que me sosiegue:
soltad, Adriano, la mano.

Adriano

Bien podeis seguramente
fiarla á la mia, que sabe
vencer enemigas hüestes
de vuestra Corona; y no
quisiera, si bien se advierte,
soltarla porque confio
que del peligro mas leve
estaré seguro en tanto
que en mi mano estuviere.

Camilo

En equívocas palabras
de su valor me previene:
vos....

ESCENA VIII.

Dichos, y sale Trajano.

Trajano

Aquí importa salir: *ap.*
¿como en dia tan solemne
tanto os retirais, Camilo?

Camilo.

¡Qué á tan mal tiempo saliese! *ap.*
fuerza es ya disimular.
Cuidados hay que me mueven,
que en quien gobierna no son
ocios los que lo parecen.

Vamos á pensar, Lidoro,
de qué caudales valerse
podrá mi tesoro, para
la guerra de los rebeldes:
mucho será que el incendio
de mis iras no rebiente. *Vase.*

Lidoro

Y el de mi ambicion, pues ya,
despues que llegué á ponerle
en el Trono, nó ha tratado
de que mi amistad se premie;
y finezas escesivas
en los Soberanos, suelen,
mirándose como á Dioses,
ingratitudes volverse.

Sirene

Ausentémonos de aquí,
que estoy corrida de verme
donde sepan que hubo Hombre
que á tanto pudo atreverse
conmigo: ¡quién de Camilo
presumiera que escediese
el límite á mi decoro,
y en tal parage!

Libia

Ahora atiendes
caprichos de enamorados
en el sitio mas patente?
¿cuándo ellos imaginaron
que alguno hay que pueda verles,
para no arrojarse á todo?

Sirene.

¡Fortuna, qué me sucede!

ESCENA IX.

Trajano y Adriano.

Trajano

Dame los brazos, Adriano,
porque en ellos me renuevo;
enlace el caduco tronco
tus frondosidades verdes,
que me has liquidado el alma
en las undosas vertientes
de estas lágrimas, que en gozos
llanto visten lo alegre.
Qué resuelto y qué templado,
qué cortés y qué valiente
á Camilo reprimiste;
no hay cosa en que mas se muestre
la discrecion y el valor,
Adriano, que en defenderse
del poder, sin que lo osado
esceda lo reverente.

Adriano

¿Para qué, señor, me alabas
de que algo de tí aprendiese,
si es para perderlo todo?
y si quitas á mi frente
el laurel que me ofreciste,
mas bien es que me consuele
si heredare tus hazañas
aunque tu Imperio no herede.

Trajano

En otra ocasion, Adriano,
procuré satisfacerte
á esa queja; honor y vida
en la edad mas floreciente
debí al padre de Camilo;

y no era bien se dijese
que al padre debí la vida
y al hijo le dí la muerte.
He conocido en Camilo
una complexion muy debil
para cualquiera fatiga;
y está ya, aunque mas se esfuerce,
cansado de tanto afán:
es preciso que desee
los ocios de hombre estudioso,
que las ciencias no se adquieren
sin un ánimo tranquilo,
ocioso é independiente.
¿De qué piensas tú que á él
se le pudo ocurrir este
pensamiento del Imperio?
de estudiar tan diferentes
políticos y morales
discursos, y parecerle
que sabrá mandar el mundo,
renovarle y deshacerle:
como entre sí piensan cuantos
censuran lo que no entienden.
Ya se habrá desengañado
de que esa arte no se aprende
en libros, sino en manejos;
porque lee aquel que lee,
los remedios; pero no
toca á los inconvenientes;
que al ir á curar un mal
mayores daños ofrecen.
Su natural es piadoso,
y no inclinado á crueles
resoluciones, si no hay
alguno que las fomente.

Con sus consejos Cleantes,
que le instruye cautamente,
no solo del Cetro sabe
los afanes esponerle,
mas hoy quiere de orden mia,
hacer que noticias lleguen
de guerras y alteraciones,
no porque ahora suceden,
sino por probar en él
qué hiciera si sucediesen.
Yo solicité la boda
de Sirene, porque fuese
ese el mayor torcedor,
y el nudo que mas le apriete.
Y en fin, deja á mi cuidado
lo demas, por si hacer puedo
mi prudencia que este joven,
de esta llamarada ardiente
sin sangre nos asegure,
y sin estrago nos vengue.

Adriano.

Bien es, señor, que á tu juicio
todo mi ardor se sugete;
y mas hago en reprimirme
por tí, que hiciera en vencerle.
Amor, de Roma no importa
que el sacro Laurel me niegues,
si en Sirene me has rendido
de su esquivez los laureles.

ESCENA X.

Decoracion de Sala.

Sale Gelanor con unos papeles, y Corbante dándole un memorial.

Corbante

Señor, por amor de Dios
que mas á mano tengais,
que este memorial leais.

Gelanor.

Yo me acordaré de vos.

Corbante.

Sin duda no os acordais,
pues asi me respondeis
de que...

Gelanor.

No me repliqueis.

Corbante.

Algun dia...

Gelanor.

Necio estais.

Corbante.

Que os acordais muy bien sé,
cuando estabais mas templado.

Gelanor.

¿Quién en viéndose elevado
se acuerda de lo que fué?

Corbante

¿Pues no sabéis que lo dos
fuimos ...

Gelanor

Vuestro error confieso:
si yo me acordára de eso,

no me lo acordarais vos:
claro está que me olvidé,
pues que vos me hablais asi,
que al que no sale de sí
nadie se acuerda quien fué;
¿qué pretendes?

Corbante

Quiero ser,
pues tanto habeis merecido,
sirviéndoos de entretenido
gentil-hombre del placer.

Gelanor

Ese fuera barbarismo:
no os he menester aquí,
que yo me entretengo á mí,
riéndome de mí mismo
y de todo cuanto quiero.

Corbante

Lo mismo hago yo de tí.

Gelanor

¿Pues cómo me hablas asi,
necio, ignorante, grosero?

Corbante

Como ya á conocer llego
que solo servir podrá
el hombre ruin que no dá,
de hacer infame mi ruego. ***Vase.***

Gelanor.

¿A mí tanto atrevimiento?
¿á mí este arrojo? mas hoy
se ha de conocer que soy
picaron de entendimiento;
pues con tanto memorial
me cargan, como si yo
fuera algo,

ESCENA XI.

Dicho, y sale Camilo.

Camilo.

¿Quién aquí dió
voces?

Gelanor.

Señor, tu imperial
grandeza, pues te he servido
con prontitud y cuidado,
hoy me ha de dejar premiado
con sacarme de valido,
pues este es afan eterno
á que nadie bastará;
yo me retiro, que ya
no hay fuerzas para el gobierno.

Camilo.

¿Pues tú gobiernas?

Gelanor.

Nada;
y aun con eso mi rudeza
conoce que la grandeza
es vida desesperada:
todos se valen de mí
para uno y otro enredo;
y cuanto contigo puedo,
quieren todos para sí:
y en el número que crece
de uno y otro que me sigue,
se queja quien no consigue,
y quien logra no agradece.
Mil sátiras contra tí
saca el pueblo desbocado;
y por pobre ú olvidado

no me perdonan á mí,
persuadidos al error
de que han de mandar no acabo,
que mas vale ser tu esclavo
dicen, que ser senador.
Antes nadie se acordaba
que fui tu esclavo algun dia,
hoy al ver mi fantasía
el valimiento ostentaba.
Todos me acuerdan mi sér,
por mas que con el lucir
anda ocioso mi vivir,
de que olvide mi nacer;
y en que es error he caido;
que en uno ú otro lugar,
quien tiene porque callar
quiera ser muy conocido.
Y asi licencia este dia
pido, pues antes campaba,
y ninguno escudriñaba
el modo con que vivia,
y está espuesto á mil enojos
el hombre mas principal,
en quien para bien ó mal
están puestos muchos ojos.

Camilo.

¡Qué ignorantes son los hombres!
pues el mas sábio, el mas docto
y el mas cuerdo, tiene en fin
algo que aprender de un loco.
Aun este me está enseñando
este afan á que me espongo;
gracias á mi estudio que
abriéndome vá los ojos

en el mismo error y el mismo
engaño fatal ¡Oh, como
el entendimiento saca
aun de las dichas que logro!
¿Mas qué es esto? *Tocan.*

ESCENA XII.

Dichos, y sale Licinio y y despues Lidoro.

Licinio.

Gran señor,
el ejército copioso
con que Adriano de las Galias
sosegó los alborotos,
y en los Alpes se quedaba
á nuevos tumultos pronto,
no ha querido tu eleccion
admitir, y presuroso
la vuelta de Roma marcha,
para hacer sin duda estorvo
al juramento. *Tocan.*

Sale Lidoro

Señor,
nuncias hay de que Clodio
un capitan de Trajano,
mueve el ejército todo
con que triunfante del Asia
volvió su Cesar glorioso;
pues sabiendo la mudanza
que hay en el romano Sólio,
él se llama Emperador,
y desde el cabo remoto
de Brindis, donde su gente
quedaba en guarda del golfo,

contra Roma marcha.

Camilo.

¡Cielos,
aun me guardais mas ahogos!

ESCENA XIII.

Dichos, y sale Cleantes.

Cleantes.

De Sicilia y de Cerdeña
los isleños sediciosos,
no han querido obedecerte,
y opuestos á tu decoro,
niegan á Italia los granos
que en sus fértiles contornos
vertió Ceres en espigas,
hizo vegetable el oro,
faltando en Roma por esto
el abasto; el pueblo ensioso
contra tí clama

Camilo

¿Hay mas males?

Gelanor.

Sin duda se han hecho de ojo
al llegar, que estos correos
se alcanzan unos á otros. *Música.*

Camilo

¿Y qué músicas son estas?

ESCENA XIV.

Dichos, y sale Trajano.

Trajano.

De Adriano los desposorios
ván á celebrar ahora:

¿cómo no asistis vosotros
á honrarle?

Gelanor.

¿Y mas ese trago?

Camilo.

El dolor mas riguroso
es este, pues entre tantos
hace mas fiero destrozo,
y matar á Adriano ya
no solo es dificultoso,
pero imposible, viniendo
su egército: ¡Hados piadosos!
¿qué haré?

Lidoro.

¿Qué resuelves?

Cleantes.

¿Qué respondes?

Camilo.

Que estoy absorto;
Bretaña se me rebela,
las islas hacen lo propio,
Clodio el Laurel tiraniza,
y el egército furioso
de Italia nos amenaza:
¿quién podrá acudir á todo,
cuando aun para el donativo
no hay medios en el tesoro?
¿y cuando estos memoriales
son de tantos ambiciosos,
que hoy me han pedido mercedes?
hasta mi amigo Lidoro
me pide en esta con quejas,
y cuando en su mano pongo
toda mi imperial hacienda,
aun está de mí quejoso?

Trajano.

¿Pues dí, qué Monarca sabe
quien es su amigo? yo ignoro
quien lo es mio, que escondiendo
con el interés el ódio,
ninguno hay que no parezca
amigo del poderoso.

Camilo.

¡Oh, felices las desdichas,
si el Hado las féria, á logro
de conocer los amigos!
¿y en los medios que dispongo,
de quién sabré la verdad?

Trajano

De nadie, porque hay muy pocos
que hablen verdad á un Monarca;
y es el dolor mas penoso
que tuve en cuanto mandé;
que si alguna verdad toco,
es porque yo la discurro,
pero no porque la oigo.

Camilo

Esa pension mas: ¿Trajano,
qué remedio hallaré pronto
á tantos males?

Trajano.

A mí
tarde me pides socorro.
Tú juzgaste á tanto peso
por suficientes tus hombros:
hoy cumplen los quince dias
que á tu direccion otorgó;
el Senado está ya junto,
y el pueblo con alboroto
te espera, pues novedades

alimentan á este monstruo.
Y puesto que ya llegamos,
vén, sube conmigo al Trono,
donde verás que en solemne
acto público, depongo
las insignias.

ESCENA XV.

Salon régio: en él estará el Senado, y sientase Trajano, Cleantes, Camilo; y sale toda la Compañia,

Todos

Viva el César.

Senador 1.

Y reciba de nosotros
el Laurel y el juramento.

Camilo.

Escuchad primero todos:
yo no tengo tiempo mio,
yo estoy sujeto á la fama:
de elegir amigo y dama
tampoco tengo alvedrio:
de nadie seguro fio,
á ninguno puedo dar,
la Magestad singular
por fuerza me hace sufrir,
y sin quitarme el sentir,
aun no me dejan quejar;
no he de saber de amistades
sin intereses unidos;
y siempre á mis oidos
se han de esconder las verdades:
á tantas necesidades
he de acudir, y en rigor
no hay tesoro de valor

para tanto; y asi infiero
que fuí rico caballero,
y soy pobre Emperador.
Y pues de todo no ignoro,
que si yo le admiro hoy,
de mi propio Imperio soy
el Esclavo en Grillos de Oro:
y que este metal sonoro
es sin duda el mas pesado;
buscad quien esté obligado
á esto, pues por varios modos,
aun aquí me piden todos
mas de lo que me han pagado.
A tus pies estoy: perdona
ó castiga en mí mi suerte;
pero antes quiero la muerte,
Trajano, que la Corona;
no basta á esto mi persona;
mas dirá mi fé rendida,
que á un buen Rey, por mas que pida,
aun no le paga el vasallo
con la hacienda y con la vida.

Trajano

¿De suerte que tú no bastas
á este deseo?

Camilo

Ya me postro.

Trajano

Pues ahora he de castigarte,
ignorante, necio, loco:
¿tiene un esclavo el Imperio,
y tú quieres ambicioso
quitársele, sin que pueda
suplir tu falta tu arrojo?
Supuestas son las noticias

de las guerras y alborotos;
que porque pueden ser ciertas,
ver lo que hicieras dispongo,
si en tal aprieto te vieras.

Camilo.

Castígame riguroso,
pues no estrañaré el castigo,
cuando el delito conozco

Trajano

Por eso y por la amistad
de tu padre, te perdono,
y tambien te dejo vivo
porque publiques á otros
lo que me debes; y Adriano
por Cesar sucesor nombro.

Sirene.

Con que cesando el motivo
de estar con él desdeñoso
mi afecto, cuando en Adriano
se me añade ahora el propio,
que es lo desigual, bien puedo
decir que es Camilo solo
mi esposo?

Camilo.

Feliz mil veces
soy en perder, cuando gozo
tu favor.

Adriano.

Por no incurrir
en lo mismo que celoso
te culpaba, que estorvar
á un vasallo el matrimonio,
lo permito hoy, que soy Cesar,
pues con Octavia propongo
mis bodas antes de serlo,

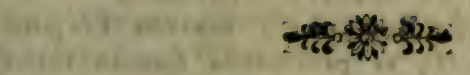
por no esponerme al antojo
de que el Senado lo impida.

Octavia.

Feliz soy en tal esposo.

Gelanor.

Y si el suceso por serlo
no hubiere sido enfadoso,
vuestras piedades merezca
el Esclavo en Grillos de Oro.



El Esclavo en Grillos de Oro.

Entran en Roma triunfantes de los partos y medos el Emperador Trajano y Adriano su sobrino, saliendo á recibirlos el pueblo. Camilo, ambicioso del mando y amante de Sirene, fragua una conspiracion contra los dos, de la que informado Cleantes por uno de los conspiradores, dá cuenta á Trajano, aconsejándole que pues su enemigo tiene ya ganados á los soldados pretorianos, se salga de Roma, y poniéndose al frente de su ejército, castigue al rebelde; pero no sigue Trajano este consejo, sino que manda al prefecto Licinio conduzca preso á su presencia á Camilo. Adriano y Camilo, amantes los dos de Sirene, concurren por verla de noche á un jardin: la oscuridad hace que hablen equivocadamente el primero á á Octavia, y el segundo á Sirene; pero conociéndose ambos ribales se baten, y sobreviene Licinio, que mediante la orden recibida apresa á Camilo.

Reunido el Senado Romano, y sentado Trajano en su Trono imperial, es presentado Camilo como reo. Trajano en vez de castigar su crimen, le eleva á la dignidad de Cesar, y es revestido con las insignias de tal. Quéjase Adriano á su tio de semejante conducta, y él le satisface y consuela. Empieza el nuevo Cesar á ejercer sus funciones, y no bien quiere escribir un billete á Sirene, cuando le llama Cleantes á despachar, sin permitirle ni un instante de demora. Dicta diferentes providencias, y Trajano le hace ver los absurdos que comete. Sirene desahoga con Libia la pena que la ocasiona ver la elevacion de Camilo, pues la reputa un obstáculo para que se case con ella. Llega su amante, y estando ambos en tiernos coloquios, se presenta otra vez el Consul en busca de él

para el despacho de unas consultas Camilo propone dar esta comision á Lidoro; mas no le es permitido. Resuélvese Adriano á hablar á Sirene, y aunque ésta no le dá esperanzas, le dice entre otras cosas que Camilo habia ya muerto en ella, cuya espresion la oye el nuevo Cesar escondido, asi como Octavia que apasionada de Adriano, arde de celos al acechar á Adriano con Sirene. El caérsele á ésta un lazo, hace que salga Camilo, quien riñe con su competidor, y acudiendo al ruido Trajano, Cleantes y Lidoro con guardias, le hacen ver no puede obrar de aquel modo, ni aun para castigar á un enemigo; y que tampoco en calidad de Cesar le es permitido elegir para esposa á la que le guste.

Despachando Camilo con Cleantes, le dá éste cuenta de la rebelion de las islas británicas, y que son necesarias grandes providencias en semejantes circunstancias, y le presenta en seguida un memorial de Adriano, solicitando el permiso para casarse con Sirene. Furioso con esta novedad, declara á Cleantes y á Lidoro, que si ha aspirado á ser Cesar ha sido con intento de poner aquella dignidad á los pies de Sirene. Lidoro le aconseja no le conceda la licencia; Cleantes desaprueba este dictamen; pero separado del Consul, sigue el consejo de Lidoro, determinando darle la licencia; pero hacer al mismo tiempo que lo envenenen. Vuelve Camilo al jardin por hablar con su amante, que se resiste á sus requiebros, y prstendiendo tomarla una mano, se la coge Adriano que está escondido, y que uniendo lo respetuoso á lo valiente, ni permite que se la quite, ni deja de darle las gracias por la licencia, postrándose á sus plantas con Sirene. Trajano satisface á Adriano del agravio que cree haberle hecho en anteponerle á Camilo para Cesar, esplicándole sus ocultas miras, y la gratitud que

debia al padre de Camilo, la que le habia obligado á no castigar con pena de muerte el delito de su conspiracion. Participa Licinio al Cesar, que el ejército de las Galias llega ya sobre Roma, descontento de la eleccion de su persona: Lidoro le comunica, que Clodio capitan de Trajano, se ha rebelado por igual motivo y se titula Emperador; y Cleantes le espone la sedicion de las islas de Cerdeña y Sicilia. En este apuro pide consejo á Trajano, quien solo le responde que cumpliéndose en aquel dia los quince por cuyo término le otorgó la direccion del Imperio, vaya con él al Senado, en donde le aguarda el pueblo para saludarle Cesar; pero Camilo desengañado y harto ya de la sujecion del Trono, declara ante el pueblo y Senado, que antes quiere la muerte que la Corona, y pide perdon á Trajano, quien se lo concede generosamente. Vuelve pues Camilo á su primera condicion y se casa con Sirene, y Adriano con Octavia, siendo nombrado inmediatamente Cesar.

Facil es conocer que el argumento de esta pieza era mas propio de una tragedia, que bien manejado llenaria el objeto de las tareas de Melpómene: pero el autor se propuso dar una leccion á los ambiciosos, y pintar los disgustos y sobresaltos que sitian á las altas dignidades, y las dificultades que á cada paso se encuentran en la recta administracion de un Estado. Bajo este concepto la parte moral está difundida en todo el contesto de la accion, y es la mas recomendable: la unidad de lugar se acerca mas á la verosimilitud que exijen las reglas, que en infinitas de las piezas de aquel tiempo, pues se supone que el jardin y el palacio estan contiguos: la de tiempo no pasa de quince dias, libertad que han concedido muchos de los mas severos preceptistas; y aunque no es corta la parte episódica, estan bastante dependientes sus lan-

ces con la accion principal, que camina sin interrupcion á su fin En el estilo delira menos Candamo que en la del *Duelo contra su Dama*, que hemos analizado: los caracteres de Trajano, lleno de generosidad, y el de Lidoro de adulacion y bajeza, estan trazados con propiedad, y no está exagerado el de Sirene en la situacion en que la coloca Seria necesario copiar gran parte de la Comedia para señalar sus puntos morales sobre diferentes asuntos; pero llamaremos la atencion sobre los siguientes:

Juicio que se hace de los acciones.

Ya sé, Lidoro;
lo que aventura mi fama
en accion tan peligrosa:
si en perderla ó en ganaria
consiste el ser mala ó buena;
y ha de quedar reputada,
si se pierde de traicion,
y si se logra de hazaña
No la razon, el suceso
es quien hace buena ó mala
justicia, que se remite
al tribunal de las armas.

Sobre estadistas.

Líbrenos Dios de que haga
un estadista un capricho,
que con tema porfiada
mentirá todo primero
que mienta su judiciaria.

Sobre lo ligeramente que se juzga de los que gobiernan.

Bien discretamente, Adriano,
mi zelo has reprendido,
llevado de tu pasion;
pero ignoras los motivos:
y asi en el discurso yerras,
como yerran presumidos
cuantos á los Soberanos,
residenciar han querido
las acciones, ignorando
la razon de sus designios.
Si yo castigar quisiere
traicion en que comprendidos
son tantos, regara á Roma
de muchos infaustos rios
de civil sangre, entre cuyos
raudales enfurecidos
suele ahogarse el vencedor
cuando fallece el vencido;
que en tumultos donde airado
lidia el padre con el hijo,
aunque el que pierde padezca,
queda el que gana perdido.
Camilo es hijo de un hombre
que fué mi mayor amigo, &c.

Sobre el esterior de los Principes:

Hombres son, mas la prudencia
de su secreto, se cifra
en que no han de parecerlo;
y las pasiones mas vivas,
ya que no puedan vencerlas,

por fuerza deben sufrirlas;
sin que alguno las conozca;
que si llegan á inferirlas,
pierde con los sentimientos
mucho la soberanía.

Acerca del cuidado que deben tener los Principes de su opinion.

La fama es juez de los reyes,
y es la mayor enemiga
que tiene el poder, supuesto
que la culpa que averigua,
hasta en futuras edades
eternamente castiga.
El Monarca que á la fama
no teme, si se le indigna,
jamas será buen monarca;
y así es bien que todos vivan
al gusto de esta fantasma,
que el bien ó el mal eterniza.

Son muy frecuentes en esta Comedia otros bellos trozos morales. Es animada y donosa la escena en que Gelanor representa el engreimiento de un privado al recibir el memorial de Gorbantes, y por no faltar á la inveterada costumbre, introduce el autor dos ó tres cuentos no desgraciadamente presentados.

Esto hace escusable alguna que otra inverosimilitud é impropiedad, siendo creible que aun en el dia se veria con gusto representada, si un habil refundidor la descargase con arreglo al actual gusto,

INDICE

de las Comedias contenidas en este tomo.

Páginas.

